

1879

Guillermo Thorndike

PROMOINVEST

1879

GUILLERMO THORNDIKE

1879



PROMOINVEST
COMPAÑIA DE INVERSIONES S.A.

La investigación histórica en la que se basa esta obra, seguramente habría fracasado de no ser por la ayuda y la incesante orientación prestadas por el Dr. Félix Denegri Luna y el R. P. Armando Nieto Vélez, S. J. Ambos historiadores ayudaron a ordenar los hechos que se narran en "1879". A la generosidad con que el Dr. Denegri Luna me abrió las puertas de su hogar y de su extraordinaria biblioteca particular y a la paciencia con que ambos revisaron los originales de este libro, a sus siempre acertadas observaciones y a la simpatía con que acogieron la realización de este trabajo, debo mi más afectuoso agradecimiento.

Tampoco habría podido escribir esta obra sin la valiosa ayuda de don Oscar Grau Astete y de su esposa Florencia, quienes pusieron a mi disposición el valioso archivo sobre su abuelo Almirante Miguel Grau.

A la hospitalidad del Instituto Riva Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, al entusiasmo y los consejos del bibliógrafo don Alejandro Lostanau; a Carlos Miano Piqué que colaboró en importante investigación de los diarios de la época; a la Biblioteca Nacional, a su subdirectora Mercedes Gazzo de Sangster, a las señoras Carmen Blossiers de Pareja, Rosario de Zela y María Esther Girón de la Oficina de Investigaciones Bibliográficas, y a Gloria Zapata, jefe de la Oficina de Consulta y Lectura; a mi amigo Eduardo Mazzini, gerente del diario "El Comercio", y a los funcionarios de su archivo, en especial don Tiburcio Huiza Nuñuvero y Rosa Mestas Vera; al Dr. Julio César Salas Dongo, que me prestó valiosas obras de consulta; a mis amigos Abelardo y Pupí Oquendo y Mirko Lauer que me animaron a escribir esta obra; a la siempre oportuna colaboración de Eduardo Gianotti Albújar y Carlos Domínguez; a la solidaridad y amor de mi esposa Charo, y a todos los que me tendieron la mano, mi conmovido agradecimiento.

En fin, expreso mi profunda gratitud a Alvaro Rossel Par-dón, por las razones que él y yo conocemos.

Guillermo Thorndike

Lo que se relata en este libro no es una ficción. Nombres, lugares y sucesos son reales. La narración de los hechos de 1879 se basa en documentos oficiales, partes militares y navales, despachos de corresponsales de guerra, debates parlamentarios, telegramas, versiones taquigráficas de las juntas del Banco Nacional del Perú, memorias y cartas de los protagonistas, noticias, editoriales y anuncios publicados en los diarios de Lima, Iquique, Santiago, Valparaíso y Nueva York, menús de banquetes, obras históricas peruanas, bolivianas y chilenas; canciones y estadísticas de la época y en la tradición oral sobre el Almirante Miguel Grau y quienes lo acompañaron en la campaña naval en el monitor "Huáscar", la fragata "Independencia" y la corbeta "Unión".

Lima, 4 de Abril

Con la punta del tenedor monsieur Trinchet llevó a los labios una pizca de *omelette soufflée à la fraise*. Su mirada se extravió más allá de la calurosa cocina del hotel mientras perseguía sabores con rápidos movimientos de lengua y mandíbulas. Sus empolvadas mejillas se inflaron al fin con disgusto. Azúcar, dijo como si pidiera un antídoto, más azúcar. Enjuagó el paladar con unos buches de vino blanco y desvió la inspección a los platos del día. Ordena aclarar la sopa de tortuga, con crema de leche corrige pimentosos excesos que desfiguran la gallina a la Stanley, sonrío complacido por la glaseada perfección de los *poitrines de perdreaux à la Financière*. Antes de que cocineros y marmitones rompieran filas, probó la salsa Montglas que servirán en el almuerzo ofrecido por el señor Candamo a los representantes de la "Société Générale" y a sus socios de "La Confiance" de París. De entre numerosas botellas eligió *Bouffiere-Mourget* de Limoges, *Grand vin Saint Hubert 1860* y champañas *extra-dry* de Chavaze y *rosé* de Moet y Chandon para la aprobación final del banquero limeño. Secó su frente con un pañuelito de Holanda y salió al vestíbulo. No demoró por ese espacio adornado con helechos y estatuas de mármol. Se apoltronó en la boscosa quietud del bar todavía solitario, a fumar un "Regalía Británica" y a beber su dosis cotidiana de ajenjo. El Hotel Maury se extendía casi hasta una orilla de la Plaza de Armas. Trinchet se deleitaba en la contemplación de frisos y rodapiés, tan abundantes que no parecen puestos allí por un arquitecto sino por un pastelero. No

había terminado el aperitivo cuando un hombre rubio y transpirado se acercó a la barra y pidió una urgente cerveza de Cincinnati.

—Hola, *mister* Trinchet —sonrió.

—Buenos días, señor Finch —el *Maitre d'hotel* se replegó sin deseos de conversar con Jack D. Finch, corresponsal del *New York Herald*.

El yanqui olía a axila fuerte y a tabaco caporal. Sin respirar bebió toda la cerveza.

—Sírname otra —sus nudillos golpearon la barra. Nuevamente sonrió a Trinchet—. Oiga, esto le puede interesar...

Rebuscó sus bolsillos hasta encontrar un ajado papel de cablegrama. Lo entregó al francés. Era una copia.

A S. E. EL PRESIDENTE, LIMA.
VALPARAISO 3 DE ABRIL
SE VA A DECLARAR LA GUERRA
EL 4

L A V A L L E .

—Me parece que la guerra comenzó esta mañana —razonó Finch—. ¿Cómo anda su bodega? No quisiera quedarme sin cerveza.

—¿*Mister* Finch? —el criado aprecia las frecuentes propinas del yanqui—. El señor Batalha manda preguntar por usted.

—Gracias, muchacho —devoró unos canapés con su segunda cerveza y salió silbando, sin despedirse.

Al mediodía del 4 de abril de 1879 desaparecen pianos ambulantes y ruletas callejeras. Rumbo a la vecina *European & American Telegraph Co.*, Finch comprende que Lima no está verdaderamente en pie de guerra, no importa que haya fracasado la misión de paz del plenipotenciario José Antonio de Lavalle. Ayer se supo que el presidente chileno Aníbal Pinto pidió autorización al Consejo de Estado para declarar hostilidades al Perú. En el Teatro Principal se oyeron vivas a la Patria. El Himno Nacional interrumpió dos actos de "Las medias naranjas" y una declamación en italiano. Concluida la función, el público marchó

al palacio a pedir rifles. Pero hoy todo ha vuelto a la normalidad, como si los sucesos de Santiago y la prolongada ocupación del litoral boliviano fuesen un lamentable error.

Antes de entrar, observó el interior de la oficina del cable por la ventana. Reconoció a dos funcionarios de la Legación Británica. Un coronel de húsares pasea de una pared a otra. Ernani L. Batalha chupa un "reina fina" y exhala vapor de tabaco. Finch empuja la puerta, entra a pedazos: cabeza amarilla, mano manchada de nicotina, brazo flaco, torso después, otro brazo, por fin las piernas. Así llegado por partes, sólo Batalha le prestó atención. La campanilla del receptor se activó en ese momento. Salían los ingleses con un mensaje cifrado para su ministro Sir Spencer Saint-John, seguramente con frescas noticias de Chile. Hasta ahora se mantenía la neutralidad del cable, única comunicación veloz con el resto del mundo. Finch embocó su sombrero en la percha, saludó el retrato del presidente norteamericano Rutherford Hayes, husmeó copias de telegramas llegados en la mañana. Con ojos de plomo, Batalha escribía un nuevo mensaje en la máquina Remington.

A SU EXCELENCIA EL PRESIDENTE

Bien, Jack, la noticia te interesa. Batalha funciona simultáneamente en dos lenguajes, a la vez que deletrea el telegrama explica que ayer zarpó de Antofagasta la escuadra chilena atiborrada de pertrechos. No es broma, Jack, espero que no vengan a cañonear.

I N M I N E N T E

Pero la guerra no está formalmente declarada. De regreso del Callao, Finch vio temprano al ministro chileno Godoy en su calesa: no volvía de anunciar la ruptura sino de llamar al médico que atendió una misteriosa indisposición de la señora Godoy. Han de ser los últimos minutos de paz oficial. La escuadra peruana no se ha movido del Callao. Sólo el monitor "Huáscar" y la cañonera "Pilcomayo" habían encendido calderas.

INMINENTE BLOQUEO

Bien, Jack, aquí tienes la respuesta. El mensaje llegaba del sur. Jack D. Finch encendió un pestilente caporal, mirando la escritura de Batalha por encima del hombro. Otra vez el gerente murmuró secretos mientras el habano empapado en saliva viajaba de un extremo a otro de su boca: bien Jack, el almirante Rodgers está en camino a bordo del poderoso "Pensacola", no creo que la Unión deba permitir a los ingleses que se adueñen de Sudamérica.

INMINENTE BLOQUEO TARAPACA

Finch mira el reloj de pared: las 12 y 35. Los acorazados chilenos parecían tomar la ofensiva.

Carboneras al tope

Sólo cuando el tren de pertrechos se detuvo en el muelle fiscal, Juan Alfaro pudo informar al comandante que no alcanza la ración de galleta y café para tres días en alta mar. A la sombra de altas plataformas sobre las que chirriaban grúas a vapor, el jefe de la primera división naval murmuró que no importa, despachó al joven contador del "Huáscar" con una palmadita en la espalda. Alfaro trabajaba en la sección contabilidad del Ministerio de Hacienda cuando Chile ocupó Antofagasta. Entonces se enroló en la Marina de Guerra. Lo destinaron al monitor "Atahualpa" y después a la capitana. Acaba de cumplir veinticuatro años. Supo que Grau lo atendería más tarde y retrocedió a inventariar bombas y estopines de fricción. Una excitada multitud estorba las maniobras en el muelle. Fusileros navales impiden que súbitos voluntarios aborden el blindado. El

capitán de fragata Ezequiel Otoya gritó órdenes por encima de confusos vivas al Perú y aplausos, echó una mirada al cielo como suplicando paciencia. El segundo comandante del "Huáscar" tuvo que repartir codazos para acercarse a su jefe.

—Solicito autorización para despejar el muelle —se malhumoró Otoya.

—Déjelos, déjelos —Miguel Grau mira en derredor. Bajo una gran bandera estirada por el viento, cantan el Himno a la entrada del muelle. Por la calle Constitución llegan porteños pidiendo rifles. Una comisión de vecinos se encarga de proteger la residencia del asustado cónsul chileno. En cada esquina se suceden arengas. No, señor Otoya: no pueden meterle caballos al pueblo. Chalupas con banderas peruanas sitiaban a su pequeña escuadra. Escuche usted, comandante: viva el "Huáscar", viva el Perú. Con corteses movimientos de cabeza, Grau respondía a los vítores a su barco y a su tripulación—. Pongan centinelas a cuidar el convoy. ¿Y More?

—Se han presentado más de cien voluntarios desde las seis de la mañana. ¿Qué hacemos, señor? —indaga el capitán de fragata Ramón Freyre, tercer jefe del blindado.

—Que se inscriban en la Comandancia General. No quiero a nadie fuera de nómina en el buque.

—Sí, señor.

—¡Viva el "Huáscar"!

—¡Muera Chile!

Del tren al embarcadero demoró Grau cinco minutos, apretado por el gentío, palmoteado y perseguido por ojos que saludan como si no le fueran desconocidos.

—¡Aparten a esa gente de las bombas! —gritó Otoya. Todo el muelle dársena puede volar en pedazos—. ¡Teniente Santillana, acordonen el área!

—Sí, mi comandante.

Gräu nada más miró su buque desde la orilla. La escuadra está en reparaciones. Al blindado "Independencia" le cambian máquinas y cubiertas. Al podrido monitor "Atahualpa" se le hunde la coraza. Su gemelo "Manco Cápac" no soporta más de cinco libras de presión en sus calderas. Los fuertes del Callao

han sido aniquilados por el abandono. Falta carbón. Necesitan artilleros, maquinistas, mecánicos y prácticos. Espías y saboteadores chilenos pululan el Callao. Sólo el "Huáscar" está en condiciones de zarpar y Grau debe llevárselo hoy mismo.

—Toribio Seminario Cortés a sus órdenes, señor —un muchachito se cuadró frente a Grau—. Mi hermano Alberto, señor.

—Dos barricas de manteca, dos quintales de azúcar —dijo el contador Alfaro.

—Piuranitos, ¿verdad? —Grau los observó en posición de firmes—. Y creo que somos parientes.

—¡Carbonera al tope, señor!

—¡Aljibes llenos, señor!

—Soy Mariano Arredondo, de "La Opinión Nacional". ¿Puedo subir a bordo?

—Vecinos de Piura, señor comandante —dijo Toribio—. Mi papá nos encarga saludarlo.

La muchedumbre abrió calle a los rifleros de la Columna Constitución. El veterano batallón de infantería de marina vestía uniformes nuevos.

—¡Atención, mis buitres! —vociferó el oficial que los mandaba.

Los más viejos voluntarios del batallón llevaban en la manga izquierda el distintivo de Vencedores del 2 de Mayo.

—¿En qué los puedo servir? —Grau calculó que los hermanos Seminario no habían cumplido quince años.

—Queremos pelear, señor comandante —Toribio infló el pecho—. Rogamos se nos acepte en el "Huáscar" como voluntarios.

—Comandante Otoyá.

—¿Señor?

—¿Hay lugar para grumetes?

—No, señor.

—Lo siento, muchachos. Prueben en otro buque.

—Doscientos estopines —se fatigó Alfaro.

La infantería de marina abordaba el monitor. A lo largo del muelle estallaron aplausos. Un dinamitazo al aire remeció la bahía.

—¡Callao! —respondió la multitud.

—El señor More envía un coche, señor —con un pañuelo el teniente 1º Ferré limpiaba su rostro sucio de hollín. No había dormido. Reunió pertrechos en Lima desde la víspera.

Otro dinamitazo sacudió la mañana. Y otro más.

—¡Callao! —coreó la gente—. ¡Callao!

—Vaya a bordo, Diego, duerma un rato.

—Estoy bien, mi comandante.

—No quiero oficiales cansados, señor Ferré.

—¡Callao! ¡Callao!

—Sí, mi comandante.

—Veinte libras de chocolate, ocho galones de aguardiente —escribió el contador.

—¡Coompañía, alto! —los rifleros del Batallón Ayacucho se detuvieron en el muelle.

Brevemente contempló su blindado. He aquí la obra maestra del capitán Cowper Coles, padre de los monitores. Pero de su construcción en los astilleros Laird, en Birkenhead, a esta mañana de titubeante sol en el Callao, han pasado trece años. Grau reconoció el cansancio de esa nave que había mandado casi sin interrupción desde 1871. Por un rato, que como un espejismo escapaba a toda medición, se supo sin edad, aquí nomás, puesto igual que los vivos y los muertos y en general las cosas, y cierto raro parentesco se reveló entre el monitor y su comandante, como si las jerarquías vivientes y los números fuesen mentira y lo mismo diera ser timonel o buque, todos viviendo ayer, viviendo de memoria. Por sus orejas la vida pasaba a destiempo y ese barullo de petardos y músicas guerreras se le antojó distante, llegado a él con notable atraso, ni siquiera repetición de lo inmediato sino rastro de lo verdadero fugitivo.

—Todos a bordo al mediodía —dijo a su segundo con voz que se apagaba. El "Huáscar" caldea desde el amanecer. Tomó del brazo a Otoyá mientras salía de la multitud—. A las doce lleven el monitor a cuatro cables de Chucuito. Zarpamos a las cinco.

—¡Miguel, espera! —el cirujano mayor Santiago Távara jadeó detrás de los jefes del "Huáscar". Parecía mostrar manos

vacías—. No hay vendas. No hay cloroformo. No hay alcohol. No hay ácido fénico.

—El comandante Otoyá atenderá tu reclamo, doctor.

—Mi presencia es inútil, Miguel, a menos que se me proporcionen elementos indispensables...

—Así lo entiendo.

—...te lo ruego.

—No es preciso. Yo mismo me encargaré de tramitar el pedido.

—Gracias, Miguel.

Diez años atrás, mientras los ferrocarriles encargados a Meiggs empezaban a trepar la cordillera de los Andes, se había construido la dársena del Callao. Casi un kilómetro de muelles recorridos por vías y entronques se reunían cerca del edificio de madera, de dos plantas con terrazas y un mirador, donde funciona la administración fiscal. Por aquí retumban locomotoras procedentes del cercano patio de maniobras y de grandes depósitos techados con zinc. A un costado del paso a nivel, donde empieza una ancha avenida a intervalos adornada por faroles de gas, aguarda el coche enviado por More.

—Dame quince minutos si hay señal —dijo Grau a su segundo. Debían disparar dos cohetes desde lo alto de la isla San Lorenzo si aparecen humos en el horizonte—. Un cuarto de hora, nada más.

—Vamos, Miguel —el capitán de navío Aurelio García y García llamaba desde el coche.

Distinguió a un desconocido antes de subir a la berlina.

—El señor Grau, el señor Pedro Ruiz —los presentó.

—¿A que se dedica, señor Ruiz? —se acomoda Grau en el asiento libre.

—Soy ingeniero, señor Grau.

—¡Vaya! —lo recordó el comandante—. ¡Usted es el verdadero Pedro Ruiz!

Sí, joven y fuerte, de bigote y perilla: Ruiz era más conocido como inventor de notables ingenios. Antes de perfeccionar un instrumento musical que él mismo bautizó como vihuela armónica, había construido ese reloj tan admirado en los Jardí-

nes de la Exposición, con siete esferas que permitían conocer la hora en cualquier lugar del planeta y un maravilloso despliegue de dioramas y muñecos movido por un carrillón que campaneaba las notas del Himno Nacional.

* —El señor Ruíz trae algo muy interesante —García y García entregó un legajo a su compañero.

Desplegó las hojas laboriosamente dibujadas con tinta china. Ruíz comprendió el repentino interés del marino. Mientras el coche rueda por el menudo empedrado, Grau revisa los apuntes.

—Hum. ¿Conoce usted el sistema Whitehead?

—Sí, señor Grau —Ruíz proyectaba un torpedo automóvil a propulsión mixta, de gases y electricidad—. Mi sistema es más rápido aunque de corto alcance.

—Me parece notable el mecanismo de orientación. ¿Ha hecho pruebas?

—Carezco de fondos. Esto interesa a la defensa nacional y en particular a la escuadra. El ejército ha prometido dejarme ensayar en Ancón. También tengo diseñado un torpedo accionado por relojería. Deseo pedir su respaldo, señor Grau.

—¿Qué opinas, Aurelio?

—Vale la pena.

—Nos veremos a mi retorno, señor Ruíz.

—Muchas gracias, señor Grau. Prometo no defraudarlo. Usted sabe, hay quienes se ríen del progreso...

—No soy de ellos, señor Ruiz, ni el comandante García y García.

—... podríamos usar globos cautivos en la vigilancia del horizonte, señor Grau. En fin, no es nuevo. Ya lo ensayaron los franceses...

—Estoy enterado.

—... anclados en tierra, ¿comprende, señor Grau? ... —la diestra de Ruíz se infló como un montgolfier y subió hacia el techo del carruaje—... colocar vigías a mil quinientos metros de altura, conectados al estado mayor con un novedoso cable telefónico. Es un poco frío, nada más...

—¡El señor jefe de la primera división naval! —vociferó

el centinela en el embarcadero—. ¡El señor jefe de la segunda división naval!

Se despidieron de Ruíz en la orilla.

He ahí la "Independencia": rodeada de planchas de viento, chirlatada de prisa, al seco mientras estalla la guerra, el más grande blindado del Perú no podrá combatir antes de tres o cuatro semanas.

—¡Vaya, si es Palacios! —se alegró Grau.

—Un placer verlo, mi comandante —el teniente 2º Enrique Palacios salta a tierra, lleva su diestra a la gorra, sonríe: estaba de vuelta, señor. De nuevo en servicio, señor. Los capitanes de navío le dan la bienvenida. Palacios había combatido contra los españoles en Abtao, en 1866. Por su valor, Enrique Sixto Palacios y Mendiburu ascendió a alférez de fragata a los dieciséis años de edad. El General Prado nombró después jefe de la Marina de Guerra del Perú al almirante norteamericano William Tucker. Quería reorganizar la escuadra y enviarla a liberar Filipinas. Los comandantes Grau, García y García, Montero y Ferrer se sublevaron con sus buques surtos en el entonces aliado puerto de Valparaíso. A todos los oficiales que secundaron el levantamiento los echaron del servicio. Palacios se dedicó a los negocios de su familia. Era hombre acaudalado cuando reingresó a filas tan pronto Chile ocupó Antofagasta. Además de renunciar a su sueldo de teniente 2º, contribuía con cien soles mensuales a los gastos de la guerra. Lo asignaron a la "Independencia". Ahora llevó el timón de la chalana hacia el dique flotante y guió a los comandantes por el ruidoso laberinto que rodea al blindado en reparación. Esquivaron chispas de soldadura que caían de las nuevas cubiertas. Del otro lado del casco, una grúa izaba el flamante cañón Vavasseur de 150 a su emplazamiento en proa. Atento a la maniobra, el capitán de navío Juan Guillermo More no vio llegar a sus camaradas. Sólo cuando la pieza descansó en su colisa y los marinos a cargo del dique lanzaron sus sombreros al aire, More soltó un bufido de alivio, se volvió mojado en sudor y casi tropezó con Grau.

—Pasado mañana, al agua —sonrió. No se separaba de su buque desde hacía tres semanas—. No tengo tripulación.

—Cuenta con Wilkins —tendrá Grau que trasladar veteranos del "Huáscar" al segundo blindado de su división. Con nuevas calderas inglesas y cañones rayados en caza y retirada, la "Independencia" podía resultar tan valiosa como la capitana. Wilkins es experto ingeniero—. Ojalá haya tiempo de ejercitar la artillería.

Los comandantes se miraron con preocupación.

More señaló un destartalado edificio con techumbre de hojalata, cerca de la playa.

—Les invito una cerveza. Después paseamos las obras.

—¿Cuándo pruebas calderas? —Grau se exasperaba. Casi un año sin contar con la "Independencia" y en Chile preparaban la agresión.

—El miércoles... si consigo gente.

—¿Está aquí el comandante Grau?

—¡Presente!

—Buenas tardes, señor —el alférez Guillermo García y García saltó del bote al dique—. Telegrama urgente, mi comandante.

—¿Cómo estás muchacho? —saludó su hermano Aurelio.

—Muy bien, señor —el alférez se acaba de casar.

Grau leyó dos veces el mensaje.

GUERRA DECLARADA PROCEDA SEGUN ORDENES DEL SOLAR.

Estado de guerra

Batalha y Finch no se movieron de la vereda durante diez minutos. Avanza la noticia de puerta en puerta, a saltos por los balcones. ¡Los chilenos al ataque! ¡La paz ha terminado! Sa-

len mujeres, hombres en peligro de muerte extraordinaria, agrupados por instinto en batallones vecinales, pronto atraídos por el poder que sesiona en secreto tras las once ventanas del palacio presidencial. A la sombra de malolientes portales, lentamente se espesan manchas de multitud: mendigos con mendigos, poderosos con sus iguales, extranjeros por naciones, todos al acecho de carruajes que se detienen, que parten de la sede del gobierno. La chusma se agitó por Desamparados. Pronto no quedó un simón disponible en la plaza. Vestidos de serio aparecen zambos de Santoyo y el Tajamar indagando si el General los necesita. ¡Oiga, don Usted! ¿verdad que estamos en guerra? Titubeó la saciada euforia de Lima. ¡Los chilenos al ataque! ¡Zarpan los monitores! ¡Reorganizan el Estado Mayor! ¡El General Juan Buendía nuevo jefe del Ejército! Ayer nadie dudaba de la guerra. El país está desarmado y sin fondos. En la noche prevalecieron voces a nombre del sentido común. Perú se esfuerza por mediar entre Chile y Bolivia, tengan calma. No se atreverán. Así fue como los limeños se acostaron tranquilamente. Y de pronto, la guerra. Finch vio ansiedad y furia en los rostros asomados al balcón del Hotel Cardinal. En la plaza irrumpían los universitarios vivando al Perú.

Atareados capitanes atajan a caballeros de tarro y pantalón listado en la puerta del palacio. Hoy es imposible pasar tarjeta, fuera. El señor Presidente no recibe. El señor Presidente está reunido con sus ministros. Más tarde el señor Presidente hablará al pueblo.

—¡Finch! ¡Oiga, Finch! —cerca del palacio oyó la voz del doctor Olavegoya, ex-agente confidencial del gobierno en Londres. Fue a su encuentro abriéndose paso a codazos—. Lo estoy buscando desde temprano. Finch, ¿dónde se escondió?

—Fuí al Callao —el corresponsal trotó junto a Olavegoya a través de la plaza—. La escuadra no tiene carbón.

—Tonterías, Finch, estamos repletos del mejor carbón inglés —su mirada comprobó la hora en el reloj de la Municipalidad de Lima, abrumada por pacientes buitres de ciudad—. Las cosas van bien, Finch. No deseamos la guerra, pero...

—Tengo informes desalentadores sobre el ejército boliviano.

—¿De veras?

—Sí —Finch mostró los dientes—. No existe.

—¡Qué chistoso es usted, Finch! ¿Así que el General Daza ha inventado cuatro divisiones?

—Es probable —se obstinó Finch. En la Legación de Estados Unidos saben que los aliados del Perú nunca han manejado un rifle moderno. Se encogió de hombros—. ¿Usted confía en Daza?

Olavegoya empujó a los lerdos que obstruían la bocacalle. No contestó.

—¿No cree que un general peruano debe inspeccionar el ejército aliado antes de contar con cuatro divisiones para la guerra? —insistió el periodista.

—¿Usted trabaja para el "Herald" o le paga "El Mercurio", Finch? —por Bodegones llega un gentío cantando el Himno. El corresponsal lo contempla pasar desde otra edad andrajosa, maloliente a gangrena. ¿Cuántos volverán de las batallas? Olavegoya se impacienta—: ¡No se quede ahí, Finch!

Lo alcanzó en la puerta del Hotel Maury. Han desaparecido botones y hasta el conserje. Un humazo a tabaco habanero acometía desde el bar donde descorchan champaña y brindan por la victoria. No hay mesa, alcanza a decir un mayordomo. En el comedor rojo, de pesadas cornucopias y espejos, hablan a gritos. Olavegoya sorteó entremeses y *petits fours* en busca del solitario consejero Soyer.

—¡Qué bien, encontró al señor Finch! —interrumpe la riñonada fragante a vino, chasquea dedos llamando al sirviente, ofrece asiento—. Se han vuelto locos, escúchelos. Todos se sienten generales.

—Y a lo mejor, son —raposeó Finch recordando que había veintiséis de brigada y división para mandar a cuatro mil soldados.

—Servido, señor Finch —el consejero tardó en apreciar el comentario. Un cercano vozarrón informa que carecemos de ametralladoras, que existe una que envió Estados Unidos para demostración, que hace cuatro años los yanquis querían vender,

que no compramos, que hasta esa ametralladora se ha perdido—
¿Un aperitivo, señor Finch?

—¿Es verdad? ¿ni una ametralladora?

—Me parece que tenemos cuatro, señor Finch. ¿Qué se sirve?

—Cerveza, por favor. Imagino que la guerra está declarada.

—Sí, señor Finch. El ministro chileno Godoy entregó la nota de guerra a la una de la tarde.

—¿Hoy?

—Hace un rato.

—¿Y usted, señor Finch? —se inclinó un mayordomo a tomar la orden. Salchicha de Oxford. Papas a la cidra. Ensalada. Otra cerveza. Y después compota.

—¿Por qué no aceptaron el pedido de neutralidad?

—Primero Chile debe explicar por qué ocupó el litoral boliviano —el consejero no ha dormido dos noches, pidió una taza de café fuerte.

—Y ahora nos acusa de pasar armas a Bolivia —resopló Olavegoya—. ¡Nada menos que cinco mil rifles!

—Me interesa el tratado —el corresponsal abrió un pequeño cuaderno de notas—. ¿O todavía es secreto?

—Fue dado a conocer a la cancillería chilena el 31 de marzo.

—No es justo que Chile nos acuse de hostilidad preconcebida por la alianza con Bolivia —se acaloró Olavegoya—. Desde 1864 ha querido firmar un tratado parecido con Ecuador.

—¿Para mí? —Finch miró ávidamente un sobre que le mostraba el consejero Soyer—. Lo puedo enviar por cable hoy mismo.

—Se dará a conocer mañana, simultáneamente en Lima y La Paz.

—Según los chilenos es la verdadera causa de la guerra —Finch embadurnó su almuerzo con violenta mostaza de Dijon—. ¿Por qué lo esconden?

—Perú y Bolivia nada más se obligan a rechazar la agresión de cualquier otro país —la copia traducida al inglés cruje

en grueso papel con el escudo del Perú—. No contiene agravio o amenaza contra determinada nación. En pocas palabras, las partes contratantes se comprometen a defenderse recíprocamente del ataque de un tercero. Y su artículo octavo estipula que antes de declarar la guerra, han de usarse todos los medios conciliatorios, siendo preferible el arbitraje de una tercera potencia. Es un tratado esencialmente condicional. ¿Cómo puede darse Chile por aludido?

Finch recogió el sobre. Antes de que pudiese echar un vistazo al documento, Batalha se acercó a la mesa.

—Hola, Ernie.

—Informan a Saint-John que los chilenos se acercan —susurró al oído del corresponsal—. Se dirigen a Iquique.

Soyer alzó las cejas. En ese momento resonaron las grandes campanas de la Catedral. También los conventos de La Merced y San Francisco tocaron a rebato. Cuarenticinco campanarios se mecieron convocando a la población. Desde que el General San Martín proclamó la Independencia no se había escuchado campanear como esta tarde. ¡Salgan de sus casas! ¡Estamos en guerra! Los campanazos sacudieron el elegante comedor del hotel y un tropel de caballeros derribó quesos y *petits fours* ganando la calle. Por Bodegones ya desfilaban de a ocho en fondo, tomados de los brazos, cantando el Himno. No se detienen en los portales. Avanzan hasta el palacio, apretándose bajo la ventana donde despacha el General Prado. A pie, en carromatos, sobre tranvías de encabritadas mulas se apura la musculosa muchedumbre trajeada con harapos de amotape, desdentada y chillona, blandiendo garrotes y cuchillos. Llaman las campanas a defender y defienden los ángulos y las piedras y los soportes de la ciudad cebada de ellos y necesitada de ellos. La neblina, la luz, las montañas, el viejo río, los árboles, las cosas peligran. Los universitarios se abrían paso con una chamuscada bandera victoriosa sobre España el 2 de mayo de 1866. Como si algo más que los bronceos hablara, un lamento a la vez triste y poderoso, el vasto campanear expulsó de sus casas a los ciento treinta mil habitantes de la ciudad.

La hora más negra

Un mugido entró al palacio. Desde el salón del Consejo, el General Prado miró a la multitud vociferante bajo el campanear que no descansa. Cuatro meses atrás asesinaron por la espalda a su aliado Manuel Pardo. Mientras se acaba la paz, el Congreso le ha negado fondos para modernizar un ejército de apenas cuatro mil hombres. Las aduanas del país están hipotecadas a prestamistas extranjeros. Por ahora no hay sino fusiles viejos, buques lentos, cañones casi inservibles para enfrentarse al enemigo. El General contempla el cielo agrisado de las cuatro de la tarde, la hora más negra de la república. Compuso el uniforme. Parecía estirar todo su cuerpo en demanda del tamaño que le atribuía el pueblo. El héroe del 66, el vencedor de España apenas consigue dormir a ratos desde hace diez días. Las balas nunca lo habían asustado. Pero una angustia diferente, algo parecido al presagio de una catástrofe al fin inevitable agarrotaba sus miembros. Casi gruñó arrancando hacia el balcón del palacio. Gravemente lo siguieron sus ministros.

—¡Viva el Perú!

—¡Viva Prado!

—¡Muera Chile!

A gritos pedían verlo desde hace media hora. Se escuchó un largo aplauso cuando una a una callaron las campanas.

—¡Bien, pueblo de Lima, bien! —el General mostró los puños. Mira el tiempo no escrito delante suyo, el vacío que debe poblar de hechos y de muertos. Su voz tronó—: Se nos ha declarado la guerra cuando abogábamos por la paz. Se nos ha declarado la guerra porque mediábamos en favor del débil... ¡está bien! Hicimos cuanto era posible para preservar la paz. Ahora haremos cuanto sea necesario para ganar la guerra...

Lo interrumpió el mugido: ¡Viva el Perú, muera Chile!

—...el Perú la acepta con orgullo. En medio de su crisis económica y fiscal, tiene abundantes recursos para luchar sin tregua hasta alcanzar la victoria. En medio de su prudencia y de su

amor no desmentido a la tranquilidad de América, posee la energía necesaria para sostener incólumes sus derechos y su dignidad. ¡Han querido guerra y guerra tendrán!... —otra vez rugió la multitud— ... ¡pero guerra tremenda, guerra terrible como corresponde a la magnitud del agravio recibido! —la plaza estalló en vivas al Perú y a su Presidente—. ¡Jóvenes! ¡id a llevar a todos los rincones la noticia de que el Perú ha sido ultrajado, id a decir a todos los peruanos que han de ponerse en pie para anondar al enemigo, id a propagar el fuego de la Patria!

Ahead, all steam on!

A las cinco de la tarde, la falúa con ocho remeros atravesó las aguas de Chucuito al encuentro del "Huáscar". A ratos cabrillea el océano y olas delgadas rompen contra la escollera. También la "Pilcomayo" levantaba presión.

Comandante a bordo. Después de siete años, hasta el viejo monitor reconoce su voz. Olfatea el mar, las distancias: el señor Grau no percibe tufo enemigo en el horizonte, sólo el propio, inconfundible hollín subiendo en espirales por la chimenea del "Huáscar". Saluda al pabellón, a los jefes. Estamos en guerra, señores.

—Señor Otoyá, el teniente 1º Rodríguez se encargará del timón de combate —mientras dicta sus órdenes, el jefe del "Huáscar" inspecciona aseadas las bocinas, va hasta el combés y desde allí aprueba el chato y poderoso aspecto de su pequeña nave—. ¿Quién está al mando de la Guarnición?

—Capitán Mariano Bustamante, Batallón Ayacucho. Y capitán Manuel Arellano, Columna Constitución, señor.

—Que formen en toldilla. El teniente 2º Jorge Velarde se desempeñará como mi oficial de señales.

—Sí, señor.

Nos vamos. Levanten falcas. La tripulación compone sus petates. A ratos el viento arrastra por la bahía un rumor a campanas. Alcanzan a ver una multitud apretujada por la escalera y atrás el puerto con sus reservorios de carbón y sus locomotoras, sus fuertes desguarnecidos, los bosques de Bellavista, las dispersas endebles chozas de La Legua y en la distancia azul, anocheciendo entre los cerros, la ricachona y carnicera Lima con su coraje a prueba definitiva. Antes de pasar a toldilla, los ojos de Grau parecieron felicitar el estado de su esbelto cajón de acero que apenas sobresale metro y medio por encima del agua.

—¡Atención!

El jefe del monitor contestó el saludo de los capitanes Bustamante y Arellano.

—¿Qué tal puntería tienen sus voluntarios, señores?

—Son tiradores escogidos, señor —contestó Bustamante.

—También mis buitres, señor —Arellano sacó pecho.

—¿Han practicado?

—Dos días, señor —dijo Arellano—. Quemaron cien cartuchos por cabeza.

Grau revistó primero a los rifleros del "Ayacucho". Se detuvo ante un jovencito.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Francisco Gutiérrez, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, señor.

—¿Y tú, muchacho?

—Mariano Zegarra, señor.

—Me parece que no tienes edad de ser soldado.

—He cumplido dieciocho, señor —mintió: tenía quince.

—Guillermo Berríos, señor.

—Anacleto Alarcón, señor.

Un joven larguirucho llamó la atención de Grau en las filas del Batallón Ayacucho.

—Francisco J. Retes, señor. Veintidós años, señor.

—¿Grado de instrucción, soldado Retes?

—Colegio completo, señor.

—¿Se da cuenta que puede aspirar a oficial del ejército?

—Estoy bien en el "Huáscar", señor.

—Es primo de Heros —murmuró Otoya al oído del comandante.

—Muy bien, señores —se dirigió a los capitanes de su infantería de marina—. Bienvenidos al "Huáscar" y que todos cumplan con su deber.

Subió al puente.

—Ordene a la "Pilcomayo" seguir mis aguas —Grau parece distraído en la lejana visión de Lima adormeciéndose contra los cerros.

—*Steam is on!* —por la manguera se oyó la gruesa voz del jefe de máquinas.

Nubes tostadas pasan en columna entre las islas y el puerto, echando sombras encima del monitor.

—*Pressure, twenty pounds!* —subió la voz de mister Wilkins.

Desde la cala al puente, una trepidación animaba al "Huáscar". Otoya inspeccionó la aguja de marear y los guardines. Por toldilla desaparecían arbotantes y pastecas.

—*Ahoy, mister Wilkins* —el capitán de fragata Ramón Freyre convocó al ingeniero.

—... ¡anclas, anclas!

Clausuraron escotillas, la caja de bombas.

—*I want to run this ship with utmost speed* — se oyó al comandante—. *By fair or foul, mister Wilkins.*

—*Aye aye* —gruñó el jefe.

Otra vez su mirada buscó la ciudad distante. Hasta mañana, Doloritas.

—¡Avante! —ordenó.

Y luego:

—¡A toda máquina!

—*Ahead! All steam on!* —gritó el comandante Freyre.

Un grueso humo negro brotó de la chimenea. También la "Pilcomayo" cortaba las aguas.

Impasibles escuchan subir las maldiciones de Wilkins por el tubo de órdenes.

—*All steam on, you bloody poltroons! Lets make happy those harlots ashore, damn it!* —después informó al puente con su fuerte acento de Liverpool—: *Full pressure, sir!*

Volaban por la bahía del Callao.

—¡Viva el “Huáscar”! —gritó el contramaestre Dueñas.

—¡Viva el comandante Grau! —replicó el fornido marinero Aparicio Robles.

El monitor estalló en hurras.

Grau es una sola substancia con su buque. A toda máquina se opera el prodigio: el comandante le arranca atrevidas maniobras como si nada más fuera una prolongación de su organismo. Evolucionó en derredor de la más lenta cañonera “Pilcomayo”. Cuando se pegaron a tierra, mandó izar su pabellón y saludarlo con una salva de sus cañones de trescientos. Cinco mil personas aplaudieron el disparo desde la cascajosa ribera.

Esquivaron las islas, de proa al chamuscado atardecer. Las seis: hora de comer. Pero Grau siguió en el puente, como ante un mar desconocido. Por un cielo violáceo apareció la luna. Cerca de su redonda luz blanca, el jefe de la división descubrió el brillo persistente de una estrella. También Freyre se sorprendió.

—Nunca antes había visto algo parecido —dijo.

—La estrella cinco —murmuró Grau.

El mayordomo Pineda trepaba al puente a preguntar si puede servir. Miró la luna y reprimió una mueca.

—Los japoneses la conocen como la estrella cinco —habló el comandante.

—Desgracia —dijo el mayordomo—. Ella siempre anuncia desgracia.

—Así creen en Oriente. La estrella cinco sólo avisa catástrofes —Grau la miró sin temor—. Tampoco yo la había visto.

El espolón del “Huáscar” deshace grandes tumbos negros.

—Rumbo ciento cincuenta —ordenó Grau. Sopló sus manos. Al norte. Hoy no buscaban pelea.

Iquique, 5 de abril

—¡Buques a la vista!

—... ¡viiiista!

La voz de alerta y el toque de corneta recorrieron el morro de Iquique a las diez de la mañana. Diecisiete mercantes neutrales están en la bahía. Desde ayer no hay noticias de la crisis internacional. Don Carlos Richardson, gerente de la Compañía Salitrera de Tarapacá y coronel jefe de la Columna Naval, pidió su catalejo. Dos vapores se acercaban por el sur. Mojado en sudor, observó a sus playeros que abrían fosos y amontonaban sacos de arena en las trincheras. En el muelle Barrenechea se detuvo el pescante a vapor. Cesó la descarga en el muelle Gilde-meister. La corneta del morro paralizaba al primer puerto salitrero del mundo.

—¿Chilenos? —indagó el subteniente abanderado Meléndez.

—No se ve —gruñó el veterano. Había sido segundo jefe de la Columna Constitución en 1866. Aquella vez tenían con qué defenderse. Miró desolado a su propio batallón sin armas. No hay un solo cañón en Iquique. Despachó un mensajero a la Prefectura. Alfonso Ugarte no está. Partió temprano a La Noria, a organizar la Guardia Urbana.

—Esperemos un rato. Y abran bien los ojos.

Largo azul en busca de tierra: la inmensidad chisporroteaba en la cabeza de los vigías. Al norte de Iquique, aquella isla en verdad es un arrecife cubierto por una montaña de guano escarbado desde hace veinticinco años. El Prefecto Justo Dávila y el capitán de puerto Salomé Porrás subieron a las atalayas. A las once menos veinte, un vigía señaló el norte.

—¡Buques a la vista!

Contaron tres humos. Acaso sean peruanos.

—¿Ordeno zafarrancho?

—Todavía, todavía —Dávila gobierna el departamento de Tarapacá, una ciudad, catorce pueblos, diecisiete aldeas, treinta-

dós caseríos y sesentitrés haciendas en las que habitan 13,988 mujeres y 28,014 hombres: seres dispersos por la indefensa costa sin agua o en los bordes del temido Tamarugal, la inmensa llanura sin sombra que al sur del río Loa, línea fronteriza con Bolivia, se funde con el vasto desierto de Atacama. Ese casi infinito horizonte salpicado de piedra pómez y basaltos arrojados por antiguos volcanes y arrasado por torbellinos al caer la tarde, es el más importante yacimiento de nitratos en el planeta: el botín de guerra, por ahora.

—¡Acorazados chilenos!

—¡Corneta, reunión! —vociferó el Prefecto.

Aquel limpio sonido galvanizó a la ciudad. Nada volverá a ser lo mismo.

Desde que Chile ocupó el litoral boliviano, casi todos en Iquique reciben instrucción militar aunque sin rifles: marchas y contramarchas, el lenguaje de órdenes de batalla se enseña a escuadrones apenas armados de garrotes. Richardson organizó la Columna Naval. Sabe que hay armas en la aduana y que sólo el Prefecto puede autorizar su entrega a los voluntarios. Pero el coronel Justo Dávila fue a encerrarse en su despacho. Sus ayudantes informan que hay 9,000 toneladas de carbón en el almacén fiscal o consignado a casas comerciales. Cincuenta enfermos, casi todos de disentería, ocupan las camas del Hospital. Ordenó economizar combustible, reservando carbón sólo para las cinco máquinas destiladoras de agua o para las locomotoras que viajan a La Noria y a las estaciones salitreras del interior.

—¡Señor Dávila, entréguenos armas! —se malhumoró Richardson.

El ejército de línea y los gendarmes encerraban chilenos en un edificio municipal. ¿No hay noticias de Lima? Nada. Se aproximó a la ventana: la escuadra chilena se agrandaba frente a Iquique. ¡Dos acorazados y tres corbetas! Las cinco máquinas de agua están en la ribera. Si las destruyen, don Carlos, ¿qué haremos? ¿Morir de sed? Entonces dictó otro cablegrama a Su Excelencia el Presidente: Buques enemigos a la vista.

—Muy bien —ordenó al fin—. Repartan rifles y veinte cartuchos a cada voluntario.

—¿A todos, señor?

—Columna Naval y Guardias Nacionales.

—De inmediato, señor.

Subteniente abanderado: a traer la bandera. Al llegar a casa, el joven Meléndez tropezó con su padre que salía abrochándose el uniforme. Nada más le acarició el rostro. Don Manuel Meléndez ha cumplido 56 años. La vida no ha sido muy generosa con él. Ciertamente, es caballero respetado. Guardó cuatro meses de silencio cuando la peste amarilla fulminó a su esposa. Tenía cuatro hijos y dos han muerto. Su hija Aurora casó con un comerciante chileno y reside en Valparaíso. En esta antigua casa en la que a ratos se pierden, nada más viven padre e hijo. Por fin ha llegado la hora de separarse. El viejo es segundo jefe de la Columna Naval. A los diecisiete años, Joaquín Meléndez es abanderado del Batallón N^o 1 de Guardias Nacionales de Iquique.

¿A qué van a venir los chilenos? A invadirnos, bufaba el telegrafista Urrutia. A reventar Iquique a bombazos. ¡Cinco buques! ¿Cuántos cañones contra ninguno? Antes de desplegar la bandera de su batallón, llegó jadeando el joven Meléndez.

—¡Mensaje para La Noria, don Misael! ¡Avisen al señor Ugarte! ¡Los chilenos llegaron!

Ya lo sé, claro, murmuró el telegrafista. El mensaje voló por sus manos al interruptor eléctrico.

De Iquique a las salitreras hay 177 kilómetros de ferrocarril. En la estación de La Noria sólo viven 25 obreros. Pero allí cerca están los yacimientos de Pozo Almonte, Argentina, Peña Chica, Peña Grande y Cocina que exportan casi cuatro millones de quintales de nitratos al año. Ugarte organizaba a los obreros en compañías de Guardia Nacional. Mientras espera respuesta, el joven Meléndez contempla la línea del ferrocarril que 180 metros encima de la ciudad cruza arenosas ondulaciones para desaparecer hacia el interior a seis kilómetros de aquí. Se acercan los buques enemigos.

—¿Qué ocurre, don Misael?

—Lo estarán buscando, muchacho.

Podría encontrarse en algún lugar de Europa, en Londres

tal vez. A los treintitrés años, Alfonso Ugarte era uno de los peruanos más ricos de Tarapacá. Hasta 1861, su familia vivió en el interior del departamento, al pie de verdes serranías, en su hacienda que abarca casi toda la pequeña quebrada de Aroma. Muerto su padre Narciso Ugarte, lo enviaron a estudiar a colegios ingleses de Valparaíso. Su madre Rafaela Bernal se estableció en Iquique y casó con un acaudalado alemán llamado Jorge Hilliger. Diez años atrás Alfonso Ugarte volvió a Tarapacá a encargarse primero de la hacienda y de la gran casa de comercio de su padrastro después. No huyó cuando al terremoto de 1869 siguió la peste. Organizó auxilio y hospitales. Gracias a su ingenio, Hilliger no quebró cuando se expropió las salitreras en 1872. A Ugarte lo eligieron alcalde. Presidía la Beneficencia Pública. Abordaba el vapor inglés "Sorata" con su familia a tomar largas vacaciones en Europa y una hora antes de zarpar se confirmó la noticia: Chile ocupa por las armas el litoral boliviano. Ugarte ordenó desembarcar su equipaje. Esa tarde convocó a los ciudadanos en el teatro. El senador suplente Manuel de la Torre y el joven diputado Guillermo Billinghurst secundaron el llamamiento. Ya existían tres grupos de milicianos: la Columna Naval, la Columna de Honor integrada por los ricos y la Columna Boliviana. Ugarte convenció a quinientos tarapaqueños para organizarse en un verdadero cuerpo de ejército. Doce mil soles cuestan arreos y uniformes. Los puso de su bolsillo.

ENTERADO. VUELVO DE INMEDIATO.

UGARTE.

—Mire: son el "Blanco Encalada" y el "Cochrane" —dijo Salomé Porrás—. Mi deber es abordarlos.

Dávila recibió el anteojo y observó los blindados enemigos.

—¡Son enormes!

—Sí, don Justo. Son más grandes que los nuestros.

En ausencia de Ugarte, el segundo jefe La Torre reunió a los Guardias Nacionales de Iquique en el Teatro Nacional. Allí repartieron viejos Chassepot de aguja y cartuchos. Se sucedían

discursos. ¡Hay que hablar menos! —casi gritó el joven Meléndez. El batallón formó en la Plaza de la Aduana. Cornetas y gruesos tambores de guerra ritmaron su marcha hasta la ribera. En la Bodega del Morro, también Richardson arengaba a los suyos.

Dos mil chilenos abandonaron Iquique en las últimas dos semanas. A los que se obstinaron en quedarse, los internan ahora en desiertos almacenes o, si viejos amigos, los dejan salir en botes al encuentro de su escuadra o de mercantes neutrales. Quienes ya viajaron, han de haber proporcionado excelente información sobre este puerto al llegar a Valparaíso. Pero los acorazados se aproximan como temiendo una sorpresa. Reconocieron la isla de Cuadros, cerciorándose de que no hay fortines que disparen a retaguardia. Después sus cañones apuntaron a Iquique. Nadie retrocedió. Cientos de banderas peruanas se agitan sobre la población. Mujeres y niños esperan en las terrazas o se atreven hasta los muelles. A las tres, cuando el enemigo se acercó a un cuarto de milla, los defensores llegaban a mil quinientos. Con pausado andar entró por delante la corbeta "Esmeralda". La siguieron las corbetas gemelas "O'Higgins" y "Chacabuco". En fin, avanzaron los blindados.

Vestido con su antiguo uniforme de capitán de corbeta, don Salomé Porrás abordó una falúa y salió resueltamente al encuentro del "Blanco Encalada" que enarbolaba la insignia del jefe de la escuadra. Hay una sonrisa cachacienta en los rostros que asoman por las cubiertas chilenas. Fusileros navales repletan el blindado. De inmediato llevaron a Porrás ante un hombre de faz avinagrada. Reconoció al contralmirante Juan Williams Rebolledo.

—Debo protestar, señor, por la amenazante presencia de sus navíos y exigir... —empezó Porrás su discurso.

—¿Quién es el jefe de la plaza?— el chileno ignoró sus palabras.

—El Prefecto de Tarapacá, coronel Justo Dávila.

—Pues dígame que cumpliré al pie de la letra la comunicación que en breve le será entregada por un oficial de mi escuadra. Ahora puede retirarse.

- Porras regresó consternado.

Casi detrás de su falúa avanzó a tierra una lancha del "Blanco Encalada". En lugar visible, con uniforme de parada, podía verse al capitán de fragata Arturo Prat. Ayudante del poderoso Rafael Sotomayor, Secretario General de la Marina de Chile, traía en un gran sobre lacrado la comunicación de Williams Rebolledo. En Iquique, nadie ha tenido tiempo de almorzar. El joven Meléndez tampoco se acuerda de la sed. Su caballo y él: ambos mojados por el sudor mientras el océano chapotea mansamente a sus pies. Muchas veces se ha detenido en este lugar a contemplar la caída del sol, el ancho atardecer rojo de Tarapacá. O a pensar en Dios, a imaginar a su madre, a echar piedras en la superficie azul, a inventar cosas del futuro. La lancha chilena eligió el muelle inglés. El comandante Prat lleva el cabello corto, la barba negra bien recortada. Echó una mirada a la multitud. En toda la ciudad nadie pronunció palabra. Recibido con el silencio universal, Prat subió catorce peldaños. Con los remos en alto esperaban sus doce marineros.

—¿El señor Prefecto del Departamento de Tarapacá? —preguntó el comandante.

Un playero señaló el edificio de la Prefectura. Se acercaba el mayor Manuel Loayza.

—Puede seguirme, señor —dijo el peruano.

—Muy amable, señor —respondió en enemigo.

Destino: Tarapacá

La primera noche de la Guerra del Salitre sorprendió al vapor "Chalaco" en esforzada navegación a la altura de Islay. Después de cenar con los jefes de la División La Cotera, el capitán de fragata Manuel Villavicencio subió al puente. Su vapor avanza a casi diez nudos, ajustadamente a flote cargado

como está: conduce dos batallones de infantería, una brigada de artillería, dos piezas de a 100 y dos de a 250 para fortificar Arica, municiones y armas ligeras para el Ejército del Sur, además de provisiones y hasta zapatos para la tropa de Tarapacá. Había zarpado del Callao a las tres de la mañana del dos de abril. Media hora antes de levar anclas, el General del Solar explicó que acaso la escuadra chilena intente apresarse el buque en alta mar. Según el señor Ministro, estrategas enemigos querían empezar la guerra apoderándose del "Chalaco", sus mil doscientos soldados y toda su artillería. Hasta Islay, Villavicencio prefirió navegar a veinte millas de la costa. Ahora se pegó a tierra. Había calculado hacer las últimas ochenta millas bajo el sol, a toda máquina por aguas que él conoce a ciegas. Cubierto con un chubasquero acaricia sus bigotes casi rubios mientras instruye al segundo jefe. Si cae el "Chalaco", el país también perdía dos de sus siete batallones de línea. Sin los cuatro cañones y las bombas que transporta en sus bodegas, Arica no podrá defenderse. A bordo se ignora que la guerra empezó al mediodía. Villavicencio prefiere suponer que la escuadra de Chile lo quiere hundir.

Casi no hay espacio para sentarse. La tropa se amontona en las bodegas. Los oficiales deben turnarse para usar literas en la segunda cámara. Quienes ya han dormido, suben a cubierta a estirar las piernas y a mirar la oscuridad. El "Chalaco" navegaba sin luces.

—¿Escuchas? —un escalofrío sacude al subteniente Delhorme.

—Parecen rompientes —opina el teniente Del Castillo. Golpeado por el viento intentaba encender un tabaco. Al fin lo consiguió.

—Vamos raspando la costa —se quejó Delhorme. Ese comandante se portaba como un loco. El niño-héroe del 2 de Mayo de 1866, que arrancó una espoleta a la enorme granada española caída en la arena a unos pasos del General Prado, se ha convertido en oficial de artillería.

—No tienes que ser valiente toda la vida —advirtió Del Castillo. Le lleva dos años. Se conocieron en la Escuela Militar,

reorganizada en 1872. Al teniente de 22 años se le cree el mejor artillero del país. Pese a su juventud es un notable matemático—. El miedo existe, supongo que lo sabes.

—Sí, claro. Tengo miedo de naufragar —confesó el otro con los ojos clavados en la oscura baba marina.

—¿Qué hará si los chilenos están en Arica? —se interesó el General La Cotera.

—Escapar —replicó Villavicencio. La verdad, no sabía cómo lograrlo. Ni siquiera sospecha cuál será la posición del enemigo.

—Vamos cargados —se preocupó Delhorme.

—Sumergidos hasta los tambores —La Cotera sabe que el “Chalaco” no puede maniobrar como Villavicencio quisiera: la línea de flotación ha desaparecido bajo el agua.

—Algo me dice que llegaremos bien —sonrió Del Castillo chupando su habano.

—Al caer la tarde veremos Arica —informó Villavicencio—. Quince a estribor.

—Primero desembarca la infantería —resumió el coronel Ramírez de Arellano, jefe del Batallón Puno N^o 6—. Irás a tierra por delante.

El coronel Remigio Morales Bermúdez estuvo de acuerdo. Mandaba el Batallón Lima N^o 8.

—Después van las municiones y la artillería. Si es posible continuar viaje, me trasladaré a Pisagua.

—Parece un buen plan —convino el General La Cotera.

—Una tontería —concedió Delhorme—. No le tengo miedo al agua... es miedo a la oscuridad.

—No, compañero. Es miedo a la muerte —Del Castillo le palmeó el pescuezo—. Y no hay más remedio que morirse.

—A lo mejor es como una vacación —ahora Delhorme rió—. Es que yo no me he fatigado de vivir. Podría cumplir cien años sin aburrirme.

—No sé —Del Castillo arrojó el mascado resto de su habano al mar—. Dicen que después de cierta edad, todo se empieza a repetir.

—¿Café, mi comandante?

Villavicencio escudriñaba la incipiente luz a proa. El mar parece vacío. Despacio reconoció la costa gris de Moquegua. Sólo le preocupa llegar con casi devoradas carboneras. Si hay que huir, apenas alcanzará el combustible para llegar a Mollendo.

El subteniente Delhorme sacudió la colchoneta tibia. Se despojó de las botas para tumbarse boca arriba.

—¿No puedes dormir? —Del Castillo masticaba una galleta—. Creo que estamos cerca.

—Reducimos velocidad —explicó Villavicencio—. Quiero entrar a Arica con el sol a mis espaldas.

Ahora se apartaban de la costa.

—Si han bloqueado Arica, el sol nos dará un rato de ventaja.

—Comprendo —dijo La Cotera.

—Llegamos dentro de media hora —anunció Del Castillo a sus soldados.

Se acercaban a toda máquina, a ras del sol. Villavicencio no se despega del largavistas.

—No hay humos.

—¿Nada?

—Nada.

La tropa se apiña en cubierta, con los rifles cargados.

—A lo mejor no se declaró la guerra.

—¡Ojalá! —Villavicencio compuso los mostachos. Intuía que ya es imposible sostener la paz con Chile. Acaso se han cruzado con el enemigo mientras navegaban cerca de las rompientes. Williams Rebolledo no puede ignorar el estado de la escuadra peruana abrigada en el Callao.

—Listo, mi teniente —sonrió Delhorme—. A dar en el blanco.

—¡El morro! —saludó La Cotera.

—No hay buques de guerra —confirmó Villavicencio. Sin embargo debe esperar una señal de tierra. Largó un cohete y ordenó mantenerse a la máquina. De Arica no contestaron.

Rápidamente caía la noche.

—Voy a entrar —anunció el comandante.

A las siete y veinte el “Chalaco” humeó en la bahía. Botes

adornados con banderas peruanas salían a su encuentro. A los gritos de viva el Perú, viva el "Chalaco" desembarcaron los batallones de infantería. Toda esa noche descargaron cajas de municiones y alimentos. Playeros y lancheros instalaban la cabría para llevar a tierra los grandes cañones de 250. Confirmada la noticia de la guerra y que la escuadra chilena bloquea Iquique, Villavicencio apuró el trabajo de bajar pertrechos al muelle fiscal.

Al mediodía del domingo, los oficiales de artillería paseaban el morro cuando el joven Delhorme descubrió un distante buque de guerra acercándose por el sur.

Toques de corneta se sucedieron hasta que el heliógrafo parpadeó la noticia al puente del "Chalaco". Villavicencio mantenía su transporte con la presión al máximo. En cinco minutos arrancó mar afuera sin haber descargado todavía las piezas de 250. Pero no se aproximaban chilenos sino la fragata de guerra británica "Turquoise". El "Chalaco" volvió a la bahía. A las seis de la tarde llevaron a tierra las piezas de a cien.

Al atardecer del lunes La Cotera preguntó a Villavicencio si se atreve a dejarlo en Pisagua, a 39 millas de la escuadra enemiga. Comunicaban de Iquique que dos naves chilenas se desprendieron del bloqueo con rumbo al norte.

—Debo viajar con el 6º de Línea y dos cañones por lo menos —explicó el General—. También hay cincuenta caballeros voluntarios de Tacna y Arica que han reunido su propio armamento.

—Lo llevaré, General —convino Villavicencio—. Pero no estaré en Pisagua más de una hora.

Casi a medianoche zarpó el "Chalaco" hacia el sur. A Villavicencio lo preocupa tener aún en sus bodegas irremplazables piezas de 250. Pero más liviano que durante la travesía desde el Callao, ahora su buque volaba a 11.5 nudos. A las siete de la mañana entró en la bahía de Pisagua, apenas dos horas después que la "Chacabuco" hubiese merodeado el puerto. En 54 minutos desembarcó al 6º de Línea, a todos los voluntarios, dos cañones de campaña y municiones de todo calibre. Una multitud cantaba cuando el "Chalaco" humeó de regreso a Arica. Esa no-

che el primer cañón de 250 llegó sin novedad al muelle. A la mañana siguiente el capitán de fragata Manuel Villavicencio había cumplido su primera misión en las barbas del enemigo. Partió con destino a Pacocha y Mollendo, a cargar carbón y a recoger a un millar de guardias civiles llegados de Puno y Arequipa. Otra vez lo esperaban en Pisagua.

Comunicación al jefe chileno

Iquique, 6 de abril

Señor:

El señor vice-director de la Sociedad de Beneficencia de este puerto en oficio de hoy me dice lo que sigue:

"Habiendo organizado la Sociedad de Beneficencia de este puerto un cuerpo de ambulancias conforme al programa de la Convención de Ginebra de 1864, para atender al socorro de los heridos que por desgracia deben haber en el conflicto que ha traído a la Escuadra Chilena a las aguas del Perú, me apresuro a ponerlo en conocimiento de US para que a su vez lo comunique a la referida Escuadra y a las fuerzas militares de esta plaza, a fin de que los miembros de dicho cuerpo sean respetados en vista de la Cruz Roja que los distingue".

Dios guarde a US.

Justo P. Dávila

Los primeros fuegos en la Guerra del Salitre

El doce de abril clareó ceniciento sobre la costa de Tarapacá. Hasta el mar demoraba en romper contra el rocoso encierro de Huanillos y sus pestilentes depósitos de guano. Antes de enfocar su anteojo en la penumbrosa población, el capitán de navío Nicolás del Portal revisó la ribera. Lentamente se reabsorbía el océano, chupando peñas en las que peces pequeños lomeaban quemados por el aire. A desgano vuelven las aguas en calma, nada más que a llenar la playa. A ratos se encorva un tumbo como si quisiera engullirse a sí mismo. Olas que parecen inmóviles se desploman de inmediato en la breve profundidad de la bahía. Desde el puente de la corbeta "Unión" también el comandante García y García, jefe de la segunda división naval, vigila el rocoso extremo meridional del Perú.

Los 198 habitantes de Huanillos se encerraron cuando el primer buque de guerra apareció en esa vaga y temprana atmósfera azul. Pronto un playero reconoció la silueta de la "Pilcomayo" y la gente bajó a la orilla agitando trapos. Una semana atrás, el pueblo comenzó a morir. Sólo existía para embarcar guano. Desde que Chile bloqueó Iquique, en Huanillos apenas se detenían botes con espantados emigrantes en busca de paz. Ningún hediondo velero regresó a cargar abonos. Escasean víveres, se agota el agua, huyen los prudentes a pie por la costa amenazada. Acaso la "Pilcomayo" llega a quedarse y Huanillos pueda descansar protegido por sus dos cañones de 70. Pero las naves peruanas traen prisa. La corbeta "Unión" ni siquiera entró en la bahía. Cinco jornadas navegó para merodear la retaguardia naval del enemigo. García y García se impacientaba por atacar.

Se disolvió la noche y el sol no llegaba. Había amanecido como por fuerza de la costumbre. Un tiznado vacío ocupa el lugar de demorados calores matinales. En el puente de la corbeta, el jefe de la división recordó una luz polar de cierto invierno

al sur de Tierra del Fuego: así de inhóspito creció el 12 de abril. Pronto, mar afuera y al sur.

El capitán de fragata Antonio C. de la Guerra llevó la "Pilcomayo" a registrar la costa entre Punta Huanillo y Punta de Arena. La corbeta se desvió a interceptar un paupérrimo falucho. Arrió un bote para abordarlo. Transportaba ateridos refugiados peruanos rumbo al norte.

Enmudeció ante los fugitivos como si presenciara un desastre. Desmemoriados ojos de niños contemplaban a su vez al capitán de corbeta Elías Aguirre. Alto y delgado, tostado chiclayano: es de los nuestros. Pero esas criaturas tarapaqueñas lloraban como si fuese chileno. ¿Puerto de destino? Ya nada importa. Lejos. A comenzar de nuevo. A la máquina, con todos sus vigías observando el horizonte, aguarda la "Unión". En Iquique hay dos acorazados, al menos tres naves ligeras con pabellón chileno. Informa el patrón del falucho que otros barcos van y vienen de Chile con pertrechos y órdenes. Después guardó silencio. Los refugiados no tienen nada que contar. Esperarán que los recoja el viento para subir encostados, achatándose entre bajíos y arrecifes, lejos de máquinas asesinas.

—¡Humo a la vista! —gritó un vigía.

Vuelva, comandante. Lo necesitan. Si es posible, hay que matar. Buena suerte a todos. Abandonó el falucho a su suerte.

—¡Allá! —señaló del Portal—. ¡Oeste sudoeste!

—A diez millas por lo menos —gruñó el jefe de la división.

Brilla el heliógrafo dictando nuevas órdenes a la cañonera: a toda máquina, navegue a un cable de la aleta de babor.

El capitán de corbeta Juan Salaverry calcula la derrota. Si no cambia de rumbo, alcanzarán al incógnito vapor dentro de una hora.

La "Unión" ha sido la nave de guerra más veloz del Pacífico Sur. Ahora su esbelto casco de madera soporta olas contrarias. Los disciplinados fogajes de la sala de máquinas no bastan para dar alcance al vapor no identificado. Ni doce libras de presión, ni ocho millas por hora. Recubiertos de polvo de carbón, semidesnudos fogaños embuten combustible en hornos al rojo vivo. Hasta el aliento hierve en la inestable sofocación de

los fondos. Sisean tuberías, crujen cuadernas, golpea la hélice cuyo árbol bañan con chorros de aceite. La "Unión" no volverá a ser el rápido buque que el comandante Miguel Grau trajo de Francia en 1865, a tiempo de intervenir en el combate de Abtao. Ocho años más nueva, la "Pilcomayo" sobrepasa a ratos el andar de la corbeta. ¡Más presión! —se huracana García y García. Vamos a estallar en pedazos, está bien, como usted diga, señor. Devora combustible, se encabrita, arranca la "Unión". Trece, catorce libras. En sus mejores días levantaba hasta veinticinco para exhalar a doce nudos continuos.

—Es la "Magallanes" —informa Aguirre.

Ochocientas toneladas registra la nave enemiga. Y la "Unión" mil ciento cincuenta. Pero las dos máquinas chilenas con 1,230 H.P. triplican la potencia del buque peruano. La "Magallanes" está artillada con colisas de 115 y de 70. La "Unión" perdió su cañón cazador durante el primer viaje desde Europa. Nunca lo reemplazaron. Tendrá que alcanzar al adversario y cañonearlo por sus bandas con anticuadas baterías de 70.

Forman los hombres en cubierta.

—¡Tripulantes de la división! —se oye la voz de García y García—: Nos ha cabido la suerte de formar la avanzada con que la República inicia su defensa contra la injustificable agresión chilena. Fieles a nuestras tradiciones de cuerpo, correspondiendo a las vehementes aspiraciones de nuestros compatriotas y llenando el más sagrado de nuestros deberes, nos toca hoy, que los enemigos se presentan, hacer algo que enriquezca la historia patria con una página gloriosa. Para conseguirlo, sólo os exijo que cada cual, en su puesto, desempeñe, como peruano, la labor que le está encomendada. Así lo espera de vuestra disciplina, coraje y patriotismo vuestro jefe...

Cuatro mil metros.

—¡Viva el Perú!

—¡Fuera tapabocas!

Aguirre comanda las baterías de popa. Anima a sus artilleros mientras calcula cómo lanzar exactas granadas por encima de olas que los chocan de través, desequilibrando el ángulo de tiro. Pero la dentada euforia de sus subalternos titubea mien-

tras el enemigo se aproxima a la quebrada de Iquique sin que consigan darle alcance. ¡Más presión, a toda máquina! García y García patean cubierta. A 3,000 metros escapa la presa. Catorce, trece libras. Ni viento, ni otra luz que el resplandor de los hornos, ni otro sonido que escapes de viejas calderas: se sancochan los fogoneros, el ingeniero James Wallace golpea el manómetro, maldice fugas de vapor. El maquinista Bullack grita que es inútil, todo inútil. La corbeta empieza a romperse. Un poderoso vaho ampolla manos, lastima miradas. Hace siete años cambiaron calderas en Europa. Costó la compostura casi tanto como un nuevo buque. Y demoró un año. Pero ya usted ve, mi comandante: trece, doce libras. Salaverry dirige las baterías de proa. Cargan los doce cañones Voruz de 70. El jefe de la división ordenó a la "Pilcomayo" que tomara la ofensiva.

A casi tres kilómetros pueden ver al enemigo a su vez acechando la distancia sobre las turbulentas aguas del timón. Vencido el ángulo de encuentro, la "Magallanes" se pondrá a salvo corriendo a once millas por hora. Ha de navegar con pañoles repletos de pertrechos.

El comandante del Portal asomó a la sala de máquinas.

—*Full speed, you filthy bastards!*

—¡Suficiente, suficiente! —contestó Wallace tiznado de carbón—. *No more, damn it!*

—¡Todo reventar! —se quejó Bullack.

—¡Que reviente!

—*Aye aye, sir!*

De nuevo se encabritó la "Unión" con las entrañas incendiadas. Catorce, quince libras. Aprovechan titubeos en el rumbo chileno para acercarse. La voz de García y García vuelve a retumbar por cubierta. Muy bien, valientes. A vengar la injuria. Izaron pabellón de combate saludándolo con un tiro en blanco.

A 4,000 yardas la "Pilcomayo" hizo fuego. Con el máximo de elevación aulló la granada vidriando el espacio. Fracasó por seis metros. La explosión pulverizó el mar pegado a la hélice de babor. La "Magallanes" crujió remecida desde atrás por esquivas que desollaban su popa.

—¡Treinta grados a babor! —gritó del Portal en el puente de la “Unión”—. ¡Fuego!

—¡No sirven! —se enfureció el condestable arrojando al suelo la cacerina llena de estopines. Se volvió furioso a mirar al oficial.

—¡Usen fósforos! —ordenó Aguirre. No importa el ventarrón, dieron precario fuego a los cañones.

—¡Más largo!

—¡Todo a estribor!

Quince, dieciséis libras. Parecía imposible. Agrietado el rostro por un feroz abrasamiento, calcula Wallace que las tuberías se abrirán por el violento esfuerzo. Sólidas planchas de palastro empiezan a combarse sopladas por el calor. Primero se rajarán los hornos. Después reventarán calderas, devolviendo a su tamaño un vapor de otro modo comprimido, forzado a mover pesados émbolos de acero. En el interior de aquella estufa flotante, el jefe de máquinas creía ver la súbita luz final que habrá de deshacerlo. La “Unión” crepita como si la presión alcanzada fuese de lo más normal. Wallace frotó el manómetro con el dorso de una mano y leyó: ¡diecisiete libras!

Cabeceó la corbeta peruana recuperando la línea de caza. Ahora se animan los cañones enemigos. Aulló el primer bombazo encima del capitán de corbeta Aguirre. La “Unión” ofreció su flanco de babor.

—¡Fuego!

Seis proyectiles hicieron hervir el océano cerca del casco enemigo.

—¡Más largo he dicho!

—¡Roto el eje del cañón número 6, señor!

—¡No sirven los estopines de repuesto, señor!

La “Magallanes” cañoneó a la “Unión” con todas sus piezas.

—¡Reventamos! —jadeó Wallace.

—¡Fuego! —el capitán de corbeta Salaverry agita la espada sin cuidarse el rostro herido por una astilla.

—¡Un cable más cerca! —García y García casi imploraba velocidad.

Un proyectil de 20 deshizo el cachete. Sobre la cabeza de

del Portal vuelan granadas chilenas. La “Pilcomayo” ha quedado fuera de tiro.

—¡Dos mil yardas, señor!

—¡Tiro directo, que nadie me falle! —la sangre chorrea hasta el mentón del comandante Salaverry—. Apunten a la caña o al puente.

—¡Fuego!

—¡Suelten vapor! ¡Al demonio los chilenos! —se sublevó el jefe de máquinas.

García y García enmudeció cuando un denso vapor blanco escapó por la chimenea. Las calderas no llegaron a estallar.

—¡Tubos rotos, señor!

—¡Se rajan los hornos, señor!

—¡Presión, cinco libras!

—¡Se inundan los fondos, señor!

El jefe de la división observó al enemigo alejándose rumbo a Iquique.

—Está bien —dijo con voz ronca—. Regresamos al Callao.

Comida en la Legación de Bolivia

El Canciller llegó último esa noche a la Legación de Bolivia. Húsares de Junín montan guardia en la residencia de los aliados. ¡Bienvenido a su casa, don Manuel! ¡Don Zoilo, amigo mío! El Canciller y el plenipotenciario boliviano Zoilo Flores se dieron un abrazo. Entraron cuchicheando. En el segundo salón, caballeros de frac guardaron momentáneo silencio. Don Zoilo agasajaba a los periodistas de Lima, agradeciendo su simpatía y sus editoriales a favor del gobierno de La Paz y de su Presidente Hilarión Daza.

Irigoyen circuló por la habitación estrechando manos. Parecía mentira. Bajo un óleo del Capitán General de los Ejérci-

tos de Bolivia charlaban cotidianos enemigos políticos. Violentos pierolistas, Pedro del Solar y Julio Jaimes representan al diario "La Patria" y, más bien apartados, discuten cortésmente con Andrés Avelino Aramburú, conductor del diario civilista "La Opinión Nacional". Hasta las ocho bebieron aperitivos. No sólo asistían directores de periódicos sino plenipotenciarios amigos: de Ecuador, de Venezuela, de Uruguay, de Nicaragua. Y unos cuantos elegidos entre los banqueros y potentados limeños. Irigoyen aprovechó para insinuar a los editores presentes que no conviene menospreciar el poder militar de los chilenos. Tan cautelosa recomendación pareció causar sorpresa. Sólo el director de "El Comercio", a quien el General Prado encomendó la misión confidencial de pronto pasar armamento norteamericano a través de Panamá, estuvo de acuerdo. El Canciller resolvió insistir ante el Presidente: de una vez debe reunir a los notables y exponer con franqueza la situación militar.

Irigoyen envejecía de prisa desde comienzos de 1879. Su diplomacia se hundió en el fracaso. Argentina no suscribió el tratado defensivo: antes que unir su suerte a Bolivia y Perú, prefirió arreglar cuentas por separado con Chile y, a cambio de indiscutida soberanía en toda la Patagonia, optó por la neutralidad. La mediación británica proponía condiciones inaceptables para Bolivia. En cuanto a Estados Unidos, prefería observar el desarrollo de la guerra. Dos días atrás ancló en el Callao el acorazado "Pensacola", trayendo a bordo al enviado extraordinario del Presidente Rutherford Hayes. Le dispensaron un gran recibimiento. A solas con Irigoyen, el plenipotenciario Christiancy admitió que su país no ve con buenos ojos la hegemonía británica en Sudamérica, pero su escuadra está en reorganización y nada más se comprometió a no estorbar la compra de armas yanquis a través de la Casa Grace. Mientras tanto, los agentes del Perú no conseguían urgentes créditos en Europa. Pedirá el Gobierno autorización para contratar un préstamo de un millón de libras y todavía no hay quien las ofrezca. Con su guano exhausto, sus nitratos bloqueados, en medio de una recesión mundial y agobiado por una enorme deuda externa de 50 millones de esterlinas, al Perú le daban con la puerta en las narices

en los reservorios financieros de Throgmorton Street. Aunque algo achispado por cuatro copas de champaña, el verdadero humor del señor Irigoyen es más bien sombrío, no importa que parezca lo contrario.

—Bueno, no soy diplomático —se acalora don Cesáreo Chacaltana, de "El Nacional"—... y por eso digo que los señores gobernantes de Chile son unos sinvergüenzas...

El ministro nicaragüense Tomás Lama carraspeó.

—Caramba, una fogosa acusación, doctor Chacaltana.

—... Supongo que usted comprende que un presidente no puede efectuar obsequios territoriales contrarios a la ley...

—Claro, por supuesto.

—... y, por lo tanto, ese regalo de 177,500 hectáreas de salitreras hecho por el General Malgarejo a la Melbourne Clark & Co. no tiene valor jurídico, ¿verdad?

—Oiga, Cesáreo, eso es historia antigua —interrumpió Jaimes, de "La Patria".

—No tanto como usted cree. ¿Quiénes son accionistas de la Compañía de Salitres de Antofagasta, que reclama los supuestos derechos de la Melbourne Clark? Alejandro Fierro, canciller de Chile. Y el Ministro de Guerra. Y el Ministro de Justicia. Y un buen grupo de senadores y políticos como Agustín Edwards, Riesco, Errázuriz y otros. Nada más los invito a revisar las memorias semestrales de la empresa, señores.

—Ahora resulta que el coronel North, nuestro amigo North compra los bonos peruanos de la expropiación del salitre al cinco por ciento de su valor nominal —decía Aramburú—. Ni siquiera se molesta en traer fondos de Inglaterra. Estoy bien enterado que usa crédito bancario en Valparaíso. O sea que ya existe un convenio secreto y muy deshonesto entre un grupo de capitalistas ingleses y el gobierno de Chile, para conquistar Tarapacá y devolver el salitre a sus antiguos propietarios, siempre y cuando no sean peruanos, que sabemos que no lo eran. O, claro está, a quienes hayan adquirido los títulos.

—He escuchado que la Casa Gibbs proporcionaba fondos confidenciales a Godoy para pagar a los espías chilenos en el Perú —susurró Eugenio Larrabure, de "El Peruano".

—Seguimos tratando a la Compañía Sudamericana de Vapores como si fuese nacional —recordó José Antonio Miró Quesada, director de “El Comercio”—. Y es una empresa chilena, cuyos barcos y tripulaciones pasan a prestar servicio de guerra al simple requerimiento de su gobierno.

—Es verdad —tuvo que admitir Irigoyen.

—Por contrato público, por fraternidad americana, esa compañía goza de privilegios fiscales y portuarios... aún ahora, no importa que lleve pertrechos de guerra a Antofagasta.

Después de la mousse de palta, de la crema de alcachofas, de la corvina rellena con pulpa de cangrejo y camarones, de los tournedós cubiertos con salsa de foie gras y coñac y, en fin, de la carlota rusa, don Zoilo Flores hizo tintinear una copa vacía con unos golpes de cucharita. Así convocada la atención de los comensales, el ministro de Bolivia despachó un breve discurso sobre la justicia de la causa aliada.

—... Me permito invitaros a tomar una copa por un tema que debe ser simpático a todos —alzó la champaña—. Por el excelentísimo gobierno del Perú, por el ilustre General Prado, por el digno jefe de su ilustrado gabinete...

Irigoyen agradeció con una inclinación de cabeza.

—... a la conquista de nuevos lauros que completen la obra de San Martín, Bolívar y Sucre —se agrandó el brindis—... no ya, señores, contra la ambición de una potencia europea sino contra la codicia de una nación americana que parece no haber comprendido que en la gloriosa jornada del 2 de mayo de 1866 se sepultó para siempre el titulado derecho de reivindicación. ¡Salud, caballeros!

Bebieron por Prado, Irigoyen y el gabinete.

—Excelentísimo señor —el Canciller se estiró dentro del frac— ... ninguna de nuestras dos naciones ha provocado o deseado la guerra con Chile. Ambas, por el contrario, hicieron cuantos esfuerzos decorosos estuvieron a su alcance para impedir la. Y sin embargo Bolivia y Perú se encuentran en guerra con aquella república y como consecuencia de la guerra están unidas fraternalmente en su presente, que sin duda será glorioso, y en su porvenir, que será próspero y tranquilo... Agradezco desde

lo más íntimo de mi alma las benévolas expresiones con que se ha dignado honrarme el señor Ministro de Bolivia. Señores: brindo a la salud de Su Excelencia el General Hilarión Daza y de su gabinete. Por sus representantes en Lima y por la prosperidad de Bolivia, aliada del Perú.

—... La usurpación proyectada por Chile no sólo debía privar a Bolivia de las riquezas de su suelo, sino paralizar su desarrollo —habló Miró Quesada a nombre de “El Comercio”—. Porque los países mediterráneos progresan con suma lentitud y arrebatarse a Bolivia su codiciado litoral sería condenarla a vivir en perpetuo aislamiento, con grave daño de la civilización. El Perú no podía ni puede asistir impasible a la ejecución de un plan de resultados funestos para un pueblo hermano. Aprestándose a la guerra, el Perú cumple el deber que la confraternidad y la civilización le imponen...

—... ¿Por qué emigran los chilenos? —pregunta el plenipotenciario de Venezuela—. Emigran en busca de pan y libertad. Digamos la verdad, señores... en Chile impera una oligarquía muy pesada para las masas populares: la propiedad privada remeda en su distribución al régimen feudal y los azotes, señores, son una institución chilena sin la cual se creería perdida aquella república. En Chile tiene que venir una revolución que reforme radicalmente sus instituciones y creo, señores, que su actual gobierno, sin sospecharlo siquiera, lleva de la mano esa revolución con esta inconsulta guerra que hace a Bolivia y Perú. ¿Cuál será el resultado de la guerra? Será caballeros la derrota de Chile. Entonces las masas populares pedirán cuentas a sus señores...

—... Y hoy Chile pierde hasta nuestra estimación —Aramburú blandía un índice acusador— porque imitando a sus bajos fondos que se expatrian buscando pan y huyendo del látigo, como bien lo acaba de recordar el señor enviado de Venezuela, sus capitalistas y hoy hasta su gobierno, se han convertido en aventureros que corren tras todas las riquezas ajenas, sin meditar que tendrán que arrojarlas muy pronto como los dineros de Judas. ¡Y así sucederá porque Chile es el judas de América! ¡Se

vuelve contra sus protectores y ofende nuestra civilización política y social!

Los discursos concluyeron pasada la medianoche. Relucientes calesas recogieron a los invitados. Así como llegó último, Iri-goyen partió al final.

—Don Manuel —al plenipotenciario boliviano le brillaban los ojos—. . . esta noche he escuchado una voz sobrenatural que anunciaba la victoria.

El Canciller se limitó a sonreír amistosamente.

Al ancla en el Callao

Después de solicitar por oficio quintuplicado urgentes válvulas de Ringston y de purga, anillos para calderas, remaches de cobre y pernos de fierro y de reiterar por tercera vez el pedido de medicinas hecho por el cirujano Távara, a cuyo hospital de sangre parece faltar desde hilo quirúrgico hasta cloral para amputaciones sin dolor, y, en fin, de interrogar a marineros que la Comandancia General de la Marina enviaba de lugares tan distantes como Paita o Mollendo, el señor Grau se quejó personalmente ante el Ministro de Guerra y el contralmirante de la Haza porque los artilleros no han practicado indispensables ejercicios ni se ha comprado aún proyectiles Palliser para la batería de 300, lo cual significa, señor Ministro, que el "Huáscar" no sirve para mucho. Antes de abandonar el despacho mencionó el asunto de las medicinas y a ver si consiguen anteojos para los vigías y se animan de una vez a proporcionar trajes nuevos a la tripulación de la capitana. El "Huáscar" zarpó el cuatro de abril y volvió a la tarde siguiente, después de practicar tiro de cañón con lamentable puntería y sin perder de vista la isla San Lorenzo. Una vez anclado en el Callao, el monitor siguió caldeando aunque no se moviera del puerto. Ni se ha podido com-

pletar la tripulación, ni las máquinas desarrollan toda su potencia. Dejó la guerra en manos del señor Ministro, el "Huáscar" en poder del comandante Otoyá y se marchó a casa, a sumergirse en jabón y agua caliente hasta las tres y media, cuando su hijo Enrique anunció que están listos. Siete de los ocho niños de Grau salieron con su papá en columna de a dos, protegida la retaguardia por Casimira y la canosa endomingada zamba Veneración. Mientras Doloritas disfruta de una tarde de descanso, la familia Grau recorre Mercaderes y cruza la Plaza de Armas hacia la calle del Milagro. El comandante prefiere no acordarse de sus problemas, pero debajo y atrás del silencio persiste la silueta del monitor y a la vista de la Catedral vuelven los desnudos cuerpos pisoteados y colgantes de los coroneles Gutiérrez, aquella vez que el señor Grau se llevó la escuadra a remolque del "Huáscar" tan pronto supo que habían apresado al presidente Balta, y el vecino palacio avisa que pronto habrá reunión con los notables y dondequiera que ponga la mirada aparecen uniformados reclutas de modo que es imposible olvidar lo inolvidable: estamos en guerra total. Hasta la zapatería de la señora Castellanos, a la que entró con sus hijos, ha cambiado. Contempla finas botas de caballería, lujosas fornituras para oficiales en campaña: no abunda este otoño el calzado civil y dominical.

—¿Cómo quieres tus zapatos, Ricardito?

—Como esas.

—He dicho zapatos, no botas de montar.

Los mayores vestían su atuendo marinero. Pidieron botines de charol, como los que han visto usar a los marinos verdaderos con su uniforme de gala.

—Pero se gastan rápido —razonó el señor Grau—. ¿No los prefieren como los míos?

Los niños miran los botines que el comandante usa de diario. Aceptaron tras un cuchicheo. El propio Grau los ayudaba a probar el calzado nuevo.

—¿Te quedan cómodos, Enriquito? ¿No te duele?

Y luego:

—Tienes que decir si te apreta, Osquitar.

Y más allá:

—Lo importante es que sean cómodos y no deformen los pies, Rafito.

Casi una hora después, la familia Grau abandona la calle del Milagro.

—A comer helados —propuso el comandante.

Bordearon la plaza bajo los portales. Eligieron la novedosa Heladería Broggi, con sus cuarenta únicos inimitables sabores de batidos con leche. Hubo que reunir tres mesas para acomodar a los Grau. ¿Chocolate y fresa? No, vainilla y pistacho. No, no: mejor lúcuma y mango. Sí, señor Grau. Con mucho gusto, señor Grau. Comandante Miguel Grau: un hombre tan conocido, es diputado titular por Paíta, lo acaban de elegir miembro del directorio nacional del Partido Civil, lo saludan por la calle, sonríen a su hermosa familia, cuántos hijos señor Grau, deben estar muy orgullosos de su papá. A los cuarenticuatro años de edad empieza a ser muy importante y, si ya cantan su nombre en coplas, si es verdad que sus buques van a despedazar a los chilenos, el señor Grau, buenas tardes señor Grau, un honor saludarlo señor Grau, puede llegar a Vicepresidente o a Presidente de la victoriosa república. Muy bien, bizcotelas para todos. Chocolate y pistacho para el señor Grau. ¿Quieres un poco de soda, Ricardito? Urgentes ciento treinta remaches para las falcas, rápido tres tapas para escobenes y alzas de bronce para las chumace- ras y ruego se me entregue buen carbón inglés y sólo hay dos anteojos a bordo y necesito brackets para la torre de combate y diez tubos de fierro para agua caliente en cubierta y no hay noticias del cloroformo y para qué cuernos queremos ese palo trinquete que estorba los movimientos de la batería de 300. A las cinco, la familia Grau regresó a casa.

Rara vez abandona su uniforme. Pero hoy prefiere salir de levita civil. Con taciturno semblante avanza de Lescano a Mercedes. Los diarios chilenos dicen que Grau está sometido a consejo de guerra en Lima por haber malogrado el "Huáscar" en su primera y única salida desde que empezó la guerra.

—Buenas noches, señor Grau.

—Buenas noches —deja el sombrero en el guardarropa, pasa al salón de juego del Club Nacional.

—¡Hola, Miguel! —en la mesa de siempre esperan sus amigos Narciso Alayza y Carlos Elías—. ¿Cómo está Doloritas?

—Bien, muy bien —catorce remaches de dos pulgadas, planchas de fierro para reforzar el espolón, vajilla para la cámara—. ¿Y por casa, Carlitos?

—¿Se sirve algo, señor Grau?

—Hum.

—Un whisky, Miguel.

—Sí, un whisky.

—¿Y cómo te va?

—Como verdolaga en huerto —urgente solicito vestuario para marineros, cumplo con informar a US. que en la fecha desertaron dos tripulantes, tampoco llegaron los tarros de metral- la, señor—. ¿Y Pedro?

Alayza hizo un gesto de que nunca se sabe con ese hombre y precisamente en ese instante apareció la cabeza grande e hirsuta de Juan de Arona.

—Sí, también tomaré un whiskey.

Diestramente Alayza extiende la baraja española. Carta mayor reparte. Elías mostró un rey. Silba despacio, entredien- tes, mezclando las cartas. De tres en tres repartió nueve a cada uno. Después contó las trece restantes y quedó de espectador.

—Hum —se oyó a Grau. A ratos repetía versos llegados a su memoria a los que involuntariamente agrega una musiquita de su invención. Dieciséis pernos de 5/8, as de bastos, sota de oros, bisagras de bronce para las falcas, diez galones de pintura. Siete de copas. Se acabó el kerosene. Rey de espadas. Hum. *Asómate a esa verguenza, canturreó, cara de poca ventana...*

—¿Cuándo juegan? —apuró Elías.

—Cuando orinen las gallinas —Juan de Arona miró a su amigo Grau de reajo.

—Paso.

—Juego —el comandante despertaba.

—Juego más —Juan de Arona descansó sus cartas sobre la mesa.

—Sigo jugando —Grau volteó la primera carta del monte: ¡oros! Caramba, justamente oros—. Voy por cinco.

Arona gorjeó.

—Quedan nueve —anunció Elías.

—¿Quién va? —Alayza se frotó la barba.

—Voy por seis —a su vez Juan de Arona tarareó los versos que faltaban: . . . *échame un jarro de sed, que me estoy muriendo de agua. . .*

Grau brujuleó sus naipes. Llegaron la espada, el rey de oros, el dos.

Alayza salió por copas. Sírvase usted enviar siete chavetas para las excéntricas y un eje para izar ceniza. El comandante perdonó. Baza para Juan de Arona. Grau usó el basto. Uno a uno. Entienda usted señor que carecemos de instrumental quirúrgico. Ahora disputan triunfos. ¿Cuándo llegan grilletes para los cañones de la torre? El as y la mala se habían encontrado en la mano de Arona. Una baza para Grau y tres para su rival. Manubrios para válvulas de Ringston y doce ganchos de cadena y ocho enjaretados para el cubichete de la sección calderas y dos llaves para válvulas de distribución. Cuando a las nueve Alayza pidió el menú, Grau no había ganado un juego.

—Miguel. . .

—¿Sí, Carlitos?

— . . . antes de comer, Miguel. . .

—Dime, Carlitos.

— . . . haz la prueba, Miguel.

—No, Carlitos.

—Anda, Miguel —Alayza se sumó a la petición.

—No estoy de humor, Narciso.

—Hace tiempo que no te lo pedimos —razonó Juan de Arona.

—Danos gusto, Miguel.

—¿De veras lo quieren?

—¡Hazlo, Miguel!

—Está bien —casi suspiró. Chasquea los dedos—. Una baraja inglesa, por favor.

—Un naipe inglés para el señor Grau.

Se detuvo el juego en el salón. También pajes y mayordomos del club se arrimaban discretamente a la mesa del comandante.

—Me obligan a hacer payasadas —rezongó a media voz—. Todo el mundo está observando.

—¡No importa, Miguel!

—No te hagas de rogar, Miguel, la prueba.

Sacó la baraja de su envoltorio. Casi desapareció entre sus manazas. Dos miras para la torre, cuatro mandriles, veinte pernos de tres y no se olvide usted señor: cloroformo, compresas, ácido fénico. Contuvo la respiración. Se inflaban las venas de su cuello. Después, de un tirón, rompió la baraja en dos.

Editorial de "El Comercio" de Lima

“No te anuncio la muerte de mi padre por no darte un sentimiento”. He ahí en pocas palabras la sustancia del manifiesto que desde Valparaíso dirige a la Nación el *don Carlos* peruano y que nuestros lectores habrán hallado inserto en la sección respectiva de nuestra edición de la mañana.

Para el señor de Piérola, “por sobre todas las diferencias interiores, ayer, como hoy y como mañana, están la dignidad y política exterior del Perú”; para el señor de Piérola, “toda queja debía ser ahogada, aplazado el ejercicio de sus *derechos domésticos conculcados*”, a fin de dejar expedita la acción del Gobierno y del Congreso en la dirección de las relaciones exteriores y en la adopción de medidas tendentes a conservar esa dignidad nacional, a mantener los fueros del país comprometidos por la lucha abierta entre dos repúblicas vecinas y ligadas al Perú por vínculos estrechísimos. Y, oh candor. . . para dejar al Perú la unidad de acción de que tanto necesita, para robustecer la autoridad del Gobierno, para no desvirtuar la eficacia de las disposiciones legislativas, D. Nicolás ha creído conveniente apoyar al ejército

con el empuje de su *invicta y poderosa* lanza, y *recordar* a los pueblos del Perú que él tiene reclamaciones pendientes y que las guarda para cuando llegue la oportunidad.

Semejantes concepciones sólo pueden germinar en un cerebro enfermo por la fiebre de una ambición sin límites.

¿Cuál es el poder que D. Nicolás viene a agregar a los elementos de que el Perú dispone para su defensa? ¿Es acaso el contingente de sus servicios personales y de todo orden del círculo que lo ha ayudado en sus desatinadas empresas de antaño?

Vive Dios, que los amigos de D. Nicolás no pueden menos que sentirse profundamente humillados por el juicio de su caudillo, si tal es la creencia que lo domina al expresarse en semejantes términos. Sepa el *Pretendiente* que esos no son sus súbditos, que esos hombres antes que todo son peruanos y que aún cuando él hubiera querido impedirles que hicieran causa con la Nación contra sus enemigos, esos hombres habrían sentido ese fuego inextinguible que acaso no ardió jamás en el pecho del desdichado que ha podido por un tiempo alucinarles: el fuego del patriotismo.

¿Cómo pretende el autor del célebre manifiesto conservar la unidad de acción de los poderes públicos y del país en general, para que las divisiones intestinas no vengán a destruir la eficacia de las resoluciones del cuerpo legislador? ¡Triste es decirlo! Negando la legitimidad de ese poder, atribuyéndole una representación usurpada, postiza; haciendo reaparecer a los espíritus, otro tiempo extraviados, todo ese cuadro de recriminaciones que originaron las perturbaciones de ayer y trajeron para la Nación momentos de suprema amargura.

Esa clase de cooperación no necesita el país, porque produce el mismo efecto que la del militar insubordinado que, murmurando en alta voz contra la autoridad y suficiencia de su jefe y saliéndose de fila, marcha, no obstante, con el arma al hombro, para dispararla después, o durante el combate, contra aquel cuyas órdenes obedece a su pesar.

Quien haya presenciado la actitud asumida por el pueblo peruano ante la declaratoria de guerra con que se le ha provocado; quien haya oído un solo grito del Loa al Tumbes, del Pací-

fico a la región de los bosques, llamando a todos a las armas, no podrá menos que sonreír al ver estampadas, en el manifiesto que nos ocupa, estas palabras: "Están resueltos a empujarnos a la guerra... en interés personal y propio".

¿Desconoce acaso el autor del manifiesto los esfuerzos que el Gobierno del Perú ha hecho por conseguir la solución pacífica de las dificultades suscitadas entre los de Bolivia y Chile?

¿No sabe D. Carlos que hemos enviado a Santiago una misión especial para llamar a la vía de las negociaciones diplomáticas una cuestión que el Gobierno Pinto había encomendado resueltamente a la de las armas? ¿Ignora, por ventura, el de mente que nos habla de paz en el campamento y en presencia de las huestes enemigas dispuestas a atacarnos, que nos hacen ya sus primeros disparos, que aún cuando el Perú hubiese caído en la infamia de violar pactos internacionales o de hacer concesiones humillantes, jamás se habría conseguido ese *desideratum* del que gusta de las guerras civiles sin descanso, y tan amante se muestra del reposo cuando la honra nacional está de por medio?

Ni hipócrita sabe ser el *Pretendiente*; al través de sus protestas de amor a la paz, cuando no ha vacilado en derramar abundante sangre peruana que aún humea; al través de la pantalla de patriotismo con que pretende cubrirse, se siente el calor de la fiebre que lo devora, se perciben los latidos de un corazón agitado por el deseo de mando. He ahí todo.

Don Nicolás ha escrito su propia sentencia al finalizar su absurdo manifiesto. Toda tentativa de trastorno interior, dice, "es un atentado contra el Perú y América". Y como el desprestigio de los poderes públicos con calificativos más o menos infundados; como la reproducción de cargos que, aunque imaginarios, causaron hondas perturbaciones ayer, y la designación de círculos políticos, en momentos en que todo debe confundirse, todo mezclarse, son verdaderas tentativas de trastornos interiores, es muy lógico que el autor del manifiesto se halle incurso en el crimen que él mismo ha condenado.

Urgente

ABRIL 15
1:00 P.M.
ESCUADRA CHILENA DESTRUYO
A CAÑONAZOS LAS PLATAFORMAS
DE PABELLON Y HUANILLOS Y
APRESO TODAS LAS LANCHAS.

Urgente

ABRIL 15
IQUIQUE
A S. E. EL PRESIDENTE
DIVISION BUENDIA DESEMBARCO
EN PISAGUA. "CHALACO"
REGRESO.

DAVILA

Decreto Supremo

MARIANO IGNACIO PRADO

Presidente Constitucional de la República
Considerando

Que el estado de guerra en que se encuentra la República con la de Chile hace indispensable la adopción de toda medida que asegure el buen éxito de las operaciones militares,

DECRETO

Art. 1º En el perentorio término de ocho días, contados desde la fecha, salvo el de la distancia, saldrán del territorio nacional todos los chilenos que actualmente residen en la República.

Art. 2º Quedan exceptuados de lo dispuesto en el artículo anterior los chilenos comprendidos en los incisos 2 y 3 del artículo 34º de la Constitución; y los que habitan en la República más de diez años, siendo casados con peruanas y propietarios de bienes raíces, siempre que con su conducta no se hagan sospechosos del Gobierno, en cuyo caso se considerarán incurso en el artículo 1º.

Art. 3º Los que no cumplan con este decreto serán internados a su costa a los puntos que designe el gobierno.

Dado en la Casa de Gobierno a los 15 días de abril de 1879.

El Bloqueo de la Sed

Al día siguiente de iniciado el bloqueo de Iquique, el diputado suplente Guillermo Billinghamst demandó que el agua de las máquinas condensadoras fuese racionada.

—Si quieren bañarse, vayan a La Gaviota —se malhumoró en la sesión del Consejo Departamental. Pero su propuesta de aseo colectivo en el mar fue rechazada.

Cuando la "Esmeralda" incrustó tres proyectiles en la Resacadora de Agua y se supo que querían rendir la ciudad por sed, los vecinos cambiaron de opinión. Por unanimidad se eligió Inspector de Aguas a Billinghamst.

—No te diré que es fácil arreglarlo —dijo esa noche Alfonso Ugarte—. Pero, tú sabes bien que no es imposible. Basta alargar la cañería Barrenechea a Pozo Almonte o a Nueva Soledad.

La Compañía Barrenechea transportaba salitre líquido desde La Noria a las afueras de Iquique por una tubería de cuatro pulgadas.

—Se puede limpiar con agua caliente —agregó Ugarte. Usarían las mismas instalaciones de vapor que sirven para cocinar caliche.

Los pozos quedaban a seis y ocho kilómetros de La Noria.

—No hay tiempo de tender caños —se quejó Billinghamurst. El 9 de abril ordenó racionamiento: un litro diario por persona—. En cualquier momento reventamos.

Para no irritar a los bloqueadores, el Prefecto dispuso condensar agua sólo de noche.

Tampoco podían traer agua fresca usando el ferrocarril porque los chilenos cañoneaban los trenes. Carretas con barricas alimentadas en puquios de las serranías entran a medianoche, escudadas en la camanchaca. Pero no basta ese pequeño comercio para la sed de quince mil sitiados.

Ugarte acompañó a Billinghamurst en una cabalgata nocturna a la estación de Molle. Allí los recogió una locomotora.

—Antes que nada debemos completar la tubería al centro de la ciudad —razonó el Inspector de Aguas.

Igual que Ugarte, el joven Billinghamurst rara vez se da por vencido. A pesar del ventarrón que golpea La Noria al mediodía, inspeccionan las instalaciones de la Empresa Barrenechea. Miran esos tubos semicubiertos de arena, por ahora bajando de nada a nada. A las tres llegaron a Pozo Almonte.

—¡Pero si hemos venido en tren! —Billinghurst golpea su frente— ¡Ya está resuelto!

De Pozo Almonte y Nueva Soledad se podía extraer hasta treinta mil galones de agua dulce cada veinticuatro horas. Mientras en Iquique suben de precio los refrescos y la naranjada con nieve se cotiza al fantástico precio de cinco soles el vaso, Billinghamurst se dedicó a amontonar barricas en La Noria.

El 13 de abril se redujo la ración a tres cuartos de litro. Esa tarde limpiaron los estanques de la compañía Barrenechea. Un telegrama del Inspector anunció que a la mañana siguiente llegará agua de Pozo Almonte a través de las calicheras. Otro telegrama al Prefecto invitaba a despachar cuerpos de caballería a reponerse en Molle. Pero Dávila desconfió de la supuesta proeza y mantuvo sus centinelas en los pequeños reservorios de la ciudad. Va y viene el convoy durante la noche: en cada viaje de Pozo Almonte al estanque de Las Carpas transportan cuatro mil galones. A las nueve de la mañana el propio Billinghamurst abrió la llave. Por primera vez corrió agua dulce a través de la pampa.

MOLLE, 14 DE ABRIL
AGUA ES BUENA. CAÑERÍA
EXPEDITA

UGARTE

Primer Combate de Pisagua

Benito Cairoli anduvo entre cofres y toneles mientras deglutía una gruesa tajada de fiambre. Identificó el rancio olor de barricas de aceite y el esponjoso vaho de aguardientes moqueguanos y guiado siempre por el olfato, aquí tropezando con trozos de chalonga engarfiados del techo, allá esquivando inesperados fardos de sebo argentino o pan de azúcar, alargó la mano para capturar la botella de tibio barbera en el lugar exacto donde la dejó la víspera. Descorchó con los dientes y oliscó el contenido antes de beber. Masticando otro pedazo de salame pasó revista a frascos de Fernet-Branca o Mistrá de Brescia, jun-

to a intactos oportos y prioratos llegados a bordo de un remoto vapor inglés. Regresó bajo el alto techo de zinc que cubría su arca penumbrosa varada entre los cerros de Pisagua. Toroso y zapatudo, todavía sin afeitarse, Cairoli se emboticó el resto del vino a manera de desayuno. Calcula cuánto dinero ha ganado con sólo conservar un año o dos esos rollos de dril o apreciado trafalgar. Suele hundir sus manos en costales henchidos de arroz indio, cuyos granos deja escurrir como monedas entre sus dedos. Nadie almuerza, festeja, viste o trabaja en Pisagua sin antes abastecerse en el renombrado Almacén Cairoli. Allí hay fideos de Génova, kerosene americano, seda china, salchichas de Bologna, sopas enlatadas en Francia, pimienta filipina, dinamita inglesa, cerveza noruega, esencia de anís español, tabaco habanero y también clavos, alambre de Birmingham, aceite andaluz, monillos y chupetines de París, botitos de cordobán del Plata, opio de Shanghai, fornidos quesos de Holanda, rapé y tabaco de mascar venido de Turquía, divertidas cretonas, sal y aguarrás y también ajeno, fósforos suecos, jamones, bacalao, ipecacuana, rollos de música para pianola, nansú, garbanzos, auténtica moca, frutas secas, azadones, mantequilla, chancaca trujillana, perfumes de Atkinson, Rimel y Pinaud. A las seis de esa mañana Cairoli empuja las puertas del almacén, obsequia un puntapié al perro de orejas gachas que todas las noches se aovilla gratuitamente frente al negocio y de una mirada valoriza el pequeño puerto solitario. La verdad, no es el mejor sitio para volverse viejo. Un millar de buques llega y zarpa con nitratos de San Francisco, Negreiros o Agua Santa. Hay unos dos mil residentes en este amontonamiento de casas de madera al sur de la bahía Huaina Pisagua, pero de sus negocios y sus cincuenta millas de ferrocarril al interior dependen casi siete mil tarapaqueños. La línea ni siquiera se conecta con Pozo Almonte e Iquique. Nadie nunca se molestó en tender esas veinte millas de rieles que ahora son tan necesarios. Máquinas condensadoras transforman agua de mar en breve ración potable que se vende al peso. También traen agua de Arica, en barcos de vela: un viaje de 70 millas. Sólo el cónsul del Imperio Británico despilfarra varios toneles al mes en regar sus hermosos geranios africanos. De paso a la escuela,

los niños se detienen frente a su terraza a conocer flores auténticas. Ninguna otra verdura crecía en veinte millas a la redonda.

A la misma hora en que Cairoli inauguraba las operaciones del día, Pedro Loayza, funcionario de la aduana, liquida su segunda taza de café, saludando desde una ventana a su amigo Nicanor González Larrañaga. Luego enciende su primera cachimba y contempla la rutina del puerto. En grandes lanchones llevan salitre del almacén fiscal a once vapores anclados en esa bahía rodeada de cerros. Su esposa Chepita adorna el zaguán con flores chinas hechas de papel. Después de dos terremotos que se sintieron hasta Iquique, a las cuatro de esta mañana hubo un fuerte temblor de tierra. Loayza estira las piernas, bosteza, sin ganas de trabajar esoucha el parloteo de Chepita con Misia Aurora, que vino a refugiarse con ellos después del sacudón. Habrá que almacenar harina y azúcar, su marido debe saber, de algo servirá que trabaje en la aduana. ¿Sí, Chepita? Entiende, mujer: si necesitas azúcar, pídele a Cairoli; ayer le despaché veinte quintales. Se incorporó, de nuevo bostezando. El contralmirante Rodgers llegó de visita con su acorazado "Pensacola" y el consul de Estados Unidos protesta porque se extraviaron los bultos de una importante expedición de entomólogos que hoy embarca en el navío de guerra. Durante ocho meses un grupo de científicos estudió la conducta de alacranes del Tamarugal y de corpudas tarántulas andinas. Pero los mejores ejemplares de la expedición se perdieron nadie sabe si en la aduana o en Agua Santa, durante los confusos días que siguieron al comienzo de la guerra. Antes de salir besó a Chepita y acarició a su único hijo, nacido hace cuatro meses.

Habían arruinado la pacífica existencia de Loayza. Bloqueado Iquique, por ahí entran soldados y pertrechos. Hace unos días pasó el General La Cotería y parte de sus tropas. Después llegó el anciano General Buendía, jefe del Ejército del Sur, que demoró casi dos semanas en llegar del Callao por haberse embarcado en un vapor con cuatrocientos chilenos que quisieron asesinarlo en alta mar. Tuvo que escapar en bote a Chala con el General Pedro Bustamante y sus edecanes. En Pisagua se le extravió su baúl con uniformes y condecoraciones. Desde el interior de Tarapacá enviaba disgustados telegramas: no puede dirigir operaciones en

ropa interior. Dos días tardó Loayza en encontrar el equipaje entre fardos amontonados en la playa. Sólo faltaba que por error, el General tuviera en su poder la colección de insectos que reclama el cónsul norteamericano.

El contralmirante Rodgers desembarcó temprano a desayunar en tierra. Loayza se dirigió a la playa, todavía llena de soldados. Veintidos hombres del Batallón Ayacucho llegaron enfermos y el coronel Agustín Moreno ordenó internarlos en el Hospital. Mientras la tropa recibe el socorro del día, las rabonas cocinan el almuerzo. Vinieron casi trescientas cantineras a bordo del "Chalaco". Quedan en Pisagua tres compañías del Ayacucho y hoy deben continuar viaje en tren.

—¡Pedro! ¿Conoces las noticias? —el capitán de puerto José Becerra parece no haber cerrado los ojos.

—¿Y qué ha sucedido?

—Los chilenos quisieron desembarcar en Mollendo y luego bombardearon la ciudad.

—¿Muchas víctimas?

—Ninguna. Es un milagro.

—Hay que organizar la Cruz Roja. Oye, ¿qué le pasa a Cairoli?

—*Ruffiani, banda di canaglie!* —el comerciante bajaba a la playa armado de un garrote—. *Muta di cani, vai vedérsela brutta, maledetti!*...

—¡Señor Cairoli!

—...*Calamitá, calamitá!* —el comerciante señaló el cielo a su izquierda sobre los cerros—. *Pronto, i cileni! Covo di ladri, porchería!*...

Por la cuesta de Pisagua bajaba al galope el capitán Eusebio Coronado. Una corbeta enemiga se acerca a media máquina. De más lejos llega el acorazado "Blanca Encalada".

—¡Los chilenos, los chilenos!

Acantilados casi perpendiculares de 300 metros de altura alzan una fortificación natural al pie del mar en la costa de Pisagua. De la quebrada de Tiviliche a Huaina Pisagua se extiende una angosta faja arenosa que se conoce como Playa Blanca. La estación de ferrocarril está al norte de la pequeña bahía de aguas

profundas. Los rieles suben en zigzag y al descubierto hasta coronar los acantilados. Trepano hasta 1,200 metros sobre el nivel del mar, el ferrocarril se curva hacia el sur, atravesando Jaspampa y La Dolores. Allí puede emplazarse artillería que domine la trocha de Arica a Iquique y el valle de Tiviliche. Y además existen profundos pero inagotables pozos de agua fresca.

—¡Evacúen a mujeres y niños! —ordenó Becerra.

—Voy a buscar a los cónsules —dijo Loayza.

—¡Compañías uno y tres, en marcha! —gritó Moreno—. ¡Vivo, vivo! ¡Cinco minutos para salir!

Al amanecer había despachado a sus últimos jinetes del Escuadrón Guías en busca de las fuerzas de Buendía.

—¡Una corbeta y un acorazado, señor! —resumió el capitán Coronado.

—Lleve la segunda compañía al norte, capitán.

—Sí, mi coronel.

El sonido de cornetas tensó al veterano Gaspar Ureta, segundo jefe de Guardias Nacionales de Pisagua. A medio vestir se acercó a Moreno. Arrastraba un viejo sable de caballería.

—¿No hay armas para nosotros?

—¿Y qué quiere, don Gaspar? ¿Quitárselas al ejército de línea? ¡Sargento Azabache!

—A la orden, mi coronel.

—¡Detrás de los fardos, zambo!

—¡Hay veintidós enfermos, coronel! ¡Déjenos usar sus rifles!

Llegaba Nicanor González, coronel de los Nacionales y jefe de Ureta.

—Está bien —convino Moreno—. Tomen los rifles en el hospital. Don Gaspar, vaya a la zona Sur con el comisario Benigno Maldonado y sus gendarmes. Usted, don Nicanor: a la plaza de la aduana.

La corbeta "Chacabuco" entró en Pisagua. Su comandante Oscar Viel, con cuñado de Miguel Grau, mandó arriar seis lanchas.

—Aguardaremos una embarcación de parlamento —propuso Moreno.

—Antes hundiremos nuestros botes que dejar que se los lleven —opinó el alcalde Francisco Guevara.

—Si intentan desembarcar, hay que oponerse a todo trance —se entusiasmó el parróco Manuel Villena.

El contralmirante Rodgers apuró a los yanquis que lo seguían al embarcadero. Allí aguarda una falúa del "Pensacola".

A misia Aurora la vieron arrullando al hijo de Loayza.

Cairolí clausuraba su almacén.

El "Blanco Encalada" entró en la bahía.

A bordo de mercantes neutrales vieron pasar lanchas chilenas repletas de marineros con fusiles y hachas de abordaje.

La falúa de Rodgers zarpó hacia el acorazado norteamericano.

—¿Hasta cuándo esperamos, coronel? —se angustió Coronado.

—No quieren parlamentar —gruñó el cura Villena—. Vienen derecho a tierra.

Buscan lanchones arrimados al fondeadero de los ingleses.

—¡Viva el Perú! —gritó el coronel Moreno—. ¡Fuego!

Ochenta defensores tirotearon a los botes chilenos. Nicanor González comprendió que estaba metido en lo peor del combate. Cerrojo, gatillo, pulso. Y luego, todo a la vez: estampido, la culata remeciendo su hombro, la mancha roja, el primer muerto. Un marinero de Valparaíso de nombre Manser se desploma con el torso despedazado. ¡Fuego a discreción! El ojo, el ruido, el cadáver: todo es simultáneo. Puede suceder al revés: la inmediata muerte alivia el cuerpo del voluntario coronel de Nacionales que a saltos avanza a posiciones siempre más atrevidas. Entonces cañoneó la "Chacabuco". Ese olor a explosión, ese golpazo en el aire, ese estrépito a derrumbe, ese calor a horno, ese silbido que por ahora sigue de largo. Apuntaban a las dos compañías del Ayacucho que se alejan con sus rabonas por la cuesta de Pisagua. Después retumbaron los grandes cañones del "Blanco Encalada". Desde sus cofas, más altas que pinos araucaria, las ametralladoras chilenas rociaron la ribera. Un balazo rozó al contralmirante Rodgers y derribó la bandera de Estados Unidos.

Las seis lanchas de la "Chacabuco" no se detuvieron. Avanzaban disparando. Azabache observa caer o esconderse al enemigo. Persiguió su rifle a un oficial ansioso por alcanzar tierra. Ni

siquiera sospechó el sargento la exacta bala que choca a la altura de su corazón. Rodilla en tierra, el veterano soldado Aguilar supo que caía su camarada de la 2^o compañía. Pegado al cañón, su ojo derecho insistió en la presa. Justamente debajo de esa última visión pegó el tiro que le salió por la oreja. El furioso tiroteo de los peruanos contenía el asalto. Una a una regresaron las lanchas. Sus hombres van tumbados o muertos. Al borde de la tierra, donde se acaba el mar, Nicanor González agotó sus cartuchos.

El parróco Villena mostraba un crucifijo a las balas para acercarse a los heridos.

Los más gruesos cañones del "Blanco Encalada" apuntaron a la ciudad.

Una espoleta se rompe a mil millás por hora bruscamente detenida y todo empieza con un minúsculo punto de fuego. Al nada vivo, al menos que blanco vivo aún, ese pequeño agujero comunica sucesivas capas de otra cosa que materia. Ha de encender después pequeñas cosas comunes pero todavía en silenciosa expansión, más bien velludo, casi amarillo, despide el azufrado hedor original de cuanto acaba antes de haber sido, el frecuente error atribuido a la impericia de Dios. De hueco en esfera, en violencia incandescente, en espacio combado, en todo el ruido, en explosión, esa sustancia todavía líquida sancochó levemente a misia Aurora abrazada a la criatura y a Chepita en actitud de hablar, en pensamiento de mejor irnos a la estación aunque tengamos que cargar con todos los chirimbolos del niño, idea al cabo penetrada por un calor que ampolló, llagó, cocinó y carbonizó y que, en fin, desintegró sus cuerpos y evaporó sus caldos para mezclarlos al torbellino de utensilios fundidos y de cenizas irreconocibles con que la terraza, los techos y toda la casa de Loayza reventó al primer cañonazo del acorazado dirigido a la ciudad. No han terminado los voluntarios de atestiguar el humoso cráter dentro del cual se han dispersado flores de papel, hamacas y paredes con todos sus habitantes, cuando otra bomba deshizo la casa del nacional Manuel P. Zavala. Y ni él ni Loayza han tenido tiempo de comprender que nunca, nunca más, cuando las granadas incendiarias del blindado se incrustaron en el enorme almacén de salitre y en el edificio de la Aduana.

El acorazado "Pensacola" envió un furioso telegrama al "Blanco Encalada". Sus baterías de 600 se movían en señal de ultimátum. Los yanquis tocan zafarrancho. Ureta delectó el ir y venir de comunicaciones entre los almirantes. Ha sido ultrajada por sus disparos la bandera de Estados Unidos, señor. Exijo amplias inmediatas satisfacciones o lo hundo en el acto, señor. Williams Rebolledo estudió el formidable aspecto del "Pensacola" y ordenó alto el fuego. Iré a presentar mis excusas, señor. Sírvase recibirme, señor. Los chilenos arriaron la mejor de sus lanchas. Mientras navega el almirante a disculparse con el almirante, crece el incendio achicharrando la Aduana.

El sargento Azabache sabe que el balazo le dio en el corazón. Tiene que estar muerto y sin embargo observa rostros consternados mientras lo transportan en una camilla por las calles de Pisagua. Acaso no haya tanta diferencia entre ser y nada más mirar. Pero la sensación de estar envuelto en algodones cedió al violento dolor de su pecho y comprendió que todavía, todavía estamos más acá de lo peor, así que gimió no tanto para quejarse como para exigir una explicación. Al capitán Coronado lo llevaban en brazos al hospital. El balazo dio en un botón del uniforme, zambo, ese pedazo de bronce desvió el proyectil hacia el hombro. Azabache hizo un débil ademán de haber comprendido. En la penumbra olorosa a cloroformo, el cirujano zurcía el rostro deshecho del soldado Aguilar.

Ir a contemplar incendios, sentir lástima, leer vaticinios. Y ponerse de espaldas a la guerra, subir a los cerros de Pisagua con la casa auestas, he ahí lo sensato. Dejen al señor Loayza revolcándose en el abrasado hoyo negro donde hace un rato vivió con su familia. Olviden al viejo Ureta exigiendo mucho más que quince cartuchos por cabeza para soportar el próximo asalto. El bombardeo deshace las complicadas simples relaciones de Pisagua, dispersando a deseadas mujeres o al mismo hombre único que apenas cambia de apariencia. En este embrollo de sentimientos sin solución, titubean portadores de cacharros y cobardes a pesar suyo y avaros con su oro y prudentes que parten sin perderse de vista y sin darse por concluidos, como si aún pudieran rescatar sus vidas anteriores. La tregua es un silencio a pesar de la crepi-

tación y los lamentos y del manso chapoteo del mar, esa plataforma azul desde la cual catapultan bolas de fuego a la ciudad de madera. De neutrales mercantes inmóviles a mitad de combate, empiezan a fluír noticias: las lanchas de asalto regresaron a la "Chacabuco" agujereadas y repletas de heridos.

—¡Han caído como cuarenta chilenos! —aseguraba don Gaspar, ignorando que milagrosamente sólo cayeron seis en esas embarcaciones cribadas a tiros.

—Mil soldados defienden Pisagua —se equivoca un corresponsal a bordo del "Blanco Encalada".

Señores, tres horas nada más. A las quince ha dicho Williams Rebolledo que arrasará la ciudad. A bordo del "Pensacola" el contralmirante Rodgers aceptó amplias satisfacciones del licoroso jefe chileno. Desde luego ha sido un balazo fortuito, una casualidad lamentable. El señor Williams Rebolledo agradecerá al señor Rodgers notifique que el plazo de tres horas está corriendo. Los peruanos disponen del tiempo indispensable para huir de Pisagua.

El capitán de puerto dirigía a los bomberos. Los defensores refuerzan posiciones. Que se vayan mujeres y niños. Que suban a los cerros. Que se amontonen en la locomotora y sus dos únicos vagones. Que se marchen los extranjeros. Los combatientes reunidos en la playa estuvieron de acuerdo: Pisagua no se rinde.

En medio del desastre persiste la asombrosa sensación de estar durmiendo: de pie en un sueño dibujado a carboncillo, asombrado por el pesado incendio de la aduana y sus almacenes, sostiene Nicanor González un rifle para matar y duerme el inapelable plazo mientras se activa el "Blanco Encalada" precisamente al frente suyo. Coronel González, cuerpo todavía necesitado de vida, durmiendo con los párpados abiertos. Don Juan Quiroz igualmente sueña a Quiroz fogonero en la locomotora que levanta presión, mientras espantadas soñadoras apretujan a criaturas acaso imaginadas y suben a vagones estacionados como una irrealidad al principio del desierto. Nada más se han puesto de acuerdo para soñar involuntariamente lo mismo, de modo que tal pesadilla ha terminado por gobernar hechos que no son posibles y de los que habrán de despertar a tiempo. Esta mañana todo tenía su lugar y

su raíz, cada quien su curso y su proyecto. También González conocía qué ha de almorzar y dónde, cómo será la luz mientras haga la siesta. Y después y después y después. Nicanor viéndose hacer las cosas de mañana y estirándose a remotos asuntos placenteros, tan contrarios a este sueño inmóvil a la espera de una batalla. También él ha deseado salir de Pisagua antes de comprender que dormía, fétido agujero árido donde nada vale la pena excepto el dinero. A manos llenas las águilas, los escudos, los francos, las esterlinas. Por fatigadas delicias, por agua francamente dulce, por cristales de hielo, por nada más estar aquí mientras atracan vapores a llenarse de nitrato, por siempre ver estos cerros y este mar chorreaba riqueza sobre los sonámbulos que hoy entierran tesoros antes de echar cerrojo a casas tan combustibles y de apurarse a la estación o lacerarse por los acantilados o quedarse a combatir, calculando todos su aptitud para despertar por un poderoso esfuerzo de voluntad. El incendio de la aduana existe por su cuenta. Sueña el fuego al fuego, el mar su azul lastimado y aquí, de cuclillas, apenas protegidos del violento sol, los defensores comprenden la importancia de la casualidad, porque Cairoli pudo vender su negocio hace seis meses, y el coronel Moreno quedó otro día en Pisagua para despachar extraviados uniformes a su general en jefe, y la bomba que mató a los Loayza iba seguramente dirigida a la próxima aduana, y el propio Nicanor siente que está aquí de un modo casual, con un fortuito rémington entre las manos. Como los demás, González no prestaba atención a nada: misteriosamente los sueños se saben a sí mismos. El silbato de la locomotora no consiguió despertarlos, devolviendo Pisagua a su normal puntualidad. Ni se apagó el incendio, ni las cenizas restituyeron a la familia de Loayza, ni el acorazado chileno se evaporó de la bahía. Partió hollinientemente la locomotora arrastrando vagones donde es imposible que viaje alguno más. Faltan diez minutos para que acabe el plazo. Muere, no muere el sargento Azabache mientras se oye un chasquido de cerrojos y en su puente de acero el señor almirante consulta el cronómetro.

A diez para las tres de la tarde, el "Blanco Encalada" y la "Chacabuco" arriaron sus lanchas de asalto. No hay quien auxilie

a los defensores. El sexto de línea está entre Agua Santa y Pozo Almonte. Las dos compañías del Ayacucho desaparecieron tras los cerros. Los mil gendarmes llegados de Arequipa y Puno han acampado lejos de la costa. El Escuadrón Guías ha de encontrarse en Iquique. Con el sable en la mano, Ureta recorre posiciones. Su voz cascada convoca glorias que sonríen benévolamente. El sueño ha terminado: retumbó la artillería persiguiendo al tren que sube la cuesta de Pisagua. Después el acorazado cañoneó con sus piezas de 250. Andanada tras andanada pulverizan la endeble ciudad de Pisagua mientras progresa el avance de las lanchas de asalto. Una bomba quemó el Almacén Cairoli. Ahora llueven granadas incendiarias. Dos rabonas se achicharran en el depósito de madera. Del chino Amui sólo quedó una pierna calzada con su raro zapato de papel prensado. Nadie recuerda la antigua identidad de esa niña vuelta carbón, ni cómo llegó al Paseo San Martín ese torso de mujer, ni es posible reconocer las facciones de aquella cabeza chamuscada que rebotó a los pies del capitán de puerto.

—¡Fuego! ¡Fuego a discreción!

De nuevo crepitó la obstinada fusilería de tierra. Por segunda vez contempla Nicanor una fugaz mancha ventral. El asalto chileno fracasó a ciento cincuenta metros de la playa. Las lanchas retrocedieron a protegerse detrás de los mercantes neutrales, pero el cañoneo prosiguió hasta ponerse el sol. Después la ciudad continuó alumbrada por su propio siniestro.

A las nueve de la noche, mientras Pisagua arde por sus cuatro costados, se eligió una junta evaluadora de los daños.

—Es absurdo —comentó con amargura Nicanor González—. ¿Cómo se le puede poner precio a una ciudad?

Sin víveres ni agua potable, ni medicinas o ropa, los pobladores se reunían a contemplar el abrasamiento general. Un enorme torbellino de chispas subía a cincuenta metros de altura. La gran fogata alumbraba las cumbres próximas a Huaina Pisagua.

—Destrucción, noventa por ciento —telegrafió el capitán de puerto a Iquique—. Urge envíen auxilios. No tenemos qué comer.

Confía en Prado, pueblo del Callao

¡La "Unión" ha vuelto!

El mismo día que los diarios de Lima publicaban los primeros despachos urgentes del incendio de Pisagua, entró al Callao la maltrecha "Unión". Temprano los chalacos recorrían las calles pidiendo armas para vengar el bombardeo chileno. Ahora corrieron a la ribera a saludar el regreso de la segunda división naval.

García y García no desembarcó con sus oficiales y tripulantes. Transbordó a la "Independencia", cuyos trabajos inspeccionaba el General Prado. Cerca del mediodía, Su Excelencia se dirigió al puerto dejando a bordo del blindado a los comandantes Grau, García y García y More. Durante dos horas, espontáneos oradores arengaron a la furiosa multitud porteña. Tan pronto se supo que el Presidente descansaba en la Prefectura, la muchedumbre acosó el edificio.

—Quieren que Su Excelencia escuche al pueblo —informó un edecán.

—Sería mejor que el pueblo prestara orejas a Su Excelencia —dijo bruscamente el coronel Rodríguez, Prefecto del Callao. Prado lo apaciguó con un ademán.

—Están llegando comisiones de vecinos —anunció el secretario de la Prefectura.

—Vaya usted, coronel, y de buenas maneras explique a los comisionados que me es imposible atenderlos.

—¡Viva el Perú, muera Chile! —cantaba la multitud, casi empujando la fachada de la Prefectura.

—Caballeros, buenas tardes —el Prefecto saludó a las comisiones de vecinos con un gesto circular—. Comprendo que los sucesos del sur son muy graves, capaces de mortificar el patriotismo y altivez de los peruanos...

—¡Venganza para Pisagua!

—¡Venganza! —rugió el pueblo.

—...pero para satisfacer la aspiración de ustedes, que es también la más vehemente del Gobierno y todas las autoridades, es menester que la confianza tranquilice vuestros espíritus, dando al Gobierno la libertad de acción que le es necesaria...

—¡Prado! ¡Prado! ¡Prado!

—¡Chalacos, arriba... Pisagua no se olvida!

—...La presencia del Gobierno ante vosotros tiene que perturbar necesariamente las interesantes medidas que actualmente se ocupa en dictar —siguió el Prefecto—. No lo interrumpais, pues, en su patriótica labor y los resultados os dirán cuánto se afana por dar al Perú la tranquilidad y la gloria de que va en pos.

—¡Que hable Prado!

—¡Viva el Perú, muera Chile!

—¡Prado! ¡Prado! ¡Prado!

El coronel Rodríguez no concluía de negar a Su Excelencia cuando el Presidente salió al balcón de la Prefectura. Rojos dinamitazos sacudieron el aire.

—¡Callao! ¡Callao!

Extendió las manos, pidiendo calma.

—¡Señores!...

—¡Viva el héroe del 2 de mayo!

—...¡Señores... me complace hablar al pueblo! Estoy dispuesto en toda época a dar cuenta de mis actos...

—¡Viva Prado!

—¡Prado! ¡Prado! ¡Prado!

—...Por eso, tan luego he recibido hoy las noticias que conocéis, las he comunicado para que enterados de los sucesos, podáis dar expresión a vuestro patriotismo...

—¡Viva el Perú!

—¡Muera Chile!

—¡Mueran los asesinos de Pisagua!

—...Estoy listo, trabajo y me afano para poner en buen pie nuestra escuadra. Quisiera con los alientos colocar nuestras naves en condiciones aparentes para que puedan batirse con esperanza de buen éxito —la franqueza del General enfrió la fu-

ria de los chalacos—. ¡La guerra nos ha tomado por sorpresa! ¡Los chilenos estaban preparados para la guerra! ¡Nosotros por desgracia no lo estábamos, porque confiábamos en la paz!...

Ahora el silencio acogió la pausa con que Su Excelencia tomó aliento.

—...No conviene por ahora mandar uno, dos, tres buques. No hay esperanza de éxito y su pérdida sería muy sensible. ¿Queréis que mande al sur a la "Unión", al "Huáscar" y a la "Pilcomayo"? Nuestra escuadra no está en aptitud de batirse. Sería terrible su pérdida y entonces me echaríais en cara mi falta de previsión. Tan luego como he recibido las últimas noticias, he volado a ver si logro avanzar el alistamiento de los buques que aún faltan para escarmentar a Chile...

—¡Viva Prado!

—¡Prado! ¡Prado! ¡Prado!

—...Esos cobardes han atacado Mollendo, donde no tenemos ni un cañón y sólo podían responder unos rifles. Han atacado Iquique, que está en la misma condición. ¡Pero han dejado ileso a Arica, donde tenemos cuatro cañones con los que habríamos castigado su osadía!...

—¡Muera Chile!

—¡Muera!

—...¡Confiad! —la voz de Prado subió de tono—. Estad seguros de que trabajo día y noche por el engrandecimiento del Perú y por su gloria, porque así trabajo por mi propio engrandecimiento, porque cuantas mayores sean las glorias del Perú, así será también mi elevación...

—¡Viva Prado!

—...Bien señores: volved vosotros a dar expansión tranquila a vuestro patriotismo cual corresponde. Y dejadme a mí que vuelva a cumplir mis deberes. ¡Viva el Perú!

—¡Viva!

El manco Gordon en acción

Las camanchacas se forman al atardecer en Tarapacá. Espesa niebla a menudo empapada con emanaciones de bromo y yodo, se estaciona pesadamente a lo largo de la costa hasta que el nuevo sol la evapore. La noche que siguió el bombardeo de Pisagua, la camanchaca cubrió Iquique a ras de la bahía. En peligro de ser torpedeados desde tierra, los bloqueadores se retiraron a casi media milla de la boca del puerto.

—El clima ayuda —opinó el Beneral Buendía—. Podremos enviar un tren con auxilios a Pozo Almonte.

Los señores Ugarte y Billinghamst reunían mulas en las calicheras para transbordar la carga a través del desierto. En Agua Santa espera otro tren para llevar los fardos a Pisagua.

—Harina, manteca, levadura, frejol, chalonga, frazadas, municiones, aguardiente, azúcar —resumía el General Bustamante. La Municipalidad compró víveres en los almacenes de la ciudad. Los vecinos contribuían a una colecta para ayudar a los damnificados de Pisagua.

—Que se vaya el tren cuanto antes —opinó el capitán de corbeta Salomé Porras. Acababa de recorrer la bahía en una chalupa. Hasta la "Esmeralda", la más tenaz bloqueadora, esquivaba la niebla fuera de Iquique.

Ruidosos carromatos descargaron pertrechos en la estación del ferrocarril. El manco Gordon no tuvo que acercarse al grupo donde los generales y el Prefecto impartían instrucciones. Echó una mirada a los bultos, cambió un saludo con el alcaide Juan Bernal y, como quien regresa a casa, se fue por la ribera hacia el establecimiento de baños "La Gaviota".

El día que comenzó el bloqueo, el Prefecto Dávila permitió que un millar de chilenos se asilara en los mercantes neutrales o se acercara a la escuadra enemiga. Los pudientes pagaron fortunas a los playeros para que los llevaran junto a los acorazados. El astuto Billinghamst opinó que mejor hubiera sido hospedarlos en la Resacadora de Agua y en los edificios estratégicos

de Iquique, a ver si el señor almirante se atrevía a cañonear. Pero la primera autoridad política prefirió que se fueran y ahorrar víveres en previsión de un prolongado bloqueo. Aquella multitud de refugiados embarazó las acciones enemigas. A cuenta del Tesoro de Chile, Williams Rebolledo los tuvo que despachar en mercantes que zarparan al sur.

Sin embargo, no todos los enemigos residentes en Iquique se marcharon. Doscientos chilenos en edad de servicio militar fueron encerrados en un edificio municipal, donde pasaban rancho dos veces al día. Otros se escondieron o disimularon su condición, quedándose a servir de espías. Aún no se sospecha de él: Gordon parecía tan antiguo como Iquique. Siempre ha estado aquí. Pero es chileno y desde diciembre de 1878 pasaba excelente información al gobierno de su país. Asiste a todas las reuniones patrióticas, contempla movimientos de tropas, conversa con los jefes locales. El pobre simpático manco Gordon es un personaje sin edad ni procedencia. El señor Prefecto y las autoridades policiales muestran preocupación mientras deciden el destino de catorce indispensables prostitutas chilenas registradas en el puerto. Esa noche Gordon no tuvo dificultad en atravesar varios puestos de vigilancia. En los baños de "La Gaviota" cuatro sombras brotaron a su encuentro. De madrugada la "Esmeralda" se acerca a la isla, a recoger nadadores enviados por el manco. Ahora juzgó conveniente despachar dos mensajeros.

—Temprano saldrá un tren con víveres y armas para Pisagua. Tú y tú —eligió a un muchacho y a un antiguo playero—. Avisen a la escuadra. Que se acerque a cañonear.

El bloqueo no se limitaba a clausurar el puerto. Tampoco permiten los chilenos el tránsito de trenes.

La víspera, Iquique quedó aislado de Lima. Cinco días gastaron los botes de la "Esmeralda" y la "Chacabuco" en rastrear el cable submarino con arpeos. Nada. Pero al caer la tarde, la habitual correntada que embestía por la boca del puerto sorprendió al acorazado "Cochrane". Alzó vapor y recogió anclas para salir de la rada. Una de sus anclas arrastró el cable tan buscado. Lo cortaron de inmediato. Por ahora el General Buendía sólo puede comunicarse por telégrafo eléctrico con Pisagua,

usando una línea tendida apuradamente entre los dos terminales de ferrocarril.

El convoy con auxilios demoró porque toda la noche llegaron donativos de ropa y víveres. En fin, se enganchó un vagón para llevar refugiados a Huantajaya. Clareaba el día y despacio se evaporaba la camanchaca cuando el tren arrancó cuesta arriba. A cable y medio de la orilla esperaban los cañones de la silenciosa "Esmeralda".

Al primer cañonazo, Buendía comprendió.

—¡Nos han traicionado!

—¡Apúrense, vamos! —el Prefecto Dávila clava su mirada en la borrosa silueta del tren. A lo lejos se escuchan los gritos de mujeres y niños que atiborran el vagón de refugiados.

Aunque han tenido toda la noche para calcular sus tiros, los artilleros enemigos no consiguen tocar al tren. Cinco, seis disparos. Abrigándose en la niebla, el maquinista embutía leña en el horno de su antigua locomotora. Ocho, nueve cañonazos. El tren se aleja con una violenta trepidación. Dos disparos después, en la "Esmeralda" comprendieron que se les había puesto fuera de tiro.

El maquinista no escuchó los vítores que le dedicaban las tropas apostadas en Iquique. No llegó lejos. El esfuerzo por escapar de los proyectiles chilenos averió la caldera. El tren se detuvo descompuesto en la cercana estación de Molle. Nueve horas lucharon con el desperfecto. Al caer la noche descargaron los víveres.

Urgente

IQUIQUE, 2:45 P. M.
EL ALMIRANTE CHILENO
COMUNICA QUE A LAS CUATRO
DESTRUIRA LAS MAQUINAS
DE AGUA.

DAVILA

Reunión secreta en Palacio

Las puertas se abrían como empujadas por el viento para aceptar al hombre más solo del mundo. Aquella trágica figura con uniforme de general de división absorbió a su paso a ministros de estado y edecanes. Caminaba como llegando de más lejos que esos aposentos palaciegos, como de un lugar infinitamente desdichado y viejo. Sombras que la amarillenta emulsión del alumbrado a gas no consigue disolver, repiten con un murmullo: buenas noches Su Excelencia, buenas noches Su Excelencia. El hombre no se detenía. Un confuso atrevimiento sostiene sus pisadas, una cierta altivez recuerda a sus acompañantes que él no se puede equivocar. Antes de que un soplo de poder supremo abriera la última puerta, el hombre padeció un titubeo.

Del otro lado esperaba la guerra.

Los que no están de acuerdo con el señor Presidente también se levantaron. Mariano Ignacio Prado invitó a todos a tomar asiento. A las once de la noche clausuraban puertas y ventanas de ese vasto aposento calculado para los largos pasos del poder. Frota sus sienes como aliviándose una jaqueca, se anima el cuerpo hasta hace un rato sostenido con graciosa indolencia. Nadie pone en duda el coraje de los peruanos y los caballeros no han sido convocados para juzgar su hombría, pero dice Su Excelencia que deben conocer el poder de las armas que el Perú entrega a sus hijos en defensa del territorio patrio: su gobierno sentía preocupación por el desdén con que se mira al enemigo.

Cierra, abre las manos el señor Presidente invitando a hablar a su Ministro de Guerra. El General del Solar había pedido al Congreso rápidos recursos a fines de 1878 para comprar armas modernas. Nada ha llegado aún a nuestros puertos. Estamos casi desarmados. El Perú tiene, claro, cinco, casi seis mil rifles, los partidarios de una veloz ofensiva contra Chile no están descaminados. Los hay chassepot reformados, eso que se conoce como modelo peruano. Y chassepot de aguja, martini, rampard, wilson, springfield, minié austriacos, minié prusianos,

minié ingleses y algunos comblain. Pronto llegarán lotes de rémington y peabody de repetición. Hay siete clases de mosquetones, cuatro de carabinas, tres de revólveres. Habrá pues que surtir a los batallones con munición de veinte calibres diferentes. Dice el General Ministro que no todos son rifles de repetición, sino más bien lentos de cebar, algunos de chispa o fulminante. Hasta donde sabemos, Chile dispone de trece mil rifles comblain nuevos, de avanzado modelo probado con buen éxito en la reciente guerra franco-prusiana. Y ha ordenado más armamento a Europa.

—Para ser exacto —el General del Solar cambió de postura en el sillón que ocupa a la diestra de Su Excelencia—: diez soldados armados de comblain equivalen a treinta provistos de viejos chassepot. Y una compañía de ametralladoras chilena tiene más poder de fuego que todo un batallón peruano de infantería.

Tafetanes al viento, redoblantes y pífanos, gallardetes bordados por madres y novias, espumosos potros de la nueva Columna de Honor, para qué. La urgencia de una guerra postergada hasta el último día embiste por el palacio dejando tras de sí un vaho a heridas agusanadas. Inmóvil entre otros jefes navales, el comandante Grau observa rostros de pronto lavados de jactancia. He aquí las voces influyentes: Candamo, Aramburú, Riva-Agüero, Quimper, Derteano, Paz Soldán, Elías, Miró Quesada, Chacaltana, Irigoyen, Larrabure. Nos hemos dejado sorprender, por qué no se compró pertrechos a tiempo, como irán al frente nuestros voluntarios en vano. La luz verdosa que escapa de vientres asesinados en la pampa, la luz crepitante que se obstina por incendiados escombros de bombardeo, la luz de azufre que arde a ras de cementerios de campaña, la luz final del día que acabó con esplendor de durazno se encharcan en esas miradas. Todo se desplomará en polvo mientras recuerdan que ayer nomás eran felices vecinos de un verano celeste suspendido sobre la bahía de Chorrillos y que en ranchos no construídos para morir bebían ante o sorbetes de menta, haciendo cuentas de un futuro que pertenecé indudablemente a su estirpe. Presten atención al peligro: hace dos meses el enemigo disponía de 4,850

soldados en Antofagasta y Valparaíso. Pronto su ejército tendrá 20,000 hombres y será el mejor equipado de Sudamérica. En Lima, hace cinco meses, la Cámara de Diputados exigió rebajar el ejército de 4,816 hombres a los cuatro mil autorizados por la ley de presupuesto. Entonces era más importante ahorrar 276 soles anuales por cada marinero que se licenciaba. Los señores diputados empezaron pidiendo un recorte de diez sargentos y once cabos y terminaron por disolver un regimiento de caballería, un cuerpo de infantería y una banda de músicos. El ahorro nacional se ensañó también con las mulas de campaña, de las que sólo quedan cuarenta.

La atención de los reunidos se concentró en la escuadra. Parecían de acuerdo: la guerra se decidirá en el océano. Ni los aliados ni Chile pueden sostener alejados frentes en un desierto sin apoyo de líneas marítimas de suministro. Cuatro mil expedicionarios chilenos dependen de las máquinas condensadoras de agua en Antofagasta. Los monitores deben salir inmediatamente en busca del enemigo. ¿O tampoco existe equilibrio en el mar?

—No, caballeros: la escuadra chilena es superior a la nuestra.

El comandante García y García habla en representación de la Marina de Guerra. La verdad, salvo el "Huáscar", en 1879 los monitores son un fracaso. Adquirieron renombre durante la Guerra de Secesión. El inglés Cowper Coles había perfeccionado la torre giratoria con cañones de gran poder, eso que conocemos como colisa acorazada. Cuando los confederados reflataron el navío sureño "Merrimac", el comandante Brooke lo convirtió en un castillo recubierto por un blindaje de medio metro de pino y planchas de hierro. Lincoln ordenó la construcción del "Monitor", chato y con espolón, para hundir al formidable navío del Sur. Los nortños lo creían el buque más fuerte del mundo. Su única torre montaba dos cañones de 135. Casi hundió al "Merrimac" y a su vez naufragó durante un temporal. Habían calculado mal su metacentro. El "Huáscar", señores, es descendiente de ese "Monitor" tan poco marinero. En 1864 Coles elaboró el diseño de la capitana del Perú. Había perfeccionado

su colisa y transformado el "Royal Sovereign" en el primer gran acorazado británico. Mientras en Birkenhead progresaba la construcción del blindado nacional, Inglaterra incorporó diez buques de acero a su escuadra, el más importante de los cuales, el "Northumberland", era diez veces más grande que el "Huáscar". Las miradas buscan brevemente al comandante Grau que escucha impasible la exposición de su compañero. Pero el "Huáscar" no se hundió con su primera tormenta en el Golfo de Vizcaya, como habían pronosticado muchos ingenieros navales. Un año después los ingleses botaban su primer acorazado con dos hélices, el "Penélope", de 4,470 toneladas. Es decir, caballeros, que mientras el "Huáscar" causaba admiración a su llegada al Perú, ya podía considerársele anticuado en Inglaterra porque la doble hélice modificó velocidades y maniobras en los nuevos blindados. En 1869 se terminó en Birkenhead el último y más perfecto de los monitores. Coles había dirigido en persona la construcción del "Captain", que cuadruplicó el tamaño del "Huáscar". Dudaban que flotara. Sus dos primeras travesías de prueba fueron satisfactorias. A la tercera lo sorprendió una borrasca cerca del Cabo Finisterre. No soportó el oleaje que le dio vuelta, enviándolo al fondo del mar con sus doscientos tripulantes, incluido el desdichado Cowper Coles. Nuestro pequeño monitor venía a ser el único sobreviviente de una fracasada generación de buques de guerra. Ah, pero el "Huáscar" se batió con notable destreza contra el "Shah" y el "Amethyst", dos naves británicas sin blindaje que lo persiguieron frente a Pacocha cuando lo sublevó Nicolás de Piérola. ¿Hubiera acaso escapado del moderno "Hércules", cuya sola coraza pesaba más que el monitor y cuyos cañones de 400 se recargaban en apenas un minuto? García y García meneó la cabeza: claró que no, caballeros. Presten atención al peligro: el "Huáscar" es lo mejor que tenemos. Desplaza 1,130 toneladas. Navega a once nudos. Está armado con dos cañones de 300, de lento sistema de avancarga. Y de dos pequeños cañones de 40, otro de 12 y una ametralladora. El castillo estorba las maniobras de su batería. Su blindaje es una lata para los cañones chilenos. Presten atención al peligro: la "Independencia", tan vieja como el "Huáscar", es un blindado con apariencia de antigua fra-

gata. Desplaza dos mil toneladas. Se le han instalado colisas de 150... que carecen de protección acorazada para sus artilleros. Tiene además doce anticuados cañones de 70. Peor aún: su única timonera no está a cubierto de balas enemigas. Presten atención al peligro: el "Atahualpa" y el "Manco Cápac" son monitores fluviales, que sirvieron a los confederados en la Guerra de Secesión. Hubo que traerlos a remolque. Sus cañones de 500 son de hierro dulce y su andar no llega a tres millas por hora. No pueden combatir en alta mar porque se inundan. En fin, el calamitoso estado de la "Unión" y el discreto poder de la "Pilcomayo" son bien conocidos por todos. ¿Y Chile? Presten atención al peligro: sus acorazados "Blanco Encalada" y "Cochrane" se construyeron en Inglaterra en 1874. Duplican al "Huáscar" en tamaño y blindaje. Sus máquinas y doble hélice tienen una potencia cuatro veces mayor. Sus modernas baterías Armstrong de 250, rayadas y de retrocarga, sus cañones de 40, sus ametralladoras en las cofas quintuplican el poder de fuego de la capitana nacional. Presten mucha atención al peligro, caballeros: los cañones del "Huáscar" no pueden perforar el blindaje de los acorazados chilenos, cuyos proyectiles de acero endurecido son capaces de pulverizar al monitor.

Grau se observó las manos, por un rato ignorando a los notables. Ahora quieren buques. En 1870 hubo oportunidad de comprar barato un espléndido acorazado que el gobierno turco ordenó a los astilleros Samuda, en Londres, y no pudo pagar. El Perú chorreaba libras esterlinas. Ah, pero el coronel Balta, que desconfiaba políticamente de una Marina de Guerra favorable al sistema de gobierno civil, despreció la ocasión. Seis mil toneladas de registro, dos máquinas Maudslay y doble hélice con 7,000 H.P. para navegar fácilmente a catorce nudos, coraza de acero de siete pulgadas, cuatro cañones de 400 y 23 cañones de tiro rápido entre cubiertas: lo compró el Imperio Alemán. En vez de ese acorazado todavía en pleno servicio, el señor Balta insistió en la ruinosa adquisición del "Manco Cápac" y el "Atahualpa", que en conjunto costaron lo mismo que el acorazado ofrecido por Samuda. ¿A quién debe pedírsele cuentas ahora que estamos en guerra? Y después: el gran equívoco de Manuel Pardo.

No compró dos blindados a Inglaterra sustituyéndolos por la fracasada triple alianza que Argentina nunca suscribió. Lo escuchamos, señor Grau. Quieren saber qué puede esperar la Patria del "Huáscar". Todo, caballeros. Aunque es un buque fuerte, no puede compararse a los acorazados enemigos. Morirá combatiendo. Pero ni el señor Grau ni nadie puede cumplir otra misión que la de ganar tiempo. Porque a menos que se compre blindados más poderosos, el enemigo acabará por adueñarse del océano y entonces el Perú estará acorralado. Otra vez lo entretuvo un corto silencio. Ni han comprado proyectiles Palliser para el "Huáscar", ni han traído torpedos automáticos sistema Whitehead recomendados por García y García, ni se han interesado en los torpedos propuestos por el inventor Ruiz, ni ha llegado a bordo de su buque el cloroformo. Tal como están las cosas, caballeros, la guerra naval se perderá. Por supuesto, la Marina de Guerra presentará combate aunque no haya otra alternativa que la muerte. El "Huáscar", señores, cumplirá con su deber aunque se tenga la seguridad de su sacrificio.

Carta de Iquique

Señor director de "El Comercio"
Lima.

En los momentos de apuro en que estoy, procurando salvar algo de la familia, no quiero dejar de dedicarle un instante siquiera.

Los Generales Buendía y Bustamante volvieron anoche. Su presencia era necesaria para uniformar la acción del ejército.

Estamos llenos de angustia y zozobra mirando a los infames pasear en la bahía.

Después del crimen de Pisagua, creo que a nosotros nos toca el turno.

Lo que allí han hecho es espantoso. Lo que harán aquí, sólo Dios lo sabe.

A fin de salvar algo, las gentes entierran ropa, muebles, en fin, lo que pueden. Otros, que tienen más comodidad, envían algo a Huantajaya.

La emigración continúa.

Williams Rebolledo ha intimado a que cese la elaboración del agua.

El tenor de la nota de ese valiente, que ningún periódico aquí ha publicado, es el siguiente:

REPUBLICA DE CHILE
COMANDANCIA GENERAL
DE LA ESCUADRA
A BORDO DEL BLINDADO
"BLANCO ENCALADA"
SEÑOR PREFECTO:
A LAS 4 H. P.M. DEL DIA DE
HOY, VOY A DAR PRINCIPIO A
LA DESTRUCCION DE LAS MA-
QUINAS DESTILADORAS DE AGUA,
A NO SER QUE CESEN DE FUN-
CIONAR.
LO AVISA A US. PARA SU
CONOCIMIENTO.
DIOS GUARDE A US.
J. WILLIAMS REBOLLEDO

Rebolledo habla poco pero bueno.

La suerte está echada y no hay más.

Que Iquique será destruido no cabe duda. El momento en que lo será es lo que espero.

Los chilenos nos están haciendo una guerra de exterminio. Nos tratan como a salvajes.

Mientras tanto, nosotros, cruzados de brazos, estamos sufriendo tamaña afrenta.

¿Qué es de nuestra escuadra?

Me prometo escribirle más extensamente cuando esté libre de fatigas y cuidados del momento.

Quedo de U. afectísimo amigo.

Julio Deisk

La marcha del Ejército Boliviano

Don Hilarión Daza, Presidente de Bolivia y Capitán General de sus ejércitos se disponía a festejar su cumpleaños cuando llegó a su palacio un escueto y desagradable mensaje.

"El ejército expedicionario chileno ha ocupado Antofagasta y gran parte del litoral boliviano".

Al amanecer, todas las bandas de músicos de La Paz debían despertar a Su Excelencia con la Canción Nacional ejecutada ante la puerta de su palacio. Para que nadie olvidara el natalicio del Capitán General, la aparición del sol sobre las montañas de La Paz coincidiría con una salva de 21 cañonazos. A las nueve de la mañana Su Excelencia llegará a la Catedral, donde las más altas jerarquías rogarán a Dios por su salud y larga vida. Escoltado por la Columna de Honor dirigirá una arenga a los batallones y pueblo reunidos frente a la mansión presidencial. Los postres del banquete, al que han de asistir sólo cuarentiocho elegidos, coincidirán con un magnífico alarde: convertida en imaginario campo de batalla, la Plaza de Armas registrará movimientos tácticos del regimiento de húsares y escuadrón ametralladoras. La gran afición taurina de don Hilarión quedará satisfecha

a las tres de la tarde, con una corrida obsequiada por los subprefectos de Pacajes, Ingavi y Sica-Sica. Al ponerse el sol se escuchará otra salva de veintiún cañonazos. No era sino el principio de una semana de festejos, con diarias corridas de toros, fuegos artificiales, conciertos sinfónicos, cabalgatas de notables y, en fin, un gran baile de gala en los salones del Teatro Municipal.

Y ahora, ¡chilenos en Antofagasta! ¡Invasores acercándose a Caracoles! ¡Enemigos acosando Mejillones, adueñándose del salitre, descolgando y pisoteando retratos de Su Excelencia que adornaban todas las dependencias fiscales del litoral boliviano! Don Hilarión, que realmente apellida Grossolí y ascendió a Capitán General de cuartelazo en cuartelazo y de intriga en intriga, calculó el efecto que tan malas noticias podían causar en el honesto General Campero, en coroneles como el valiente Eleodoro Camacho o aún en el pausado espíritu del viejo General Villamil y de otros jefes bolivianos que reiteraban su preocupación por el abandono militar de su litoral. Releyó varias veces el mensaje y al fin decidió guardarlo bajo llave. Prohibió a sus secretarios hablar del asunto y postergó la guerra hasta que terminaron las fiestas. Sólo entonces anunció a su pueblo que estaban en guerra y despachó un agente confidencial a través del Lago Titicaca, por tren a Mollendo y en vapor inglés al Callao, a exigir la inmediata intervención de su aliado, el Perú.

La verdad, el secreto tratado de alianza defensiva entre Perú y Bolivia no era tan secreto. Había sido discutido, sin obtener ratificación, en el Congreso argentino. Una síntesis bastante detallada se dio a conocer en 1878 en un diario de Washington. El difunto ex-Presidente Pardo, artífice del convenio, había declarado públicamente en respuesta al armamentismo de Chile: tenemos dos grandes acorazados, Argentina y Bolivia. Tan pronto se produjo la ocupación de Antofagasta, la cancillería limeña sugirió arbitraje. Pronto despachó una misión especial presidida por José Antonio de Lavalle. Como tal embajada conciliadora fuese calificada de perfidia internacional para encubrir un tratado suscrito contra los intereses chilenos, el señor de Lavalle entregó una copia del documento al gobierno de Santiago. Cinco días después Chile declaró la guerra al Perú.

Daza se malhumoró cuando supo exactamente cuales eran las fuerzas a su mando: 4 generales de brigada, 9 coroneles, 38 comandantes, 45 capitanes, 5 ayudante mayores, 47 tenientes, un director de música, 57 sargentos primeros y mil quinientos soldados cuyos pagos estaban atrasados. El armamento de tan modesta legión era en gran parte inservible. Lo más moderno: doce Winchester llegados de Estados Unidos para demostración. Y luego: 601 rifles rémington que usaban los soldados adictos a Su Excelencia. Nuevamente revisó los documentos enviados por la intendencia. Para recuperar su valioso litoral, Bolivia contaba además con 58 rifles martini, 79 carabinas de diversos calibres, 70 antiguos fusiles de fulminante, 64 de chispa, tres espadines y 354 bayonetas. Daza bufaba. Bolivia tenía el compromiso de contribuir con un ejército de 5,000 soldados en caso de una guerra. Otra inspección de sus arsenales descubrió 95 fusiles sharfo, oxidados y sin cartuchos. Su Excelencia despachó una urgente misión a Europa a conseguir rifles modernos y municiones. Al comenzar abril, el General Prado exigió que el prometido ejército aliado abandonara la cordillera y reforzara posiciones peruanas en Tarapacá. Once días después de que comenzara el bloqueo de Iquique, un mensaje cifrado viajó por cable submarino a Mollendo, prosiguió por telégrafo eléctrico a Puno y de allí a caballo llegó a La Paz.

VUELE EJERCITO BOLIVIANO A T A C N A

P R A D O

A las diez de la mañana del 18 de abril, el Capitán General Hilarión Daza picó al fin espuelas a su alazán y seguido por su Estado Mayor avanzó a revistar los batallones de Bolivia.

Desde el amanecer, miles de vecinos se amontonaban frente a los cuarteles o disputaban lugar en los balcones de La Paz. A las siete, los batallones empezaron a congregarse en la Plaza de Armas. Se sucedían arengas. ¡Juremos vencer o morir! ¡A la victoria o a la muerte! ¡Sí, juro! ¡Viva Bolivia! ¡viva el Perú!

Bandas de músicos rivalizaban en soplar aires guerreros hasta que apareció el señor Presidente. Aquella mirada, por lo común brillantada por los placeres del poder supremo, pareció satisfecha del número de sus legiones, que tras cuarenta días de reclutamiento forzoso sobrepasaban los cinco mil efectivos. Entorchados de jefe total desbordan los hombros de su uniforme, con brisaca pechera a medias cubierta por la banda presidencial y gruesas condecoraciones. Sus botas descansan en estribos de plata labrada. Don Hilarión relucía bajo la celeste transparencia del país de las montañas. Brida de oro trenzado, espada de gruesa empuñadura alhajada con rubinejos y zafiritos y más gruesas piedras incrustadas por diamantistas europeos, fajín rojo, revólver damasquinado, espuelas preciosas, antiguo plumerío coronando su atuendo, el Capitán General descendió como una divinidad sobre sus milicias. Aquella voz tonante habló de la justicia de nuestra causa, del valor inútil sin la subordinación y la disciplina, del honor que conmueve las fibras del alma en los momentos supremos, del imperioso deber de conservar el orden interno mientras ellos marchaban a derramar sangre y a salvar a la nación. A los gritos de viva Bolivia, viva el Perú, Su Excelencia abrió el desfile del ejército aliado por las calles de La Paz. Llovían flores sobre el Capitán General, pugnaban los humildes por tocar sus botas, un formidable griterío sofocaba las voces de mando. Tras cada batallón trotaban esforzadas cantineras cargadas de víveres y cacharros. En el Alto de la Garita se detuvo Su Excelencia a refrescarse y a recibir el homenaje de una comisión de matronas. Lo cubrieron con mistura y le entregaron obsequios, hasta una taleguita con tierra paceña para que estuviese junto a su pecho mientras durara la campaña. A la una de la tarde Don Hilarión volvió a montar su alazán. Llovía en la distancia. Cuando se volvió a despedirse de La Paz, un arco iris relucía sobre las montañas.

Seis leguas diarias avanzó el ejército aliado a través de puna y desfiladeros. Precedido por sus coraceros, el Capitán General no parecía fatigado cuando una semana después la cordillera empezó a desplomarse hacia la arenosa provincia de Tacna.

Temprano el 30 de abril un grupo de jinetes chisporroteó por el tranquilo empedrado de las calles tacneñas. Adormilados cen-

tinelas reconocieron al General Manuel Othón Joffré, Ministro de Guerra de Bolivia. Desde la víspera, los bolivianos acampaban en la cercana localidad de Pachas. Daza disimuló su contrariedad. Suponía que el Presidente del Perú esperaba en Tacna. Pero el General Prado no se ha movido de Lima. Othón Joffré convocó al alcalde y a los principales. Quería el Capitán General que un retrato de su colega y amigo se colocara en el balcón de la Municipalidad, a fin de que sus tropas rindieran saludo y homenaje al más noble aliado de Bolivia. El señor Ministro indagó si está dispuesto el alojamiento presidencial y una vez que impartió instrucciones y despachó telegramas a las autoridades de Arica, picó espuelas de regreso a Pachía con una numerosa comitiva de peruanos.

Un rumor a campanas y a marchas de guerra alegró el corazón de Hilarión Daza cuando al mediodía avanzó por el risueño valle del Caplina. Trota al frente, escoltado por dieciséis edecanes, su estado mayor y cuatro coraceros de elevada estatura y elegantes uniformes. Bajo guirnaldas de flores y cintas de seda con los colores nacionales de su país, el jefe supremo de Bolivia hizo cacarolear su alazán por la calle Comercio. Ahora se confunden las músicas que siguen al Presidente desde La Paz y las que saludan su ingreso a Tacna. Bañado en pétalos rojos y blancos, Don Hilarión frenó su cabalgadura ante la Casa Consistorial. Un gran retrato de Mariano Ignacio Prado espera en un balcón, entre los pabellones nacionales aliados. Daza desenvainó su espada y con ella saludó el óleo de su colega. Ayudantes y jefes de estado mayor lo imitaron. Toda la ciudad lo aclamó: ¡Viva Bolivia! ¡Viva Daza!

De nuevo campaneaban. El General Carlos de Villegas entró al frente de la primera división boliviana. Los aliados desfilan hacia su campamento en arbolados suburbios repletos de pinos, sauces y gordos viñedos, redoblando el paso ante el General en jefe y un pueblo que no se fatiga de aplaudirlos y arrojar flores. Batallón Colorados de Daza. Y el Batallón Paucarpata. Y el Batallón Olañeta. Y el Regimiento Húsares de Bolívar. Y el General Villamil y sus ayudantes de la tercera división. Y la Legión Boliviana con los rifleros de Murillo. Y el escogido Ba-

tallón Libres. Y el renombrado Batallón Illimani. Y el Batallón Independencia. Y el Batallón Vengadores de Potosí. Y, en fin, los altivos coraceros del Escuadrón Escolta. Tres horas demoró el ejército aliado en cruzar Tacna por la calle San Martín: seis generales, 124 jefes, 383 oficiales, 15 cirujanos, dos capellanes, 5,451 soldados. Y aún falta llegar la cuarta división procedente de Cochabamba.

A las cuatro de la tarde el Presidente de Bolivia entró a la casa que había sido preparada para alojarlo. El pueblo de Tacna no se movió de las calles. Sin pausa vitoreaban a esos hombres llegados desde las cumbres para morir como peruanos. Daza aceptó sonriente una copa de champaña bien fría. Leves canapés de salmón y foie gras mitigaron el hambre de tan larga jornada. No terminaba el primer brindis cuando las cornetas anunciaron que se acerca el tren de Arica.

Desde el 13 de abril Montero estaba al mando militar de ese puerto. A bordo del pequeño vapor peruano "Talismán" viajó cuatro días para desembarcar junto al morro aún desguarnecido. Acompañado de 19 jefes y 30 oficiales principió de inmediato su doble misión: instalar baterías dejadas allí por el "Chalaco" y organizar la recepción de los aliados. El corpulento y levantisco contralmirante que dirigió los barcos americanos en el Callao, el 2 de mayo de 1866, manejó el recibimiento con la grandiosidad que deseaba Don Hilarión. Servicio de cristal tallado, delicada mantelería de Bruselas, magníficos vinos traídos de las bodegas de Bayly o Maury en Lima, laboriosas golosinas de convento, perfumes y muebles y sedas, todo fue llevado hasta esa casa de techos rústicos que ahora habita Su Excelencia. A la esforzada tropa boliviana se le ofreció de inmediato una monumental pachamanca, hecha con 28 toros, 300 carneros, 240 chanchos, 6,000 choclos, tres toneladas de papa y una tonelada de habas, regada con siete mil prudentes litros de chicha arequipeña. Otro picante banquete fue ofrecido por las más ricas familias de Tacna a los oficiales bolivianos. Ahora Montero, su estado mayor, el prefecto y una elegida comisión de notables de Arica se trasladaban a pie desde la estación ferrocarrilera a la residencia del Presidente.

—¡Es un honor saludar al héroe de la gloriosa jornada del

2 de mayo! —lo recibió Don Hilarión con los brazos abiertos—. ¡El intrépido marino que puso en fuga a la escuadra española, es digno amigo y aliado de mi Patria y por ello me complace, como Presidente y Capitán General de Bolivia, ofrecer un fraterno abrazo!

Montero tragó saliva. Se abrazaron dispensándose robustas palmadas a la espalda.

—¡El honor es mío, Excelencia! No sólo soy portador de la emocionada bienvenida que me encarga transmitirnos nuestro jefe y Presidente, el benemérito General Mariano Ignacio Prado, sino que vengo a extenderos caluroso saludo a nombre de los heroicos soldados que defienden Tacna y Tarapacá, ofreciéndos mi personal colaboración y amistad y sintiéndome honrado por este abrazo con que el ilustrado Presidente y Capitán General de los ejércitos de Bolivia, cuyo renombre de valeroso gobernante no es desconocido para los pueblos del Perú, se ha dignado recibir a su amigo y aliado.

Reaparecieron las copas de champaña.

—Por mi ilustre amigo y noble aliado de mi Patria, el General Mariano Ignacio Prado, Presidente del Perú —Don Hilarión ofreció el brindis con la copa en alto.

Bebieron.

—Porque la victoria corone el largo viaje del glorioso ejército de Bolivia —puntualmente Montero devolvía todos los cumplidos—. Y por su Capitán General y Presidente, don Hilarión Daza.

Fiesta en Arica

Un día después que cinco gendarmes, seis voluntarios y un teniente rechazaran a una fuerza de desembarco chilena en Mejillones del Perú, solemnes fanfarrias saludaron la llegada del

tren presidencial en Arica. Trece años exactos se cumplen de la batalla del Callao contra los navíos reivindicadores de España. Quemado por los cañonazos del "Cochrane", a esta hora humea Mejillones. Sus quinientos pobladores ni siquiera recuerdan que es 2 de mayo de 1879. Todo cuanto tenían resultó pulverizado en cinco horas de combate, sostenido desde tierra por apenas doce rifles. Don Hilarión Daza recibe los más altos honores militares y revista a las tropas formadas al pie del enorme morro negro. Ciento veinte disparos de cañón soportó Mejillones, a mitad de camino entre Iquique y Pisagua. A Daza se le alojó en el edificio de la Aduana. Tan pronto se hubo refrescado, pidió al contralmirante Montero que le mostrara los lugares de interés. La ciudad se recuesta sobre el morro, ofreciendo sus ventanas a los vientos más largos. Placenteras terrazas con geranios y claveles evitan interrumpirse en la contemplación del atardecer. Altos techos de torta soportados por vigas rústicas dan una sombra de bosque a esta población menos atareada que Iquique. Montero se siente en casa. Arica siempre fue puerto frecuentado por la escuadra. Hace once años en esta bahía anclaba la corbeta "América", rápida gemela de la "Unión". A las cinco de la tarde del 13 de agosto, el morro osciló violentamente antes de que un gran crujido subterráneo confirmara el tamaño del cataclismo. Espantados vecinos creyeron hundirse en el océano. Trozos de costa se desprendían sobre el océano. Dos minutos duró ese terremoto que dejó mil kilómetros de ruinas entre Arequipa e Iquique. Una gruesa polvareda marrón ocultó la cordillera y pronto apagó al sol. Vino la noche entre emanaciones picantes y un vaho a planeta removido. Golpeó el terremoto como un gran martillo en el casco de la "América". El comandante Jurado de los Reyes miró luego el mar, quieto como un espejo negro, y desembarcó a prestar auxilio. Estaba en la playa cuando llegaron las olas. Algo revolvía el océano desde abajo. El segundo comandante Carlos Ferreyros ordenó largar otra ancla. Espumosas bestias cóncavas cayeron sobre Arica desbordando la orilla y triturando botes. Jurado de los Reyes volvió a su buque. Desde el puerto anochecido lo vieron por última vez mientras chalaneaba el maremoto y trepaba a la corbeta por el tangón. Después la bahía se hin-

chó, como si de sus fondos brotara una burbuja descomunal. Las máquinas de la "América" no consiguieron contrariar el oleaje. El gran golpe de mar arrasó la corbeta, arrastrándola a la isla del Alacrán para después aventarla al norte de Arica. En este pedazo de playa encontraron el cuerpo deshecho de Jurado de los Reyes. Su Excelencia el Presidente Daza no contempla naufragios o cadáveres sino un placentero mar azul que allá, al pie del morro, embiste rocas olorosas a marisco. La población está hoy en las calles, no sólo para mirar al jefe supremo de los aliados sino también para asistir al ejercicio de cañón que empieza a mediodía.

A dos kilómetros del morro, un lanchón servirá de blanco.

—¡A ver si aciertan antes del anochecer! —gritó a sus artilleros el cachaciento teniente Del Castillo—. ¡Tienen que quedar bien delante del General Daza, muchachos!

—¿En cuántos tiros lo hundo, señor? —sonrió "Chico". Se llama Ricardo Silva y hasta venir de voluntario, ha sido playero en el Callao.

—Cuando vengan chilenos, no van a estarse quietos para que hagas puntería —recordó el subteniente Delhorme. Entre-
nó personalmente a "Chico" tan pronto descubrió su instinto para calcular distancias.

—¡Atención!

Las fanfarrias saludaron la aparición de los jefes en el morro. Daza aprobó el formidable aspecto del fuerte San José. Aceptó el antejo ofrecido por Montero para estudiar la bahía y el blanco.

—Muy bien, empiencen.

A Delhorme le pareció que "Chico" visaba bajo.

—¡Fuego!

Retumbaron las baterías. Oleadas de aire caliente golpearon a la muchedumbre. Columnas de espuma sacudían el mar en derredor del blanco.

Claro, si fuese un buque de buen tamaño, un acorazado chileno por ejemplo, las balas lo habrían golpeado. Daza asintió, aceptando con benevolencia el comentario de Montero.

—¡Fuego!

De nuevo fracasaron, aunque ahora brincó la lancha casi tocada por las granadas.

—Vamos, “Chico”, haz de cuenta que apareció el “Blanco Encalada”. ¿Lo ves?... —dijo Del Castillo.

—Sí, mi teniente.

—... Y ahí, de pie en el puente está Williams Rebolledo, el mismo que incendió Pisagua. ¿Lo ves?

—Sí, mi teniente.

—Hay que cañonearlo, es tu única oportunidad.

—Tienes que acertar —intervino Delhorme.

—¿Le doy en la cabeza o prefiere en la barriga, señor? —se cachondeó el cabo de cañón.

—¡Fuego!

El bombazo de “Chico” pulverizó la lancha.

—¡Vaya tiro! —murmuró Montero. El blanco había desaparecido de la bahía.

—¡Bravo, bravo! —Daza se entusiasmó como si estuviera en una plaza de toros— ¡Perfecto, muy bien!

—En la barriga —sonrió “Chico”.

Delhorme lo palmeó: cuando aciertes al primer disparo serás el mejor artillero de Arica, muchacho.

—Deseo felicitar al cabo de cañón —habló Su Excelencia.

—¡Atención!

—¡Artillero Silva! —llamó Del Castillo—. ¡Preséntese ante Su Excelencia el Capitán General de Bolivia!

El joven playero chalaco nunca había estado tan cerca de un presidente. Los cañonazos aún abejorreaban en sus orejas y no entendió el breve discurso obsequiado por Daza.

—... y es mi deseo recompensarlo —terminó el Capitán General. Del uniforme extrajo una taleguita repleta de monedas de oro.

—Con perdón de Su Excelencia —se adelantó Montero. Colocó en la tostada diestra de “Chico” una bolsa con veinticinco esterlinas de oro—. Déjeme premiarlo personalmente, a nombre de nuestros pueblos aliados.

“Chico” enmudeció al sentir el peso de esa fortuna. Ni Daza, ni Montero, ni sus respectivos ayudantes esperaban que hablara.

En el edificio de la Aduana espera el banquete en honor del Capitán General y los jefes se marcharon tertuliano animadamente bajo el sol. “Chico” estudió el contenido de la talega. Sus compañeros de batería lo rodearon con estupor.

—Bueno, muchachos —Del Castillo desaprobaba tan desmesurada recompensa pero tuvo que disimular—: hagan su fiesta, “Chico” paga la cuenta.

Intrigas Chilenas en Tacna

A la desanimada luz de un quinqué, el Capitán General deseó no estar en Tacna, ni de este lado de la guerra. Mariano Ignacio Prado no se movía de Lima, la escuadra del Perú no se aparta del Callao, tampoco consultan a Daza la estrategia de los aliados en Tarapacá. No puede correr el riesgo de volver a La Paz, entregando el mando de su ejército a un lugarteniente. Quería para sí el prestigio de todas las victorias, a la vez que vigilar de cerca la fidelidad de esos batallones. El armamento comprado por su gobierno sigue depositado en Panamá, sin que los vapores peruanos vayan a traerlo. Falta vestuario y hasta zapatos. Lejos del cable y de las noticias que a diario se recoge de vapores neutrales detenidos en Arica, Su Excelencia se siente aquí como en una trastienda. No importa su bien surtida bodega y las continuas atenciones de los principales de la ciudad, Don Hilarión se aburría. Durante el largo viaje a través de la cordillera, imaginó que las legiones peruanas lo aguardaban para pasar al ataque, que pronto llegaría a liberar Antofagasta, que verdaderamente Chile había cometido un error declarando la guerra a sus dos vecinos. Tanto apurarse para esto: de la ventana al sillón, no tiene nada que hacer. Los tacneños empezaban a acostumbrarse y pasan ante la mansión de Su Excelencia como si la habitara un elegante prefecto. No le interesa el adiestramiento de sus divisiones. Pre-

fiere cabalgar, ir de caza, dormir, encerrarse a beber o a nada más contemplar con hosco silencio la lucecita amarilloverdosa del quinqué.

—¿Qué quieren? —se agrió su voz. Golpeaban la puerta. Entró el coronel Granier.

—Un compatriota desea saludarlo, Excelencia.

—¡No estoy para nadie!

—Es el doctor Salinas Vega, Excelencia. Viene de Chile.

—¿De Chile? ¿y qué lo trae a Tacna? Bueno, bueno... ¡hazlo pasar!

El mundano desenfadado del visitante agradó a Don Hilarión.

—Excelencia, vengo a ponerme a sus órdenes antes de volver a Santiago.

Daza lo invitó a apoltronarse. Bébase una copa, hombre. Gracias, Excelencia. Salinas vivía veinte años en la capital enemiga. Acudió el mayordomo a los palmazos de Daza.

—¿Qué se sirve, amigo Salinas? No se preocupe, ¿eh? Aquí hay de todo, como en La Paz.

La noche enfriaba.

—Acepto un coñac, Excelencia.

—Acaba de llegar y ya se va, doctor.

—Estuve en Arica, Excelencia, liquidando asuntos comerciales. Usted comprenderá que mi situación es algo, algo delicada.

—Claro, comprendo. Por Bolivia —brindó Don Hilarión.

—Y por usted y su clarividente conducción de nuestra amada Patria, señor.

Después de la primera copa, Daza pidió informes sobre la situación interna de Chile y su poderío militar.

—¿Cree usted que ofrezca mucha resistencia a nuestras armas?

—Excelencia, yo quisiera, en fin...

—Aguardo su más franca opinión —Daza alargó su copa vacía para que Salinas la llenara—. No tenga usted ningún temor, amigo mío.

—...la verdad, Excelencia, la superioridad bélica de Chile es, diría yo, aplastante. Me temo que las autoridades del Perú han malinformado a su gobierno, señor...

Daza movió la cabeza como si dijera que es posible, que ni en los aliados se puede confiar.

—...un ejército formidable, Excelencia, y su escuadra es verdaderamente superior. Hundirán al "Huáscar" tan pronto se les ponga a tiro.

—No lo creo posible.

—Los acorazados de Chile son la última palabra, Excelencia. Allá se tiene la impresión de que hemos sido arrastrado a la guerra por la perfidia del Perú.

—Pinto ordenó ocupar Antofagasta —el Capitán General apretó los dientes con rabia: un obsequio chileno para su onomástico.

—El auténtico enemigo está en Lima, así lo he escuchado en altos círculos de Santiago.

—¿De veras?

—Chile cree necesario modificar la geografía política de Sudamérica y a menudo pienso que no le falta razón.

—¿Encerrándonos en la cordillera?

—No, no... entienda, Excelencia: al Perú le sobra territorio. Lo más lógico sería que nuestro litoral se extendiera de Arica a Mollendo. Puno y el lago serían bolivianos. Nos conectaríamos por ferrocarril con la costa. Y el industrioso pueblo chileno podría colonizar estos desiertos.

Salinas Vega viajó a Tacna siguiendo instrucciones del gobierno chileno. Primero intentaron servirse del boliviano Gabriel René-Moreno, hombre de mucho prestigio, largo tiempo residente en Santiago. La oferta del todopoderoso consejero Domingo Santa María no lo convenció: Bolivia traicionaba al Perú y, pasándose al otro bando, auxiliaba a conquistar los territorios de Tarapacá, Arica, Tacna, Moquegua y Arequipa, casi medio millón de kilómetros cuadrados. Los nuevos aliados canjearían después trozos de costa. Entonces el gobierno de Santiago usó a Salinas Vega, a quien le pareció un plan excelente. Ahora hizo un detallado recuento de la importancia militar de Chile. Sin el concurso de Daza, podían barrer a los peruanos antes de que acabara el año. Don Hilarión bebió otro coñac. Parecía aprobar. Lo avinagraba el tratado complementario firmado en Lima, por el cual Bolivia

se comprometía a pagar su parte de todos los gastos extraordinarios de la guerra, hipotecando para ello su renta nacional.

—¡Nos quieren arruinar! —bufó Su Excelencia—. ¡Y hay que ver el trabajo que costó forzarlos a cumplir el tratado! ¡Más nos convendría arreglarnos con Chile!

—Opino lo mismo, Excelencia.

El presidente de Bolivia se sinceró: esperaba un trato diferente de parte de sus aliados. No se le pedía su consejo militar, tampoco recibía informes sobre las armas compradas por Bolivia. ¿Usted cree que podemos confiar en los chilenos? Salinas Vega asintió. Chile ansiaba recobrar la amistad de Bolivia pero continuará la guerra al Perú hasta sus últimas consecuencias. ¿Por qué pagar los platos rotos, Excelencia? Sin revelar que cumplía instrucciones de Santa María, puso en boca de René-Moreno el resumen de las condiciones para una paz separada.

—¿Llevaría usted una propuesta a Chile? —preguntó Daza con brusquedad.

—Me siento honrado por su confianza, Excelencia.

—Pues hable con René-Moreno y dígame de mi parte que, sin comprometer a Bolivia, se haga confiar la propuesta concreta de Chile y me la traiga a Tacna. —

—¿Me dará órdenes escritas, Excelencia?

—No, no, no —sonrió el Capitán General—. El encargo debe cumplirse verbalmente. Bolivia aparecerá solicitada de amistad por Chile.

Bajando la voz, Su Excelencia dio a conocer sus términos: cierta cantidad de libras esterlinas para su uso personal, traspaso de los buques peruanos a Bolivia y, sobre todo, que no se utilizara para nada el nombre de Don Hilarión.

Cita Secreta a bordo de la "Unión"

Cielo, bahía, casas, islotes, dársena, todo gris, disuelto, como hecho de mercurio, apenas vivo a las cinco y media de la mañana: en esta cubierta que capitaneó trece años atrás en el combate de Abtao, el comandante Grau cuenta sus pisadas mientras García y García recuerda que hace un mes comenzó la guerra y nada extraordinario se ha hecho para fortalecer la escuadra.

—¿Qué hace Canevaro en París? —gruñó el jefe de la segunda división naval—. Corteja a esos judíos de la rue Vivienne. Hemos pedido préstamos a traque barraque y ahora nadie nos atiende. Ni por segundo Vicepresidente lo invitan a tomar asiento. Dicen que no podemos garantizar el pago de un millón de esterlinas.

—El Perú vale más que un millón —dijo el comandante Camilo N. Carrillo.

—Ve a preguntárselo a los señores diputados —sonrió amargamente el comandante Sánchez Lagomarsino—. ... nadie quiere pagar impuestos.

—Peor será pagar cupos de guerra a los chilenos.

—Se debe dos meses a las tripulaciones.

—¿Por qué no negociar directamente con Rutherford Hayes? —preguntó More.

—He oído que ofrecen el "Stevens Battery" por una bicoca —dijo Grau.

—Flota de lo más bien, ¿no? —García y García conoce bien ese gran acorazado inconcluso. Veinticinco años atrás, Robert Stevens se adelantó a su época diseñando un buque de acero, de siete mil toneladas. Pese a la oposición de los almirantes norteamericanos, el "Stevens Battery" estaba casi concluido cuando su creador murió en 1856. Entonces se abandonaron las obras—. Buen blindaje, espolón, espacio para colisas en cubierta... oye,

Miguel, entiendo que hasta tiene calderas instaladas. Nada más habría que artillarlo.

—¡Ocho Armstrong de 400! —soñó Carrillo.

—¿Y por qué no Krupp?

En el polígono de Biedelar se había ensayado un nuevo cañón de 350 mm. capaz de atravesar cualquier blindaje conocido.

—Francia sacará pronto a remate dos blindados de 1872 —dijo Grau. Su rostro sombrío censuraba el desacuerdo nacional para reunir fondos extraordinarios como no fuese a través de una colecta patriótica.

—Los acorazados de Abdul Hamid se oxidan en el Bósforo —murmuró García y García. Varios buques turcos se ofrecían confidencialmente en venta a través de agentes en París y Londres—. El "Osmanieh" es gemelo del acorazado que no compramos en 1870.

—En Panamá tenemos dos torpedos de arrastre —More estiró el anteojo hacia el muelle de guerra. Se acerca una chalupa a vapor. De pie, en la rápida proa, un hombre cubierto con un capote azul parece disfrutar del helado ventarrón—. Es él.

Los capitanes de navío se arrimaron a estribor.

—Hemos pedido granadas Palliser y nada. Minas submarinas cargadas con dinamita y nada. Nuevas ametralladoras Gatling y nada —a Grau se le endurecía la voz.

—No se puede hacer la guerra sostenidos por limosnas —dijo More.

—A bordo de la "Unión" faltan frazadas —García y García meneó la cabeza—. Nada más tenemos cinco tazas. Cada oficial debe traer sus cubiertos.

—Es una vergüenza...

—Y ya tu ves cómo se oponen a cada propuesta tributaria.

Agudo como una gaviota, el silbato anunció que el Supremo Director General de la Guerra se acercaba a la corbeta. Los comandantes saludaron militarmente.

Nada más que un puñado de centinelas permanecía a bordo.

—Conversaremos en la cámara, Excelencia —García y García lo invitó a entrar. En ese momento un pálido sol de mayo

atravesó la cenicienta techumbre de nubes y haces amarillos cayeron sobre el mar, con esa consistencia de la luz oblicuándose a cierta hora de la tarde en el interior de las iglesias.

Por las desiertas entrañas del buque se condensaba un frío todavía nocturno y el General Prado siguió envuelto en su capote azul. Los ojos se le abultaban por la falta de sueño. A pesar de la agresión chilena, su gobierno no obtenía fondos del Congreso de la República reunido en sesiones extraordinarias. Olfateó un perfume a café. Antes de que circularan desportilladas tazas de caracolillo fuerte, García y García ofreció una botella de whisky. Sólo tenían tres vasos en la segunda cámara. Señores, debemos hablar con toda libertad. La escuadra tiene que moverse. Prado calentó el cuerpo. Después de los bombardeos chilenos, la opinión pública exigía castigo al adversario.

—Estoy en desacuerdo, señor Presidente —Grau ni siquiera mencionó que los blindados a su mando no han concluido indispensables composturas. Hace unos días, saboteadores chilenos volcaron latas de kerosene a bordo de la "Independencia" y le echaron fuego. La tripulación pudo controlar el incendio y capturar a los presuntos culpables. Otros saboteadores quemaron el arco monumental de Desamparados, a espaldas de la residencia del Presidente. A Grau lo preocupa la inexperiencia de artilleros, marineros y hasta de los maquinistas ingleses—. Nuestras dotaciones tienen una preparación lamentable. Creo que todos los comandantes presentes hemos informado de numerosos desertores. Otros, que llegan de voluntarios, no saben dónde está babor y dónde estribor. Los artilleros dan en el blanco sólo por casualidad. Debemos practicar. Si salimos de campaña en estas condiciones, puede acontecer cualquier catástrofe.

—Hay motivos de estado muy poderosos para que yo viaje de inmediato al sur —dijo Prado. Están enterados, señores, que el ejército boliviano ya acampó en Tacna. Pronto irá el "Chalaco" o el "Talismán" a recoger siete mil rifles en Panamá. La Grace Brothers acumula armamento en Nueva York para despacharlo por la misma ruta con destino al Perú. Su Excelencia llenó los pulmones de aire—... Lo peor es que nuestro aliado Daza ha recibido en varias oportunidades a un agente chileno. Sospechamos que ini-

ció tratos con el enemigo no sólo para romper la alianza sino para cambiar de bando.

Grau cambió miradas con sus camaradas.

—¿Es algo más que una suposición?

—Sí, señor Grau. Bastante más que un chisme. También conocemos que se ha ordenado a Williams Rebolledo bloquear Arica antes de que Montero acabe de fortificar el morro. Si eso sucede, el Ejército del Sur quedará embotellado. La escuadra tiene que intervenir ahora.

—¿Toda la escuadra?

—Sí.

—¿También los viejos monitores?

—Los necesitan en Arica.

—Será necesario remolcarlos...

—Ajá.

—...de modo que la escuadra no podrá navegar a más de cinco o seis nudos...

Abusábamos de nuestra buena fortuna, suspiró el Presidente: cada mañana despierta preguntándose si los acorazados chilenos no están ya frente al Callao. Mientras los buques nacionales sigan en el dique o componiendo máquinas, el enemigo podía clausurar las dos salidas del puerto. No era bloqueando Iquique que se estrangulaba al Ejército del Sur, sino cercando los depósitos, maestranzas y todos los recursos de la Capital, cuya única puerta al exterior es el Callao. Trece años atrás, bajo la dictadura del mismo General Prado, de allí corrieron a cañonazos a la flota española. Sede principal de la Compañía Inglesa de Vapores, cuyos almacenes ocupan casi cuatro hectáreas, no permitirá el ministro de Su Majestad Sir Spencer Saint-John que bombardeen el puerto como si fuera Pisagua. Pero las viejas fortificaciones de 1866 tampoco pueden rechazar una embestida chilena contra objetivos militares. En las torres del Real Felipe aceitan veteranos Blakeley de 500 libras. Las antiguas baterías Junín y Mercedes están provistas de Armstrong de 500. Esos cañones y la artillería de los buques que demoran en zarpas, resultan poca protección para el centro del comercio peruano. El indispensable dique flotante, capaz de elevar navíos de

hasta 5,000 toneladas, está indefenso. Los acorazados chilenos pueden arruinar la importante factoría naval de Bellavista o incendiar el muelle dársena con sus dieciocho grúas a vapor al que acoderan transatlánticos. Aún bloqueado el Callao, es verdad que el "Huáscar", acaso la "Independencia" puedan burlar el cerco y escapar... ¿Pero dónde se abastecerán y en qué lugar de la costa peruana fabricarán repuestos para sus máquinas? El Supremo Director de la Guerra expuso brevemente su plan naval: evitarán todo combate con superiores acorazados chilenos, golpeando atrás de las líneas enemigas para impedir que el gobierno Pinto desencadene una ofensiva terrestre o intente desembarcar tropas en Tarapacá. La pequeña escuadra peruana se mantendrá en movimiento, sorteando todo peligro de bloqueo y destruyendo o capturando transportes y corbetas chilenas mientras se dilata la guerra—: El tiempo corre a favor nuestro, caballeros. Espero del patriotismo de todos los peruanos la recolección de fondos que permitan adquirir cuanto hace falta para luchar de igual a igual con el agresor.

—Muy bien, Excelencia —Grau resopló—. ¿Cuándo zarpamos?

Carta

(Del Capitán General Presidente de Bolivia y General en Jefe de su Ejército Expedicionario a su noble y grande amigo el Presidente del Perú).

Grande amigo:

Al acudir con la mayor parte del ejército boliviano a la invitación telegráfica que de parte de V. E. me fue hecha, no he vacilado en venir personalmente, mandándolo, pues es en el seno de la verdadera confraternidad de hermanos leales que vengo a unirme con

V. E. para que con esfuerzos comunes mostremos al mal aconsejado gobierno de Chile que en América no es la fuerza derecho.

Al poner mi planta en el suelo peruano con tan santo fin, como Capitán General del ejército boliviano y su General en Jefe, cumpla el grato deber de saludar a V. E. como el aliado y el mejor amigo de mi Patria y como Presidente del preclaro pueblo peruano.

Señor y amigo: al extenderos mi mano desde Tacna para estrechar la de V. E. a las orillas del renombrado Rímac, siento fuerte emoción y tengo fe en que Dios bendice la unión de dos pueblos a los que El ha querido dar un común origen y un destino común.

He resuelto que estas letras sean puestas en manos de V. E. por el señor coronel graduado del ejército doctor don Nataniel Aguirre, a quien con este objeto he nombrado mi agente confidencial ante V. E., en cuya calidad lo acredito y en cuyo carácter le he prevenido transmita a V. E. los especiales encargos que para V. E. le encomiendo.

Sírvase V. E. aceptar las protestas de mi alta y distinguida consideración. Es dada en Tacna, firmada de mi mano, sellada con las armas de la República y refrendada por mi secretario general a los seis días de mayo de mil ochocientos setenta y nueve.

Hilarión Daza

El subsecretario general
Isaac Tamayo

Documento Secreto de la Cancillería de Chile

República de Chile
Ministerio de Relaciones Exteriores

Al señor Gabriel René Moreno

Interesado el Gobierno de Chile en poner término a la guerra que sostiene contra Bolivia, mira con placer la buena disposición de U. para coadyuvar a la consecución de ese deseo.

En consecuencia, el Gobierno de Chile vería con satisfacción que U. se acercase al Excmo. Presidente de Bolivia y le signifique nuestros sentimientos a ese respecto.

Mi Gobierno espera que el de Bolivia escuchará con benevolencia cuanto U. le exponga en este sentido, y en conformidad a lo que U. ha representado en nuestras conferencias verbales. La palabra de U. contará en su abono sus antecedentes personales y la presente nota.

Dando a U. desde luego mis agradecimientos por el noble espíritu que lo anima, me ofrezco de U. atento y servidor.

Domingo Santa María

República de Chile
Ministerio de Relaciones Exteriores
Bases

1º Se reanudan las amistosas relaciones que siempre han existido entre Chile y Bolivia y que sólo se han interrumpido desde febrero de este año. En consecuencia, cesa la guerra entre las dos repúblicas y los ejércitos de ambos se considerarán en adelante como aliados en la guerra contra el Perú.

2º En testimonio de que desaparecen desde luego todos los motivos de desaveniencia entre Chile y Bolivia, se declara por este último que reconoce como de exclusiva propiedad de Chile todo el territorio comprendido entre los paralelos 23 y 24 que ha sido el que mutuamente han disputado.

3º Como la república de Bolivia ha menester de una parte del territorio peruano para regularizar el suyo y proporcionarse una comunicación fácil con el Pacífico, de que carece al presente, sin quedar sometido a las trabas que le ha impuesto siempre el gobierno peruano; Chile no embarazará la adquisición de esa parte de territorio, ni se opondrá a la ocupación definitiva por parte de Bolivia, sino que, por el contrario, le prestará al presente la más eficaz ayuda.

4º La ayuda de Chile a Bolivia consistirá mientras dure la guerra actual con el Perú, en proporcionarle armas y demás elementos necesarios para la mejor organización y servicio de su ejército.

5º Vencido el Perú y llegado el momento de estipular la paz, no podrá ella efectuarse por parte de Chile mientras el Perú no la celebre igualmente con Bolivia, en cuyo caso Chile respetará todas las concesiones territoriales que el Perú haga a Bolivia o que ésta imponga a aquel. Tampoco podrá Bolivia celebrar la paz sin la anuencia e intervención de Chile.

6º Celebrada la paz, Chile dejará a Bolivia todo el armamento que estime necesario para el servicio de su ejército y para mantener en seguridad el territorio que se le haya cedido por el Perú o que haya obtenido de éste por la ocupación, sin que se le haga cargo alguno por las cantidades de dinero que haya podido facilitarle durante la guerra, las que jamás excederán de seiscientos mil pesos.

7º Queda desde ahora establecido que la indemnización de guerra que el Perú haya de pagar a Chile habrá de garantizarse precisamente, atendiendo la si-

tuación financiera del Perú y su informalidad en los compromisos, con la explotación de salitres del departamento de Tarapacá y los guanos y demás sustancias que en el mismo puedan encontrarse.

Es copia. J. E. de Guerra, jefe de sección.

La Merced, misa de once

El coche de la Comandancia General de la Escuadra se detuvo ante el número 24 de la calle Lescano al tiempo que el coronel Manuel María Gómez doblaba la esquina de Lártiga con su esposa Dolores Grau. Del carruaje oficial bajó el teniente 1º Ferré. Tenía el uniforme salpicado de barro.

—¡Guá, Diego! —la hermana mayor del comandante Grau carga una canasta con natillas caseras y succulentas cachangas que ella misma horneó al amanecer—. ¿Va usted a decirme que recién se levanta?

—No, señora —rió Ferré—. Estuve reuniendo provisiones para el “Huáscar”.

El coronel se anunció con sonoros aldabonazos. Después de once campañas, cumplía sesenta años en el retiro. Sopló sus manos, calentándolas. Gris y húmeda embiste la mañana por donde hace un rato brillaban amarillentos globos de gas.

—¿Parten al sur?

—Parece que sí, señor.

Sobre silenciosas suelas de papel prensado, el chino Francisco entreabrió la puerta. Su trenza se agitó alegremente cuando reconoció a la hermana de su patrón.

—¡Entlau ñola Lolole, entlau coloné! —olfateó las cachangas y alzó el paño que las cubría. Admiró su aspecto—. Mmm. Ese son especiá. Comanante Glau ota vez a buque —informó el cocinero haciéndose cargo de la canasta—. Poblecito ñola Lololi-

ta... ¿porqué gobierno no dejau tranquilo comanante Glau? Viene levolución... ¡comanante Glau! Viene nenemigo... ¡comanante Glau! Viene cuaquiel cosa... ¡comanante Glau!

—¡Francisco! —reprendió Doloritas—. Gracias, cuñada. Adelante. Pase, Diego.

Dolores la abrazó como abrigándola en su pecho: mi niña querida. Treinticinco años de edad y diez hijos, dos de ellos trágicamente muertos. Y ahora esta guerra con los chilenos.

Enrique y Oscar vestían uniforme de marinerito inglés para acompañar a su padre al "Huáscar" en tiempos de paz. Así trajeados por la experta tijera del sastre del monitor, entraron al dormitorio principal cuando Grau perfumaba sus espesas patillas.

—Hola, Enriquito —abrazó y besó a su primogénito y después a Oscar. Aparecieron Ricardo y Rafael. Los niños se acomodaron al borde de la cama.

—Llegó tía Dolores.

—Sí, y tío Manuel.

—También el teniente Ferré, papá. Trajo el coche del Ministerio.

—Hay cachangas para el desayuno, ¿oíste, papá?

—¿Te vamos a acompañar al Callao, papá? —Enrique ya había pedido permiso a su mamá. Los niños dormían en el camarote del comandante cuando Grau quedaba al ancla en el puerto.

—No, Enriquito, hoy es imposible.

—Podríamos embarcar de aspirantes —propuso Oscar sacudiendo su cabeza rizada—. Así tendrías compañía.

—Hum —Grau abrió, cerró la cómoda llena de ropa blanca perfumada con manzanas verdes, hasta encontrar un pañuelo filipino con sus iniciales bordadas por Doloritas. No sólo el cansancio enrojecía su mirada. Recuerda el mar sanguinolento y a los amputados caballeros boyando bajo el blanco sol ecuatorial, mientras una misteriosa corriente lo arrastra, todavía aspirante de diez años, lejos del hediondo amasijo de tiburones cebados en su primer naufragio. Pero el espanto también emboscará a estos niños sentados en la cama, pero a su mando el "Huáscar" apestará a carne achicharrada, pero la venenosa alegría de esas

fanfarrias despidiendo a los marinos, pero el desvelado acecho de vigías rasando el horizonte con sus anteojos navales, pero bruscamente dio la espalda para componer el lazo de su corbata.

—Miguel, tu uniforme —Doloritas había cepillado la levita naval apenas adornada con insignias de capitán de navío. Medallas, la apreciada condecoración de los Vencedores del 2 de Mayo, aquella otra de Benemérito de la Patria: nunca las usó. Ay, Doloritas, son pura vanidad. Uno nada más cumple con su deber, ¿por qué habrían de premiarlo? Ella acarició el rostro que pronto ha de alejarse.

Mientras se termina de vestir, Grau observa crecer el sol sobre los techos. Lima no está aún puesta a remojar, esa edad gris en que se oye chapotear a las torcazas en vuelo, cuando gruesas paredes de adobe se inflan con gozo de esponjas sumergidas. Falta un mes o dos para que el invisible diluvio anual se establezca como un sudor frío, a apulgarar lienzos de cambray o de más robusto linón de obispo. Por las orejas del comandante hablan antiguas premoniciones. Como cualquier marino vive atento a los signos extraordinarios y algo sopló anoche la luz del quinqué, por Bellavista lo siguió una lechuza y se desplomó el escudo tan sólidamente adherido a la cámara del "Huáscar". Entregó a su memoria el delicado perfil de la coqueta de palisandro, embotellados olores de lavanda y pachulí, aquellas fotografías familiares encargadas a Courret. Salió como si hoy levantara anclas al encuentro de los chilenos.

Enrique lleva la espada de su padre a través de esa casa alquilada a la familia Riva-Agüero. Acostumbrado a tan modesta mescolanza de muebles esforzadamente limpios gracias al plumero de Francisco, por el corredor Grau respira el húmedo vaho de doradillas y lenguas de ciervo. También hay helechos en el salón, donde los niños convierten el confidente en castillo, la otomana en buque, el plumón en proyectil. El sueldo de capitán de navío alcanza con las justas para alimentar, vestir y educar a los ocho niños. Antes de 1870, el chino Francisco ya trabajaba para la familia Grau. Mama Casimira patulequea por dependencias olorosas a jaboncillo y alhucema, auxiliando a Doloritas y a la zamba Veneración en el gobierno de la prole. Ni

tienen coche de caballos, ni piano o caja de hielo, ni el comandante siente necesidad de otra maravilla que el monumental espejo aprisionado con pan de oro, guirnaldas, frutajes y querubines ante el que ahora revisa su aspecto mientras su cuñado dice que quisiera desenvainar la espada e irse a la guerra. Hace dos años lo colgaron en el salón de la calle Lescano. Antes adornaba la casa de su suegra Luisa Núñez de Cabero. En cada visita, Grau se extasiaba en la contemplación del espejo. Los hay parecidos en casa de su compadre Dionisio Derteano, en el palacio presidencial, en el Hotel Maury y en la Mueblería Hochkoeppler. Pero ninguno como éste.

—¡Ay, Doloritas! —murmuraba al fin—. ¡Cómo me gustaría tener un espejo!

—Ya tendremos uno, Miguel —lo animaba su joven esposa.

—¡Imposible! ¡Con lo que yo gano es imposible!

La madre de Doloritas se enteró. Un 27 de julio, cumpleaños de su yerno, la familia conspiró para llevárselo de paseo y, en su ausencia, colgar el espejo en este salón. Reunidos a la hora de almuerzo, Grau tardó unos minutos en descubrir el regalo. ¡Doloritas! Dime, Miguel. ¿De dónde lo has sacado? ¿qué va a decir la gente, Doloritas? Si no tenemos dinero y esto debe costar una fortuna. Se acercaba su suegra. No me ha dado tiempo de explicárselo, mamá, ni siquiera lo ha reconocido. Pero si es el mismo espejo, caramba. Es mi regalo, Miguel. No importa cuántas veces atraviese el salón, Grau siempre lo observa de reojo. Esta mañana prestó más atención a su propio rostro sobreviviendo en las facciones de Enriquito, y, en el suyo, los rasgos antiguos de Juan Manuel Grau y Berríos y las orejas grandes, la frente abultada, el rizado cabello de María Luisa Seminario.

Adiós, me voy. No sé cuándo, pero llegado el día, ha de ser inmediatamente. No habrá tiempo ni para una caricia al vuelo. Tu efímero, único hijo ya casi muerto, oloroso a fúnebre piel bajo el uniforme con tan apreciadas insignias de teniente 2º parte hoy, madre, como si fuera para siempre, como ha de suceder mañana o el viernes o algún día de agosto, vaya uno a saber. Pero el apuesto teniente 2º Carlos de los Heros calló la despedida, aceptando el cariñoso sermón materno, sí mamá, los

pies secos, no olvidar el chubasquero mamá, solamente salía a misa en La Merced con su amigo Diez Canseco, mamá. Guiñó un ojo a su padre, el doctor Juan de los Heros, y se reunió a su camarada con el corazón ligero, como de fiesia. Los tenientes trotaron por la plazuela del Teatro, observando de reojo a unas extranjeras alojadas en el Hotel Universo y que a su vez dedicaron un cuchicheo a los oficiales. Pero a Carlos de los Heros sólo le interesa llegar temprano a misa. A mitad de calle saludaron al teniente 1º Ferré que abandonaba la casa del señor Grau, seguramente con instrucciones que llevará en su barroso carruaje hasta la estación de La Micheo y en tren al Callao, donde ponen a punto al "Huáscar" para al fin salir de campaña. De los Heros estaciona sus charolados botines en la puerta del templo mientras su compañero entra de explorador a la nave principal. No está, dijo Diez Canseco. Y ya son diez para las once. ¿Te acuerdas de su lugar? Sí, hombre, me acuerdo. Porque Victoria, igual que sus padres, lo mismo que sus importantes tíos limeños, usa espacio propio en la casa del Señor, con reclinatorio en el que se ha grabado su nombre. Se le apura el corazón mientras tarda su amor en vano. ¿A qué ha venido, teniente de los Heros? No a mirar calesas, tampoco a saludar amigos. Vean allí al arrogante hombre con su vida sin gastar, sus leves veintisiete años y ambos pies metidos en la guerra: irá al frente a morir en nombre de todos. Para mí los ceremoniosos ataúdes, los abrigados sudarios, las cremosas bayonetas, las patrióticas moscas, las atrevidas mutilaciones, los atroces retornos, los jocundos naufragios. No hay otro modo de ver a Victoria. Dos veces llegó con elaborados pretextos a su puerta sólo para escuchar que hoy la familia no recibe. El mismo ignora cuándo dispondrá de unas horas para subir al tren a Lima o cuándo partirán definitivamente al sur. Mientras tanto, otros la pretenden... ¡cómo ignorarlo! La ciudad padece un súbito apuro por amar y engendrar. Amigo nada más, mirada absorta en su mirada, teniente segundo de negro uniforme naval, mudo paseante frente a su casa en La Amargura, centinela de sus paseos, ante ella atolondrado, como con fiebre: se portaba a veces como un tonto. Victoria dedica sus tardes a coser vendajes para las ambulancias que auspicia don Dio-

nisio Derteano, en cuya casa coinciden amigos de su hijo, joven comandante de la Columna de Honor, ese nuevo regimiento de cazadores que servirá de escolta al señor Presidente. Son cien, ni uno más. Montan los mejores potros del país. El señor Derteano obsequió cien espadas españolas. Los domingos por la tarde, familias importantes van a la pampa de Amancaes a presenciar el ejercicio de sus muchachos. Justamente cuando la calesa del banquero Mr. Forsythe se acercó a La Merced, la Columna de Honor irrumpió por un costado del templo. Trotaban a alborotar Mercaderes y la Plaza de Armas. Se les veía en verdad arrogantes en sus altas bestias lustrosas, envueltos en la atrevida jactancia de sus guerreras rojas. Abría la marcha el joven Derteano con galones de teniente coronel. Victoria aplaudió. Por un momento de los Heros casi sintió lástima de sus propias breves insignias tan poco visibles en el austero uniforme naval. Diez Canseco lo alertó de un codazo: se aproximaba la familia Grau. El comandante abraza a Enriquito. Son seis niños que lo acompañan a misa, breviario en mano, embobados por los últimos jinetes que desfilan.

—Buenos días, señor Forsythe —saludó Grau.

—Un placer verlo, comandante —replicó Forsythe. Las familias intercambiaban cortesías.

Grau descubrió a sus jóvenes oficiales observando el encuentro con disimulo, el repentino rubor de Victoria. Hace trece años, en este mismo lugar, trajeado con uniforme de capitán de corbeta, un joven y delgado Miguel Grau vio salir de misa a Doloritas envuelta en una rica mantilla. ¿Quién es? ¿cómo se llama? Grau soportó la divertida mirada del oficial que lo acompaña. El comandante Luis Germán Astete explica que se llama Dolores Cabero Núñez. Sirvió de intermediario. Visitó a la futura suegra de Grau. Después del té informó: hay un señor jefe de la marina que desea visitar la casa. ¿Por qué? Luisa Núñez de Cabero tenía varias hijas jóvenes y hermosas. Por Doloritas. Ahora, seguido por sus hijos, se vuelve a mirarla y sólo ella descifra el cariñoso mensaje: ya lo ves, valió la pena, hemos sido razonablemente felices, te quiero como si viviésemos el primer domingo de la vida.

—Señor de los Heros, señor Diez Canseco, encantado de verlos —saludó Grau—. ¿Conocen al señor Forsythe? Le presento a dos de mis oficiales.

—Si los conozco, señor Grau, son amigos de la casa.

De los Heros se acercó a Victoria en el templo. Ella recogió agua bendita y la ofreció al teniente para que se santiguara. Después se escabulló al lado de su padre.

Doloritas acomodó a sus hijos tres bancos detrás de Victoria. A invitación de su comandante, los tenientes se arrodillaron a continuación de la familia Grau. Oyeme, amor en vano, ¿qué has de esperar de mí, qué hemos de edificar por encima de la guerra? El señor Grau echó una mirada al altar y se recogió en sí mismo. De los Heros lo conoce exacto, severo, taciturno, respetuoso, inflexible. Mírese ahora su semblante y se hallará la idea de Dios. En las hurañas costas de China, Dios. En nevadas islas al sur de Magallanes, Dios. A la hora de ordenar el abordaje, Dios. Cuando cargó en brazos el pequeño cuerpo muerto de su hija Elena, Dios. Recogiendo los restos de su padre en Valparaíso, Dios. Ante la temprana tumba de su hermano Enrique, Dios. Cuando su amado hijo Miguel Gregorio agonizaba, Dios. Si contempla el nocturno océano sin fondo ni estatura, Dios. En el silencio, Dios. Rodeado por su familia, Dios. Emboscado, omiso, sibilino, intacto espectro de Dios: solicito tu compasión porque debemos matar. Oh, sí: matar con plenitud de fuerzas. Hazme justicia, Dios, y defiende mi causa de la gente malvada, líbrame del hombre inicuo y engañador, envíame tu luz y tu verdad. El teniente de los Heros se hizo a un lado cuando Doloritas se acercó al altar a recibir la comunión. Entonces cerró los ojos y percibió un atisbo del infinito. Escucha, fundador del tiempo, general y prócer y padre de este caos: tráenos de retorno, protégenos a todos, niños, guerreros, mujeres que nada más aguardan. Haz por favor que vivamos, danos vejez en compañía, juventud sin degüello o destripados. Al salir del templo, la celeste luz de mayo recompuso su ánimo. Victoria sonrió antes de partir.

Congreso extraordinario para salvar al Perú

—El impuesto a la exportación de azúcar propuesto por el Ejecutivo tiene graves inconvenientes tanto científicos como económicos y sociales —se extiende la voz del senador Rosas en la sesión de Congreso Extraordinario—. A primera vista nuestra industria azucarera puede parecer próspera y no es así. Según datos que la Comisión Principal de Hacienda del Senado ha podido adquirir, la ganancia es de dos chelines por quintal vendido en Europa, es decir, cincuenta centavos en plata, precisamente el monto del impuesto que propone el Ejecutivo. Yo pregunto: ¿van a trabajar los productores de azúcar para no percibir utilidades?

—Estamos aquí para reunir fondos que el Perú necesita por motivo tan extraordinario como es la guerra —el diputado Carlos M. Elías controla su creciente cólera—. El Gobierno propuso un impuesto de 50 centavos, en plata, a cada quintal de azúcar que se exporta. La Honorable Cámara de Diputados se pronunció porque el impuesto fuese de 50 centavos en papel, o sea 25 centavos en plata. La Honorable Cámara de Senadores transforma el impuesto en primero el 3 y luego el 2 por ciento *ad-valorem*. A mi vez yo pregunto: ¿estamos cumpliendo con la urgente tarea de proporcionar recursos al Ejecutivo? Y a los peruanos, sean o no productores de azúcar: ¿preferimos pagar impuestos para el Perú o, en caso de una desgraciada derrota, pagar cupos en beneficio de Chile?

—Se ruega conservar la compostura —suenan la campanilla de la presidencia.

—El impuesto *ad-valorem* puede pagarse sin dificultad —se oye al senador Rosas—. Tiene su punto de partida en el precio internacional y concilia el beneficio del exportador con las necesidades del fisco y será indiferente que se pague en plata o en papel.

—A los precios actuales, este impuesto debe producir no menos de 500,000 soles —afirma el senador García Calderón—. Debemos convenir que no se puede pedir más a la industria azucarera. Habría que salvar la contribución predial que pesa sobre los fundos.

—En cuanto al proyecto del Ejecutivo sobre una contribución personal, la modificación al primer artículo introducida por la Comisión es tan importante, que me permito llamar vuestra atención —el diputado Moreno y Maíz lee—: Dice el Ejecutivo: Todo habitante varón de 21 a 60 años pagará por contribución 4 soles al semestre en los departamentos de la costa y 3 soles en los departamentos del interior. La comisión ha sustituido la palabra habitante por la palabra peruano.

—No me parece que según nuestras leyes exista facultad para imponer a los extranjeros una contribución de guerra —opina el diputado Febres—. Pido una explicación antes de votar a fin de que, si ella es satisfactoria, reserve mi voto para apoyar la modificación introducida en el dictamen.

—La Comisión de Hacienda cree que no debe tratarse este impuesto como si fuera una contribución de guerra, por mucho que las actuales circunstancias le den ese carácter —habla el diputado Elías—. A la pregunta del honorable señor Febres se le puede contestar que en momentos como el que vivimos, el país echa mano de todos los recursos, y entre ellos se cuenta lo que pueden pagar los extranjeros. Y si Su Señoría lleva su rigorismo hasta creer que no deben contribuir para la guerra, recuérdese que todos los impuestos que se recaudan ahora, sirven exclusivamente para ese objeto. En el proyecto de la Comisión se dice simplemente que se establece la contribución personal y que todos debemos pagarla.

—Me parece que según el tenor literal y verdadero de la Constitución Política del Estado, esta contribución sólo puede pesar sobre los peruanos —opina el diputado Mercado—. El artículo 36 de la Constitución dice: "Todo peruano está obligado a servir a la República con su persona y sus bienes". Según este artículo, pues, los peruanos son los que están obligados a contribuir con sus personas y sus bienes al servicio de la Nación.

—Las cámaras entre sí y las comisiones de hacienda de cada cámara se encuentra en pleno desconcierto —escribe su editorial Andrés Avelino Aramburú—. Todos tienen una opinión distinta y ninguno acepta la opinión de los otros. El Ejecutivo pidió autorización para emitir hasta 8 millones de soles en papel moneda. El Senado diferió la solicitud y la Cámara de Diputados la rechazó...

—A los ojos de todos los agentes diplomáticos, el impuesto será considerado una contribución de guerra —afirma el diputado Eguiguren—. No porque nosotros quitemos del texto las palabras contribución de guerra, dejará de serlo, y no por eso tampoco dejarán de hacerse reclamaciones justas contra esta ley. Un agente diplomático cualquiera, el representante de Francia por ejemplo, puede decir: mis nacionales no están obligados a pagar. El gobierno contestaría que en la ley sancionada no se menciona la palabra guerra, pero las cámaras la han votado como contribución de guerra y el gobierno la ha pedido con ese mismo carácter y objeto y de hecho es una contribución de guerra. Por todo esto creo que si se aprueba la contribución personal, no debe hacerse extensiva a los extranjeros.

—Tres soles al semestre son cincuenta centavos mensuales y cincuenta centavos mensuales significan un centavo y una parte alícuota o decimal de centavo diario por cada habitante de nuestra sierra —reflexiona en alta voz el diputado Jiménez—. ¿Quién podría protestar jamás contra estos dos centavos, hiriendo no sólo el patriotismo sino hasta el decoro de sus conciudadanos de las provincias? ¡No, señor! ¡No es posible que en estos momentos supremos nos neguemos a depositar esa miserable suma en las arcas fiscales! ¿Quién no querrá distraer de la más urgente de sus necesidades dos centavos para defender a la Patria, dos centavos para salvar la propiedad y la vida del furor y la codicia de su enemigo inhumano?

—...Fuera del papel moneda, que es una operación rápida, inmediata y segura, no se ha presentado nada que no sea ilusorio y que no amenace, por consiguiente, con una decepción tan amarga bajo su aspecto moral como desastrosa en sus resultados prácticos —prosigue su editorial el director de "La Opinión Na-

cional"—. El empréstito voluntario, que es la medida principal opuesta al papel moneda, puede no encontrar suscriptores, no porque falta, que antes bien sobra la voluntad de responder al llamamiento de la Patria, sino porque en la situación actual no hay fondos disponibles para ponerlos en las arcas públicas en la cantidad que se exige...

—¡Si es necesario apelaré a la sesión secreta! —interrumpe el diputado Elías— ¡Señores, estamos en presencia de una guerra!

—Oficio del Honorable Senado —se oye monótona la voz del relator—: comunica que ha sido deshechado igualmente el proyecto del Gobierno para emitir veinticinco millones en papel moneda.

—Debemos solucionar la discordancia de la cual aparece que la Cámara de Diputados sostiene dos cuotas diversas para una misma contribución y que la Cámara de Senadores no establece sino una, uniforme en toda la República —dice el honorable senador García Calderón—. Pero los que defienden que el hombre de la sierra debe pagar tres soles y el hombre de la costa cuatro, parece que desde ahora quisieran que se estableciera cierto antagonismo. Parece que el espíritu fuera decir: paguen más los de la costa puesto que tienen más y esto me hace temer que se convierta la ley en un arma que nos divida en dos clases determinadas y antagonistas. Lo racional sería reducir la contribución hasta hacerla igual para todos y de ningún modo establecer diferencias por sólo pertenecer unos individuos a la costa y otros a la sierra, porque eso puede traernos futuras consecuencias funestas. Además, la clase que contribuye en la costa es inferior numéricamente a aquella de la sierra. La diferencia de un sol significa un mayor ingreso que no pasa de los 80,000 soles y, francamente, por 80,000 soles no vale la pena establecer clases entre los ciudadanos que los haga odiosos.

—La razón por la cual voto en contra de la desigualdad de la tasa del impuesto, es constitucional —anuncia el señor Foreiro—. El artículo 32 de la Constitución dice: Las leyes protegen y obligan igualmente a todos: podrán establecerse leyes especiales porque lo requiere la naturaleza de los objetos, pero no por

sólo la diferencia de personas.

—Las condiciones de vida de los serranos no son las mismas que para los costeños —habla el diputado Pinzás—. . . . Carácter, costumbres, alimentos, clima: todo es distinto entre los individuos de la sierra y de la costa. Luego, la ley, que no es otra cosa que la disposición de medios para llegar a un fin, siendo los medios diferentes para alcanzar el mismo objeto tiene que ser diferente: esto se desprende fatalmente de la diferencia de las cosas.

—No creo haber comprendido la sutil y novedosa doctrina de Derecho Constitucional expuesta por el honorable señor Pinzás —sonríe el senador García Calderón—. ¿Podría explicarse mejor?

—No es exacto que los indígenas de la sierra no paguen otra pensión que la del tributo que se les va a imponer, como ha dicho el señor García Calderón —prosigue el diputado Pinzás—. Todos los indígenas de mi provincia pagan la contribución predial de dos y tres soles al semestre, no obstante que sus utilidades líquidas generalmente no alcanzan a cincuenta pesos, en cuyo caso no debieran pagar nada, según la ley. Abonan también la contribución para el fondo especial de escuelas, así como lo referente a las primicias. . . .

—No creo necesario recordarles, honorables representantes, que el departamento de Tarapacá se encuentra sitiado por la escuadra chilena —sonríe con amargura el diputado Elías.

—...la depreciación del billete ha encarecido en todas partes de la sierra el valor de los artículos de subsistencias —se obstina el diputado Pinzás— hasta tal punto que la sal vale hoy en Huánuco tres soles la arroba, el pan es escaso y caro, el frejol, la papa y la carne lo mismo y hasta la lana de que hacen sus vestidos esos infelices. . . .

—Santa y buena la discusión en plena paz, cuando se trata de organizar el país y echar los cimientos de una nueva constitución económica —lee Nicolás de Piérola y aprueba el editorial que publicará el diario "La Patria"—. Santa y buena cuando no hay peligros eminentes, cuando no hay enemigos en el territorio y cuando, en fin, no se hunde el edificio nacional y es me-

nester salvarlo con el sacrificio de cuanto hay más caro, con el sacrificio de la hacienda, del porvenir y de la vida. Para nosotros son inconcebibles ciertas cosas: la calma negligente en el zafarrancho de combate, y las pretensiones personales y de círculo cuando la Patria exige todo género de sacrificios. De esa manera empezamos a temer que el congreso extraordinario, será más extraordinario que cuantos han existido por la sola circunstancia de no resolver nada verdaderamente fructuoso. . . .

—Por los periódicos de esta capital —se indigna la voz del Arzobispo de Lima mientras dicta su oficio— me he impuesto, con la más viva sorpresa, de que la mayoría de la Comisión Auxiliar de Hacienda de la Honorable Cámara de Diputados ha sometido a la deliberación del Congreso un proyecto de ley autorizando la emisión de un empréstito nacional de 12'000,000 y señalándole, como fondo de amortización, entre otras sumas, las provenientes de la enajenación y venta de las fincas, terrenos urbanos y propiedades rústicas que pertenecen al clero.

—...Desde luego, en el deseo de desviarse del camino recto y echarse a buscar recursos en todas las fuentes imaginables, se ha pensado hasta en el despojo a la Iglesia. Un congreso que discute la expoliación nos parece más que extraordinario, nos parece fenomenal —sonríe Piérola y continúa la corrección del editorial de "La Patria"—. Para los modernos pensadores, todos tienen derechos y a todos guarda la ley menos a los clérigos y a los que llevan hábito y cerquillo. No se puede despojar a los azucareros, porque eso es injusto. No se puede arrojar tributo sobre los indios, porque eso es inhumano. No se puede atentar contra los bancos, porque eso es salvaje. Pero se puede despojar a la Iglesia y a los clérigos, porque estos no forman parte de la asociación política y porque son clérigos. ¡Singular manera de ser liberales! . . .

—¿Quién es un costeño y quién es un serrano? —indaga el honorable senador Rosas—. ¿Cómo sabremos quién ha de pagar 4 y quién sólo 3 soles? Algunos departamentos están situados efectivamente en la sierra. Pero hay otros que podríamos llamar mixtos. ¿En Lima somos costeños? ¿somos serranos? Si somos costeños, los habitantes de las provincias de Yauyos, Huarochirí

y Canta, que son serranos, deberán pagar 4 soles. Si somos serranos, los habitantes de esta ciudad pagaremos 3 soles. Como se ve, esto va a introducir una confusión tremenda. La verdad, no tengo noticias de que existan características particulares en virtud de las cuales se puede definir claramente. . . .

—¿No sabe usted reconocer a un serrano por su manera de hablar? —interrumpió un diputado.

—¿Y qué vamos a decir en la ley? —sonríe el senador Rosas—. ¿Que antes de pagar su tributo, los costeños y los serranos deben aprobar un examen de lenguaje?

—...La confianza sólo se hará efectiva el día que se clausure el congreso y se coloque el General Prado a la cabeza del ejército —termina el editorial de "La Patria".

Decreto Supremo

MARIANO IGNACIO PRADO

Por cuanto es indispensable y urgente la necesidad de que asuma el mando de las fuerzas de mar y tierra, en la guerra que ha sido provocada al Perú por la república de Chile, en uso de la atribución que me ha sido conferida por el Congreso en la resolución legislativa del presente mes, conforme a lo dispuesto en el artículo 90 de la Constitución.

DECRETO:

Art. 1º Asumo el mando de las fuerzas terrestres y navales de la República, como General en Jefe del Ejército y la Armada.

Art. 2º Durante mi ausencia y mientras ejerza el cargo de General en Jefe, se encargará de la Presidencia de la República el Vicepresidente, conforme a los artículos 90 y 33 de la Constitución.

Publíquese y circúlese para su debido cumplimiento.

Lima, 16 de mayo de 1879
Mariano Ignacio Prado

Manuel Irigoyen, Juan Corrales Melgar, M. Felipe Paz Soldán, Domingo del Solar, J. R. de Izcue.

A la Comandancia General de Marina

16 de mayo de 1879

Habiéndose unido la primera a la tercera división naval por disposición suprema y siendo de necesidad para el servicio de la Comandancia General de ambas que uno de los ayudantes de la Mayoría General de la Escuadra actúe como secretario, tengo el honor de proponer a US. para el desempeño de este cargo, al capitán de fragata graduado don Manuel Melitón Carvajal.

Miguel Grau

Leven anclas

A las cinco de la tarde del 16 de mayo, el zambo Rentería rezongaba por la cubierta del "Huáscar". Precisamente a él, por el tamaño de sus músculos apodado "Real Felipe", al más guapo del puerto, al más temido de todos los playeros de la costa, a Máximo Rentería lo enviaban a trapear el monitor como si no fuera voluntario para reventar chilenos sino sirvientita de balde y estropajo. Auroleado por su invicto prestigio de valiente, desde su llegada a bordo el zambo se había comportado con airés de capitán. Pero conocía el oficio de tripular buques y entre tantos voluntarios que fracasan con elementales maniobras, el Guardián Tiburcio Ríos creyó preferible corregir al gigante antes que despacharlo a tierra. El contramaestre Dueñas aprobó la decisión. Hay que trabajarlo bonito, póngalo a lavar cubierta. El zambo aceptó la orden de mala gana. Servía para pelear, caramba, no para lustrar piezas de bronce y menos aún para jabonar pisos. También el Guardián Noguera observó de reojo las deliberadas torpezas del marinero. Un rato pareció ensuciar más que bruñir el monitor que dentro de un rato será inspeccionado por el comandante. Después los oficiales de mar prestaron atención a la falúa que transportaba al señor Grau y a su Estado Mayor. Ajeno al movimiento de oficiales por cubierta, Rentería espesó su jaboncillo.

El jefe de la división viajaba taciturno entre su mayor de órdenes, capitán de navío Enrique A. Carreño, y su secretario de estado mayor, el capitán de fragata Melitón Carvajal. Su amigo Elías estuvo a despedirlo por segunda vez en el muelle de guerra. Si quieres ir a bordo, Carlitos... Pero su compadre tenía apuro por llegar a la penúltima sesión del Congreso Extraordinario. Diputados y senadores habían hecho perder un valioso mes a la república en guerra. Y no se volverán a reunir hasta el próximo 28 de julio. Mientras las tripulaciones y batallones que marchan a defender a la Patria permanecen impagas y en los buques a su mando no se ha podido distribuir capotes de abrigo, ciertos po-

derosos de Lima sacan el bulto a impostergables impuestos. Dicen que no hay dinero, que la crisis económica mundial, que el papel moneda no vale nada, que cada quien debe contribuir de acuerdo a sus posibilidades, que no se dude del patriotismo, que mejor se pida prestado en el extranjero. El señor Grau controla su cólera. Su compadre Elías y un puñado de legisladores a quienes explicó el peligro de una rápida derrota, no consiguieron arrancar del Congreso el sacrificio que los marinos esperaban. No duermen los oficiales alistando sus navíos pero las cámaras sesionan menos de una hora y no resuelven nada. Todos los proyectos remitidos por el Ministro de Izcue han sido rechazados. Cuarentidós días después de iniciada la guerra, el Tesoro sigue exhausto. Aparte de mil winchesters y seis mil rifles para los desarmados bolivianos, armamento que pronto deben transportar a Arica, nada ha llegado del extranjero para fortalecer al ejército y escuadra del Perú. ¡Crisis, recesión, fuga de capitales en oro y plata, baja de precios de productos nacionales en el mercado mundial! El señor Grau bufa, mientras su pulgar y su índice derechos frotan la solapa de su levita naval, parco gesto con que desfoga su enorme desacuerdo interior. Malhumorados pensamientos lo acompañaban cuando subió a la cubierta del monitor.

Sin mirar, el zambo Rentería eligió ese momento para inundar cubierta con un baldazo de espeso jaboncillo.

Aquella marea blancuzca corrió sobre las tablas hasta salpicar los botines y el pantalón del señor Grau. Doscientos tripulantes contuvieron la respiración.

—¡Marinero! —tronó el comandante.

"Real Felipe" miró a desgano al jefe a cuyas insignias ni siquiera prestó atención. Desde la enormidad de su musculatura, de hombre a hombre el zambo despreció al señor Grau.

—¡Chis! —dijo cachaciento. Con la imprudencia de quien nunca ha intentado romper toda una baraja inglesa con las manos, "Real Felipe" se encogió de hombros y le dio la espalda.

—Te fregaste, zambo —casi dijo el contramaestre Dueñas.

Crisis azucarera, malogrados estopines de fricción, quintuplicada sexta petición de frazadas, pronto pagarán marzo en mayo, a la guerra, a la guerra, a castigar a los chilenos, proyectiles Pa-

lliser por favor en quintuplicado siempre. ¡So bribón! El capitán de navío Miguel Grau Seminario, que en treinticuatro años en el mar jamás ha perdido el control de sus actos, sólo puede elegir dos decisiones: ordenar que amarren a este marinero al trinquete y le apliquen veinte azotes o castigarlo personalmente. ¡So pedazo de patán! Rentería no llegó lejos. La diestra que lo engarfió pesadamente no era común. Supo que se le había posado encima una fuerza superior a cuanto ha conocido. Aún quiso zafarse.

El sargento Hurtado, del Batallón Ayacucho, levantó el rifle. Tiburcio Ríos empuñó una pica.

El comandante Otoyá contuvo a los hombres de una mirada.

El señor Grau lo hizo girar en redondo. Su otra mano empuñó la cotona y a pulso, sólo de izquierda, izó al zambo hasta que sus piernas colgaron buscando piso como un ahorcado.

“Real Felipe” descubrió mucho más que un par de ojos a un palmo de distancia. Vio la muerte, si es necesaria. Vio la posibilidad incontenible de cuanto se opone a la idea de Dios. Vio descargas de cañón, hachas de abordaje, pestes y hambruna: esto era el hombre al que Grau enfrenaba y el hombre asustó por primera vez a Rentería.

El teniente 2º de los Heros dio un paso y se contuvo. En el honrado quehacer de la guerra, Dios. En los derrotados ojos que piden tregua, Dios. En el rostro de colores absorbidos por la furia, Dios. Creyó que el comandante iba a golpear ferozmente al gigante.

Rentería pensó haber estado suspendido muchos días en cubierta por aquel puño de piedra. El comandante lo sostuvo unos segundos. Directo a los ojos averigua que el marinero se ha rendido. Sin decir palabra, el señor Grau lo depositó sobre el piso.

—¡Contramaestre!

—¿Señor?

—Laven la cubierta.

—Sí, señor.

—Caballeros —Grau respiraba pausadamente. Miró a su Estado Mayor como si nada hubiera sucedido— . . . tenemos mucho que hacer.

—Perdón, mi comandante. . .

—Diga usted, Dueñas.

— . . . creo que el marinero se merece unos azotes, señor.

—No hay necesidad —cortó la voz de Grau—. Ya lo he castigado.

La víspera dieron un paso en falso. El General Prado embarcó en Desamparados en el tren de las 8 y 25 de la noche. Su séquito ocupó varios vagones: estado mayor, secretarios, edecanes, ayudantes, amigos, ministros y familiares. Lo despedían con vítores y música. En el Callao el Supremo Director de la Guerra fue recibido por todos los jefes navales. A las nueve de la noche, mientras los aplausos no descansaban, Su Excelencia subió a la falúa de vapor del comandante general de la escuadra y se dirigió al “Oroya”, que comandaba García y García. Al frente de la escuadra, el señor Grau intercambió señales con la nave del Supremo Director y a las once ordenó zarpar. Veinte minutos después tuvo que parar máquinas. Apuradas bengalas comunican una zafacoca a retaguardia. Al lerdo monitor “Atahualpa” se le revientan las costuras. Cabestreaba a remolque del “Chalaco” cuando recibió un suave oleaje de través. Su disforme casco hoció negándose a continuar adelante. Desaguaban sus fondos con impacientes sacabuches. Al fin su comandante telegrafió que imposible, ni siquiera a remolque puede navegar en alta mar. Al monitor gemelo, que ya eludía la isla San Lorenzo, se le trizaron las tuberías. El “Manco Cápac” navegaba con sus propias calderas pero chorreó agua sobre los hornos y hubo de soltar su escasa presión para no reventar desde adentro. A medianoche, el “Huáscar” recibió orden de volver a puerto. En el “Oroya” se malgeniaba el Supremo Director. No hay a quien echar la culpa. Los propios marinos habían pronosticado que los monitores fluviales no sirven. Despachó mensajeros a tierra a fin de suprimir de los diarios toda mención de su falsa partida. No hay remedio. Tendrán que abandonar los buques viejos en el Callao. Una rápida junta de comandantes celebrada en el “Oroya” aconsejó anclar el “Atahualpa” a que defendiera el primer puerto de la República. Ingenieros de la Factoría Naval de Bellavista intentarán reparar el “Manco Cápac”. Como si hubiera hecho simples

ejercicios nocturnos, la escuadra amaneció en pleno frente al Callao. Sólo desembarcaron los comandantes. Ahora, desde la cubierta del monitor los tenientes contemplaron caer el sol. La campana de las seis los llamó a la segunda cámara.

Cuando Chile declaró la guerra, a bordo del "Huáscar" ni siquiera había vajilla completa para los oficiales. Algún periódico comentó avinagrado que el más importante buque nacional carecía de servicio de mesa y llovieron donativos. Igual que muchas señoras no vacilan en deshacer piezas de seda y cambray para preparar vendajes, quienes obsequiaron diversa vajilla al "Huáscar" elegían porcelanas de Baviera o delicados cacharros importados de París, que el mayordomo Pineda bruñía y equilibraba calculando cuantas de esas pequeñas obras de arte, transparentes como alas de mariposa, serían pulverizadas por la trepidación de los cañones. También José Salas, cocinero de oficiales, emitió un respetuoso silbido cuando por primera vez le presentaron platos trincheros de Limoges a que sirviera en ellos el tradicional apanado con tacu-tacu que oficiales, tripulantes y cadetes exigían en el menú del anochecer desde que el Almirante Guise fundó la Marina de Guerra del Perú. El mismo día de zarpar al sur habían llegado obsequios a bordo: medicinas para el hospital de sangre enviadas por la señora Francisca Iribarren de Soria y sus hijas, y un cesto con delicadas vendas de hilo, esponjas e implementos quirúrgicos que la señorita María Teresa Arana mandó adornado lujosamente con sedas que recuerdan los colores nacionales de Bolivia y Perú y una tarjeta en la que había escrito: Gloria y honor a la Marina Peruana.

En los espacios próximos a la cabecera de la mesa se estacionaron los comandantes Otoyá, segundo jefe; Carbajal, secretario de estado mayor; Carreño, mayor de órdenes; y Freyre, tercer jefe. Luego se instalan el cirujano mayor Santiago Távara y el cirujano de primera clase Felipe Rotalde. A mitad de la mesa esperan los tenientes primeros Pedro Rodríguez, Ferré y Melitón Rodríguez y, a continuación, los tenientes segundos: de los Heros, Santillana, Velarde y Diez Canseco. Y los jefes de la infantería de marina, Bustamante y Arellano. Y el contador Alfaro. Y el practicante de medicina Canales. Y, en fin,

lavados y cepillados, los aspirantes que no han cumplido quince años: Tizón, Bueno, Rivero, Sotomayor, Elías y Villavicencio. El mayordomo y los grumetes que lo auxilian aguardan en silencio. Todos de pie, miran hacia la puerta de la cámara del comandante que ocupa la amplitud de popa bajo cubierta. Concedidos cinco minutos para que todos ocupen su lugar, Grau salió de su alojamiento, tomó la cabecera, dijo un buenas noches señores y se sentó. La plana mayor, oficiales y aspirantes lo imitaron. Pineda sirvió de inmediato la ración de vino. El grumete Víctor Medina se encargaba de atender al primer jefe. Nadie habló hasta que el señor Grau recogió su servilleta y sonrió a Otoyá:

—Me parece que habrá neblina.

—Sí, pienso lo mismo.

Después Grau calló. Los oficiales y aspirantes conversaban por su cuenta. El comandante del "Huáscar" liquidó el menú de tres platos con excelente apetito. Luego de la compota, rehusó tomar café. Un rato observó a quienes partían de campaña a sus órdenes. Bebió su copa de burdeos, secó sus labios, depositó la servilleta sobre la mesa y habló por tercera vez: muchas gracias, caballeros. La cena había terminado.

Al sur, por fin al frente de batalla. En el timón del puente, el teniente 1º Pedro Rodríguez gobierna el rumbo. Otros avizoran boyas oxidadas. A las diez de la noche del 16 de mayo la escuadra puso proa a Arica. Cautamente el convoy de seis vapores surcó la niebla depositada frente al Callao. Cerca del espolón, los tenientes de los Heros y Diez Canseco adivinaban el mar en calma del que parece desprenderse un vapor de ebullición. Como una resaca golpeaba sus pechos. Marchan a la más distante orilla de un país donde lo inconcluso sigue su camino. Vociferó de los Heros que están en libertad sobre aguas sin fondo aparente. Despejan cubierta a ratos bañada por el mar. El monitor aumentaba velocidad. Quedó al mando del tercer jefe. Casi todos los tripulantes dormían.

Hace quince años que el mayordomo Pineda conoce al señor Grau. Lo ha servido casi de continuo desde 1871. No lo desvela la espesa niebla a través de la cual se encadena el con-

voy. Lo preocupa su jefe. Tres veces fue a atisbar la cámara. Grau no duerme. Mientras vuelve a lustrar cuanto ya está limpio, el mayordomo no se explica el súbito insomnio del comandante. Nada suele alterar su sueño. Podía tumbarse a dormir dos horas o a descansar seis de un tirón y tan pronto clausuraba los párpados, se zambullía en un sueño a la vez alerta y sordo, a toda profundidad.

A medianoche, el grumete Medina decidió interrumpir al jefe de la división. Golpeó dos veces la puerta y sin esperar respuesta entró con una jofaina de agua caliente. Grau pareció regresar a sí mismo. El negrito depositó el recipiente en el suelo, frente a la butaca del comandante.

—¿Traigo su tónico, señor?

—Sí, gracias Medina.

Cuando el grumete volvió, el señor Grau había sumergido los pies en el agua caliente y gruñía de contento estirando los dedos fatigados y frotando los talones. Olfateó la taza de buen café caracolillo.

—¿Coñac o whisky, señor?

—Coñac.

Medina destapó la botella y llenó una cuchara con licor que derramó en el café.

Mientras Grau bebía el tónico a sorbos, Medina preparó el habano que el comandante fumaba al final de la jornada. Liquidado el brebaje encendió el cigarro. Dio por concluido el baño de pies. Calzó sus botines, vistió la levita naval y echó un vistazo a los retratos que lo acompañan. En uno, Doloritas. En el otro se ve a Enriquito, al difunto Miguel Gregorio y a Oscar. Les guiñó un ojo afectuosamente y subió a cubierta y al puente.

A media máquina avanza el "Huáscar" rodeado de una neblina que transporta misteriosas resonancias. Oficiales y vigías navegan de oído, adivinando la distancia que los separa del "Oroya" al que deben proteger a todo trance.

—Buenas noches, señor —saludó Freyre.

Grau miró la aguja de bitácora.

—Viento a la cuadra —murmuró—. Al amanecer estaremos dispersos.

Oliscó un rocoso perfume a marisco y profundidad. A ciegas pasaban cerca de filudas islas guaneras. Mientras va y viene por el puente, Grau chupa el cigarro y su diestra frota la solapa del uniforme. Terminaba por agujerearla y Doloritas protesta, malogra Miguel todas las prendas. Recostado en el blindaje, como una isla sitiada por la neblina contra la que rebota el fanal de situación, a ratos oyendo mugir sirenas o ahuecarse el chapoteo, la herida marina abierta por el espolón y de inmediato cicatrizada a sus espaldas, Grau vuelve a ser el adolescente absorto en el redondo misterio de los océanos, que adivina la existencia de Dios a bordo de rudos buques ingleses en la carrera de la China o de retorno del Mar Indico. No permitas, Dios, que deba trabar combate con la "Chacabuco" que manda su concuñado Viel y Toro. Cae por el pozo de la memoria, contenido entre heladas paredes negras hacia un fondo desprovisto de infancia, pequeño hombre-niño trepado a inhóspitos masteleros, prematuro peleador sombrío en puertos escrofulosos, de mirar oblicuo, apestados lugares de los que volvió cuando recién afeitaba su rostro siete años ausente del hogar. Entonces algo cantaba en su oído como ahora en el océano: la maligna hidra que se propone disolverlo, chupar sus órganos, transformarlo en sal y agua y espuma. Por primera vez escuchó su canción en Paita y la voz decía que sólo esto es posible: vivir sin prisa y sin confines, soñar que no soñabas hasta que un oleaje te ejecute a exactos golpes en el cuello, minuciosa demolición bajo la cual se alejan con el vago espanto de sus ojos abiertos, ahogados de pie como estatuas a la deriva. Como si algo terrible ya hubiera sucedido, se le aquietaba el organismo, petrificándose aquella jalea vital de la que procede el miedo. Podía sentir el tenaz congelamiento de sus labios blancos, la levedad de párpados vueltos de papel, en fin, sus ojos convertidos en nubosa pulpa que sólo sirven para mirar lo que ya fue. Pero la muerte en falso retrocedió acometida por otra más real, que desde el primer naufragio hace treintitrés años juega a morderle los tobillos y a la que el comandante, no sin cierta repugnancia, rasca el cogote preguntándose cuánto tiempo le ha sido depurado para que la bestia al fin lo engulla y si será un asunto de

veras soportable. Niebla con apariencia, con perfume de mujer: sobre los tumbos la curva del hombro y de la espalda y la amada cabellera negra derramándose posible todavía, de este lado de las cosas todavía, ofrecida a sus dedos que se enredan en la caricia de seda. La visión vuelve encarnándose como una divinidad en las cosas que lo rodean. La visión viaja dentro suyo: el amor todavía, orgánico, joven, paciente, completo todavía. Todavía un calor bajo la piel, siempre una confusión por el pecho, aquella sonrisa blanca repitiéndose como la primera vez bañados por el rojo sol de Chorrillos. Dulce, furioso, valiente amor con apariencia de neblina: esta noche el comandante quisiera navegar sorprendiendo su cuello que se estira ante el espejo, movimientos nunca aprendidos, sucesión de sonidos que se elevan de la soledad de a dos, el lento surtidor de sangres huecas por las que viajan y regresan las edades. Y ella, la visión de carne, el recuerdo que avanza con las aguas y se comprime en el tintero y se expande en olores a familia conservados en el interior de su valija, ella siempre todavía, es decir los ojos con temblor de cierva en peligro, los ojos con prontitud de cuchillo, los ojos lluviosos, ella sin nombre en la memoria, exclusiva dulcedumbre como un aceite sobre su cuerpo errante y vuelto a anclar adonde pueda verla, ella lo busca esta noche, inalcanzable.

Costas amortecidas, pardas; playas pulverizadas y vueltas a triturar por olas poderosas, rocas como elevadas navajas, cerros labrados por vientos en dirección vitalicia, tumefactas marismas, ríos desagüando barbudos entre juncos y totorales habitados por patos salvajes y garzas, breves pasturas, campos de húmeda gleba repasados por bueyes aradores, el país encespándose por última vez en Arequipa, islas roídas por traficantes de guano, cavernas marinas con formas góticas donde muchedumbres de lobos celebran ritos nupciales, borrosos catodotes soltando vapor en la distancia, bufaderos, precipicios, mares celestes apenas diferenciados del cielo en paz y, en fin, el desierto amarillento, campo de batalla que no parece tener fin. Pronto: el morro negro de Arica. Hasta ahora no hay rastro del enemigo. Cuando el viento dispersó el gran banco de niebla, se había extraviado el "Chalaco". A la altura de Sangallán, la pe-

queña escuadra detuvo al vapor neutral "Luxor" sin obtener noticias de los chilenos. El General Prado dejó a la "Independencia" en las islas Chincha, a la espera del "Chalaco", y el 18 de mayo la escuadra volvió a reunirse, ahora completa, ante la punta de Atico. A doce millas de la costa continuó su precavida navegación al sur. En Mollendo fondearon a tomar carbón. Dicen que el enemigo dejó dos corbetas a cargo del bloqueo de Iquique y que los acorazados componen calderas en Antofagasta.

Nadie sabe a que hora se cruzaron las escuadras a través de la niebla. Peruanos y chilenos habían zarpado al mismo tiempo, unos hacia Arica y Tarapacá y los otros en demanda del Callao. El Almirante chileno Williams Rebolledo planeó una sorpresa que ni siquiera fue consultada al gobierno de Santiago. Irritado por violentas críticas en Chile a su falta de decisión, quería sorprender a los blindados peruanos en puerto y echarlos de una vez a pique. Dos acorazados, tres corbetas enemigas y su vieja cañonera Abtao convertida en brulote se detuvieron a tres millas del Callao cerca de medianoche. Pese a la neblina limeña, distinguían el faro de San Lorenzo y las luces del balneario de Chorrillos. Capturaron a un pescador italiano que volvía con su bote lleno de bonitos. Informó que la escuadra nacional había zarpado al sur. El pobre hombre incurrió en macarrónicas contradicciones. Williams Rebolledo decidió esperar la luz del día, mientras lo preocupaba la posibilidad de una sorpresa. Una lancha del "Blanco Encalada" se atrevió por la bahía. Un vapor llegó a toda máquina a delatar la llegada de los chilenos. Pronto la noticia despertó a los chalacos y viajó por telégrafo a galvanizar a los limeños.

Al alba corrían trenes repletos de voluntarios de la Guardia Nacional. La "Unión" se acercó a tierra, a protegerse en los fuertes pululados por artilleros y veteranos del '66. También a los descosidos monitores fluviales los estremeció el zafarrancho. Sólo la "Pilcomayo" salió de la Dársena a reconocer al enemigo. Ciento cincuenta mercantes neutrales atiborraban el Callao. A las ocho se desplegó la artillería de campaña en Bellavista. A las nueve apareció en los fuertes el nuevo Ministro de Guerra, general de división Manuel de Mendiburu. A las diez la "Pilcomayo" volvió

a provocar al enemigo. A las once la escuadra chilena levó anclas de regreso, aunque tan corta de carbón que no podía andar a más de cuatro millas por hora.

El 20 de mayo Arica reconoció al monitor "Huáscar" que humeaba hacia el morro con sus cañones cargados. Lo seguían la "Independencia" y atrás los transportes. Una banda de músicos corrió a formar en el muelle. Medio centenar de botes se despegaron de la orilla para dar la bienvenida a las naves peruanas. Cuando el "Oroya" entró en la bahía, saludaron a Prado con una ruidosa salva de 21 cañonazos.

Daza y los jefes bolivianos estaban en Tacna. Prado recibió al contralmirante Montero. Mientras descargan nuevos cañones de 250, rifles, cureñas, pólvora y balas, el Supremo Director de la Guerra llamó a una junta a bordo del "Oroya". Acudieron Grau y More. También asistió García y García.

Conversaron 20 minutos. El plan de Prado parecía excelente. Los comandantes salieron de buen humor. Esa noche zarpaban los blindados. Acaso pronto Chile estaría de rodillas.

Iquique a la vista

El capitán de puerto de Iquique Salóme Porras recordó durante la sobremesa aquella vuelta al mundo en 582 días a bordo de la "Amazonas". Había sido una gran nave peruana, el segundo vapor de guerra con que contó la Escuadra. Porras era joven guardiamarina cuando en 1855 lo llamaron a integrar la expedición. Puntuales cañonazos nocturnos hechos desde la "Esmeralda" interrumpieron lo mejor de su relato: la peste que fulminó en Calcuta a cuarenta de la tripulación. El General Buendía y el Coronel Castañón salieron a mirar la oscuridad. La ciudad se yaciaba. Han emigrado ricos a Tacna, Arequipa o Lima. Otros siguen refugiados en el caserío serrano de Huanta-

jaya. Quienes no pueden pagarse pasaje en vapores neutrales, se mudan a las afueras de Iquique, a descansar en chozas y aún en zanjas protegidas por sacos de arena. Los numerosos españoles de Iquique alzaron campamento al norte del puerto, barrio que se conoce ahora como Lepanto. Terminado el breve y alocado bombardeo, el General Buendía consideró que era tiempo de dormir y despidió a sus invitados. Pero el capitán de corbeta Porras no regresó a casa. Paseó por la playa con el prefecto Dávila y los coroneles Suárez, Ugarte y Castañón. A las dos de la mañana entraron a casa de Ugarte a beber un coñac.

Eran las tres y media cuando el "Huáscar" se detuvo silenciosamente frente a Pisagua.

—Ten cuidado, Melitón, no los vayan a confundir —insistió Grau antes de que su secretario de estado mayor saltara a la falúa.

El teniente 2º Diez Canseco guió de memoria la embarcación con ocho remeros. La niebla empieza a derramarse por las costas salitreras. Es la misma calichosa emulsión que baña las madrugadas de Tarapacá y Atacama hasta diciembre. De rato en rato levantan los remos y el joven oficial llama a gritos a los centinelas de Pisagua.

—No lo puedo creer —gruñó Diez Canseco—. Están dormidos.

El bote llegó a la playa.

—¡Cuidado, señor!

Carvajal había saltado a tierra.

—¡Centinela, centinela!

—¿Quién es? ¿qué pasa? —despertó una voz.

La linterna sorda de Diez Canseco alumbró el rostro de un sorprendido guardia nacional.

—¿Así cuidan Pisagua?

El hombre masculló una disculpa.

—¡Pronto, lléveme adonde el capitán de puerto!

—¿De qué buque vienen, señor? —el centinela y los marinos tropezaban con los carbones de la ciudad.

—¡Caray, no ha quedado nada en pie! —Diez Canseco apretó los dientes.

—Yo he perdido todo, señor —dijo el centinela. Le calcularon cuarenta años—. Trabajo en la aduana... es decir, ya no hay aduana.

—¿Funciona el telégrafo? —pregunta Carvajal.

—Sí, señor.

—¿Adónde nos lleva? —Diez Canseco iluminaba refugios hechos con tablas, trozos de lona, cualquier cosa.

—¿Comandante Becerra? —el centinela tanteaba el interior de malhumoradas covachas. ¡Fuera! ¡Aquí no es! ¡Dejen dormir!

—¡Comandante Becerra! —gritó Carvajal.

Diez Canseco desenfundó el revólver e hizo tres disparos al aire. Las detonaciones rebotaron en los cerros. Molidos habitantes de Pisagua despertaban ahora rifle en mano, lloraron niños, aullaron sus madres. Se escuchó una corneta. Hombres semidesnudos corrían a las trincheras.

—¡Comandante Becerra!

—¡Presente! —el capitán de fragata reconoció a su camarada—. ¡Melitón! ¿Cómo llegaste?

—El "Huáscar" está afuera. ¡Rápido! ¿qué se sabe de Iquique? No puedo perder tiempo.

Becerra rebuscó sus ajados bolsillos hasta dar con el telegrama llegado a las cinco de la tarde.

DAVILA A CAPITAN DE PUERTO DE
PISAGUA

AQUI ESMERALDA Y COVADONGA,
TRANSPORTE LIMARI

—¡No disparen! —vociferaba el marinero Aparicio Robles—. ¡Es el "Huáscar", señores!

—¿Dónde está el telegrafista? —se impacienta Carvajal.

—¡Es imposible encontrar a nadie! —se exasperó Becerra pateando escombros— ¡Por aquí!

—¡Miserables asesinos! —comentó el marinero Piminchumo contemplando el rastro del bombardeo.

—¿Me busca, señor Becerra? —apareció un hombrecito aterrido.

El comandante Carvajal extendió el mensaje que traía escrito.

AL PREFECTO DE TARAPACA
URGE ME CONTESTE INMEDIATAMENTE:
CUANTOS BUQUES ENEMIGOS HAY EN
IQUIQUE
COMO SE LLAMAN
CUANDO Y EN QUE DIRECCION SALIERON
LOS DEMAS

GRAU

Urgente, urgente, se animó al fin el telégrafo a través del desierto, mensaje para el señor prefecto.

Demoraban en encontrar al señor Dávila. Carvajal consultó su reloj: las 3 y 45.

—Me voy —dijo—. No puedo esperar más.

Casi al trote bajaron a la playa. Ya despiertos, en vano escudriñando la niebla en busca del blindado invisible, los pobladores de Pisagua despidieron a los marinos con vivas al Perú y al "Huáscar".

—¡Buena suerte y rompan el bloqueo! —Becerra estrechó la mano del comandante Carvajal.

PELIGRO

El señor Grau va y viene por el puente. La infantería de marina ha preparado sus armas tan pronto se escucharon detonaciones en Pisagua. Luego descifró los vítores y el jefe respira con impaciencia.

PELIGRO TORPEDOS

Quería llegar a Iquique al alba. Prefiere sorprender al enemigo en el puerto. Si la luz lo traiciona es posible que las corbetas chilenas intenten escapar pegadas a la costa.

PELIGRO TORPEDOS CHILENOS

—¡Comandante Carvajal! —gritaban desde la orilla—. ¡Mensaje urgente!

El monitor recogió su falúa. Informa Carvajal lo que se sabe en Pisagua: dos corbetas y un transporte bloquean.

PELIGRO TORPEDOS CHILENOS BAHIA

El "Huáscar" arrancó al sur. Telegrafió a la "Independencia" que siguiera sus aguas. A babor de los islotes Colulué, los vigías del segundo blindado no vieron la señal.

—Se queda la fragata —anuncia el comandante Otoya.

—Atacaremos solos —la voz de Grau adquiere un filo característico. Sus órdenes son secas y rápidas. Una autoridad definitiva carga sus palabras. ¿Qué pasa con More? Casi todos los comandantes de esta Escuadra combatieron aliados a los chilenos contra España en 1866. En Abtao el comandante Grau tuvo de segundo jefe a Otoya y a Elías Aguirre de tercero. More, Freyre, Palacios y Salaverry sirvieron en la fragata "Apurímac". En el Callao, Lizardo Montero comandó la división naval y allí pelearon Melitón Carvajal y Camilo N. Carrillo. Trece años después los jefes se adivinan el pensamiento.

Sí, el capitán de fragata chileno Arturo Prat comanda la "Esmeralda".

Y el joven Condell de la Haza es jefe de la "Covadonga" enemiga. Hijo de inglés y paiteña, nació en Chile casi por casualidad. Hermanos, primos, tíos suyos son todos peruanos y algunos marinos: el contralmirante de la Haza, Comandante General de la Marina del Perú y dos aspirantes que hoy tripulan la "Independencia".

¡Maldita guerra!

Por el acompasado vaivén de su buque, Grau conoce que la máquina marcha al máximo poder. Por el cielo avanzó la luz del 21 de mayo.

—Entraremos tarde —murmuró.

A bordo de la "Independencia" descubrían el humo del monitor alejándose hacia el sur. More ordenó dar toda la fuerza a su buque.

Las cuatro de la mañana.

La calichosa niebla se detenía en la orilla del mar. Parecía

otra costa vagamente rectangular, más alta que las playas verdaderas. Otoya conoce estas aguas de memoria. A las ocho, tal vez Punta Piedras, el rocoso confín norte del puerto bloqueado. A las ocho y cuarto, la isla de Cuadros. Como si estuviesen solos, vueltos uno y uno, nunca dos o doscientos, callan absortos en la contemplación de la mañana que crece por encima de la niebla estancada a babor. La luz rosada del alba flota sobre el turbio aceite gris de ese vapor escapado de las calicheras y así, dos fajas de colores sobrepuestos se prolongan al infinito: los pesados restos de ayer y cuanto ya es liviano presente con zafarrancho de combate. A contraviento, las patillas salpicadas de sal, la diestra frotando la solapa del uniforme, el comandante observa la pared rosagris que empieza a hundirse. Desvencijada de pronto se hunde la niebla bajo el peso de un intenso resplandor limón. Como un estirado arco iris vuelto horizontal se extiende acaso hasta Iquique. Escalones de oro y azul completan este amanecer lleno de rectitud. Pero no ha sido hoy todavía: falta vivir. Nadie ocupa aún su puesto de combate. Los marinos del "Huáscar" miran la mañana descompuesta en espacios como cajones de aire vitrificado.

—Retes, a la ametralladora —ordenó Ferré al recién ascendido sargento 1º. Observó al joven voluntario Antonio Cucalón—. ¿Sabe usted manejar una Gatling?

—Sí, señor.

—¿Seguro?

—Seguro, señor.

—Pues sívala con el sargento.

El teniente 2º Diez Canseco tragó el café. A de los Heros se le atascaba la galleta y tosió. Pineda refunfuña: coman ahora, vaya uno a saber que puede suceder después.

—Pedro Rodríguez al timón de combate —ordenó el señor Grau.

Quedaba bajo cubierta, protegido por la coraza.

—Sí, mi comandante.

Grau no se movió del puente descubierto. A su derecha transmite órdenes el comandante Carvajal. A su izquierda se colocó su ayudante Ferré.

—¡Recuerden Pisagua, mis buitres! —arenga Arellano a los infantes de marina de la Columna Constitución— ¡Que nuestros muertos del 2 de mayo orienten el rigor de estos fusiles! ¡Viva el Perú!

—¡Viva!

—¡Viva el Callao!

Como un inmenso girasol subió la verdadera luz desde atrás de la cordillera cárdena y nubes carniformes, pardas formaciones de gaviotas colmaron el cielo.

—Tranquilo, señor Canales —el cirujano mayor convertía la segunda cámara en hospital de sangre. Al joven practicante recién egresado de la Facultad le sudaban las manos—. Tómese una valeriana o mejor un coñac.

—Estoy bien, doctor.

—Para la noche estaremos empapados en sangre —se oyó al cirujano Rotalde. Acercó al principiante un vaso de aguardiente—. Béballo.

—Sí, señor.

—¡Atención, corneta!

El toque de diana tensó al monitor. El adolescente Agustín Salas avanzó por cubierta redoblando su tambor de guerra.

—*Choppy sea ahead!* —anunció el herrero Williams Mitchel.

—*All righth you spongy stokers, stop whoring around!* —el jefe de máquinas Samuel Mac Mahon escupió el tabaco, apurando a sus fogoneros.

—¡Punta Piedras, señor!

—¡Veó tres humos, señor!

—*Full steam ahead!*

—¡A formar en cubierta! —gritó Dueñas.

La corneta repite zafarrancho. Tampoco el tambor descansa.

—¡Atención! —ordena Ferré.

—¡Atención! —repite el contramaestre.

Las seis y veinticinco.

La “Independencia” se exhalaba en pos del monitor. Grau recogió el antejo. Los buques chilenos caldeaban de prisa. Miró a sus hombres en posición de firmes.

—¡Tripulantes del “Huáscar”! ¡Estamos a la vista de Iqui-

que! ¡Allí no sólo están nuestros afligidos compatriotas de Tarapacá! ¡Allí está el enemigo todavía impune! —el jefe de la división crecía en el puente— ¡Ha llegado la hora de castigarlo! ¡Espero que lo sabréis hacer! ¡Acordaos de Junín, Ayacucho, Abtao y el 2 de mayo! ¡Viva el Perú!

—¡Viva! —bramó la tripulación.

8.20 a. m.: ¡Abran fuego!

Un cañonazo en blanco saludó al pabellón de combate del “Huáscar” cuando embistió Iquique a las ocho de la mañana. A tambor batiente ocupan sus puestos los infantes de marina. ¡Caigan falcas, ciérrense cubichetes! Las cornetas del monitor tocaron al ataque.

Los buques chilenos retrocedían a las aguas menos profundas del puerto, abrigándose en la ciudad embanderada.

—¡A sus casas! —grita el coronel Belisario Suárez—. ¡Despejen la orilla!

Diez mil personas disputan sitio para presenciar el combate desde la ribera y las plazas.

Santillana sacó la cabeza por una de las portas de la batería de 300. “Esmeralda” y “Covadonga” gobiernan entre estos cañones y la muchedumbre de peruanos. Imposible disparar por ahora. También Diez Canseco asoma por un cubichete a medio cerrar. Los tenientes intercambian muecas. Si fracasa su puntería, los proyectiles del “Huáscar” destruirían Iquique. Tan pronto viró el monitor en busca de otro ángulo de tiro, el transporte chileno “Lamar” fugó a toda máquina casi rompiéndose contra la isla. Desplegaba una bandera de Estados Unidos.

¡“Independencia” a la vista!

Entre el puente y la batería, el teniente 2º Velarde transmitió la orden al segundo blindado.

¡Prepárense para el combate!

Vasto país pardo y casi despoblado al frente, amontonamiento de cerros en la otra orilla del Tamarugal: esto era la Patria. Por encima de enervantes tambores que van y vienen por el "Huáscar", a flote sobre el rumor de la máquina y sucesivos toques de corneta, se oye el griterío de Iquique: allá también las bandas de guerra tocan generala.

—¡Traigan los cañones! —ordena el coronel Suárez—. ¡Embarquen fusileros en los botes!

—¡Hay que echarlos de ahí! —convino el General Buendía—. ¡Comandante Porras! ¿qué hace usted?

—Prefiero disparar desde la estación del ferrocarril, señor —dijo el teniente Del Castillo, que había llegado la víspera por la ruta de Pisagua.

—¡Debo prevenir al "Huáscar" —Porras embarcó en una falúa con seis remeros. Ayer nomás descubrieron a la "Esmeralda" ensayando una mina en la boca del puerto.

El aspirante Villavicencio izó órdenes a la "Independencia" que navega por Punta Piedras.

A B R A N F U E G O .

Ni otro aire que el espeso maloliente horror soplado por los ventiladores, ni otra orientación que las órdenes viajadas desde el puente: bajo cubierta el teniente Pedro Rodríguez gobierna el timón de combate. A babor. Imagina la bahía bajo el sol, como una linterna mágica proyecta la silueta del combate ante sus ojos encerrados por el blindaje. Otra vez a babor. Todo a estribor, pronto.

—¡Ahora! —cierra los dientes el comandante Carvajal.

Puesto de través, el monitor podía cañonear a la "Covadonga" contra un breve espacio desierto.

—¡Fuego! —el señor Grau sigue al descubierta en el puente.

—¡Fuego!

Retumbó un cañón de 300.

—*Damn match!* —escupió el condestable Williams Leonard. Los estopines de fricción tardaban un segundo en detonar el proyectil.

—¡Uf! —el comandante Freyre asoma fuera de la batería

a observar el tiro. Desde el otro cubichete, Santillana descubrió la malhumorada expresión del señor Grau. El disparo se perdió un kilómetro por encima del enemigo. Estalló en la pampa.

—¡Bote de tierra! —anuncia desde su puesto en popa el comandante Otoya.

Ferré desconfiaba: los buques chilenos ofrecen el costado, invitándolos a entrar. La crin verde de unas rompientes delata aguas no tan profundas. Pero Grau conoce que no hay aquí rocas a traición disfrazadas de remanso. Removiendo el mar con todo el poder de su hélice, el monitor cambió de rumbo. Los chilenos se pegaron aún más a tierra.

—¿Qué esperan? —a ciegas enfurece el teniente de los Heros maniobrando las cigüeñas de la torre de combate.

—¡Fuego!

—¡Fuego!

El cañonazo achicharró el aire celeste, combándolo en ondas que fueron a sacudir las ventanas de Iquique. Pero visaban bajo, mecidos por la corriente, buscando blanco en el ajustado espacio que media entre aguas y amuras de la "Covadonga". El señor Grau frota la solapa del uniforme. Los artilleros no aciertan una. Lleva muertos de metralla, de piernas arrancadas, a gotas desangrados seres moviéndose por el vientre, hijos que para siempre lloran allí donde el viento de Iquique alimenta sus pulmones. ¿Dónde estabas, Dios. Bajo sus pies el monitor avanza, tantea, busca el ángulo propicio, la exacta demolición. Muy bien, al sur y adentro.

La "Independencia" entró al fin en la bahía.

—¡Fuego!

El proyectil de 300 rasó los palos de la "Covadonga" y abrió un cráter a diez metros del Hospital de Iquique.

¡Avante! ¡A sacarlos de esas aguas!

A tres cables, los chilenos respondieron al monitor con todos sus cañones.

La negra voz sisea por el cuello del teniente 2º Jorge Velarde, trepándolo con adhesivo tacto de serpiente. He aquí dos brazos y dos piernas, todavía hombre completo de órganos y olfato, atento a las órdenes del señor Grau que llegan a través

de movimientos de luz, brillos como cuerpos. También el comandante acecha visiones: pisadas rotas, de alquitrán y sangre, agujeros sancochados, tajos, desgarramientos que han sido por la cubierta del monitor y que luego raspados, untados con pintura, suturados con pitarrasa y clavos, enmaderados y cepillados y, en fin, sumergidos en vigoroso jabón y baldes de mar, persisten ante sus ojos como si de un vistazo pudiera también abarcar el tiempo por el que se mueven las cosas. Un proyectil chileno bramó entre Otoya y Carreño. Tan agudo ventarrón de acero y explosivo arrastró consigo la gorra del segundo comandante. Otra bomba rebotó en la coraza de babor y sacudió el mar: el torrente empapó a Velarde. A su lado, el joven Villavicencio limpia su rostro mojado y descubre un rojizo proyectil incrustado en las tablas de cubierta. Arrancó la espoleta y con un gruñido levantó la bala que chamuscaba sus manos. El señor Grau permanece en el puente. Conoce que sus actos influyen en el valor de todos sus subalternos, que aún viejos amigos como el secretario de estado mayor o el segundo jefe lo suponen sin fisuras, de veras pétreo y, como las grandes rocas, a salvo de este revoltijo de tripas que infecta fugazmente su habitual serenidad en la batalla. A la idea de la muerte nadie se acostumbra, nada más piensa él en otras urgencias, dejándola llegar por sorpresa si es que de hoy se trata o de mañana. Quemán fuertes endurecidas bombas chilenas sobre el blindado, las primeras ráfagas de fusilería que dispara la "Esmeralda". Nadie nunca va a salir verdaderamente de este universo. Camina Grau a pausas entre pequeños plomos que rebotan contra el blindaje como guijarros suficientes para deshacer cuerpos importantes, como si por ahora él supiera por dónde ha de pasar el laberinto de muertes enrojecidas. Espada en mano, el teniente Velarde transmite órdenes al cabo de señales: corto, cada vez más corto el océano. Ceban y visan. ¡Fuego! La batería de 300 tantea aguas próximas a la "Covadonga". *Damn you, punks!* —rabia el condestable Leonard corrigiendo a sus novatos artilleros. Cañonearon los chilenos. ¡Bomba en el palo trinquete, señor! ¡Atravesado el mamparo, señor! ¡Incendio en el sollado de proa, señor! A tambor batiente avanza el monitor en busca de la "Co-

vadonga". El viento arrastra vitores mientras la música de la banda de guerra formada en la playa de Iquique se mezcla al furioso bombradeo. El subteniente Delhorme apunta el cañón de campaña. Puede ver a los marinos chilenos a cien metros de la orilla, enloquecidos por la prontitud con que se acerca el temido espolón.

—¡Fuego!

Diez Canseco calculó que el monitor se inclinará un segundo a estribor antes de que trepide la batería.

—¡Fuego! —coincidió Del Castillo.

—¡Viva el Perú!

La bomba de 300 abrió un agujero en el casco de la "vadonga", partió en dos la base del palo trinquete, trituró a mayordomo, cortó las piernas del cirujano de la nave y se por la otra banda.

El señor Grau observa el rastro humeante del proyectil que penetró al buque enemigo, ordena parar la máquina.

—¡Ataque! —ordena a la "Independencia".

Los cañoncitos de tierra hirieron estribor de la "Esmeralda". En botes se le acercan a descargar fusiles los soldados de Buendía.

Espumosamente la "Independencia" pasó frente al monitor. Las tripulaciones se saludaron con las gorras al aire. Acometió a la "Covadonga" ahora replegada frente a los baños de La Gaviota, a casi cincuenta metros de la orilla.

—¡Al timón! —pidió Del Castillo.

—¡Fuego! —Delhorme contempla astillarse la amura de estribor.

El práctico Guillermo Checkle se achata en la falúa que atraviesa el mar de batalla. Ha pilotado vapores ingleses con autorización del enemigo y cree conocer la exacta posición de las minas chilenas que supone sostenidas a una turbia braza de profundidad. El capitán de corbeta Porras vio al "Huáscar" cortando aguas peligrosas, con las portillas bajas y sus artilleros apiñados tras el blindaje. La "Covadonga" arrancaba hacia la isla, rascando los fondos. De la "Esmeralda" tirotearon la falúa y el monitor avanzó en su auxilio. Un hervor de balas des-

pidió a Porras y a Checkle cuando saltaron al "Huáscar".

—¡Señor Grau, torpedos!

Cambió miradas con Carvajal. Nada más se ve la baba oceánica jaspeando y burbujeando sobre la bahía profunda.

—Calculo doce torpedos a la ronza —el índice de Checkle muestra aguas cercanas al monitor.

—Muy bien, llévenos por detrás —Grau observa a la "Independencia" que persigue a la "Covadonga" cerca de la isla. Después desaparecieron hacia la caleta de Molle, cañoneándose furiosamente.

—*Full speed ahead!*

El espolón acuchilló la bahía. "Esmeralda" y monitor se dispararon a toca penoles.

¡Bomba al pie de la roda, señor! ¡Incendio en el interior del castillo, señor! ¡Breques destrozados, señor! La corbeta chilena descarga sus cañones rápidamente. Con sus banderas al tope, el enemigo flota en aguas tranquilas, siempre de espaldas a la población. Espaciados cañonazos del monitor yerran a la "Esmeralda". Grau no se mueve del puente atravesado por las balas. ¡Bomba en la chimenea, señor! ¡Amura de estribor rota, señor!

¡Fuego! Las baterías de tierra han hecho cincuenta disparos y el "Huáscar" apenas quince. Delhorme prometió: ahorita los barremos de cubierta. El proyectil en efecto reventó a ras de la "Esmeralda". Tres cuerpos brincan despedazados.

—¡Viva el Perú!

—¡Viva Chile! —se oye responder al enemigo.

—¡Fuego! —grita el mayor Pastrana, jefe de la batería.

Breve liviana granada de campaña, sin embargo explosión capaz de descuajar tripulantes y triturar achacosos blindajes, el nuevo disparo de tierra hace blanco en la atestada cubierta de la corbeta, cuyos cañones y fusileros se revuelven contra la playa de Iquique.

—¡Ríndanse! —se oye murmurar a Grau. No tienen escape. Una granada enemiga dio en la batería. Cuando se disolvió el humo, el comandante Freyre yacía de bruces. Resistió la co-

raza pero por entrecerrados cubichetes una esquirla sajó sus piernas.

—¡El comandante Freyre herido, señor! —anuncia a gritos el teniente Santillana.

—¡Remplácelo! —se dirigió Grau al comandante Carvajal.

—¡Fuego! —rabió Diez Canseco. ¡Ahora sí! La gruesa granada de 300 libras perforó el casco de la "Esmeralda" y detonó bajo cubierta.

¡Bala en la cámara, señor! ¡El mayordomo Pineda herido, señor! ¡Bomba en la toldilla, señor! ¡Soldado Anacleto Alarcón herido por fragmentos, señor! ¡Artillero Trelles perdió un ojo, señor!

—¡La "Esmeralda" se mueve, mi comandante! —el teniente 1º Ferré entrega el antejo a Grau. Humea el incendio causado por el proyectil de 300. La corbeta se aleja de la estación del ferrocarril, siempre pegada a tierra.

—¡No hay torpedos! —comprende Grau—. ¡A usar el espolón, todos a cubierto!

—¡Bayonetas! —ordena el capitán Bustamante.

—Echenlo sobre la mesa —ignora Távara las protestas del comandante Freyre, examina sus piernas ensangrentadas, tuvo suerte, Ramón: no hay que amputar.

—¡Todos abajo! —grita el comandante Otoya.

—¡Cierren el portalón! —vocifera Carreño a los servidores de la ametralladora.

—¡A la brigada de estribor! —ordena Melitón Rodríguez al marinero Portales entregándole un rifle.

—¿Con qué mian dau? —se preocupa boca abajo el soldado Anacleto Alarcón.

—Con perdigones, cholo —bromea el cirujano Rotalde.

—¡Caraju! ¡Mian confundido con cocolí!

En la acorazada torrecita sobre el puente del monitor apenas entran tres personas de pie. Por estrechas ventanillas acecha Grau a la "Esmeralda" que escapa humeando cerca de la orilla. Nadie más que Ferré lo acompaña en este puesto de comando. El "Huáscar" se ha encerrado bajo su coraza. Viajan órdenes por telégrafo de máquinas. Sólo el teniente 2º Velarde per-

manece en cubierta, transmitiendo señales y haciendo guardia de bandera. Cada vez más lejos de la curiosa multitud de Iquique, los buques se tantean bajo el sol de las once y media de la mañana. Por fin Grau se decidió. ¡A estribor! Y después: ¡A toda máquina!

Seiscientos metros. El curvo cuchillo del "Huáscar" divide en dos la espuma. Bajo el festivo sol de mayo, en tiempos de paz por esas playas paseaban familias. Nunca más nada será igual a cuanto ya existió. Avante, quinientos metros. Más largo que esa punta visible, el espolón embiste submarinamente al enemigo. Cinco a babor. Mac Mahone, jefe de máquinas, mira encima, en derredor suyo los interiores confines de acero de pronto golpeados por proyectiles chilenos. Trescientos metros. A toda potencia, fogoneros. Toda la tierra fragmentada bajo distintas banderas, cuadriculados los pantanos, inventariadas las montañas, regimentado el movimiento, numeradas las partículas, todo emparedado, vuelto estadística y ganancia. Algo toca a Grau en el hombro, acaso el error original. Pero ha de cumplir con su deber, avante a babor diez grados. La tripulación de la "Esmeralda" parece apiñada en cubierta. Para esos hombres la codificada eternidad, la tumefacta nomenclatura nocturna de las tumbas, las acuáticas fosas, los torbellinos de azul. Para ellos el abrupto final tan común a todos los ausentes. ¡Paren la máquina! El señor Grau prefiere que se rindan. El golpe no será tan violento. Ochenta, cincuenta metros. El enemigo descarga todos sus cañones, todos sus fusiles, todos sus revólveres. También arrojan bombas de mano que chamuscan cubierta. ¡Ahora! ¡agárrense! Con un feroz chirrido la "Esmeralda" recibió el golpazo que la forzó a girar. ¡Fuego! La batería de 300 derecha el costado, derriba mamparos, incendia la primera cámara. ¡Fuego! Otra explosión anaranjada remeció la entraña de la corbeta, inflamando paños y retorciendo escalas. Por cubierta se espesan jugos humanos, una jalea rojiza sobre la que patinan combatientes.

¡Máquina atrás!

Desde su torre de comando el señor Grau no vio al oficial de labios descoloridos que espada en mano salta al abordaje

sólo seguido por un sargento. Como una resaca arrastra al monitor. Por esa niebla hecha de pólvora, la brigada de estribor descubre chilenos a bordo. ¡Arriba, mis buitres! El marinero Portales alza el chassépot y, sin saber a quien, descerraja un balazo. Anónimo enemigo con insignias de capitán de fragata, perforado el rostro, el señor Arturo Prat pierde su última y altiva apariencia y sosteniéndose de nada, exagerando su tiesura, busca el camino con ojos ciegos, alza la espada, gira en redondo acuchillando el aire, allí combatiendo a solas, admirable guerrero que al fin se chorrea de a pocos, como asido de invisibles auxilios. A las 11 y 45 de esa mañana de mayo, el marinero Portales le aplastó el craneo de un culatazo.

¡Avante!

¡A toda máquina!

El sargento chileno Juan de Dios Aldea gime perforado por la riflería peruana. ¡Al hospital de sangre! El teniente 2º Velarde ordena a dos marineros sacarlo de allí. Quedó nuevamente solo en cubierta mientras el "Huáscar" embiste por segunda vez a la corbeta.

¡Paren máquina!

Ochenta metros separan a los buques. Otra vez maniobró la "Esmeralda" para esquivar el espolón.

Lo instantáneo entonces, la nada blanca, la realidad perpetua, el gran vacío suficiente; el ruido total entonces, el oscuro estruendo de caverna y la memoria de ahuecadas voces familiares; el agujero entonces, ni vertical ni orientado en dirección alguna que sea conocida; el llanto entonces, la tristeza que no ha terminado; el deseo y el fastidio entonces, encharcada ambigua meditación en pedazos, la cabeza muriendo entonces; el gesto circular, la nada en ovillo, la brillante esfera entonces; el último ademán de niño o perro mordiéndose el pie o persiguiéndose la cola, el vano ímpetu con que quiso atrapar los confines del ser que le era conocido, los tres balazos entonces. El teniente 2º Velarde se desplomó atravesado por tres disparos. A proa se amontonan chilenos lanzados al abordaje cuando los buques se juntaron. ¡Fuego, mis buitres! La fusilería del "Huáscar" los derribó. ¡Atrás, a toda máquina!

¡El teniente Velarde malherido, señor!

¡Sesenta agujeros en la chimenea, señor!

Al otro lado de la torre de comando, al reverso de este blindaje, a diez centímetros del señor Grau hace explosión un proyectil de 40.

¡Sí, estoy bien, señor Ferré!

¡Fuego!

El cañón de 300 despedazó estribor. Su proyectil atravesó mamparos en busca de la sala de máquinas. Allí estalló la granada con sus setenta kilos de pólvora irritada. Calderas de alta presión, ejes, tuberías, pistones, hornos: todo se deshizo en veloz abrasamiento. La bomba mató a todos los maquinistas y fogoneros, sacudió el buque desde la quilla.

Seguían disparando.

¡Adelante, a toda máquina! ¡No se detengan!

Apuntado a lo más ancho del casco, el monitor bufó al encuentro de su enemigo.

Goteaba la sangre de Velarde. ¿Cuánto más falta para que termine este asunto de vivir? Távara se abraza al oficial, sujetándolo a la espera del encontronazo final. Oiga, doctor, ¿ya hundieron a esos miserables? No hable, Velarde, quédese quieto. Lo iban a salvar, seguro.

¡Maldita guerra!

El espolón abrió en dos el casco de la corbeta.

Todo da igual: el día y la noche, la espera y el naufragio. Todo parece en vano. Cuatro horas combatieron los chilenos para saltar desnudos al mar que chupa mástiles y cañones.

Una gran burbuja había deglutido a la corbeta cuando Grau abandonó su torre.

—¡Salven a esos desgraciados! ¡arrien los botes! —la voz del comandante sacudió a sus marineros.

Echó una taciturna mirada al golpeado monitor.

—Se fue a pique con sus banderas al tope —informó el comandante Carvajal.

—¡Carpintero! ¡calafate! —llamaba a voces el comandante Otoyá—. ¡Los botes están acribillados!

—¡Salven a esa pobre gente! —insistió Grau. El mar suc-

cionaba a los náufragos—. ¡Pronto, arrien los botes!

Cayó al mar una intacta falúa. Pronto el chinchorro también surcó el mar en busca de sobrevivientes. Se empinaba el remolino del naufragio arrastrando a desnudos enemigos.

—Dos oficiales chilenos en proa, señor —el teniente 1º Ferré volvía de reconocer los daños sufridos por el espolón—. Hay una vía de agua, señor.

Tres marineros cargaban al moribundo teniente chileno Serrano hacia el hospital de sangre.

—Pónganlo en mi cabina —dijo Grau.

Los oficiales avanzaron por cubierta. El jefe de la división contuvo una mueca al ver la destrozada cabeza del comandante chileno. Adiós, enemigo. De veras lamenta que haya usted muerto, enemigo.

—Es el señor Prat, caballeros —lo reconoció Grau.

—Aquí está su espada, señor.

El jefe de la división la recibió respetuosamente.

—Cúbranle el rostro —dijo.

Los botes volvían con 63 náufragos. Algunos vencedores se habían arrojado al agua para salvar a heridos. Al teniente 1º Luis Uribe Orrego se le obstruyó la garganta cuando su adversario Diego Ferré advirtió su rango de oficial, dispensó un tieso saludo y le ofreció la diestra.

—Bienvenido a bordo, señor —dijo Ferré.

—Muchas gracias, señor —replicó el chileno.

—Pase a la cámara, teniente —invitó el comandante Carvajal—. Lamento que no haya almuerzo. Señor Ferré, que den un trago de brandy y ropa a estos hombres.

Un vaho a humana gloria y congoja se condensaba por la bahía de Iquique.

En el puente, el señor Grau esperó que recogieran la falúa. Había perdido treinta minutos en salvar chilenos.

—¡Señor Otoyá, nos vamos!

—Sí, señor.

—¡Al sur, a toda máquina!

—Sí, señor.

No hay rastros de la "Independencia" en el horizonte.

Carnicería en Punta Gruesa

Nada parecía salir bien a bordo de la fragata esa mañana. A la espera frente a Pisagua, tardó en seguir al "Huáscar" acaso por distracción de los vigías. A todo vapor en Iquique no pudo impedir que la "Covadonga" escapara de la bahía. Al segundo cañonazo se desmontó el Parrot de popa. Su primera andanada de babor estremeció las arenas de Cabancha, entre la orilla y la línea férrea, lejos de la corbeta chilena que huye al sur bien pegada a la costa. Al descubierto en el puente, el capitán de navío Juan Guillermo More ordenó una maniobra para encerrar al enemigo en la ensenada inmediata a Iquique. Con sus 600 toneladas de registro gobernadas por el práctico Stanley, la "Covadonga" no interrumpió su navegación al sur, a ras del rocoso fondo marino. El teniente 2º Enrique Palacios estudia la carta, informa que hay bajos, señor, no pueden acercarse más al enemigo. Ahora los buques se cruzaban, el blindado de proa al norte y la corbeta siempre en demanda de Antofagasta. Cien metros a estribor de la "Independencia" los chilenos la cañonearon con expertas piezas de 70 sin que la andanada de respuesta rasguñara su casco de madera.

—¡Cuidado! —quiso decir el capitán de fragata José Sánchez Lagomarsino. Creyó sorprender el vuelo de una bala. La explosión deshizo la escotilla de la máquina.

—¡Hirieron al comandante Gutiérrez, señor!

—¡Ciento ochenta a babor!

—*Full speed ahead!*

El capitán de corbeta Ruperto Gutiérrez jadeó a través del humo sosteniéndose con beodo equilibrio mientras la sangre chorreaba sobre sus ojos.

—Venga usted, comandante —lo tironeó el cirujano Enrique Basadre.

Al pasar, los fusileros chilenos baleaban cubierta.

—*All steam on, you lousy lumpers!* —vocifera Mister Wilkins en la sala de máquinas. Veintidós libras de presión en las calderas nuevas. El blindado corría a casi 12 nudos.

—Vaya a curarse, es una orden —Sánchez Lagomarsino, embarcado en Arica como voluntario jefe de la Columna Constitución, se hará cargo de la batería.

—Ahora... —la "Independencia" reanudaba la caza. El teniente 2º Gárezon vociferó la orden—: ¡fuego!

El Vavasseur de proa erró el blanco por medio cable de distancia.

Una mueca contrajo la quijada del señor More. En el puente lo acompañan los tenientes Palacios y Narciso García y García. Cambiaron miradas. El comandante Grau no se ha equivocado. Tan improvisada tripulación no puede sostener un combate de artillería. Con sudoroso trajín, estos principiantes ceaban disparos a cualquier parte. Pero los chilenos acertaban casi todos sus tiros. No importa la superioridad del blindado sobre la corbeta, acabarán por demolerlo. De la punta de Cabancha a la caleta de Molle, el enemigo siguió escapando cerca de las rompientes.

Entre dos andanadas, el cirujano Basadre saca la cabeza a contemplar al enemigo. Vamos a terminar contra la costa, caramba. Y la "Covadonga" no vale la pena. Navega sobre olas que parecen llevársela a tierra. Podían esperarla al sur, en propicias aguas bolivianas. Pronto aparecerá el "Huáscar" y entonces los chilenos preferirán encallar o hundir su buque. Ocho proyectiles enemigos sacudieron al blindado. Oscuro valiente capitán de navío, por lo común de controlados nervios, More pateó el puente. Palacios lo oyó maldecir. Fracasan sus órdenes ejecutadas con impèrcia, en vano acortan distancias. Si no estuvieran tan cerca de las rocas, les echaría encima el ariete. ¡Doctor, pronto doctor! El capellán Sotil gesticulaba envuelto por una humareda. ¡Venga, doctor! Una granada pulverizó el portalón, deshizo un bote y derribó al centinela.

El soldado Manuel Huamán ha muerto, señor.

Palacios sintió pasar aquella bala cerca de su piel. También More escuchó el caprichoso ventarrón. El bombazo que trizó el puente por la mitad, sólo tiznó su perfil derecho. El cirujano Basadre acaba de desahuciar al centinela cuando a sus espaldas se desplomó un trozo de buque. Vio al atónito co-

mandante y a sus dos ayudantes aún de pie. Dirán que no es posible: a cuatro yardas del impacto, las esquirlas perforaron el paletó de Palacios sin rasguñar su torso. Tampoco al teniente 1º Narciso García y García lo derribó la explosión. ¿Está usted bien, señor? Como por una caracola More oyó primero la monótona distante palpitación de la hélice y después los tambores en cuya piel redobla la batalla y en fin las ametralladoras y rifles crepitando en ambos buques. Cuando la niebla de pólvora apaga todos los destellos, cuando el picante hedor de los disparos chamusca su nariz, cuando el ser exterior se adhiere como un paisaje a sus pómulos. Sí, estoy bien, gracias doctor. Ni siquiera se tambaleó. ¡Todos a cubierto menos el comandante! El señor More ha ordenado ensayar el espolón.

Las nueve y media. Seguramente el "Huáscar" ya dio cuenta de la "Esmeralda". ¡Molle a la vista! Pegado al anteojo informal Palacios que en la orilla forman rifleros y cañones de campaña viajados desde Iquique. Nueve brazas, señor. El Supremo Director de la Guerra ha instruido que usen el ariete si fracasa la artillería. A exactos tiros de rifle los chilenos impedían recargar el Vavasseur cazador que carece de parapeto. Las dos mil rápidas toneladas de fierro y palastro y bronce a su mando no sirven hasta ahora para nada, señor. More echó un vistazo a la carta. Ocho brazas, señor. Tres veces más grande que la "Covadonga", embistió la fragata blindada. También los chilenos viraron bruscamente a babor, arrimándose a los bajos. ¡Seis, cinco brazas, señor!

Escucha chisporrotear bombas de 70 contra el blindaje, el furioso intercambio de ráfagas de fusilería, al fin More ordenó todo a estribor. Cuando la "Independencia" quedó de espaldas al enemigo, de la corbeta malhirieron a los tres timoneles.

La segunda cámara olía a cloroformo. No hay tiempo sino de sajar y coser. El cirujano Basadre amputa un brazo a un artillero, termina de vaciar un ojo a un subteniente de la Columna Constitución, sutura la cuenca machucada de un balazo, colabora en la amputación hasta el codo de otro artillero, nada más comprueba que el despedazado cabo Manuel Carrillo murió en el instante de ser golpeado por un fragmento de bomba,

recibe a los timoneles de tripas baleadas, reparte unguento a quemados tripulantes, se alivia con unos sorbos de whisky. A ratos se pregunta que haces aquí, Enrique, médico de provincia, con la camisa manchada de sangre mientras el capellán Sotil murmura latinajos de rodillas junto a los cadáveres.

La "Independencia" acosaba a los chilenos contra la caleta de Molle. Al décimo disparo se desmontó el Vavasseur.

No se está mal aquí abajo, a salvo del cañoneo dentro de la abrigada coraza de la sala de máquinas. Mister Wilkins había salido a cubierta, a indagar cuánto falta para liquidar el combate y qué se espera de sus calderas nuevas. El inglés sabe que esos máximos proyectiles de 70 libras con que la "Covadonga" golpea el casco peruano, no pueden atravesarlo. Era como si nada más le pegaran de martillazos. Equilibró el vapor. Cortas maniobras revelan que el señor More encierra al enemigo en Molle, esperando la aparición del "Huáscar". Pero otra vez la corbeta chilena se escurrió al sur rascando el fondo. ¡A toda máquina! More decidió estrecharla al extremo sur de la bahía de Chucumata.

—¿Profundidad en Punta Gruesa, señor Palacios?

—Siete a doce brazas limpias, señor —contestó su ayudante memorizando la carta. Después de las rompientes hay aguas de abrupta profundidad.

—Allí atacaremos —More apretó las mandíbulas—. Señor García...

El oficial giró en redondo sobre el puente maltrecho.

—¿Sí, señor?

—...que despejen cubierta. Entramos al espolón.

—¿No baja usted, señor?

—Ya escuchó la orden, teniente.

—Aye aye.

Arrancó el blindado a toda máquina al sur, cortando el hondo azul marino que el viento hacía cabrillar festivamente. Una cierta alegría refrescó a Palacios. Volveremos. Todo va a salir muy bien. Contempló el rocoso excremento de esta costa escarbada hasta la víspera de la guerra. Al sur de Molle, donde el ferrocarril rodeaba cerros para meterse al interior, nada se

ve sino reverberación del sol sobre las piedras. En Punta Gruesa se curvan olas de espinazo poderoso. Rocas negras, perpetuamente empapadas, a las que han crecido algas y parásitos, soportan espumosos golpazos. No se sabe si caídas allí desde lo más alto o si barridas en retroceso por el oleaje, emergían las peñas por sobre un vapor de braveza. El mar pulverizado contra esos filos tardaba en caer y a flote sobre el viento, pronto mojó el rostro de Palacios.

Sintió lástima de los chilenos: mal sitio para naufragar.

Doce millas al sur de Iquique volvieron a embestir a la "Covadonga". Sonda en mano, anuncian la profundidad de las aguas. Diez brazas, señor, nueve brazas. Los chilenos tiroteaban rabiosamente al blindado que acomete. Apunta el espolón a popa, hará pedazos la caña para desgobernar y detener a la corbeta. Si no se van al fondo, los chilenos tendrán que rendirse. Su artillería fortificará Arica o acaso sirva para proteger los apurados fortines de Pisagua. Nueve brazas a proa, señor. Los cañones chilenos vaciaban tarros de metralla. Ni More ni sus ayudantes Palacios y García se movieron del puente. A proa, espada en mano, el alférez Guillermo García y García contempla crecer al enemigo.

¡Ocho brazas, señor!

¡Ahora!

Un torbellino a popa anuncia que *mister Wilkins* ha dado todo poder a su máquina.

—¡Es nuestra! —gritó Palacios. Los chilenos se desnudaban en cubierta.

—Se van contra las rompientes —masculló More—. ¡Todo a estribor!

—Siete brazas.

—¡A estribor, maldita sea! —imprecó el comandante.

Inexpertos timoneles de remplazo habían dado todo el timón a babor, enviando el blindado contra la costa.

—¡Toda la fuerza atrás! —tronó el comandante— ¡Atrás!

—*Aye aye* —sudó *mister Wilkins*. Rechinó el árbol de la hélice contramarchando para detener el buque.

Guillermo García y García vio flotar la bandera chilena encima del ariete.

Lo inmutable entonces. La cenagosa puntiaguda caballería retumbó por su cerebro y la gelatina donde anidaban sus ideas y sus recuerdos quedó despedazada, de modo que murió desmemoriado, con la cabeza rota por delante, arrastrando a un ser vagamente apenado por partir. El agujero entonces, la roja perforación atravesando paredes de hueso, cortinas de mucosa, breves flexibles cartílagos, aquella traquea con elegancia de bambú. Y luego: el orificio de salida, el mediodía azul con todas sus gaviotas y todos sus aullidos, la catástrofe entonces.

Una centésima de segundo antes de que una roca apuñalara por la barriga al blindado, el tiro atravesó arriba abajo al alférez García y García.

La piedra sumergida entró por los fondos. El sonido hacia adentro, entonces. No hay escollos a la vista ni a babor ni a estribor, ni en popa o en proa. Sólo aquí, justamente debajo del casco, la tierra se eleva lo suficiente para clavarse en la "Independencia". El feroz chirrido, el miedo entonces. Dos mil toneladas se detuvieron en seco, quejándose.

El choque descuajó las calderas. Fueron a incrustarse en la caja de humo de la chimenea.

Mister Wilkins cayó de cabeza, golpeándose la frente contra un mamparo.

El inmediato peligro de muerte y todos sus héroes en existencia automática: la ceja ensangrentada no hiere verdaderamente a Tom Wilkins. Hay que soltar vapor, rápido. Por la sala de máquinas a oscuras crece el humo de los hornos apagados por la colisión. Sostuvieron al inglés mientras forcejeaba con las válvulas.

—¡Ya está! —el tercer maquinista Giuseppe Zeguego liberó el primer chorro de vapor.

—¡Toda máquina atrás! —rugió More incorporándose.

—Ayúdeme, padrecito —el cirujano Basadre termina de operar en el inclinado piso de la cámara.

—¡Seis brazas, señor! —se asombra un marinero a babor.

—¡Cinco brazas, señor! —confirma una voz desde proa.

—¡Calderas fuera de servicio, señor!

—¡El alférez García y García ha muerto, señor!

Los ojos locos del atribulado valiente capitán de navío Juan Guillermo More buscan por cubierta una explicación del desastre.

—¡Regresa la "Covadonga", señor!

De nuevo chirrió el blindado, cayendo sobre la banda de estribor.

—¿Ordeno abandonar el buque? —el teniente 2º Palacios observa a náufragos novatos que se arrojan al mar en demanda de las rompientes—. Se nos van a ahogar, señor.

—¡Todos en sus puestos! —habló por fin More. La voz salía de su garganta como por un túnel—. ¿Qué pasó, señor Palacios?

—La roca no está marcada en la carta, señor. Allá está el último bajo y estamos bien al norte. Dos brazas a estribor o a babor y no habría pasado nada, señor.

—¡Se inunda el buque! —jadeó el segundo jefe Raygada. Caía el océano por las portas de la batería de estribor.

—¡Comandante Sánchez!... —apesadumbrado atónito capitán de navío, el señor More acarició su buque: lo había comandado casi seis años sin pausa.

—¿Diga usted, mi comandante? —Sánchez Lagomarsino aguarda órdenes vigilando la aproximación del enemigo.

—... ¡eche fuego a la santa bárbara!

—Sí, señor.

—¡Arrien los botes! ¡abandonen el buque!

El cirujano Basadre trastabilló por cubierta cuando la "Covadonga" cañoneó a los náufragos. Sus disparos persiguieron a quienes nadaban hacia la costa. Basadre gritó de espanto a la vista de esos infelices atravesados a flor de agua.

—¡Arriba, mis buitres! —reaccionó el capitán Manuel Chapel. La infantería de marina se parapetó en lo más alto del blindado—. ¡Viva el Perú! ¡fuego!

—¡Viva!

—¡Muera Chile! ¡Fuego!

—¡Cuidado, señor! —el alférez Carlos Bondi trepó por

la escala a salvo del golpe de mar. Estiró un brazo a tiempo de coger las ropas de Sánchez Lagomarsino.

—*Get out, damn it!* —Wilkins aflojó el cuerpo, dejándose llevar por el océano que se derrama en la sala de máquinas. No se separó de las calderas hasta que hubo soltado todo el vapor. Con el rostro quemado, el maquinista James Hearly demoraba en seguirlo—. *She's sinking, Jim! Follow me, you bloody dunce!*

—Entre seis y ocho brazas en derredor del buque —resumió el alférez Ricardo Herrera.

—¡Vamos, arrien los botes! —gritaba More— ¡Heridos a tierra!

—Solicito permiso para permanecer a bordo —habló el cirujano Basadre—. Alguien debe prestar primeros auxilios.

—Gracias, cholo —Sánchez Lagomarsino escupió agua de mar. El esfuerzo por salir del remolino que lo succionaba hacia los fondos del buque, provocó ahora vivas ansias de vomitar. Un rato gargajeó babas saladas, encogido junto al alférez Bondi que contempla inclinarse el blindado sobre su cabeza. Arriba traqueteaban los rifles, a intervalos retumba una de las dos ametralladoras en las cofas fuera de equilibrio.

¡Fuego!

Con el agua a la cintura, Gárezon orientó la última descarga de la batería. Sostenida por la misma roca que destrozó su quilla, la "Independencia", tarda en hundirse.

Comandante Gutiérrez, a la playa. El cirujano Basadre ignoraba las protestas del tercer jefe del blindado. Habían malherido su rostro y acaso sea preciso amputarle un brazo. Se volvió al escuchar a Wilkins. La sal quemaba sus pupilas celestes. *Come on, Jim!* Desde abajo, Sánchez Lagomarsino y Bondi empujaron el cuerpo sanconchado del maquinista Hearly. ¡Madre de Dios! Basadre se santiguó. ¿Agua hirviendo? Sí. ¿Hay otros heridos? No. Enormes ampollas inflaban el rostro del inglés. Palacios lo observó embarcar en la falúa junto a los artilleros mutilados y a timoneles de vientres cosidos con prisa. ¿Se va usted, doctor? Basadre escupe, ahuyenta a los remeros. No, teniente, aquí me necesitan. Crujió la arboladura.

Las costuras soportan la violenta inclinación de la fragata. ¡Doctor, pronto! El soldado Francisco Chávez aullaba al abrigo del blindaje. Otro riflero de la Columna Constitución rodó con los pies deshechos por la metralla. Todo el instrumental quirúrgico se perdió en el naufragio. No queda una gota de cloroformo. Basadre fuerza el pico de una botella de coñac entre los labios transparentes del soldado Chávez. Una bomba le había arrancado en crudo su brazo derecho y todavía pregunta qué sucedió. Bebe, hijo, y desmáyate pronto. Es lo mejor que te podía suceder.

La "Covadonga" acribilló el bote que se dirige a tierra cargado de heridos.

A ratos cede otra plancha del blindaje y la "Independencia" sigue cayendo hacia estribor o inclina su proa. Parecía un islote lamido por gruesos tumbos silenciosos. Va y viene la corbeta trizando náufragos. Una obstinada fusilería replicaba a los chilenos. Revólver en mano, el señor More contempla chorrear sanguaza hacia los imbornales. Parecía que su propio desdichado buque supuraba ese jugo rojizo. La vida y todos sus inconvenientes, la desesperación entonces. Apiñados en la jabonosa cubierta, oficiales e infantes de marina soportaron el minucioso cañoneo de exterminio. A balazos borbollaba el mar mientras siguen arriando botes. More pasó revista a malheridos rifleros de la Columna Constitución, contempló el cadáver de García y García. ¿Quién escribirá la noticia a su joven esposa? ¿quién explicará que ha muerto en vano, casi alcanzando con su espada la borda del enemigo? ¡Maldita guerra! Después sus ojos tropezaron con los rostros desencajados del teniente 2º Alfredo de la Haza y del adolescente aspirante Arturo de la Haza. El primo Condell dirigía la matanza desde la "Covadonga". Los tiros impedían despachar más botes a tierra. Pegado al anteojo Palacios vio despedazarse la primera falúa contra las rocas. Por la playa aparecían soldados al rescate. La corbeta chilena dirigió sus tiros contra esos infelices, barriendo a los náufragos que por fin se incorporaban en la ribera. Desde el blindado vieron caer herido al practicante de medicina Manuel Ugarte.

La soledad y sus minúsculos amados utensilios, el niño que retorna entonces. He aquí el reloj en el que se ha grabado un nombre y apellido, la leve alianza de oro, dos pequeños retratos, el peine, un pañuelo con sus iniciales, estas insignias sobre el hombre envejecido, inútil mientras clava su mirada al norte: horizonte vacío ¿Dónde estás, Miguel? La carnicería no se detuvo.

—¡Señor, la bandera!

La metralla había cercenado la driza que sostenía en alto el pabellón nacional.

—¡Yo voy, comandante! —el marinero Federico Navarrete mordió una bandera peruana para subir por la inclinada arboladura. A cincuenta metros, el enemigo se entretuvo en dispararle. Navarrete escucha abejorrear plomos a ras de su cuerpo. La infantería de marina prorrumpió en hurras y descargó sus rifles contra la corbeta. No el cuerpo de costumbre transporta al tripulante por el palo mesana. Una fuerza que no es conocida lo izaba a pulso por el cordaje. Mostró una espléndida sonrisa cuando llegó a lo alto. Sañudamente los tiros se ajustaban a su estirada silueta. Sacudió el viento aquel tafetán rojiblanco al fin sujeto al mástil y Navarrete se volvió a saludar a los chilenos. El balazo trituró sus dientes y despedazó su paladar. Palacios contempló el chorro de sangre que empapaba su cotona. Por un segundo el marinero penduló cogido de un cabo. Se impulsaba en busca del mar. Cayó esquivando los filos de la fragata acostada en el escollo. Otros se zambulleron en su rescate.

¡Apúrate, Miguel!

Otra vez las balas degollaron la driza y se desplomó la bandera.

Monsieur Schofield, ciudadano francés, arrancó un tafetán peruano al cabo de señales y de un salto trepó al trinquete. El joven timonel volaba con la insignia enrollada bajo la camisa. Palacios admiró su agilidad mientras unas ganas de llorar le subían por la garganta. No era tu guerra, muchacho. Algún día te aburrirán las aventuras y querrás volver a tu provincia. Enfurecían fusiles cazadores de la "Covadonga" pero Scho-

field consiguió enarbolar el pabellón. Bajaba a saltos cuando lo alcanzó una ráfaga de disparos. Su cuerpo chocó contra la cubierta. Tenía un brazo convertido en piltrafa.

Sobre yertas hélices, palpando el blindado como una carne muerta, acosado por un sanguinario rencor que no creyó posible el señor More se ofrece al enemigo. No lo querían. Hoy se empezó a perder la guerra, Juan Guillermo. Y Juan Guillermo More estuvo de acuerdo: hoy se fregó el Perú y todo por mi culpa. Pálido valiente capitán de navío: nunca más uniforme, otro buque. No importa que descifre simpatía en el silencioso respeto de sus oficiales, el señor More ha sido derrotado. Se acabó la primera división naval. Ahora el "Huáscar" tendrá que pelear solo. Estricto desesperado comandante More: mejor sería pegarse un balazo.

—¡Humo a la vista!

El "Huáscar", por fin.

Izaban señal de auxilio.

—¡Bájenla! —gritó More. La "Independencia" ya no importa. Nada importa después de esta carnicería, salvo la completa destrucción del enemigo.

La "Covadonga" se despidió con una andanada que derribó a los rifleros puestos de pie.

—Seis malheridos de la Columna Constitución, tres fogoneros quemados, también Jim Hearly, cuatro soldados del Batallón Ayacucho deshechos a tiros, cinco marineros mutilados, veintitrés contusos, once sofocados, tres miserables que agonizan, cuatro cadáveres semidesnudos, un tuerto —contabiliza el cirujano Basadre: y además, un bote lleno de heridos que se rompió contra las rocas y el joven médico Ugarte baleado en la playa.

A once millas de distancia, el monitor tardará una hora en llegar a Punta Gruesa.

La "Covadonga" escapaba al sur.

—Señor Raygada, todos a tierra. Llévese a los heridos.

—Sí, señor.

—Vaya usted también, Palacios. ¡Vivo, vivo! Teniente Gárron, hunda las insignias. Usted, Ulloa, inutilice los cañones.

Desmonten las ametralladoras. ¡Vamos, rápido!

Crujió el blindado, escorándose aún más sobre la banda de estribor.

El solitario "Huáscar" se agrandaba en el horizonte.

More ordenó izar otra señal.

PERSIGA AL ENEMIGO.

Se busca Ministros

En Lima se declaró una epidemia de viruela y el anciano General Luis La Puerta, Vicepresidente encargado de la Presidencia, sufrió un ataque de gota a la mañana siguiente de asumir el supremo mando político de la Nación. Había renunciado el Consejo de Ministros. Mientras los primeros apestados van a parar al inmundo Lazareto de Guía, criticaban al ex-premier Irigoyen por haber confiado en la paz cuando era inevitable la agresión chilena, y al ex-ministro de Hacienda Rafael de Izcue por su falta de energía fiscal. Después de ser atendido por el médico, el Vicepresidente pasó revista a doce nombres que trabajosamente escribió con su diestra deformada. Ordenó llamarlos por separado.

El transporte de dos variolosos a bordo de un carruaje blanco anunciado con una estridente campanilla, espantó a los transeúntes a las diez de esa mañana de mayo. También el abogado José María Quimper se refugió en un zaguán, cubriéndose boca y nariz con un pañuelo. A las novenas y devociones por la salvación del país se sumaban ahora intensas rogativas para que el Altísimo protegiera a los limeños de la peste. Temprano pudieron observar a un marinero semidesnudo, que las autoridades del Callao mandaban encerrar en el lazareto y que los médicos devolvían al puerto porque estaba en seca, es decir, en proceso de cicatrización. Aquel organismo cubierto de costras de viruela fue paseado por el centro de la ciudad para que el vecinda-

rio recordara la importancia de la higiene pública. Un breve estremecimiento acompañó a Químper cuando reinició su caminata. Un poco agitador, un poco héroe, un poco desplazado por el auge del Partido Civil y la irrupción de Nicolás de Piérola y su Partido Demócrata, se dice que Químper pierde su tiempo reorganizando el difunto movimiento Liberal. ¡Veintidós apestados en una semana! Hay quienes afirman que es preferible morir de un balazo en el frente que llenos de pus en el lazareto. La verdad, los liberales importan poco en esta urbe de pronto preocupada por miasmas invisibles. Sin embargo, todos se acuerdan de José María Químper. El 66 integró el célebre gabinete que declaró la guerra a España. No han olvidado sus notables atributos de organizador como Ministro de Gobierno de un país atacado, ni la admiración que le profesa el General La Puerta. Cuando Químper atravesó la plaza de armas y se presentó en el palacio, los dirigentes civilistas se reunieron con urgente consternación. Ellos habían elegido presidente a Prado y ahora llaman a gobernar a su enemigo: con tantos ministerios vacantes, esta visita a palacio anuncia la resurrección política del jefe de los liberales. Es verdad que Manuel Prado, fundador del Partido Civil, también integró el gabinete del 66. Como solía decir Químper, se trataba de otro Pardo, un reformador todavía no cansado de arrastrar a los conservadores que lo apoyaban, ni consumido por cuatro años de gobierno con bancarrota nacional y frecuentes revoluciones. Tampoco era el mismo Químper del 66. Se le sabe interesado en las experiencias de la Comuna, asistente a peligrosas tertulias jacobinas en las que se encuentra a librepensadores como Manuel González Prada y a bohemios como el periodista Abelardo Gamarra.

—Bienvenido, doctor —La Puerta dedicó una cazurra pero afectuosa sonrisa al líder de los liberales. Nadie acepta hacerse cargo de la hacienda pública. Prudentemente el septuagenario general cusqueño no ha aceptado todavía la renuncia del anterior encargado de las finanzas nacionales, aunque el señor de Izcue está desesperado por irse a casa—. Asiento, doctor. Aquí me tiene, agobiado por la mala salud y los problemas de estado.

—No juzgaremos a los hombres, juzgaremos sus hechos, tal es el mandato de la hora presente —el director de “La Opinión Nacional” escribe su respuesta a la crisis del Perú—. Pero como los hechos tienen su lógica, que llamaremos personal, o lo que es lo mismo, obedecen a las leyes de causas y efectos, algo se rozan con las individualidades llamadas a los consejos de gobierno.

—Mi respuesta es negativa, señor —Químper observa la hinchazón del Vicepresidente.

—¿Químper en palacio? —tronó el señor Chacaltana en su oficina del diario “El Nacional”—. ¿Nos declaran la guerra por segunda vez?

—Su Excelencia el jefe del estado, interpretando hábil y fielmente los deseos del país, ha dicho “mi programa es la guerra” —Aramburú pausó su afilado lápiz-tinta sobre la cuartilla de papel—. ¿Quién dice usted que ha sido llamado al gobierno? ¡Químper!

—¡Oh, vamos, doctor! —el Vicepresidente bufó repartiendo codazos a los almohadones que lo sostenían. Contaba con su participación en el Consejo de Ministros—. ¡Acepte usted! ¡No se puede negar!

—Le han ofrecido la cartera de hacienda —razonó el banquero Candamo—. El General Manuel Mendiburu ya aceptó el cargo de primer ministro y la cartera de Guerra y Marina.

—En el congreso nos encargaremos de corregirlo —amenazó el diputado Moreno y Maíz.

—No podemos permitir chocheos del señor Vicepresidente —afirmó el diputado Yarlequé.

—Usted sabe bien que no me toleran —habló Químper. Ni uno solo de los proyectos enviados por de Izcue al Congreso Extraordinario fue aprobado. Y el anterior ministro de Hacienda es uno de ellos. Decía ellos abarcando a todos los que se niegan a asumir tributos de guerra a la vez que exigen una rápida y definitiva victoria sobre Chile. Así es, Excelencia: nadie menos indicado para negociar con ellos que el señor Químper—. Sería un error político.

—Se quedará de Izcue en el ministerio —pronosticó Can-

damo. Después del asesinato de Pardo, asumía el liderazgo del Partido Civil.

—Nosotros no estamos en el número de los pesimistas — prosiguió su editorial el señor Aramburú— . . . pero reconocemos que algunos de los señores ministros, en sus ensayos históricos y de actualidad, tienen que resolver, para conquistar adhesiones, un arduo problema: el de excederse a sí mismos.

—No hay dinero para pagar la soldada —dijo La Puerta—. Mucho menos para comprar cartuchos.

—Así he escuchado, Excelencia. Claro, compete al Congreso imponer contribuciones y poco puede hacer el Ejecutivo sin leyes de emergencia.

—Qué vergüenza —dijo el diputado Carlos Elías—. Parece que nadie quiere aceptar ministerios.

—Puede haber hoy en Palacio la cabeza que piense, pero nos parece que falta hoy la energía que ejecute: para encontrar reunidas, aunque no muy sobresalientes, esas dos cualidades, es preciso elevarse hasta el Supremo Director del Poder Ejecutivo —Aramburú releyó su editorial y volvió a escribir—. Sus colaboradores no las poseen todas y creemos que no se complementan.

—Confirmado —dijo Candamo a los civilistas reunidos en su oficina—. Mariano Felipe Paz Soldán en Justicia e Instrucción y Rafael Velarde en Gobierno. Se busca Canciller.

—Nicolás de Piérola, ciudadano del Perú, ante Vuestra Excelencia respetuosamente expongo —dicta Piérola con las manos enlazadas en la espalda—. Que el 29 de abril último presenté al conocimiento del Supremo Gobierno un memorial cuya parte expositiva era textualmente como sigue: cooperar, etcétera.

—¿Se da usted cuenta? —manifiesta preocupación José Antonio Miró Quesada—. Esto de Químper y ahora Piérola insiste en formar el batallón "Guardia Peruana". ¿Le vamos a entregar armas para que conspire con un fusil en la mano y con los liberales en el gobierno.

—Estoy resuelto a todo pero no ocurrir a la emisión de papel moneda por graves y urgentes que sean las necesidades

de la guerra —se oye al Vicepresidente—. El Perú es un país rico y patriota que bajo una dirección acertada llenará por otros medios las arcas fiscales.

— En dos ramos, sobre todo, está hoy la suerte de la república: Guerra y Hacienda —Aramburú observa la ciudad a través de la ventana, se distrae recordando la peste, escribe—: la buena hacienda hace la buena guerra. Ahora, digámoslo con franqueza, el honorable señor de Izcue manifiesta que no piensa al respecto como Napoleón. Es tímido, vacilante, de *petit moyens*. Lo ha demostrado.

—El expresado memorial no ha recibido resolución alguna hasta la fecha —dicta Piérola a su secretario—. Ha llegado a mi conocimiento, no tenerlo de él la administración actual ni existir en las oficinas respectivas. Por lo cual lo reproduzco.

—¿Es su última palabra, señor Químper?

—Por ahora lo es, Excelencia. ¿Qué noticias de la guerra?

—¡La crisis ha terminado, caballeros! —Manuel Candamo sonrió victorioso—. Rafael de Izcue continúa al frente de la cartera de Hacienda.

Su Excelencia en Iquique

Mariano Ignacio Prado ordenó abrir juicio inmediato al comandante More. Las noticias empeoraban cada hora. El coronel Belisario Suárez, jefe de una división, estuvo cerca de fusilar al segundo comandante de la fragata tan pronto llegó a Punta Gruesa. Acampado en el Alto de Molle con sus cusqueños del Batallón Zepita, el coronel Andrés A. Cáceres tuvo que intervenir en ayuda de los naufragos. Suárez sabía que acababan de perder la guerra en Tarapacá. Sin escolta navegan hacia

Antofagasta 3,200 soldados de infantería y 200 fusileros navales chilenos. Los desarmados vapores enemigos transportan en sus bodegas ocho baterías Armstrong, cañones Krupp de campaña, diez ametralladoras Nordenfeldt, cuatro mil flamantes rifles Comblain y tres millones de cartuchos. No sólo perdían la oportunidad de capturar tan formidable armamento para volverlo contra el invasor, sino que Chile duplicaba su fuerza expedicionaria. El golpe de gracia había fracasado con la pérdida de la "Independencia". En Iquique, esa noche el General Buendía no quiso recibir a los 63 prisioneros de la "Esmeralda" y cambió agrios oficios con el comandante Grau, que a su vez no podía seguir al sur con la cámara llena de chilenos. Mientras tanto crecía el descontento entre los jefes de batallones en Tarapacá por la demora con que se remplazaba al difunto coronel Bezada en el mando de la tercera división. Los disgustados ojos del General Prado parecen preguntar a Montero si es posible perder la guerra también por culpa de la casualidad. Porque la "Independencia" se perdió por una casual roca submarina no registrada en las cartas de navegación y al coronel Bezada lo arrojó un carrito de mano en el ferrocarril de La Noria. Pero Montero no creía en la casualidad: ni la "Independencia" debió arriesgarse a embestir con el espolón tan cerca de las rompientes, ni el coronel debió detenerse a orinar en ese paraje de pronto acometido por un coche sin frenos. Hubiérase enterado el Supremo Director de las intrigas en torno al nuevo Consejo de Ministros y acaso habría decidido volver a Lima. Ordenó a su secretario privado Benito Arana que alistara un breve equipaje. Pronto llegará el vapor "Chalaco". Una vez que hayan desembarcado a los naufragos de la "Independencia", el Presidente irá a poner orden en Iquique.

El desdichado comandante More viajaba a Arica con centinela a la vista. El señor Grau lo colocó bajo arresto y al trasladarlo al "Chalaco" recomendó que lo mantuvieran vigilado, no vaya a suicidarse. "¿Qué hace este tonto de buque que no se mueve?" preguntó el jefe de la división cuando el "Huáscar" se disparó en busca de la "Covadonga" que corría ahumando el horizonte. Un rato después el monitor abandonó la cacería para

ir en auxilio de la fragata. Encontraron a More trepado en el casco con veinte oficiales y tripulantes. El señor Grau postergó su furia para cuando estuvieran a solas. Medio ejército enemigo sin posibilidad de defenderse en alta mar y encontraban a More sobre los escombros de su blindado. Transfirió a los tenientes Gárezon y Palacios, a mister Wilkins y a tres buenos maquinistas ingleses a su propio buque y volvió a Iquique a despachar a los tripulantes del perdido blindado a que se pusieran a órdenes del Supremo Director de la Guerra en Arica.

En el muelle esperaba el pueblo. Montero despachó tropas a proteger a More. Por delante desembarcaron doscientos cincuenta naufragos entre marineros, infantes de marina, soldados del Batallón Ayacucho y aspirantes. Después se separó del "Chalaco" una falúa con un hombre solitario, vestido de paisano.

Vieron una cabeza que se balanceaba sin creerlo todavía, unas manos flacas sosteniéndola al extremo de la cuerda: era el comandante Juan Guillermo More.

¡Traidor!

Aquel grito desencadenó la cólera de la multitud. Los ojos vacíos de More pasearon el muelle por el que forcejeaban tropa y populacho.

Vieron la necesidad de morir.

—¡El comandante no es un traidor! —gritó el alférez Fortunato Salaverry—. ¡Viva More! ¡Viva el Perú!

—¡Viva! —respondió la maltrecha tripulación de la "Independencia".

Quienes hasta ayer habían navegado el blindado, ahora abrieron calle para que pasara su comandante. También la marinería de Arica lo saludó respetuosamente. Como si se hubieran secado, callaron las adversas gargantas del pueblo. Un negro traje civil, prestado por un oficial del "Huáscar", acentuaba la blancura del capitán de navío. La ropa le quedaba grande. Era como si hubiera extraviado su propio tamaño. Escucha sin pestañear: sigue bajo arresto, pronto habrá juicio, será fiscal el capitán de navío Juan Fanning. Escoltado por su antigua tripulación asciende a su alojamiento.

Al anochecer el General Prado se embarcó en el "Chalaco" acompañado por su secretario particular y cuatro ayudantes militares. Paseó impaciente la cubierta hasta que a las tres de la mañana apareció Iquique frente a proa. Chasqueó los labios disgustado tan pronto llegó a tierra: el "Huáscar" había zarpado al sur unas horas atrás.

A bordo del "Blanco Encalada"

El capitán Sauri ordenó parar las máquinas del pequeño vapor "Ballestas". Había tropezado con la escuadra chilena en pleno frente a la costa sur del Perú. Aunque limeño, Sauri comandaba un transporte inglés y su carga había sido revisada en Valparaíso.

Una chalupa de la "Magallanes" los abordó.

—Buenos días, señor —saluda el teniente chileno.

—Buenos días —Sauri entrega la documentación del vapor.

—¿Peruano?

—En efecto.

Desde el puente, Sauri observó a los dos acorazados. Le llamó la atención que las corbetas navegaran a la vela. La víspera sopló una violenta paraca.

—Tenga la bondad de acompañarme, señor.

—¿Puedo ir yo también? —se ofreció un pasajero norteamericano. Temía que por ser peruano, tomaran prisionero al capitán.

El oficial chileno no tuvo inconveniente.

Alejandro Sauri conocía al Almirante J. Williams Rebolledo. Como guardiamarina sirvió a bordo de la "Apurímac" en el combate de Abtao. El peruano pertenecía a la promoción de Palacios, Pedro Rodríguez y Juan Salaverry. Recordaba a un

marino altivo de negra barba rizada. En su lugar apareció en el puente del blindado un viejo vacilante. Sauri respiró el vinoso tufo del señor Williams Rebolledo y se preparó para lo peor.

—¿Quién es el capitán de ese vapor? —el jefe chileno se abrigaba con una capa.

—Yo soy.

De la capa emergió la diestra del Almirante armada con un enorme revólver que se detuvo ante la cabeza del peruano.

—¡Si no me dice la verdad, le destapo los sesos!

Nadie pestañeaba.

—No necesito ser amenazado para decir la verdad —se oyó a Sauri. Tragó saliva—. Permítame recordarle, señor, que navego estas aguas bajo protección y bandera de Su Majestad Británica.

—Bueno, bueno —Williams guardó el revólver con ademanes conciliadores—. Hable pronto y claro.

—El "Huáscar" y la "Independencia" se presentaron en Iquique el 21 pasado —informó Sauri—. La "Esmeralda" fue echada a pique.

—¡Miente! —rugió el Almirante.

—¿Y la "Covadonga"? —se interesó otro chileno.

—Escapó al sur. Persiguiéndola, varó la "Independencia". Se perdió por completo.

Estallaron gritos de júbilo en el puente. Williams no pareció alegrarse.

—¿Hay otros buques peruanos en Tarapacá?

—Lo ignoro. Posiblemente el "Chalaco" haya desembarcado víveres en Iquique. Así he escuchado.

—¿Y dónde está ahora el "Huáscar"?

—No estoy impuesto de su posición actual.

—Se quedará usted a bordo hasta que verifique sus informes —volvió a enfurecer el Almirante—. ¡Vayan a ese vapor e interroguen a todos sus tripulantes! —miró con beoda terrible expresión a Sauri—. ¡Si me ha mentado usted, lo hago fusilar en el acto!

Antofagasta, día 26

Un temporal postergó veinticuatro horas el homenaje preparado al comandante Condell en Antofagasta. Nadie esperaba que asistiera Miguel Grau, pero cuando los siete mil soldados del ejército expedicionario estuvieron en posición de firmes y la comisión de autoridades políticas y militares se disponía a abordar la "Covadonga", a cuatro millas de distancia el "Huáscar" disparó un cañonazo de 300 afianzando su pabellón de combate. Por el largavistas, a Grau le pareció haber confundido un hormiguero con un ruidoso pisotón. Corren los batallones a refugiarse en las breñas de Antofagasta, se enredan sus estandartes en cadenetas de papel puestas a través de las calles, tropiezan los músicos con la caballería, se espanta el populacho llegado de las salitreras a festejar al nuevo héroe nacional. También vio a la corbeta moviéndose a espía para ocultarse tras diez mercantes neutrales apiñados en el puerto. El vapor chileno "Rímac" arrancaba al sur a toda máquina.

Con los codos apoyados en la tibia coraza superior de la batería de 300, el teniente 2º Palacios escucha las cornetas de la infantería de marina tocando ataque. Viraban a estribor, a capturar el "Rímac", alejándose de esas calles que van del mar a ningún lado en la pampa. Hace doce años, obsequió un peso a un vagabundo en Antofagasta. ¿Qué habrá sido de aquel cochino anciano? Tal vez seguía bajo la misma sombra escasa, implorando limosna sólo a forasteros. Se ha de gastar menos tiempo así en gimiente quietud que en la furia rectilínea de una batalla. Acaso convendría emplear una hora en cada dos también aquí, en el monitor donde nunca se sabe si esto es vida o nada más confiado revés de morir. Ah, pero hoy no será el día tan temido. Sobre la torre acorazada, Palacios volvió a disfrutar del viento mientras cazaban al "Rímac".

Full speed! A Grau lo enfurecía la lentitud del monitor. Antier fue aniversario de la coronación de Su Majestad Victoria y visitó en Iquique al comandante de la fragata británica

"Turquoise". Después de un brindis a la indudable buena salud de la Reina, averiguó que los batallones chilenos ya habían llegado a Antofagasta. La información que inspiró el plan de Montero no podía ser más exacta. Ayer abordaron un vapor inglés en Mejillones y durante el registro Carvajal confirmó la noticia: con los nuevos cuerpos recién desembarcados, el ejército expedicionario pasaba de 7,000 efectivos. El "Huáscar" forzó calderas una hora sin estrechar al moderno "Rímac". Al fin Wilkins subió al puente. El carbón embarcado en Iquique es una basura y el casco del monitor está sucio. Imposible correr a más de nueve nudos. Dice el inglés que si al menos quemaran buen carbón de Cardiff irían rápido y sin tiznar el cielo. Exhalado a doce millas por hora, el vapor chileno eludió el cerco en Punta Tetas.

Emboscados en peñas del puerto y en fortines abrigados con sacos de arena o refugiados en calles que por estrechas dan la ilusión de ser abruptas, como si al arrimarse los edificios de madera y zinc arrugaran la pampa y hubiera que bajar, subir a lo chato verdiazul de las aguas, o, en fin, quietos en la ribera, vieron los chilenos regresar al "Huáscar" y a Grau al descubierto en el puente. A tiro de pistola observan las recientes cicatrices del monitor: planchas abolladas, chimenea acribillada a tiros, quemazón de bombas de mano en el castillo. Nada se movió en Antofagasta.

Lentamente el "Huáscar" se acercó al puerto. Bajo el pesado mediodía, aquella breve sombra vertical de los fortines no impide escudriñar la parálisis del enemigo. Tierra y todos sus olores: a salitre picante, a hulla mal quemada, a rancho, a bosta y desierto. Llegado del mar, el comandante reconocía el tufo de esa humanidad cocinada por el sol de la pampa. Acaso en la playa escuchan los tambores de la infantería de marina peruana, llamando al combate. Antofagasta contenía la respiración. Del tamaño que ven a inmóviles chilenos, han de ser vistos en el puente del monitor, estatura suficiente para ensayar puntería con los rifles. Galleaba el jefe de la división adueñándose de esas aguas, sin prisa por empezar el combate. Sus ojos rebuscaron a la "Covadonga". Cantaba con un murmullo. *Que se que-*

ma el sango, no se quemará. Echó un vistazo de inspección a su propio buque. Por los cubichetes de la batería salían las atentas cabezas de Palacios y Diez Canseco. En toldilla se alineaban los rifleros chalacos. *Que vendrá el mar/ y lo apagará.* El voluntario artillero Cucalón preparó la ametralladora Gatling. ¿Hasta cuándo vamos a esperar?

—Allá van chilenos —descubrió Carvajal con el antejo.

—Hum —Grau comprueba que un rebaño de soldados se guarecía en una quebrada. Luego señaló una bandera chilena asomando entre arboladuras neutrales—. Y ahí está la “Covadonga”. Tres fuertes, Melitón. Cañones Armstrong rayados de 150. Ocho piezas de campaña. Muy bien, al norte.

Los mercantes se interponían entre el “Huáscar” y las condensadoras de agua que abastecen al ejército expedicionario. Tampoco podrán cañonear libremente los depósitos de salitre que Chile exporta a Inglaterra a cambio de armas y municiones para invadir el Perú. Sin embargo al norte se abría un resquicio entre los cañones y la Aduana.

—¡Señor Palacios!

—Sí, mi comandante.

—Habrá que meter los tiros por encima de los mercantes.

—Así lo creo, señor.

—Se trata de mercantes neutrales, señor Palacios.

—Sí, mi comandante.

—Muy bien, no se equivoquen.

—Ametralladoras junto al muelle —señaló Carvajal.

—¡Corneta, ataque! —ordenó el capitán Arellano.

—Ahí nomás, flaco —instruyó Diez Canseco a Heros que movía a mano las cigueñas de la batería bajo cubierta. Empieza a amoratarse la cordillera, una combinación de sombras eleva Antofagasta a imaginarios promontorios de los que se desploman calles mohosas, El teniente observó los almacenes. Visto desde lo alto de esta coraza por la que asoma el grueso redondo hocico de los cañones, el campamento no vale más que una ciudad de cartón. Soplarán y todo quedará patas arriba. Casi infló su pecho para hacer la prueba. Después cambió miradas con Palacios—. ¿Tú primero?

Antes del humo, el aire al rojo. Antes del ruido, el golpazo de la nada comprimida, los anillos en expansión. Antes que la nada aparente, el invisible proyectil girando sobre sí mismo, retorciendo la gruesa atmósfera marina. Si no hubiera cañón, ejes, cigueñas y además una armazón de acero, y también aguas cóncavas para sostener el buque, y rieles para que el cañón retroceda hasta desaparecer dentro de la batería, cree Palacios que las bombas viajarían para atrás. Cuando se apagó el estampido, oyó la corneta tocando ataque y se alzó por el cubichete a verificar los estragos del disparo. Rasando a los mercantes, la bomba se hundió cerca de los depósitos de salitre, remeciendo el puerto desde sus cimientos. Palmeó el blindaje como si acariciara al monitor. Aquella polvareda informa que el cañonazo sacudió un breve paraje desierto. Antofagasta se creía inexpugnable, a diario fortificada desde la ocupación de febrero. Y el “Huáscar” se colocaba a un cable de distancia y empezaba a anonadarla. Antes de volver a su torre, Palacios dedicó una mirada al puente. Grau paseaba con la diestra acariciando la solapa de su paletó.

Al segundo disparo del “Huáscar” llamearon los rápidos cañones chilenos de 150. Por el sonido de los proyectiles surcando el aire, supo el comandante que son Palliser. Podían perforar el blindaje y estallar dentro de la sala de máquinas. Ordenó moverse lo suficiente para evitar que las baterías enemigas ajustasen la puntería. Todos los fogonazos lo buscaban. Grau ni pestañeó. A ratos se entretiene en recordar a su padre en la soleada terraza de Paita. Aquel viejo de ojillos burlones pasa revista a sus hijos, bien, veamos si hoy se asustan: todas las tardes a las cinco vierte pólvora en un antiguo casco de bomba, aplica una mecha y se sienta en su mecedora. Enrique y Miguel, Ana y Dolores observan avanzar la combustión. Los vecinos de Paita se han acostumbrado al puntual estallido que sacude la casa del colombiano, veterano teniente coronel de caballería que venció en Junín y Ayacucho. Si parpadea un niño, se queda sin postre. Hace casi cuarenta años que Grau está habituado al ruido de la pólvora. Junto a un cañón de 40, el teniente Pedro Rodríguez descubrió a la “Covadonga” asomando por detrás de los mer-

cantes neutrales. La cañoneó sin titubear. Seis veces disparó la batería de 300 contra la condensadora y la aduana. El humo creció en los almacenes. La corbeta chilena se escondía en un canal.

—A callar los fuertes —ordenó Grau. ¿En qué momento quedaron al frente de la vida? Por la edad en blanco, ha llegado la hora de tomar las más graves decisiones. Estaba en primera línea de la época, al filo de esa nada que embiste a ser vivida y muerta y otra vez a ser nada. ¡La mala hora! Cuanto ya fue pesaba acumulándose en su espalda, errores y vacilaciones, comprimiéndolo por capas como una acorazada piel de caimán en derredor del ser orbicular, perfectamente solo. Participaba de oído en el peligroso pánico de vivir, enterado de que esto ha de acabar horriblemente, no importa su prudencia: a todos aguarda el espanto, la desconocida trepanación, todo lo turbio cayendo hacia adentro de los ojos. A ratos en su ánimo se sosegaba el recuerdo de la "Independencia".

Diez cañonazos silenciaron la batería norte. ¿Cuánto sonido, el tiempo? Palacios asoma después de cada disparo a contemplar la brumosa destrucción. Azules túneles los siglos, estruendos como agujeros. Cóncavos siglos submarinos van de nada a nada mientras la muerte llega a transformar rumiantes en tibia ondulación luminosa pastando estrellas de mar y este miedo en satinado papel de escribir cartas. Ocho cañonazos callaron la batería sur. El duelo de artillería se apagaba en la creciente oscuridad de las seis y media, las siete. Aún reverberaba la dilatación del aire y todo su ruido en las orejas del teniente. Veinte minutos esperó la respuesta a su último disparo. También Diez Canseco sacaba medio cuerpo fuera de la torre, acechando la noche salpicada de pequeños incendios.

—¿Dónde estará el señor Condell? —preguntó distraídamente el jefe de la división, antes de dar por terminado el combate.

Segundo bloqueo de Iquique

—El "Huáscar" volverá mañana —prometió el cirujano Távara cuando el monitor zarpó al Oeste. Con la noche encima, Grau se mantuvo diez minutos sobre la máquina frente a Iquique para desembarcar al médico y al herido comandante Freyre a la vez que confirmando si están aquí los presidentes del Perú y Bolivia.

—Su Excelencia llegó al amanecer del 25 pero el General Daza continúa en Tacna —explicó el teniente coronel Timoteo Smith, ayudante de Prado. Apartó al gentío en el muelle fiscal—. ¿Dónde se enteraron?

—En Tocopilla, ayer. ¿Cómo está, Salomé? —el cirujano repartió la diestra mientras Freyre sonreía sostenido por Tom Wilkins y el voluntario Cucalón. También había desembarcado Julio Octavio Reyes, corresponsal de "La Opinión Nacional". Mañana serán recogidos por el monitor. Es posible que los acorazados chilenos estén cerca de aquí. Távara volvió a prestar atención al ayudante presidencial—. Llevaré al señor Freyre al hospital y después pasaré a saludar a Su Excelencia. Puede anunciarle que cortamos el cable submarino en Antofagasta.

Se oyeron gritos de júbilo.

Adolfo Gariazzo, jefe de las ambulancias civiles de la Cruz Roja, apareció al fin con cuatro camilleros. Acomodaron a Freyre. Propietario de la más concurrida botica del puerto, el italiano Gariazzo vestía el uniforme dispuesto por la Convención de Ginebra.

—Oiga, doctor, parezco un mono de circo —protestó Freyre echado en la camilla. La multitud pugnaba por verlo—. La verdad, prefiero caminar.

—Nomás hágales una gracia, Ramón —carcajeó el cirujano. Adonde llegaban tripulantes del "Huáscar" sucedía lo mismo: a las autoridades se adhieren niños atentos, mirones nada más, rostros confusos que van formando como una pelota de cuerpos en derredor suyo, la muchedumbre admirada y anhelante a la

vista de los héroes. Távara sonríe con benevolencia. ¡Héroes! ¿Cómo íbamos a ser héroes y a la vez personas tan corrientes? Avanzan precedidos por guardias nacionales, gendarmes que espantan a los chiquillos. Después: el capitán de puerto ávido de noticias. Y después: oficiales del ejército, vecinos, once extranjeros con humanitarios mandiles blancos adornados por la cruz roja. Y después: desconocidas cabezas apretujándose detrás de Freyre.

A SU EXCELENCIA

En el hospital los esperaba el cirujano Ego Aguirre. Mucho gusto, doctor. El señor Freyre necesita reposo o jamás cicatrizarán sus piernas. Temporalmente tenían que darlo de baja a bordo del "Huáscar". El comandante gruñó mientras de nuevo examinaban sus heridas. Caprichosas esquirlas desollaron sus tobillos durante el combate de Iquique.

URGENTE

Reyes y Cucalón pasearon salas recubiertas de ancianas baldosas, sonriendo a enfermos amarillentos, como repintados de sombra, que estiraban su piltrafa hasta asomar fuera de sábanas más bien inmundas. El joven Cucalón sintió que algo chupaba sus suelas, como si el embaldosado intentara sorberlo. Se despegó del piso golpeándolo con sus botines y ese brusco movimiento de danza aglutinó sus jugos y al punto cesó su piel de escalfecerse, cicatrizando las invisibles masticaduras que lo engullían. Volvió en sí ajado, pedernalino, casi sonriente.

—Un presentimiento —explicó el artillero. Los astros no se eclipsaban, los montes no ardían, las palmeras no se lamentaban—. Disculpa, soy un tonto.

—Vamos —el periodista lo empujó fuera del sórdido hospital. Vieron a Wilkins conversando con el sancochado maquinista Hearle. Reyes eligió una calle oscura hacia la ribera. Le han dicho que murió la joven esposa de Modesto Molina, corresponsal de "La Opinión Nacional" en Iquique. Tenía seis

hijos. Quería saludarlo. Sin embargo siguió hasta la avenida de palmeras y eligió un cafetín de chinos para beberse un café. El fresco vaho marino aliviaba a Cucalón.

URGENTE BLINDADOS

Con el General Prado habían llegado 500 bolivianos del Batallón Victoria y 120 francotiradores elegidos por Daza. El "Chalaco" también desembarcó dos Vavasseur de 150 para fortificar Iquique. Pero la guerrera animación de la ciudad se debía a la reorganización de los mandos. Trotando hacia la Prefectura, el capitán de puerto explicó a Távara la magnitud de los cambios: el General La Cotera irá a Lima, remplazado como jefe de la División Vanguardia por el moqueguano coronel Justo Pastor Dávila, que a su vez entregó la Prefectura de Tarapacá al General Ramón López de Laval. La jefatura de Estado Mayor, vacante por enfermedad del General Bustamante, recayó en el coronel Belisario Suárez, sustituido en el mando de la segunda división por el coronel Cáceres. En cuanto al difunto Bezada, lo reemplazó el coronel Bolognesi al frente de la tercera división. El Ejército del Sur estaba, pues, repleto de nuevos comandantes. La aparición de Prado galvanizó a los tarapaqueños. Ahora funcionan sin descanso las condensadoras de agua, permitiendo que la cañería Barrenechea sirviese exclusivamente a los campamentos militares.

URGENTE BLINDADOS CHILENOS

—¡Alto!

—Oficial del "Huáscar" —se anunció Távara.

—Bienvenido, doctor —saludó el mayor Ugarteche—. Comandante Porras, buenas noches. Tengan la bondad de seguirme.

Atravesaron un patio custodiado por cuatro centinelas. El corredor, bien iluminado con grandes faroles de gas, los llevó a otro patio adornado con helechos y geranios. Una solemnidad superior se movía por la Prefectura.

—¿El cirujano del "Huáscar"? —preguntó Benito Arana, secretario de Su Excelencia.

—Adelante, doctor —sonrió jovialmente el teniente coronel Timoteo Smith.

De pie, junto a una ventana por la que glotoneaba a bocanadas el aire marino, el General Prado conversa con Buendía. Se volvió de buen humor.

—Buenas noches, Su Excelencia.

—Pase usted, doctor Távara. ¿Conoce al General Buendía?

—Sí, Su Excelencia. Placer de verlo, General.

—Cenará con nosotros, doctor. Y usted, Porras.

—Con gusto, Su Excelencia.

—¿Quién más desembarcó con ustedes?

—El comandante Freyre está en el hospital, Excelencia. Lo hirieron el 21...

—Lo siento mucho.

—...traje al maquinista Wilkins, a un periodista de "La Opinión Nacional" y a un artillero...

—¡Capitán Yessup! —llamó el Supremo Director a otro ayudante—. Que atiendan como es debido a los tripulantes del "Huáscar" que están en tierra —el General Prado ofreció asiento—. Deseaba ver al comandante Grau pero estimo mucho su prudencia. ¡Nunca en puerto si es de noche! ¿Me dice usted que cortaron el cable? ¿en Antofagasta? ¿Y presumo que ya habían llegado los batallones de refuerzo?

—Así es, Excelencia: 3,200 soldados, artillería, ametralladoras y mucha munición.

—Excelencia, telegrama urgente de Pisagua —interrumpió el mayor Zuleta.

URGENTE ACORAZADOS CHILENOS A LA VISTA

—¿A qué hora volverá el "Huáscar", señor Távara?

—Estimo que al romper el día, Su Excelencia.

—La escuadra chilena llegará antes que el monitor —bufó el Supremo Director—. Espero que no se deje emboscar.

A Távara se le apuró la respiración. No dudaba de la habilidad de Grau para burlar a los chilenos. Pero si restablecen

el bloqueo, él no podrá regresar a su barco.

—¿Los chilenos? ¿dónde?

—Frente a Pisagua —dijo Buendía mostrando el telegrama.

La mirada del cirujano vagó por la habitación, persiguiendo la formidable chillona apariencia del poder. No existe el color fuera del ojo, ni la muerte más allá de estos seres uniformados y de otros y de todos los que han de morir. Vaya coronel al encuentro de su vena rota, usted mi general acuda a su derrame cerebral y usted capitán tropiece con el apurado balazo en el rostro. Pero antes, caballeros, sírvanse cancelar la tibia luz, los geranios de mayo, este desierto y todos sus cóndores alimentados con tripas de infantería, las palmeras que por ahora alegran su ánimo a través de la ventana de la Prefectura. A ratos lo vencía una sencilla fatiga de seguir con vida.

—Buenas noches, doctor —el rostro cubierto de cicatrices sonríe suavemente. Buenas noches, coronel Cáceres.

—Gusto de verlo, doctor —la gastada, amable faz del viejo oficial, sus mejillas rosadas, su aire de abuelo, su metro setenta que se mantiene enhiesto saludan ceremoniosamente. Buenas noches, coronel Bolognesi.

¡El "Huáscar" en peligro!

—Excelencia, la cena está servida.

Pero Grau sabía. ¡Pronto! ¡a tierra de una vez Santiaguito! ¡Nos veremos mañana! Informan que es verdad: Prado está en Iquique. ¿No baja a tierra a saludar a Su Excelencia? Esta vez olfateaba enemigos por el aire. Al cuerno con el protocolo. Volverá al amanecer, a recoger órdenes y tripulantes. Y si no es posible, ya nos veremos en Pisagua.

—Bien, ¿y cuándo cortaron el cable, doctor?

Servían tamales y picante de guata en el comedor próximo a la terraza. Távara sorbe una copa de vino, sí, claro, en Antofagasta, pero antes tuvieron mal tiempo, y antes capturaron el pailebot "Recuperado" sólo para echarlo a pique, y antes visitaron Mejillones de Bolivia donde destruyeron todas las lanchas chilenas. Ya los batallones enemigos habían desembarcado, pero frustraron una fiesta cívica en homenaje a Condell. Al día

siguiente de apagar a cañonazos todos los fuegos del puerto, volvieron en busca de la "Covadonga" y, calcule usted nuestra sorpresa, Excelencia, no encontramos ni una bandera enemiga, parecía que los expedicionarios hubiesen abandonado la ciudad, así que pasearon Antofagasta en son de combate y después de almuerzo echaron los garfios al fondo marino y diez minutos bastaron para pescar el cable y cortarlo. Sí, Excelencia, el martes 27 de mayo. ¿Y después? Después visitaron Cobija, señor, a hundir todas las lanchas menos dos, por deferencia a los comerciantes extranjeros. Y después apresaron al velero "Emilia" repleto de cobre y carbón que el señor Grau envió al Callao al mando de Melitón Rodríguez, con ocho marineros del "Huáscar".

Un silencio agobió a Távara cuando acabó su resumen de las operaciones navales.

—Ahora que vuelve la escuadra chilena hay que tener cuidado con los espías —habló al fin el Supremo Director.

—Tendremos Punta Colorada bajo vigilancia —dijo Cáceres.

—A quien no deben descuidar es al Manco Gordon —opinó Prado.

—¿Por qué no se le encierra de una vez? —propuso Porras.

—Usted decida, Buendía.

—Muy bien, Excelencia.

De nuevo callaron. Pronto estarán bloqueados y el "Huáscar" no puede destruir el cerco. Con el apetito arruinado, el Supremo Director se deshizo de la servilleta y salió a la terraza, a mirar la noche.

—Me pregunto como haremos para embarcar —se preocupó Távara.

—Comprendo que usted es necesario a bordo —habló Bolognesi—. ¿Sabe montar a caballo?

—Sí, claro.

—Podrían esperar al monitor en Pisagua.

—Así lo he convenido.

—Imposible —carraspeó Buendía.

—Son 54 millas a caballo, 25 en tren y 27 en carro de mano —calculó Cáceres—. Yo creo que lo pueden intentar.

¿Cuántas personas van con usted?

—Tres.

—Me ocuparé de arreglarlo —ofreció el jefe de la segunda división.

Antes del amanecer subieron al Morro. A toda máquina, en la travesía a Pisagua se emplea tres horas. Los humos chilenos crecían lentamente cuando se diluyó la noche. Venían sin prisa.

—Dos acorazados y una corbeta —adivinó Richardson—. A cinco millas, más o menos.

—Parece la "Magallanes" —se oyó al coronel Ugarte.

El Supremo Director de la Guerra desmontaba en lo alto del Morro cuando los vigías señalaron humo al sur.

—¡El "Huáscar"! —se agitó Távara.

En la avenida bordeada de palmeras, Cucalón lamentó no estar a bordo. Propuso a Reyes subir a la roca para observar el encuentro del monitor con los acorazados enemigos.

Podían imaginar al señor Grau en el puente, oliscando la presencia de los chilenos pegados a la costa. El humo del "Huáscar" cambió bruscamente de dirección, primero al norte y luego al oeste. Su rastro tiznó violentamente el pálido azul de esa mañana en calma. Sobre un mar terso como el aceite, el blindado nacional se alejaba a todo vapor de sus enemigos.

—¡Doctor Távara! —acezó Cucalón llegando a la cumbre—. ¡Lo tenemos que ayudar!

Los acorazados se lanzaban a la caza.

Combate con el "Blanco Encalada"

—...diez, once y once —volvió a contar Benito Cairoli bajo la húmeda luz de las cinco de la mañana. Tres marranas y nueve chanchitos sumaban doce animales. Primero achicharraban su negocio durante un bombardeo y ahora saqueaban su pequeña piara alimentada con sobras de rancho entre los carbones

de Pisagua. El italiano aulló como si le hubieran clavado una bayoneta en la espalda.

—¡Oh, no! —se sobresaltó el capitán de puerto buscando buques chilenos en el horizonte amoratado.

—*Ladri! porchería!*

—Le robaron un chanchito —adivinó el coronel Nicanor González.

Sólo el “Huáscar” humeaba en la bahía de Huaina Pisagua. El comandante Becerra echó una mirada llena de sospecha a la falúa del monitor pero una tenaz comisión de matronas bolivianas volvió a la carga: habían arrancado flores y verduras del otro lado del Tamarugal para tejer una pequeña corona destinada al señor Grau. El capitán de puerto hubiese querido explicar a las señoras que el jefe del “Huáscar” jamás se adornaba con guirnaldas, pero consideró innecesario ofenderlas. Después de todo, Pisagua estaba defendido por tropas de Bolivia y Grau seguramente les escribirá una amable carta de agradecimiento, así que Becerra se ofreció de emisario. Sostenía delicadamente la corona entre sus manos cuando Cairolí concentró su atención en la falúa.

—¿Listo, doctor? —el teniente 2º Palacios vigilaba de reojo el puente del monitor. Nada más se detuvieron en Pisagua a recibir un largo telegrama del Supremo Director y a recoger al cirujano y a sus acompañantes. Por suerte, el “Blanco Encalada” parecía navegar sólo con cuatro calderas cuando lo encontraron el viernes en Iquique. El señor Grau calculó acertadamente que los chilenos economizaban carbón después de su largo viaje desde el Callao. Pero tampoco el “Huáscar” navegaba a su máxima velocidad. Tuvieron que agregar alquitrán, grasa y aguarrás al pésimo carbón que consumían sus hornos para mantener constante la ventaja de cinco millas sobre el acorazado y la “Magallanes”. Palacios y Diez Canseco se entretuvieron desfondando almohadas de plumas que fueron a llover sobre el iracundo Almirante Williams Rebolledo, quien así invitado a volar en su caza, insistió en perseguir al monitor hasta 80 millas mar afuera. Tan pronto los chilenos volvieron proa al continente y cayó la noche, Grau ordenó dirigirse a la costa a todo vapor.

Así fue como el “Huáscar” se adelantó a sus cazadores, encontrando cerca de Arica al rápido transporte chileno “Matías Cousiño” que casi tuvo que reventar calderas para llegar a Iquique mientras cañoneaban su popa. Palacios imaginaba la furia de Williams Rebolledo cuando comprendiera que Grau nada más lo había arrastrado lejos de la costa para ganarle el regreso y mero-dear su retaguardia—. Bien, doctor, hay que apurarse. Se nos viene el sol.

El cirujano sacudió sus ropas. Tres horas atrás habían concluido la loca cabalgata a través del desierto. No pudieron ubicar a Wilkins, que quedaba bloqueado en Iquique. El periodista Reyes y el artillero Cucalón bajaban a la playa en el colmo del agotamiento. También Távara se había dormido tan pronto descansó sus huesos contra los sacos de una trinchera en el puerto.

—¡Guardián Boza! ¿qué escándalo es éste? —Palacios miró arriba abajo al harapiento señor Cairolí.

—Quiere ir a bordo, mi teniente. Dice que se le ha perdido un chanco.

Los marineros ni pestañeaban en la falúa.

—¿Un chanco? Hombre, qué suerte tener un chanco. ¿En qué lo puedo servir, caballero?

—*Ladri, ladri!*

—Doctor, ¿quiere usted pedirle que se explique —Palacios se acercó a la falúa. El marinero Rentería apretaba un cuerpo envuelto en una frazada. El zambo no movió los ojos del horizonte—. ¿Qué tiene ahí, marinero?

—Un refugiado, mi teniente.

—¿Un refugiado?

—Sí, mi teniente. Creo que es un huérfano, señor.

Quienquiera que fuese el refugiado, forcejeó con Rentería sólo para rendirse con un berrido.

—Parece resfriado, marinero.

—Tal vez sí, señor.

—Dice que anoche tenía doce chanchos y que hoy le quedan once —informó el cirujano—. Que sólo nosotros hemos visitado Pisagua y que nadie del pueblo se atrevería a tomar sus marranos...

—Ajá.

—... también dice que lo hemos arruinado con esta guerra.

—¿Y cuánto vale su chanco?

—¡Doce soles! —gritó Cairolí.

—¿Doce? —Palacios calculó el tamaño del refugiado—.

¿Doce soles por un chanchito?

El italiano protestó. Era un chanco excelente, el mejor de sus jóvenes chanchos.

De la bolsa de Palacios cayeron doce monedas de plata en la diestra de Cairolí.

—Es un regalo, ¿comprende? —dijo el teniente—. Yo no sé qué pasó con su chanco, pero si lo encuentro, es mío.

Cairolí asintió mirando torvamente a Rentería.

—¡Cucalón, Reyes, a bordo! —Palacios embarcaba. Saludó de lejos al comandante Becerra. Ocho marineros remaban hacia el monitor. El capitán de puerto descubrió el bulto entre los brazos de Rentería—. ¡Escondan al refugiado!

—Sí, señor.

Cincuenta metros más allá, el oficial endureció la voz.

—¡Guardián!

—Sí, mi teniente.

—Tan pronto lleguemos a bordo, entreguen el refugiado al mayordomo Pineda. El sabrá que hacer.

—Sí, mi teniente.

José Antonio Cucalón consiguió dormir un par de horas tan pronto zarpó el "Huáscar". Por aquel sueño negro, un remolino succionó sus pies hasta que el joven artillero se sintió extraído de sí mismo. Despertó halando su cuerpo mojado en sudor, como si lo sacara del mar. Retes le alcanzó un jarro de café. Un rato conversaron a media voz. Ambos habían llegado al monitor de voluntarios, dispuestos a desempeñar cualquier oficio. Comparaban el alojamiento de los maquinistas. Algo ansiaba tragarlo y Cucalón sintió miedo por primera vez desde que embarcó en el monitor, no el susto de las primeras explosiones que escuchara en Iquique sino miedo anidado en la raíz de su ser. Le parece recordar cuanto ahora recién vivía y su memoria avisa que pronto los

remolinos y la soledad y la noche, en fin, vaya uno a saber. Cuando Retes bostezó, el cansancio de la cabalgata lo devolvió a su coy. Cerró los ojos, procurando dormir, sintiéndose perpendicular e inmóvil pese a los balances del buque.

Viajaban al sur, a quince millas de la costa.

Palacios reconoció un suntuoso olor a chicharrón creciendo por la cámara. Antes de beber su primera taza de café subió al puente. Han de encontrarse entre Huanillos y Punta Lobos. Disfrutó de ese océano celeste, tan quieto que era imposible separarlo del cielo brumoso. Por la neblina se desplomaban gaviotas a cebarse en un banco de pequeños peces plateados. Miró su reloj: las 5 y 50 de la mañana.

—¡Vapor a la vista! —gritó el vigía—. ¡A babor!

Cucalón no despertó. Una gran hélice de bronce alimentaba el remolino que insiste en succionarlo.

Palacios no había terminado de estirar el antejo cuando el comandante Grau se corporizó en el puente.

—Dos buques, señor —Palacios orientó a su jefe.

—Vamos por ellos —ordenó Grau. Acaso se trataba de las corbetas "O'Higgins" y "Chacabuco" que se sabía retrasadas. Cinco millas avanzaron sin poder reconocer a los buques en medio de la bruma. Ahora el jefe de la División no se equivocó—. ¡Corneta, zafarrancho! ¡Es el "Blanco Encalada"!

La niebla se evaporó de golpe. Las 6 y 15. Con el blindado chileno casi a tiro, el monitor viró nuevamente al oeste.

—¡He dicho a toda máquina, señor Ferré!

Cucalón tiritaba cerca de su Gatling. Otra vez el miedo golpeó su pecho.

Con una mueca McMahon comprobó desde el puente que el acorazado enemigo se acercaba por la aleta de estribor. En Pacocha y Pisagua recibieron carbón de pésima calidad. Explicó al comandante que no levantaban ni 18 libras de presión. Será una suerte si logran avanzar a nueve nudos.

Mientras se queda atrás la "Magallanes", calcula Grau por donde atacar al acorazado si acorta distancias. Sólo había una forma de herirlo: al espolón. Pero esos veloces cañones chilenos están cargados con granadas Palliser. Obedeciendo órdenes del

Supremo Director, no se apresuró por tomar la iniciativa. No han tenido oportunidad los chilenos de embarcar buen carbón inglés, seguramente quemaban el mismo defectuoso combustible que el "Huáscar". Tampoco su andar pasaba de 9 millas por hora. Proa al noroeste. Sin embargo, el "Blanco Encalada" se acercaba a seis yardas por minuto.

Nadie tuvo tiempo de desayunar. A las ocho, Pineda distribuyó tibio chicharrón entre los oficiales. Palacios devoró ávidamente su ración, sin separar su mirada del acorazado.

—¡Echen al mar las falúas de estribor! —ordenó Grau. Por esa aleta se aproxima el enemigo. No solamente aligeraba su buque dejando libres los tiros de retirada de sus cañones de 300: también causará un sobresalto al almirante Williams.

Con hachas de abordaje los marineros liquidaron la maniobra. Averiados por los disparos de la "Esmeralda", los botes cayeron al agua.

Tal como el comandante había calculado, el "Blanco Encalada" zigzagueó evitando el choque. A toda máquina, parecían torpedos. Cuando recobró la línea de caza, había perdido casi 500 yardas. Pero a las 11 y 30 de la mañana, otra vez los chilenos embestían las aguas del monitor.

—Comandante Carvajal, hágase cargo de la torre de 300 —ordenó al fin—. Señor Ferré, que forme la tripulación en cubierta.

A sesenta millas de la costa, cortaban grandes pausados tumbos. A ratos el mar corría por encima de sus bordas. Los hombres se apiñaron frente al puente. Nada se ve en el océano excepto el acorazado chileno. Estaban a solas con un poderoso adversario.

—¡Valientes del "Huáscar"! —gritó Grau— ... La suerte nos coloca por tercera vez al frente de los enemigos y dentro de breves minutos nos empeñaremos en la lucha. No exijo vuestro arrojo y serenidad, porque ya habeis probado elocuentemente que os sobran para combatir y confundir a los enemigos... —llenó sus pulmones de aire— ... ¡No importa que sus fuerzas sean superiores! Tenéis un corazón aún más fuerte, pues se halla blindado por el ardiente fuego del patriotismo. Y venceréis porque nuestra causa es santa y porque defendemos no sólo la honra de nuestra querida Patria sino también la de una república hermana y aliada,

injusta y alevemente ofendida por los mismos enemigos. ¡Viva el Perú!

—¡Viva!

—¡A sus puestos de combate!

—¡Viva el "Huáscar"!

Bajo el blindaje retumbaron los tambores de la infantería de marina. Cerraban escotillas, abandonando la cubierta. Ondeó el pabellón de combate y dos banderas peruanas subieron al tope de los mástiles. Sólo Grau y Ferré quedaban sobre el puente. En la batería, Carvajal ordenó dar a los cañones máxima elevación y esperar la señal de fuego.

El mar pasa a ratos por encima de la cubierta. El marinero Villarosa calculó la velocidad de dos tumbos y corrió del castillo a la toldilla. Entonces vio a un tripulante alzándose sobre el torbellino de popa: pedía auxilio con un brazo en alto. Embestido por el oleaje, Villarosa pudo arrojar una tabla y un salvavidas.

¡Hombre al agua! ¡hombre al agua!

El "Blanco Encalada" disparó dos cañonazos.

Muy bien, fuego.

¡Fuego! Carvajal trepó por el cubichete. La bomba fue a caer a quince yardas de la proa del acorazado. Alzó una gruesa columna de agua que chorreó sobre el puente enemigo.

¡Hombre al agua! Retes buscó a su amigo con la mirada. ¿Alguién ha visto a Cucalón? El monitor no puede detenerse. Empezado el combate, nadie debe subir a cubierta. No hay forma de ir en su auxilio. ¿Dónde está Cucalón?

Las 13 horas 15 minutos del día 3 de junio: a 70 millas de la costa, un hombre todavía no identificado flota sobre un trozo de madera, pidiendo ayuda a los buques que se van. ¡Hombre al agua! Náufrago al sol, succionado por el océano azul turquí con sus vaivenes sin fondo. Morirá de cansancio, de sed, de miedo. Acabará cocinado por la brillante luz de alta mar.

En las carboneras, McMahon mandó arañar combustible en busca de los restos embarcados en el Callao. El telégrafo de órdenes exigía más velocidad. Las bombas chilenas aullaban por encima del puente. Pero el "Blanco Encalada" cambiaba de una banda a otra para descargar cañones. Grau no varió el rumbo

noroeste. Pronto recuperó ventaja de 4,000 yardas. Al atardecer, los carboneros arrojaron por la borda sacos de mal combustible de Pacocha. Habían encontrado restos del mejor carbón de Cardiff. Tan pronto llegó a los hornos, el monitor se disparó a diez, once nudos. A la luz de la luna, el acorazado chileno no abandonó la cacería.

¡Cucalón! ¿Dónde estás Cucalón? Infantes de marina y tripulantes recorrían el blindado en busca del voluntario. El cirujano Távara subió al puente en busca de Grau. El enemigo se achicaba a popa del "Huáscar".

—Miguelito, ¿no hay nada que podamos hacer?

—Nada.

—Pobre muchacho.

—Se perdió el artillero Cucalón, señor —informó el contra-maestre Dueñas.

—Sí, acabo de enterarme —Grau observó la luna llena que delataba los movimientos de su buque. ¿Cuánto tiempo se puede soportar aferrado de un salvavidas en medio del océano? La helada corriente polar ha de haberlo entumecido, quiso explicar que Cucalón ha muerto, que nadie debe estar en cubierta durante un combate.

A medianoche, el "Blanco Encalada" se despidió con una distante rabiosa andanada. Carvajal y sus agotados subalternos abandonaron la batería de 300. El secretario de Estado Mayor fue a reunirse con el jefe. Távara no se apartaba de Grau.

—¿Otra vez al sur, Miguel?

No podían evadir a los chilenos, no han recibido aún los proyectiles Palliser, el monitor necesita urgentes reparaciones, hay que contratar buenos tripulantes y artilleros.

—No —dijo—. Iremos a Mollendo a verificar si es verdad que hay buques chilenos. He decidido suspender la expedición al sur.

—¿Y después de Mollendo?

—Al Callao —anunció el comandante.

Carta a la viuda de Prat

Monitor "Huáscar"

Al ancla, Pisagua, junio 2 de 1879

Dignísima señora:

Un sagrado deber me autoriza a dirigirme a Ud. y siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a recordar, contribuya a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla. En el combate naval del 21 próximo pasado que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas y chilenas, su digno y valeroso esposo, el capitán de fragata don Arturo Prat, comandante de la "Esmeralda", fue como usted no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su patria. Deplorando sinceramente tan infausto acontecimiento y acompañándola en su duelo, cumplo con el penoso y triste deber de enviarle las para usted inestimables prendas que se encontraron en su poder, y que son las que figuran en la lista adjunta. Ellas le servirán indudablemente de algún consuelo en medio de su desgracia, y por eso me he anticipado a remitírselas.

Reiterándole mis sentimientos de condolencia, logro, señora, la oportunidad para ofrecerle mis servicios, consideraciones y respetos con que me suscribo de usted, señora, muy afectísimo seguro servidor.

Miguel Grau

Inventario de los objetos encontrados al capitán de fragata don Arturo Prat, comandante de la corbeta chilena "Esmeralda", momentos después de haber fallecido a bordo del monitor "Huáscar".

Una espada sin vaina, pero con sus respectivos tiros.

Un anillo de oro de matrimonio.

Un par de gemelos y dos botones de pechera de camisa, todos de nácar.

Tres copias fotográficas, una de su señora y las otras dos probablemente de sus niños.

Una reliquia del Corazón de Jesús, escapulario de la Virgen del Carmen y medalla de la Purísima.

Un par de guantes de preville.

Un pañuelo de hilo blanco, sin marca.

Un libro memorándum.

Una carta cerrada y con el siguiente sobreescrito: "Señor Lassero.- Gobernación Marítima de Valparaíso. Para entregar a don Lorenzo Paredes".

*Al ancla, Iquique, mayo 21 de 1879
El oficial de detall*

Pedro Rodríguez Salazar

Callao, 7 de junio

La multitud esperó toda la mañana sin apartarse de la playa. Campaneaba el puerto como llamando al monitor a casa. Por fin brillaron las bengalas sobre la isla San Lorenzo. Como si hubiesen dado la señal de partida de una regata, centenares de embarcaciones surcaron la bahía del Callao al encuentro del "Huáscar". A los silbatos de locomotoras estacionadas en el patio de maniobras se unieron la gruesa sirena de la Factoría Naval y el humeante berrido de vapores anclados en la dársena.

Media hora después asomó el blindado por el cabezo de la isla. Como inofensivos fuegos de artificio, por el cielo chalaco retumbaban dinamitazos. Seguido por un cortejo de botes embanderados, el "Huáscar" avanzó lentamente al encuentro de su puerto.

Tampoco los tripulantes se habían movido de cubierta. Veintitrés días después de haber zarpado en busca del enemigo, contemplaron el Morro Solar y los acantilados marrones. Otro olor a tierra llegaba en húmedas bocanadas: el hogar, por fin. Ríos y Noguera, también Dueñas, los rifleros chalacos reconocían el tufo a caracol marino de Chorrillos y el perfume dulzón de los establos de Magdalena, el vaho agrícola de Lima prevaleciendo por encima de playas empinadas y cascajosas hasta que, rodeadas las islas y su característico hedor amoniacal a guano, un ventarrón de ciudad revolvió sus memorias. Sobre el Callao llameaban banderas rojiblancas y una muchedumbre de lanchas remaba a su encuentro agitando tafetanes con los colores nacionales. Entonces los marineros arrojaron sus gorras al viento, mirando agradecidos ese cielo invernal antes de prorrumpir en hurras a su buque y a su puerto. Porque algo más que los hombres se alegraba del regreso. La hélice golpeaba distinto al llegar a estas aguas. Un festivo humor agitaba los bosques de Bellavista y una trepidación dominical recorría el aire porteño cuando volvía el "Huáscar". El señor Grau palmeó el grueso pellejo de su blindado: muy bien, a casa. Quizá sea la última vez.

—Despacio.

—Sí, señor. ¡Despacio! —Ferré observa el espolón cortando suavemente la superficie pululada por inocentes embarcaciones. A bordo de una chalupa, una banda de músicos se les ponía al frente. Ahora el teniente gritó por la manguera de órdenes—: ¡Paren máquina!

La infantería de marina evolucionó por cubierta.

Veinte mil personas colmaban los muelles y la ribera. El comandante Carvajal no recuerda otro recibimiento igual, ni siquiera el de Manuel Pardo cuando el pueblo liquidó la revolución de los hermanos Gutiérrez.

—Avante despacio —dictó Ferré.

—Señor Otoyá, tome el mando —Grau contempla con preocupación las averías de su buque. En el sur, la guerra continúa. Su mirada encontró al contador—. Oiga, Alfaro, vamos a despachar esos oficios.

—Se acerca el capitán de puerto, señor.

Esperó a las autoridades cerca del portalón. Será preferible desembarcar al anochecer, cuando la multitud haya regresado a casa. Doscientos botes asediaban al monitor cuando volvió a detenerse.

—¡Fondo! ¡fondo!

Tras el capitán de puerto subió a bordo el comandante Carrillo, cuyo monitor "Manco Cápac" seguía en reparación.

—No puedo desembarcar gente —explica el jefe de la división—. Perdimos dos fálúas y el chinchorro.

—La "Unión" manda botes —dijo Carrillo.

—Pediré una junta de maquinistas —anunció Grau—. Las calderas están sucias. La verdad, habría que poner el "Huáscar" en seco.

—¡Callao! —otra vez sacudían el cielo con dinamita— ¡Callao!

—El padre y un hermano de Cucalón piden permiso para subir a bordo, señor —el contramaestre Dueñas espera consentimiento del segundo comandante.

—Tenemos nueve chilenos a bordo —Grau bajaba a la cámara con Carrillo—. Quiero que de inmediato preparen alojamiento para ellos en el Arsenal. Voy a pedir su traslado a la Comandancia, ahorita.

—Soy Francisco Retes, señor, fui amigo de su hijo. Tenga la bondad de seguirme.

—Hay que reparar casi todas las falcas —el jefe de la división agradeció el brindis de Carrillo—. Y el Constructor Naval tendrá que cambiar la corredera de los cañones de 300. ¡Todo es urgente! ¿Cuándo llegan los proyectiles Palliser?

—¿Qué hacemos con los periodistas, mi comandante? —consultó el Guardián Ríos.

—Que suban —convino Carvajal.

—Tal vez la "Magallanes" recogió a su hijo, señor Cuca-

lón. Hay que averiguarlo por intermedio de la Legación Británica. ¿Se ha dirigido ya a los ingleses? —Otoyá consoló afectuosamente al hombre que sollozaba—. No debemos alentar demasiada esperanza pero tampoco se le puede dar por muerto.

—Al Director de Marina, etcétera. Siendo de inmediata necesidad la reparación de las averías sufridas en el buque de mi mando durante el combate que sostuvo con la corbeta chilena "Esmeralda" en el puerto de Iquique el 21 próximo pasado —Grau respiró con fatiga antes de proseguir el dictado—. . . . tengo el honor de dirigirme a US. con el objeto de que ordene al Constructor Naval y al Director de Obras de la Factoría de Bellavista se constituyan a bordo a practicar una inspección general en el casco y arboladura del buque, para poder apreciar la clase de reparaciones que debe hacerse. ¿Listo? Adjunto remito a US. para los fines convenientes la relación detallada de las averías, etcétera. Muy bien, señor Alfaro, otro oficio al mismo señor Director sobre el estado del "Huáscar" . . .

—¡Atención! —vocifera Dueñas en el portalón. Se acercaba la fálúa de la Comandancia con un edecán del General La Puerta.

—¡Presenten armas! —ordena el teniente Diez Canseco.

— . . . siendo necesario limpiar las calderas de este buque, me dirijo a US. para que se digne ordenar que de la Escuela de Grumetes se remitan el lunes próximo quince alumnos para que se ocupen de aquel trabajo . . .

—Una comisión de Hijas de María del Santuario de Montserrat manda preguntar si pueden subir a bordo a saludar al señor Grau o si mejor regresan el martes —cuchicheó Ferré en la oreja de Otoyá.

—¡Rentería, Unanue, Ucañán! —Dueñas bufaba en el portalón— ¡reciban esas flores!

—Su Excelencia me encarga felicitar a usted y a la dotación del buque a su mando por la victoriosa campaña sostenida en el sur, a la vez que le anuncia que el martes, en tren de mediodía, vendrá a este puerto con el señor Ministro de Guerra y Marina con el objeto de visitar el "Huáscar" y felicitar a su comandante y a su tripulación —habló el edecán.

—¿Y el comandante Grau? —se abrió paso Aurelio García y García.

—Más flores, mi teniente.

—Agradezco la felicitación de Su Excelencia —respondió Grau— y ya que el señor Presidente proyecta visitar este buque al mediodía, espero que nos haga el honor de acompañarnos a almorzar.

—Llegaron las lanchas de la "Unión", señor Otoyá —informa el guardián Noguera.

—¡Aurelio! —Grau agregó un cuanto lo siento mientras abrazaba al jefe de la segunda división naval. Le había enviado una carta de pésame por el correo marítimo inglés. Se miraron en silencio. Los ojos de Grau dicen cuánto lo apena que muriera tu hermano, que si Aurelio hubiese mandado la "Independencia", que estamos fregados.

—¿Y a qué hora vamos a tierra, señor Dueñas? —gruñó Rentería— ¡Caramba, hay que festejar con la familia!

—Entreguen al señor Cucalón las pertenencias de su hijo —ordena el segundo comandante.

—Permítame encargarme personalmente, señor —pidió el sargento Retes.

—¡Presenten armas! —volvió a ordenar Diez Canseco.

—Transmita nuestro agradecimiento a Su Excelencia, señor —Grau saludó militarmente al filo del portalón. La muchedumbre que ocupaba los botes en derredor del buque, reconoció al jefe del "Huáscar". Se oyeron vítores a Grau y aplausos. En posición de firmes, Rentería ni respiraba. Cuando el edecán hubo abandonado el monitor, el señor Grau se volvió para regresar a la cámara y reconoció al zambo—. ¿Cómo está, marinero?

—Muy bien, señor —respondió Rentería con un hilo de voz.

—¿Y esa lancha? —el comandante Carvajal estiró el antejo: se acercaba una embarcación llena de matronas— ¡Oh, no!

—¿Por qué no le dices al comandante que te quieres ir a festejar, zambo? —rió Dueñas cuando Grau desapareció bajo cubierta.

—Oiga, Pineda —el jefe de la división desabotonó su le-

vita—. Los comandantes García y Carrillo almorzarán con nosotros. Voy a lavarme.

—Vienen cargadas de flores —descubrió Otoyá acechando a las matronas con el antejo.

—A ver —Carvajal volvió a examinar a las señoras—. Llegan al abordaje, no hay duda.

—¿Ordeno zafarrancho? —se interesó Ferré.

—¿En qué puedo servirles, señoras? —el grueso bigote del teniente Diez Canseco se encrespó a la vista de la ruidosa comisión femenina.

—¡Ayúdeme, joven! —estorbada por el traje largo y una canasta, la matrona que capitaneaba la embarcación intentó subir a la escala.

—¡Pero si es Fermín Diez Canseco! —lo reconoció otra señora.

—¡Plaf! ¡mujer al agua! —dijo para sí el contramaestre.

—¡Cuidado! —el teniente corrió a sostener a la matrona. Entonces llovieron pétalos de rosa sobre su cabeza.

—¡Viva el "Huáscar"! ¡Viva el comandante Grau! —las damas subían al asalto del monitor, echando puñados de pétalos a sus asombrados tripulantes.

—Déjelas pasar, Rentería —se apuró el Guardián Ríos antes de ser cubierto por una lluvia de jacintos y claveles.

—Que no pase nadie, que pasen —refunfuñó el zambo bajo el diluvio de flores. Casi veinte señoras desfilaron delante suyo—. Así será pues su costumbre de los blancos, ¿no, señor Dueñas?

—Estimadas señoras, soy el segundo comandante —Otoyá intentó llamarlas al orden. Se desparramaron por la cubierta, arrojando mistura sobre oficiales y tripulantes.

—¡No, por ahí no! —Ferré no alcanzó a detener a las más decididas visitantes. Bajaban a la cámara.

—¿Qué diablos? —antes de que García y García pudiera incorporarse, descendió encima suyo el perfumado homenaje que las damas espolvoreaban encima de los marinos—. ¡Por esa puerta no!

Era tarde. Abrían en busca de Grau. El jefe de la división

secaba el rostro empapado en agua fría. Enmudeció frente a las matronas. García y García lo vio enrojecer mientras vestía la levita y lo cubrían de pétalos.

Espera en el Callao

Contempla la harapienta indumentaria de su tripulación, el buque inmóvil en puerto, controla su malhumor el comandante Grau mientras dicta otro oficio en quintuplicado siempre: nada parece funcionar bien. Sin chinchorro, los oficiales y tripulantes están más que menos prisioneros en el monitor, a la espera de botes enviados con tardanza para ir a tierra. Sin capotes ni ropa de muda, los marineros pasean en andrajos y al caer las noches de otoño hacen sus guardias envueltos en frazadas de dormir. Parece que Lima no estuviera en guerra. Llegaban los obreros con dos horas de atraso a lentamente reparar el único blindado del país. Ni el jefe de la división ni sus oficiales descansan, pero el 15 de junio Grau comprendió que la tripulación empezaba a dudar del gobierno. Ese día no aparecieron calafates y caldereros. Tampoco llegaron el Inspector de Máquinas y el Director de Obras de la Factoría Naval. Ni siquiera tenían bote para ir a protestar en tierra. El jefe de la división apenas ha dispuesto de tiempo para visitar al Doloritas y a sus hijos. De los Heros no se ha movido del Arsenal donde custodia a los prisioneros chilenos. Ferré auxiliaba al herrero del "Huáscar" a parchar la chimenea. Los tiznados tenientes Santillana y Diez Canseco no salían de la sala de máquinas. ¡Es el colmo, Melitón, francamente no lo entiendo! ¿Cómo podemos exigir disciplina a los tripulantes si encima nuestro existe el más perfecto desorden? Carvajal permitió que su jefe se desahogara. Desde Arica el Supremo Director de la Guerra telegrafiaba indagando cuando zarpará el "Huáscar". Con la má-

quina desarmada y el espolón maltrecho apenas podrán llegar al dique. Han recorrido las costuras de la cubierta principal y compuesto las falcas, nada más por ahora.

El teniente 2º Palacios trepó a una chalupa que pasaba cerca del "Huáscar" y media hora después volvió con un bote alquilado. Ingenieros, calafates y mecánicos habían esperado hora y media a que los recogiera la lancha de la Capitanía para llevarlos al monitor. A las nueve de la mañana regresaron a la Factoría en Bellavista. Más tranquilo, Grau despachó oficios al Supremo Director, al Comandante General, al Mayor de Ordenes. No podía hacer otra cosa que bombardear palabras. Habrá que cambiar tripulantes y no hay tiempo. Urgentes maniobras de combate no se cumplen a satisfacción de Grau. Un marinero trujillano llamado José Laiton había desertado en Iquique y el jefe de la división no quiere que se derrumbe la disciplina, exigía que lo apresaran en Tarapacá para juzgarlo con todo el rigor de las Ordenanzas. Desde hace tres días Otoyá se entrevista con candidatos a artilleros. Varios ingleses y un equipo de griegos han llegado al Callao a ofrecerse para la guerra. El comandante prefiere embarcar personal en exceso pero el Ministerio de Guerra y Marina aún no autorizaba su contratación. A mitad de junio, la dotación del buque no ha cobrado los sueldos de mayo. A los cirujanos y al practicante se les adeuda abril. Alfaro ni siquiera ha sido incluido en planilla por el Comisario General. Anónimas gacetillas publicadas en los diarios de Lima atacan el proyecto de quitar el palo trinquete que estorba a los cañones de 300. Dos oficios pidiendo reposición de las sesentidós vestimentas entregadas a los naufragos chilenos, además de ropa de invierno para la siguiente campaña, permanecían sin respuesta. Cuatro artilleros y dos cocineros que perdieron sus pertenencias en la "Independencia" antes de ser transferidos al monitor, están impagos desde febrero y hay que prestarles todo, hasta el jabón. El "Huáscar" necesita urgentemente 42 soles para pagar la compostura de sus tuberías. Deben limpiar el casco y no hay tiempo. Muy bien, usarán una lancha ajena pero diariamente habrá transporte para los operarios de la Factoría desde las seis de la mañana. Tampoco hoy puede

Grau viajar a Lima antes de la noche. Anote usted, Alfaro: cuatro mandriles, barras de fierro para los cuarteles de combate, tres estribos para las falcas. Y ejercitar la artillería, pero no hay tiempo. ¿Cuándo responderá el Ministerio su petición de rifles rémington para la infantería de marina? Los chassepot peruanos se atascan a mitad del combate. A ratos controla Grau el impulso de ir con sus hombres a tomar del Parque General las nuevas armas llegadas de Panamá. Sírvase US. reponer 300 estopines de fricción y tres mil cápsulas de ametralladoras usadas durante la campaña. Y por favor, la ropa de abrigo, las urgentes medicinas. Pronto, una chumacera, ese forro para el cabillero de estribor y cien, ciento treinta remaches, tornillos de bronce y válvulas esféricas, todo por quintuplicado que ponga en conocimiento de US. para los fines a que haya lugar.

Carta de la viuda de Prat

Señor don Miguel Grau
Distinguido señor:

Recibí su fina y estimada carta fechada a bordo del "Huáscar" en 2 de junio del corriente año. En ella, con la hidalguía del caballero antiguo, se digna usted acompañarme en mi dolor, deplorando sinceramente la muerte de mi esposo, y tiene la generosidad de enviarme las queridas prendas que se encontraban sobre la persona de mi Arturo, prendas para mí de un valor inestimable por ser, o consagradas por su afecto, como los retratos, o consagradas por su martirio como la espada que lleva su adorado nombre.

Al proferir la palabra martirio no crea usted, señor, que sea mi intento inculpar al jefe del "Huás-

car" la muerte de mi esposo. Por el contrario, tengo la conciencia de que el distinguido jefe que, arrojando el furor de innobles pasiones sobreexcitadas por la guerra, tiene hoy el valor, cuando aún palpitan los recuerdos de Iquique, de asociarse a mi duelo y de poner muy alto el nombre y la conducta de mi esposo en esa jornada, y que tiene aún el más raro valor de desprenderse de un valioso trofeo poniendo en mis manos una espada que ha cobrado un precio extraordinario por el hecho mismo de no haber sido jamás rendida; un jefe semejante, un corazón tan noble, se habría, estoy cierta, interpuesto, de haberlo podido, entre el matador y su víctima, y habría ahorrado un sacrificio tan estéril para su patria como desastroso para mi corazón.

A este propósito, no puedo menos de expresar a usted que es altamente consolador, en medio de las calamidades que origina la guerra, presenciar el grandioso despliegue de sentimientos magnánimos y luchas inmortales que hacen revivir en esta América las escenas y los hombres de la epopeya antigua.

Profundamente reconocida por la caballerosidad de su procedimiento hacia mi persona y por las nobles palabras con que se digna honrar la memoria de mi esposo, me ofrezco muy respetuosamente de usted atenta y afma. S.S.

Carmela Carvajal de Prat

División Villamil en armas

El lustroso alazán montado por el teniente Arturo de los Heros caracoleó frente a la estación ferroviaria de Arica. Sus

treinta húsares del Escuadrón Escolta mantienen a raya al genio que agita banderas del Perú y Bolivia. Era soleado asueto en el cuartel general del Supremo Director de la Guerra. Dentro de un rato llegará la División Villamil con Hilarión Daza al frente.

También a caballo, con uniforme de parada, el General Mariano Ignacio Prado espera al Presidente de Bolivia en el patio de la estación. Mil ochocientos bolivianos recibirán hoy nuevos rifles rémington traídos a Arica por la cañonera "Pilcomayo". Después la División Villamil marchará al sur, a establecerse entre Pisagua y la quebrada de Tarapacá. El Supremo Director no estuvo mucho tiempo prisionero del bloqueo chileno. Tan pronto terminaron de tender el telégrafo entre Arica y el extremo sur del Perú y luego que las divisiones aliadas se escalonaron hasta Huatocondo, despachando patrullas a caballo para vigilar la aparición de avanzadas chilenas que tanteaban las defensas del Tamarugal, Prado decidió que había llegado el momento de salir de Iquique. Se sabía vigilado por espías. La vieja cañonera "Abtao" quedó a cargo del bloqueo. El resto de la escuadra enemiga va y viene frente a la costa, seguramente a la espera de una oportunidad para capturar al Presidente del Perú. La misma noche en que Miguel Grau al fin desembarcó en el Callao, el Supremo Director picó espuelas y sólo seguido por su secretario privado Benito Arana se evaporó por la pampa hacia el norte. Veinte horas después, cuando en Iquique se le creía en cama víctima de un catarro, Prado apareció en Pisagua. A medianoche embarcó en un balandro y a vela navegó esas aguas merodeadas por los acorazados chilenos. Desprovisto de escolta, sin otra compañía que su leal secretario y cuatro pescadores a los que recompensó con una taleguita de oro, el Supremo Director entró en Arica al atardecer del día siguiente.

La banda de músicos rompió a tocar la Marcha de Banderas y la guarnición peruana presentó armas cuando el tren de Tacna trepidó por Arica. Seguido por sus ayudantes militares y cincuenta húsares del Escuadrón Escolta, el Supremo Director se acercó al andén. Don Hilarión Daza no había vuelto a reci-

bir a secretos emisarios del gobierno de Chile. Profesaba ahora una mal disimulada devoción por el General Prado y confiaba que el "Huáscar" seguiría sembrando el caos en las líneas de abastecimiento del enemigo. Pronto en Tarapacá los aliados tendrán un ejército de diez mil hombres y, ocupados los chilenos en patrullar la costa austral por temor al "Huáscar", se mantenía abierta la ruta a Panamá por donde el gobierno de Lima promete que seguirán llegando pertrechos. Al día siguiente de burlar al adversario escapando del bloqueo, el Supremo Director visitó a su aliado en Tacna. Coincidió el viaje con la llegada del vistoso Escuadrón Escolta, cuyos bien instruidos húsares trabaron fácil amistad con los acaudalados jóvenes paceños del Batallón Murillo. El ejército boliviano rindió solemnes honores a Prado, supremo jefe de las fuerzas aliadas. Dos días conversaron los presidentes hasta convenir que Bolivia prestaría a su aliada la mitad de los nuevos rifles rémington llegados al Callao. Más adelante, el Perú compartiría equitativamente sus adquisiciones militares. Despedido con fanfarrias por Daza después de un banquete y una retreta en el Paseo Vigil, el Supremo Director de la Guerra se disponía a devolver atenciones en Arica. En la plataforma del vagón presidencial vio a Daza, al viejo General Pedro Villamil y a un numeroso cuerpo de edecanes. Prado saludó militarmente con su espada y pronunció un estentóreo viva Bolivia, coreado por sus tropas. Los cuatro batallones bolivianos que seguían a Daza contestaron con el grito de viva el Perú. Ondeaban banderas de los dos países y las bandas de músicos tocaban ataque y diana. Desmonta Prado para abrazar a don Hilarión que infla el pecho condecorado, se golpea los muslos, sonrío satisfecho de sus tropas. No sólo ha llegado el primer cargamento de nuevos rifles para su ejército. La lancha a vapor "Sorata" navega con pabellón boliviano desde Mollendo. Unas semanas atrás prestaba servicios en el Lago Titicaca. Ahora, después de atravesar los Andes en tren, será usada en misiones de rōnda y patrulla en aguas de Arica.

Mientras cabalga al lado del alegre Capitán General y detrás suyo desfila la división Villamil a recoger sus armas en la Aduana, el Supremo Director disimulaba su preocupación. Via-

jeros de su confianza informan que el empréstito de ocho millones de soles para sostener los primeros gastos de la guerra ha fracasado en todo el país. El señor ministro de Izcue terminó por enfermar de gastritis, se ausenta con frecuencia de su despacho de Hacienda. En Europa, el segundo Vicepresidente Canavaro no había podido comprar el acorazado "Gloire" puesto en venta por el gobierno francés. Para no violar leyes de neutralidad que Chile transgrede con la complacencia del Eliseo, los agentes peruanos intentaron adquirir el buque a nombre del gobierno de Nicaragua, pero la operación fue descubierta y denunciada por los agentes de Santiago ayudados por ingleses. Ha sido imposible adquirir cañones Krupp para el ejército en Tarapacá porque el Imperio Alemán ha decidido vendérselos sólo a Chile. Las gestiones para comprar rifles peabody en Estados Unidos se derrumban por falta de fondos. No hay más remedio que continuar la guerra por ahora con inconvenientes chassopot modelo peruano. Su propio cuartel general y el gran campamento boliviano quedan en un árido territorio poco conocido. El mayor Ugarteche volvió alarmado de la cercana caleta de Víctor. Allí hay pequeñas instalaciones portuarias construidas hasta la víspera de la guerra por una empresa chilena dedicada a la búsqueda de minerales. Pozo de agua, muelle, cobertizos, herramientas, libros de contabilidad, botiquín, todo está intacto después de cinco meses de abandono. Para establecer guarniciones entre el Morro de Sama, la caleta de Ite y el puerto de Arica no contaba el Supremo Director con otra fuerza que el Batallón Artesanos y el cuerpo de francotiradores de Tacna. Los despachó en el "Oroya" rumbo a sus puestos en la despolada inmensidad de arena. Partían sin siquiera haber uniformado sus vestimentas, armados de los más viejos rifles disponibles, con escasa munición. En su mayoría padres de familia, los despidió un lloroso y resignado cortejo de mujeres y niños. ¡Cuándo volverán a verse! Ahora estaban de fiesta. Los batallones Paucarpata, Dalence, Vengadores y Aroma formaban en los patios de la Aduana. Con sus trajes de bayeta de Cochabamba y sus sandalias de cuero, sólo esperan un rifle para partir al frente. Flanqueado por el viejo Villamil y el estado mayor

de la división, Daza se situó en la puerta de un almacén fiscal. Uno a uno avanzaron los soldados a recibir sus rémington. A las cinco de la tarde había concluido el reparto. Los soldados cantaban. Algunos mineros del batallón de Coquechaca habían llorado de alegría al sentir el peso del rifle en sus brazos. La División Villamil desfiló por Arica vitoreada por la población.

Dos horas después, Prado y Daza volvieron a reunirse para cenar con los altos mandos aliados. Desde aquella terraza de donde se veía flotar las solitarias luces de la "Pilcomayo", el Presidente de Bolivia preguntó cuando regresa el "Huáscar". El Supremo Director contuvo un gesto de impaciencia.

Banquete a Grau

Aurelio García y García bebió una copa de *Pommery* con Dionisio Derteano mientras esperaban al comandante Grau en los salones de moda. Los cuarenticuatro años del comodoro que había negociado convenios de amistad y comercio con el Emperador del Japón y los príncipes de la China y que ahora seguirá a su amigo Grau al sur con la "Unión" ya reparada, se sentían por esta noche a gusto dentro del uniforme naval de gala. Doscientos caballeros de frac se reunían en el moderno Hotel Americano a rendir homenaje al jefe de la primera división naval. La idea de la victoria anima sus sonrisas. Locos telegramas llegados de Mollendo habían electrizado temprano a la ciudad. Dicen que persiguiendo al "Huáscar", el acorazado "Blanco Encalada" recibió una bomba que convirtió en polvo al almirante Williams Rebolledo y a otros treinta oficiales y tripulantes, que 1,500 bolivianos han sorprendido y liquidado a cinco batallones chilenos en Calama, que el ejército expedicionario enemigo se lanzaba al asalto de Iquique y que se había dado orden de marcha a todos los cuerpos aliados: la batalla decisi-

va está por empezar. Primero tienen que matar a Grau y echar a pique lo que queda de la escuadra, hubiera querido explicar en alta voz García y García. No vale la pena arruinar tan festivo ambiente. Pero no se ha cubierto el empréstito voluntario, pero los proyectiles Palliser de 300 llegarán dentro de cinco meses, pero Derteano no cree posible la derrota, pero todo está muy bien. Un rato los ojos casi celestes del comandante erraron por salones todavía a salvo de balas o bloqueo. Separa la música de violines del tintinear de copas y conversaciones más o menos banales. Pero las tripulaciones no tienen ropa de invierno. Pero el "Huáscar" no ha terminado sus reparaciones y ya lo envían al sur. Pero los batallones de Tarapacá no han recibido su última paga. Antier los socios del Club Nacional ofrecieron una cena a Grau en este mismo lugar. A los postres habló el jefe del "Huáscar". A su conmovido relato de la muerte del teniente 2º Velarde, replicó el señor Derteano con una iniciativa que avinagra a García y García. ¡Levantarle un monumento! A la espalda del menú, el presidente del Banco Nacional estampó su firma y la enorme cifra de mil soles. Antes de que terminara la reunión, los comensales habían quintuplicado esa cantidad. Afirman que reunirán por lo menos cien mil. ¿Cuántos mausoleos será preciso construir en Lima sólo porque no se han preparado para defender el territorio nacional? Derteano explica que pedirán a Italia una estatua en buen mármol de Carrara, con la figura del joven marino del monitor. ¿Qué le parece, Aurelio? Muy bonito, dijo, con permiso.

Miguel Grau tampoco prestó atención a los descabellados telegramas que ese día llovían desde Mollendo.

—A lo mejor es verdad —Doloritas deseó que el "Blanco Encalada" estuviese con las máquinas estropeadas.

—¡Ay, Doloritas! —Grau pasó revista al uniforme de gala. Le venía un poco ajustado. Ella lo encontró apuesto y el comandante acarició esas mejillas diez años más jóvenes—. Gracias, Doloritas. Pero así le hubiésemos acertado un disparo... —echó atkinson en sus patillas— ...nuestras granadas casi no le pueden hacer daño... —guardó el pañuelo en el pantalón— ...mucho menos matarle treinta personas.

—Lotol Elía llegau, comanante —se escuchó a Francisco moviéndose fuera de la alcoba con sus discretas suelas de papel prensado.

Rumbo al salón, Grau echó una mirada al dormitorio de los niños. Mientras estuviera en casa, Doloritas suspendía la nocturna administración de justicia. No reprende las travesuras de sus hijos durante el día. Pero una vez que se han acostado, aparece armada de un candil a aplicar palmazos correspondientes a la gravedad de cada falta. Ya castigados, besa y arropa a sus hijos. Con papá en casa, la chiquillería goza de prolongado asueto. Si se portan mal, el señor Grau razona con ellos. Acaba su plática con un no lo vuelvas a hacer, que no siempre era obedecido.

Su compadre Elías revisaba su joven apariencia ante el gran espejo.

—¡Se le ve muy bien, compadrito! —sonrió Dolores.

—Ya es hora. Sólo falta Miguel —sonrió el diputado chinchano—. El Ministro de Izcue se ha excusado de asistir porque está en cama.

—Hum. Bien, vamos.

Besó a Doloritas. Dentro de una semana volvía al frente y no ha podido disfrutar de un verdadero descanso con su familia. Sólo cuando el monitor entró al dique y le hubieron quitado el trinquete, aceptó Grau reuniones en su honor. Que te diviertas, Miguel. Doloritas sonrió. Aguardará Francisco despierto para abrir la puerta.

—Han reunido casi ocho mil soles para el monumento a Velarde —decía su compadre. El Hotel Americano queda a cien metros. Irán a pie.

—No habrá oportunidad de conversar esta noche, Carlitos, pero en Lima no han hecho nada para ganar la guerra en casi tres meses, ¿comprendes? Yo no puedo impedir colectas para alzar mausoleos pero ese dinero debiera gastarse en aliviar necesidades más urgentes —el pecho de Grau creció hasta tensar el uniforme—. Claro, la culpa es mía.

—¿Por qué lo dices, Miguel?

—Debí contar que los tripulantes del "Huáscar" no tie-

nen ropa. Tal vez hubiesen decidido hacer una colecta para regalar uniformes y zapatos.

Llegaban a la fiesta por la calle colmada de carruajes a la espera.

—Dejemos de lado la guerra por esta noche, Miguel. También tú debes alegrarte.

—Sí, sí. Tienes razón, Carlitos —el comandante guiñó un ojo. Pero la guerra continuó a sus espaldas, persiguiéndolo mientras subía los peldaños y agradecía sonriente el aplauso de bienvenida y ya presente el invitado de honor, aparecían los mayordomos con el *punch à la romaine* y alistaban el banquete consistente en diecisiete platos principales. Teniente 2º Jorge Velarde, ausente. Voluntario José Antonio Cucalón, ausente. ¿Quién será el próximo? ¿Y todo, para qué? ¿Para igual ser derrotados? ¿Qué harían estos amigos si revelara hoy sus problemas? No terminarán los carpinteros de construir a tiempo el camarote para el botiquín ni han llegado aún medicinas, compadre Derteano. Sólo hay un largavistas a bordo y la condensadora de agua fresca sigue descompuesta, estimado doctor Riva Agüero. Usted, don Miceno Espantoso, o usted, querido señor Rosas, acaso usted señor Rossel: ¿quieren conocer la importancia de las válvulas ringston? ¡Vaya, qué suerte! Podríamos discutir necesarios tarros de metralla con el General Mendiburu en persona, ¿no es verdad, señoría? Antes de pasar al gran salón, el jefe del “Huáscar” aceptó un brindis. Reconoció un sabor a albaricoque bajo el agradable vaho a naranja y ron y el helado esplendor de la champaña. ¿Qué celebramos? Una alegría nupcial inflaba el vocerío de sus amigos. No pudo rehusar otro vaso de punch mientras ya flanqueado por el Primer Ministro del Perú y el Plenipotenciario de Bolivia avanza hacia el salón principal. Don Miguel, señor Grau, estimado comandante, Miguelito de mi alma. Una nación con los días contados encontraba por fin al héroe enviado por la Providencia. A su mando el “Huáscar” se vuelve invisible. El detendrá a los enemigos de la Patria. Viva Grau. Y el señor Grau se acomoda al centro de la mesa de honor y contempla llegar personajes a los asientos privilegiados: el alcalde de Lima, el presidente del Concejo Departamental, los di-

rectores de los diarios limeños, el presidente de la beneficencia, el General La Cotera, el jefe de la segunda división naval, su amigo Ricardo Ortiz de Zevallos, el diputado Elías, el banquero Derteano, el ex-canciller Irigoyen, el Ministro de Justicia Paz Soldán, su cuñado el coronel Gómez, sus compañeros de tertulia y tresillo Juan de Arona y Narciso Alayza, y su confidente Monseñor Roca y Boloña, y el poeta Salaverry, y el periodista Abelardo Gamarra a cuya iniciativa se ha rebautizado la chilena como marinera, y don Miceno Espantoso que preside el Glub Nacional, y numerosos diputados y senadores, y los comandantes del Portal, Camilo Carrillo y Raygada, y el señor Director de la Marina de Guerra, y Santiaguito Távara, y personas a las que conocía, como suele decirse, toda la vida, y otras que le eran vagamente desconocidas pero que sonreían bajo las magníficas lámparas de gas. Sirvieron la sopa a la reina mientras alguien comenta que qué raro, el Gobierno no había hecho efectiva la donación ofrecida en abril por el ciudadano don Melitón Porras destinando todos sus bienes a la defensa de la Nación, de modo que ahora Porras insistía ante el Concejo Provincial, ya no para donar todos sino uno de sus bienes inmuebles. La carta de don Melitón sirvió para que la ciudad averiguara el número exacto de sus propiedades: tres casas decentes y dos callejones. Sirven helado *Pouilly-Fuisseé* y antes de la *mayonnaise d'ecrevisses*, el rosado jamón de York, la gelatina de pavo y de suntuosos *oeufs brouillés a la Quirinal*, se refirió Grau al pabellón nacional bordado por las señoritas de Trujillo en paño de León, con el escudo hecho con hilo de oro, enviado en una caja de caoba para que el “Huáscar” lo enarbolara en el combate. El General Mendiburu estaba enterado y explicó que el mérito de ese obsequio estaba en que las señoritas compraron el paño y los hilos con dinero de sus gastos de tocador. Solicito a US. ciento sesenta chaquetas de invierno y seiscientos metros de tela para uniformes, reiterando por quintuplicado mi anterior pedido de vendas y medicinas. Llegó el pescado y después los *vol-au-vents à la financière* y robustos *filets de Canard aux olives* mientras don Miceno Espantoso saborea el *Chateau Ausone* y al señor Derteano lo alarma la posibilidad de que sus-

pendan el pago de los certificados salitreros y los bonos de la deuda interna y que establezcan el pago de los derechos aduaneros en metálico, todo lo cual no va a mejorar la imagen internacional del Perú en momentos de solicitar un empréstito por un millón de esterlinas: ya sabe usted que no basta no estar derrotados, sino que además no debemos parecerlo. A las supremas trufadas sigue el jugoso *rosbif à la hollandaise* con papas *au jus* y el pavo *à la périgueux* hasta que la copa colmada de oscuro *Chambolle-Musigny* sube con la diestra del señor Riva Agüero, a quien el comandante Grau paga puntualmente 22.50 soles al mes por el alquiler de la casa de la calle Lescano y Su Señoría carraspea, señores, voy a ofrecer un brindis por el marino, el caballero, el amigo que ha sabido imbuir de un espíritu invencible a ese buque que empieza a despertar la admiración de todos los países del mundo: el monitor "Huáscar", señores, así que todos de pie, bebamos por Miguel Grau y los bravos marinos que lo acompañan. ¡Bravo! Viva Grau, viva el Huáscar, viva el Perú. Por tercera vez me permito llamar la atención de US. hacia el hecho de encontrarse insolutos de sus haberes los maquinistas y demás individuos que pertenecieron a la dotación de la fragata "Independencia". Salud, salud. Estos individuos perdieron en el lamentable fracaso de aquel buque toda su ropa y los demás artículos de su equipaje, y no han podido hasta hoy reponerlos por carecer de los recursos necesarios. Muy amable, gracias por sus elogiosas frases General Mendiburu, una copa de vino es cuanto acostumbro a beber. Esto, si se tiene en cuenta que son acreedores por varios sueldos y los buenos servicios que actualmente prestan en el buque, obligan suficientemente al Estado para atenderlos de preferencia en el pago de lo que se les adeuda, tanto más cuanto que en vísperas de salir en campaña, les es indispensable proveerse de artículos de uso personal. Así es, caballeros, alzo pues mi copa para beber a la salud del señor Grau y de la valiente tripulación de nuestro glorioso monitor. Pero, ¿qué le sucede al señor Grau? ¿Es que ni siquiera esta noche se va a disolver su taciturno humor? Servían la carlota rusa. ¿O prefiere usted macedonia de frutas? ¿O *Cabinet pudding*? ¿O le servimos este delicioso *croquante à la*

orange? Con efervescente *Pommery* continuaron los brindis hasta la medianoche. A ratos la mirada de Grau encuentra los ojos entre divertidos y mortificados, llenos de vaticinios, de Aurelio García y García. Qué lejos los carbones de Pisagua y Pabellón de Pica, la soledad del "Huáscar" perseguido a muerte, la vacía inmensidad del Tamarugal que empiezan a acosar las avanzadas chilenas. Ah, verdaderos cadáveres, ésto no es olvido, esto es peor: ni siquiera imaginan el horror de la guerra.

—Señores, pienso que al invitarme tan espléndido banquete adivinábais que en campaña a veces no hay tiempo para comer y otras no hay qué comer... —Grau los escucha reír, creen que bromea— ...no voy a ofreceros un recuento de las privaciones que nos esperan, porque marinos y soldados estamos habituados a ellas como parte del cumplimiento de nuestros deberes. Pero sí quiero aprovechar esta oportunidad para recordaros que debemos equipar a los combatientes no para hacer sus vidas más confortables sino para controlar primero y anonadar después al invasor, sin olvidar que el interés superior de la Patria y la seguridad de nuestras familias exigen que la guerra se resuelva lejos de nuestros hogares. Cualquiera de los marinos aquí presentes os puede describir el espanto que causa en los espíritus el bombardeo de una ciudad. Nosotros no cometemos crímenes como la devastación de Pisagua pero no creo necesario advertiros que debemos esperarlo todo del enemigo. Es mi preocupación esta noche, antes de agradecer vuestros generosos brindis y vuestro aliento, pidiros que no desmayéis en la ardua tarea de procurar elementos para la mejor defensa de nuestra Patria. Y os prometo que en el frente, ya sea en el océano o en las costas y pampas de Tarapacá, no seréis defraudados por quienes marchamos a combatir. Pensad siempre que a nuestros hombres les falta casi todo, desde zapatos hasta municiones, y, aunque les sobra valor, no es menos cierto que sólo con coraje no se atraviesan corazas ni se disparan balas... —pausa el comandante, contempla rostros achispados, se pregunta si de veras vale la pena sermonearlos esta noche— ...que no se diga mañana que titubeamos a la hora de defender el Perú... —alzó lentamente la copa llena de champaña— ...Brindo a mi vez

caballeros por el aliado, brindo por los caídos, brindo por quienes han de caer por el Perú, brindo por las esposas que aguardan lealmente, brindo por los bravos marineros del "Huáscar", brindo por los corazones generosos que contribuyen con sus bienes al sostenimiento de la guerra, brindo por la victoria. Os puedo decir que si el "Huáscar" no regresa victorioso, yo tampoco he de regresar. Salud y muchas gracias.

A la una y media de la mañana, un centenar de personas vestidas de frac escoltó al comandante Grau hasta su casa. Tan inesperado como elegante tumulto aturdió al chino Francisco. Aún se escuchaban vivas a Grau cuando el marino hizo un gesto de adiós y franqueó la puerta.

—Comanante ganau, siemple ganau —palmoteó el cocinero siguiéndolo por el patio—. Lápidó enseñau nenemigo no meteu más con peluano, ¿ah comandante? Netonces mucho banquete y tamién Flancisco lecansau.

—Ah, Francisco —el señor Grau meneó la cabeza—. Ah, Francisco. ¡Si todo está perdido!

A Mr. J. V. Drummond

(Encargado de Negocios de Su Majestad Británica)

Iquique, junio 16 de 1879

Querido señor:

Su carta de 7 del corriente llegó oportunamente a mi poder y me es satisfactorio decirle que he podido llenar los deseos del Gobierno de Chile contenido en ella. Después de consultar al general Buendía, que manda las fuerzas peruanas y que me dio todas las facilidades, conseguí una entrevista con los

prisioneros de guerra chilenos y entregué al teniente Uribe, según recibos que se encontrarán adjuntos, la suma de 810 pesos 58 centavos, moneda corriente de Chile. Por esta suma he hecho dos giros contra US. a tres días vista, a saber: 453 pesos 58 centavos a favor de J. M. Anthony y 357 pesos a favor de los señores J. Gildemeister y C^a que US. tendrá a bien honrar a su presentación.

El teniente Uribe me informó, además, que no creía que ellos (los oficiales) necesitarían sus sueldos todos los meses; y que me avisaría cuando exigieran más fondos, de manera que yo no giraré contra US. sino cuando me haga esta petición.

Con referencia a la condición y tratamiento de los prisioneros, tengo el placer de decir a US. que ellos se expresan bien sobre la manera como se les trata. Por mi conocimiento personal puedo informar a US. que se les envía su comida del club de aquí, y que es la mejor que puede obtenerse en las presentes circunstancias.

Se les permite vino, cigarros, cerveza; y se les ha suministrado a cada uno un colchón, ropa de cama, ropa interior, zapatos y trajes, hechos los últimos, según orden, por el mejor sastre que hay en la ciudad.

Todos estos gastos son hechos por el Gobierno peruano.

Sus cartas llegan y son remitidas con entera libertad; y aún cuando las últimas deben ser mandadas abiertas, las primeras les son entregadas intactas. He entrado en estos pequeños detalles, porque si existe en Chile la impresión de que ellos no son bien tratados, creo que esto debe ser contradicho. Hablando con toda imparcialidad, creo que los peruanos en su trato a los prisioneros de guerra dan un ejemplo que puede darles crédito ante cualquier nación. También he visitado el cementerio y he visto que el prefecto ha ordenado ya que las tumbas del capitán Prat y del te-

niente Serrano sean señaladas por dos cruces sencillas con sus respectivos nombres, pintados de una manera legible, de modo que cuando la ocasión se presente, no habrá dificultad para identificar los restos de esos oficiales.

Debo agregar que he experimentado un gran placer en haber sido útil en este asunto; y pidiendo a US no deje de darme órdenes cuando se necesite algo en Iquique, quedo de usted, querido señor, atento seguro servidor.

M. Jewell
Vice-cónsul de Su Majestad Británica

A Mr. J. V. Drummond

Ministerio de Asuntos Exteriores de Chile
Santiago, junio 27 de 1879

Señor:

Junto con la estimable nota que US. se ha servido dirigirme el 24 del presente, he tenido la honra de recibir una copia del oficio que el señor vice-cónsul británico en Iquique envió a US. el 16 del mismo mes.

Mi Gobierno no ha podido instruirse de ambas piezas sin experimentar complacencia. Merced al benévolo concurso de US. y a la acción diligente del señor Jewell, se han logrado satisfacer cumplidamente los deseos de mi Gobierno y obtenido, respecto de la condición en que se encuentran los prisioneros chilenos, noticias tranquilizadoras que serán acogidas en nuestro país con particular satisfacción.

Mi Gobierno toma nota con placer de la cortesía y delicadeza con que las autoridades del Perú tratan a los marinos de la "Esmeralda", y no necesita agregar que a esa conducta generosa procurará corresponder dignamente, si las inciertas contingencias de la lucha le presentan más tarde la oportunidad de hacerlo.

Dígnese US. aceptar por su parte y transmitir al señor vice-cónsul británico en Iquique los sentimientos de gratitud de mi Gobierno, junto con las consideraciones de alta estimación con que soy de US. A. y S. S.

Jorge Hunneus

Hasta siempre, monitor

Así que llegaba veintidós días tarde, todo ese tiempo tan prisionero como los once chilenos vigilados sin pausa en el Arsenal Naval. No se ha suspendido la guerra para los tenientes mientras el "Huáscar" permanece anclado en el Callao. Cuando el tren atraviesa campos que junio empapa sin llover del todo, cuando abandona a zancadas la aturdida estación de La Micheo y ya en la callejuela donde termina la ciudad respira un olor a cagajones y a fábrica de cigarros, cuando se apura hacia los respetados zaguanes de piedra en la calle de La Amargura, el teniente 2º Carlos de los Heros tiene la sensación de haber estado definitivamente ausente, como si nada más repitiera el acto imaginado muchas veces de llegar a esta puerta, golpear el aldabón y sentir en sus manos la leve presencia de Victoria. Pero nada sucedió tal como había soñado. *To Liverpool, first class.* Mira baules amontonados junto a la puerta entreabierta. Mira al mayordomo que a su vez se sorprende porque ya no es día de visita ni los Forsythe volverán a recibir a nadie hasta que vuel-

van, si alguna vez vuelven del meditado inapelable cambio de residencia. ¿Se van? Sí. ¿Cuándo? Mañana. ¿Adónde? A Inglaterra. ¿Y cuándo regresan? No se sabe, qué quiere usted, déjeme su tarjeta, puede buscar a *mister* Forsythe en su oficina. Casi se abrió camino a la fuerza, veintidós días perdidos en el cumplimiento del deber, muchas veces veinticuatro horas para contemplar, respirar, acariciar si es posible a Victoria. Lo contuvo la brusca certidumbre de que vamos a fracasar. Su país, su buque, su amor. Vendré más tarde, dijo sin saber si mentía y un poco tambaleante, un poco ciego echó a caminar en busca de cualquier sitio familiar donde pudiera sentarse a repasar lo sucedido. Bajo el cielo color ceniza del que cae una desmenuzada masa de agua casi tan liviana como el aire, de modo que nunca termina de bajar y baja flotando, sube a impulsos del viento con elegancia de pluma, sobre el tosco empedrado húmedo y jabonosas lajas y pequeñas hojas secas, á través de la trisísima emulsión del otoño limeño deambula de los Heros hasta reconocer la fachada del Hotel de Europa y el penumbroso salón con sus mesitas de mármol y su olor a café recién tostado. Veintidós días tarde el teniente se sentó en un rincón sin ganas verdaderamente de nada, un café por favor y también un whisky, preguntando Carlos y ahora qué hacemos, solamente una tarde y una noche de permiso y una persona en la vida a quien quería ver. Entonces supo que para él todo había comenzado por el final y a la sospecha de que no puede desandar lo que aún no ha caminado, se sumó la amada certidumbre de una muerte inoportuna, esto pues era la vida. Volvió a dominar su respiración, oxigenándose de a pocos, como si en verdad quisiera estar ahí, en ese rincón, bebiéndose un café sin mucha pena y un whisky sólo para calentar el pecho.

No todos pudieron salir del monitor a tiempo de alcanzar el más rápido tren de la mañana. Llegaban pertrechos, aún componían la cubierta.

—...una caja de amputación y trépano, extractor de balas, diez esponjas, clíster sistema Davidson, agujas de ligadura —con voz nasal el practicante Canales hacía el inventario del nuevo material quirúrgico. El cirujano Távara examinó la cali-

dad de tirabuzones, sondas de esófago y vendajes. Después echó una mirada de aprobación a los frascos rotulados por el farmacéutico Flores. La víspera habían terminado de carpintear el camarote para el botiquín. El practicante no interrumpió su salmodia cuando el señor Grau atravesó la cámara —...un metro hule de seda, un metro vejigatorio de Albespeyres...

—¿Necesitas algo más, Santiaguito?

—No por ahora, Miguel.

—No creo que el comandante López llegue a tiempo —el “Huáscar” tendrá que partir sin tercer comandante y Otoyá buscaba remplazo. Todo hace indicar que a él mismo se le entregará el mando de un buque y dejará el monitor—. Elías Aguirre está disponible.

El mayordomo Alcívar ofreció café. En este viaje, atenderá personalmente al comandante.

—Santiago, ¿café? —Grau meditaba la propuesta de su segundo. Luis López era capitán de fragata y Aguirre capitán de corbeta. Su brillante carrera naval pareció concluida después de que perdiera la cañonera “Chanchamayo” tres años atrás. A Grau le pareció una barbaridad de naufragio porque Aguirre era excelente maniobrista y aún mejor navegante. Y es que la gemela de la “Pilcomayo” se fue a tierra en la península de Sechura por un error de cálculo en la derrota. Sometido a consejo, Elías Aguirre fue separado del servicio hasta que empezó la guerra—. ¿Llegaron los griegos?

Otoyá asintió. Aunque sin haberse familiarizado con los cañones del monitor, esta vez partían con veinticinco artilleros de preferencia contratados, entre ellos dieciseis ingleses y dos veteranos griegos, Bayosópolos y Georgiades.

—Bien, son seis mil sesenta y dos soles con noventa y ocho centavos —Alfaro revisó la cuenta del “Huáscar”. Acababa de pagar a la tripulación. Sin embargo, él mismo no cobraba por error del gobierno. No figuraba como oficial del Cuerpo Político del “Huáscar” sino como antiguo contador del “Atahualpa”.

—...cien gramos cloroformo, 500 gramos bicarbonato de sodio, 50 gramos laudano de Sydenham, alcanfor, árnica, polvos de quina y alumbre...

—¿Diga usted, señor Alfaro?
—Respecto de los cuatro desertores, mi comandante, el marinero Miguel Vásquez es reincidente.
—Estoy enterado, señor Alfaro.
—El segundo carpintero Ignacio Martínez sigue en el hospital. Habrá que pedir remplazo.
—¿Qué opinas, Santiago?
—Recibió un golpe de gravedad.
—Redacte por favor el oficio, señor Alfaro.
—Bien, mi comandante. Sobre la factura de Lambert por fabricación de cartuchos... en Hacienda dicen que no hay dinero, señor.
—¿Cuánto es?
—Cincuenticuatro soles treinta centavos.
—¿Y la caja del "Huáscar"?
Alfaro se pasó un dedo por la garganta.
—...creosota, tintura de acónito, digital, éter corriente, ácido fénico, hojas de coca...
—Con su permiso, señor —Ferré llegaba con malhumorada expresión—. Otros dos desertores: marineros Juan de Dios Marquina y Juan Francisco Martínez.
—¿De dónde son?
—Huanchaco y Paita, mi comandante —Ferré entregó sus filiaciones—. Los aspirantes se quejan.
Grau asintió. Como en la marina inglesa, los muchachos debían imponer disciplina sobre ariscos tripulantes. Pero las Ordenanzas Navales estaban en conflicto con el espíritu del moderno Código Penal. Contrario a violentos castigos corporales, Grau había elevado consultas a la Comandancia General sin obtener respuesta.
—Telegrama, mi comandante.
—De la Presidencia de la República —Ferré reconoció la clave.
—Hum —Grau comprendió que ha llegado la orden de zarpar—. ¿Qué hay de la ametralladora?
—El eje y la manizuela están en la factoría Victoria, señor. Debían instalar la Gatling en la cofa del palo mayor.

—Bien, caballeros, zarpamos de madrugada. ¿Terminaron con los tubos de agua caliente contra abordajes?

—Sí, señor.

—¿Y los cuarteles de fierro en las escotillas de la máquina?

—Aún no, mi comandante.

—¿Y el forro de cubierta en el circuito de la torre?

—...sulfato de quinina, café molido, 50 papelitos de un gramo de ipecacuana, manzanilla, emplasto de diaquilón, bálsamo anodino, pomada de mercurio...

—¿Embarcaron carbón de Cardiff? —Grau guardó el telegrama en su cuaderno de comunicaciones.

—Sesenta toneladas, señor. Todo en sacos.

—¿Y el resto?

—Inglés, señor. A granel.

—Olvidaron enviar cuatro kilos de tamarindo, la leche de magnesia, los polvos de Sedlitz y el nitrato de plata, señor —informó el practicante Canales.

—Conseguiremos en Arica —sonrió el cirujano mayor—. ¿Cobró su sueldo, Canales?

—No, señor. No he sido incluido en la planilla.

—¡Bendito comisario! —bufó Grau.

En cubierta se cruzó con Palacios que cotejaba los resultados de la rifa patriótica a beneficio de las ambulancias.

—¿Buena suerte, Enrique?

—Gané una cigarrera chinesca, una botella de coñac y una alegoría —Palacios barajó veinte boletos de a sol—. Francamente no sé qué hacer con los premios, señor.

En el tren a Lima, Grau ocupó su tiempo en repasar los diarios y, en especial, la información económica. Suben las acciones del Banco del Perú y del Banco de la Providencia, de la Compañía de Seguros Sudamericana y de la sólida Empresa del Gas de Lima. El resto se tambalea, hasta el Banco de Crédito Hipotecario y el Banco Territorial Hipotecario. A quince soles cincuenta centavos la esterlina inglesa, los bonos del Gobierno habían caído al 40 por ciento y los inversionistas seguían cambiando títulos y papeles por metal. Misteriosamente las acciones del Negociado Dreyfus se mantienen a la par. Un rato conversó

Grau con don Faustino Piaggio, que surtía de Kerosene de Zorritos a la Escuadra y que se muestra pesimista respecto del crédito peruano en Europa. El comandante se apeó en La Micheo y tomó un simón rumbo al convento de los Descalzos. A lo largo de molidos pavimentos, acechado por blancas paganas estatuas entre rejas corroídas por el invierno, más allá de la ruidosa fábrica de hielo y cerveza de Harster, el señor Grau disfrutó por última vez de ese cielo gris no más alto que el cerro San Cristóbal. Membrillos, pacaes, sauces, ficus japoneses, jóvenes eucaliptos australianos, jacarandás. Un rumor a bosque se tragaba el ruido de sus pisadas cuando entró al convento. Aquí silenciosos pardos franciscanos comparten el almuerzo con los mendigos de la ciudad. En el húmedo abombado olor de catacumbas y criptas en las que yacen santos como hechos de papiro, a la sombra de la huerta y cerca del enorme palomar donde las torcazas conversan con un murmullo de agua enterrada y bajo el aire pesado como un estanque: la obstinada idea de Dios No es preciso llamarlo a gritos, también su ausencia le enfriaba el corazón. Reconoce la paz de quienes conservan su clasificada osamenta en esas tumbas de subterránea penumbra. Aquí la vida dejaba de ser, desdibujándose bajo el influjo de letanías y conjuros: hágase el revés, acabe el sueño de la carne, aparezcan las movedizas arenas de lo inmutable eterno. En la boscosa profundidad de la iglesia construída con adobe, en el asombro de sus ángeles de yeso, en el nervioso lamento de los pájaros, Dios. El inabarcable vacío de Dios. Por su ausencia lo conocía. Por la falta que hace, sabe que existe. He aquí su intacta vida de hombre de rodillas, sosteniendo al corpulento muerto que se confiesa como si nunca más. El simón lo esperaba en la alameda. Trotando de regreso a la ciudad, sus ojos descubren perros fulminados con bocados de estricnina. A raíz de la epidemia de viruela, la higiene pública importaba tanto como la guerra. Pero no se han interrumpido las diversiones limeñas. Prestó atención a la cartelera del Teatro Principal. Anunciaban función extraordinaria, con el estreno del Himno Perú-Boliviano dedicado a Hilarión Daza, un drama en dos actos y el juguete cómico "Los apuros de un chileno". Bajó del coche de alquiler y dedicó una

larga mirada a la calle Lescano, recordando a sus vecinos, al parlachín peluquero Enrique Castillo y sus concurridos competidores Jordán y, casi en la esquina, Durand, cuyo salón visitaban los elegantes, o el exclusivo sastre *mister* Fleming y don Fortunato Bambrilla, que confeccionaba las mejores camisas de la capital, o el ceremonioso tintorero Bouzón que limpiaba los trajes del señor Presidente de la República, y el comerciante Brignardello y el sonriente relojero Espinac y, en fin, los zapateros Andreu y Roggero, cuyos precios nunca han estado al alcance de su sueldo de marino. Después miró su propia puerta, no una sino en verdad tres casas, con la entrada común que compartía con la modista Sofía Lay y la viuda María Teresa de Valle.

En el último tren de la mañana llegaron Palacios, Diez Canseco y el doctor Távara. Los tenientes deseaban hacer compras antes de zarpar y Palacios invitaba el almuerzo, así que el cirujano quedó en reunirse con ellos en el *Café Anglais* a la una. ¿Dónde andará de los Heros? En casa de sus padres, vaticinó Diez Canseco. Recogió Palacios una caja de chocolates de Vignolo, se interesó por ciertos misteriosos remedios en la botica china de Sin Tui Pon, compró unos perfumes en Minuche y arrastró a su camarada a la casa de modas de Bouffet y Boiteau. Diez Canseco se sintió incómodo en ese establecimiento para señoras. Palacios ordenó géneros y unos sombreros, instruyendo que enviaran su compra al monitor antes de las seis de la tarde. Cuando llegaron al *Café Anglais*, el cirujano mayor bebía su segundo pernod.

—No lo va usted a creer, doctor. Hemos estado comprando ropa de señoras —Diez Canseco se desploma en un sillón, respira un vaho a pepitoria y cebolla.

—Obsequios para Arica —Palacios guiñó un ojo mientras pedía una botella de *Meursault* helado—. ¿Has escuchado ya a los ruseñores del "Huáscar"?...

Távara mostró sorpresa.

—...No se enteran de nada, caramba. Es un grupo musical formado por marineros y soldados de la Columna Constitución. Prometo ofrecer un concierto, cantan estupendo. Oiga, sí...

por favor, quiero que envíen este mensaje —entregó un papeli-
to al mayordomo— . . . al teniente Carlos de los Heros. Es muy
urgente. ¿Bien, mi querido matasanos, cómo estás de apetito?

—Lleno de dientes —sonrió Távara.

—Por el “Huáscar” —brindó Palacios—. De verdad, ¿qué
crees?

—¿Qué cosa?

—¿Ganamos o perdemos?

Távara se encogió de hombros.

—Ganamos —sonrió Palacios—. ¿Otro pernod? Porque los
muertos no tienen nada que perder, ¿verdad, Santiago?

—¿Qué vamos a almorzar? —a Diez Canseco le disgustaba
la conversación.

—¿Qué les parece el restaurante de la Gran China? No.
Bueno, podemos comer repollo y salchichas en el Germania o
emborracharnos en el León de Oro o quedarnos aquí mismo
—chasqueó los dedos—. ¡El menú, por favor!

A las siete de la noche empezaron a llegar los invitados a
casa del señor Grau. No sonríe, sonríe el comandante a su cu-
ñado Gómez, a sus hermanas Dolores y Ana. Los niños dormían.
Después aparecieron Narciso Alayza y su esposa. Y después
Emilio Soyer, casado con Mercedes Cabero, hermana de Dolo-
ritas. Y después su amigo Francisco Pazos. Pero está, no está
Grau verdaderamente. Asistía como de memoria, como quien re-
cuerda una despedida cuando ya partió y los rostros, las voces
se diluyen en pozos de olvido, en zonas de oscuridad involunta-
ria. Desde la cabecera contempla el esfuerzo de los demás por
restar importancia a la guerra, aunque nada más piensan en
ella. Permitted que rieran, empujando la conversación a lo largo
del menú que Francisco ha guisado a desgano, porque también
al cocinero lo vencía la tristeza. No bebe, bebe sólo una copa de
vino acompañando un brindis hueco: sí, a la victoria de nuestras
armas. Al retorno, al amor, a los relinchos con que la vida saluda
la aparición del sol, al amor intacto, al amor contenido en una
fotografía, al amor de pie en medio de asuntos que no valen la
pena, a lo mejor de todo. Depositó la servilleta sobre la mesa.
Cuando los invitados pasaron al salón y empezaban a despedirse,

se volvió en busca de Doloritas. Ella había recogido la copa de
cristal rojo con que su esposo hizo el último brindis.

—Quiero ver a los niños.

—Están durmiendo, Miguel.

—No es necesario despertarlos.

—Doloritas fue a su alcoba, colocó la copa vacía sobre su mesa
de noche y regresó al encuentro del comandante con una vela
encendida. Abrió la puerta y desde allí iluminó a sus hijos. Grau
se arrodilla junto a la cama donde duerme Enrique. Carne, respi-
ración. Una nariz caliente. Adios, hijo. La vida ha terminado.
Hasta otra vez en el regazo de Dios. Besó y abrazó a su primogé-
nito. Sin que la luz temblara en su diestra, Doloritas lo contempló
despedirse de cada uno de los niños. Salió en puntas de pies. To-
davía se detuvo en la puerta, a mirarlos desde el final de todo.
La vela traicionó la humedad de sus ojos.

Adiós, pues.

Antes de medianoche, el capitán de navío Grau partió por
última vez a la guerra.

El monitor fantasma

A quince millas de Iquique el comandante convocó a una reu-
nión de oficiales en el puente. El “Huáscar” dejaba un rastro
fosforescente en ese océano de tinta china. El resplandor de aguas
que la fricción del blindado parecía inflamar, permitió ver a un
delfín que pasaba a saltos por estribor.

—¡Buena fortuna! —sonrió Palacios.

Pese al incesante transitar de la superior escuadra chilena,
los buques nacionales no cesaban de burlarlos. Acaba de fondear
el “Chalaco” con otros 2,500 rifles rémington y cápsulas. Desde
Mollendo llegó el “Oroya” con el batallón Victoria de Puno, al
que se cambió antiguos chassepot por flamantes armas nortea-

americanas. Luego el "Oroya" continuó a Pisagua. Veinticinco veces había visitado Tarapacá a desembarcar desde artillería hasta medicinas. Hizo su último viaje custodiado por la pequeña "Pilcomayo". Tan pronto el transporte terminó su descarga y partió al norte, el comandante Carlos Ferreyros ordenó que la cañonera se dirigiera al sur. Escurriéndose de noche entre la costa y los acorazados y corbetas enemigos, la "Pilcomayo" entró a las nueve de la mañana en Tocopilla. Sorprendió en puerto al mercante chileno "Matilde" y a tres lanchas atiborradas de víveres y forraje. Luego de enviar un parlamentario a tierra anunciando que no bombardearía el pueblo, de cinco cañonazos incendió y hundió al "Matilde" y barrenó las lanchas. Zarpó a toda máquina a sorprender el gran campamento militar de Antofagasta, pero a mitad de travesía fue avistada por el "Blanco Encalada" y la "Chacabuco" que regresaban de cañonear Pabellón de Pica. Ferreyros pretendió escapar pegándose a tierra pero después maniobró afuera y al norte, estableciendo una ventaja de cinco millas entre su buque y el blindado seis veces más grande. Viente horas mantuvo esa ventaja hasta que acercándose a Arica, los enemigos abandonaron la caza sin haber podido hacer un disparo. Los oficiales convocados en el puente del monitor podían imaginar la furia del arrogante J. Williams Rebolledo.

—Entraremos sin luces a Iquique —anunció Grau—. Trataremos de sorprender a la "Abtao" que es el único buque que sostiene el bloqueo de noche. La hundiremos por sorpresa y al espolón. Después iremos en busca del resto de la escuadra chilena.

Tomaban la ofensiva dentro de cinco minutos.

—Heros y Tizón a los cañones de 40. Usted Canseco, usted Santillana, a la torre de 300. Palacios al puente. Quiero absoluto silencio.

—Sí, mi comandante.

Esta vez la orden de ataque se transmitió en voz baja. A media máquina y a oscuras, el monitor navegó al encuentro de tierra. En la cofa del palo mayor, el aspirante Villavicencio y los marineros Ucañán y Rentería escudriñaban las sombras. Pronto apareció la costa. Aquí el mar ya no fosforescía. A ras del océano se acercaba la calichosa neblina. Por el cubichete encima de los

cebados cañones de 300, el teniente 2º Diez Canseco reconoció la isla Cuadros. Más allá: Iquique.

—Paren máquina — casi susurró el comandante Carvajal.

—Paren máquina —dictó Ferré desde el puente.

La bahía de Iquique estaba desierta.

—Dos luces a babor, mi comandante.

Grau ordenó avanzar. Pero no se engaña: no hay más buques en este mar en calma. Tenía que suceder justamente esta noche: los chilenos han salido mar afuera.

—Son luces de tierra —dijo—. Paren máquina.

El invisible monitor se detuvo frente al puerto. Desde la cofa escuchaban las rompientes de la isla.

—¿Nada? —se sorprendió Távora que inspeccionaba su instrumental en la cámara de oficiales.

—Nada —el practicante Canales volvía de cubierta.

—Teniente Diez Canseco, vaya a tierra a conseguir información —se alzó la voz del primer jefe. Carvajal miraba la noche como si aún fuese posible sorprender al enemigo. Grau reflexionó—: Han de volver pronto.

—Habrá que esperarlos —dijo Ferré.

—No —Grau consultó la hora—. Saldremos a buscarlos.

—Tizón, ocúpese de la falúa —ordenó Diez Canseco.

El guardián Noguera se echó el rifle a la espalda. Seis marineros empuñaban los remos. Embarcaron Diez Canseco y Tizón. Noguera saltó último al bote.

—Disparen bengalas —vociferó Ferré.

Don intensas luces blancas treparon por encima de Iquique. Tardaban en caer, esparciendo un lechoso resplandor sobre la bahía.

—¡Oficial del "Huáscar"!

Los defensores dudaron.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—¡Oficial del "Huáscar"!

¿El "Huáscar" en la bahía? ¿a medianoche y sin que hubiesen avisado por el telégrafo de Pisagua? Un bote blanco apareció frente a los rifleros apostados en el muelle.

—No disparen —ordenó el capitán encargado de la ronda.

La embarcación atracó en el muelle fiscal. Cuando Diez Canseco trepó la escala, descubrió que veinticinco rifles lo encañonaban.

—Teniente 2º Fermín Diez Canseco, oficial del “Huáscar” —dijo—. Bajen sus armas, muchachos.

Cinco minutos después estaba frente al prefecto López de Lavalle en ropa de cama. ¿Cómo diablos llegó teniente? ¿Qué hace el monitor en el fondeadero de Iquique? Los buques chilenos acostumbraban volver a las tres de la mañana. Ajá. Dentro de una hora, más o menos. Diez Canseco se excusó de beber un coñac con el General. El comandante Porras subió a su chichorro para seguir al oficial a bordo del monitor. En el muelle, Tizón espera rodeado por un creciente gentío. Iquique despertaba a mirar la bahía a oscuras. Por ahí se mueve el monitor fantasma.

El comandante Porras conferenció con los jefes del blindado. Dividida la escuadra enemiga en dos divisiones que se turnan para acechar la costa tarapaqueña a la vez que proteger su retaguardia de Antofagasta, el bloqueo de Iquique era su punto más débil. A la “Abtao”, armada con cañones de 150, suele acompañarla un transporte con pertrechos y fusileros navales. ¿A las tres regresan? Sí, tal es su costumbre, Bien, decidió Grau, al oeste, a media máquina. Que se mantenga el silencio. Vamos a buscar a los chilenos.

Ya una vez el vapor “Matías Cousiño” había escapado de los cañones del monitor. Ahora se acercaba a Iquique sin sospechar que calladamente el blindado viaja a su encuentro. Ucañán descubriría su silueta en la oscuridad. La proa levantada y dos lanchas en los costados le dan cierto aire de acorazado. Pero el aspirante Villavicencio reconoció la chimenea detrás del palo mayor. Se trata de un transporte.

Ya el “Huáscar” embestía a toda máquina.

Santillana apuntó un cañón de 300. Sólo espera la orden de disparar.

Armados de rifles, los marineros Portales y Panay treparon a la cofa a reforzar el destacamento mandado por el joven Villavicencio. Por falta de piezas, aún no se ha instalado la Gatling en lo alto del palo mayor.

—El “Matías Cousiño” —identificó el comandante Grau. Un buque desarmado. Ordenó parar máquina. A treinta metros, el griterío de los chilenos anunció que recién han descubierto la vecindad del blindado—. ¡Ríndase, capitán, o lo hundo en el acto!

—La “Abtao” debe andar cerca —Carvajal barría la oscuridad con el antejo.

—¡Tiene usted un minuto para rendirse! —volvió a gritar Grau.

Los buques estaban casi pegados. La batería del monitor apunta directamente al casco.

—Muy bien, señor Grau, muy bien —se oyó al fin al capitán del transporte chileno—. Estamos rendidos, comandante Grau.

Las tres y cinco de la mañana. Rápido, hay que controlar la presa. El primer jefe eligió a sus más atrevidos oficiales: Melitón Rodríguez y Palacios. Ordenó que tomaran diez rifles y abordaran el “Matías Cousiño”.

—¡Falúa!

—¡Sí, señor!

Entonces el “Matías Cousiño” arrancó a toda máquina.

—¡Fuego! —de los Heros no titubeó. El estampido del cañón de 40 pulverizó el silencio de alta mar. Aquel rasante proyectil de advertencia voló sobre la popa del enemigo.

—¡Buque a la vista! —gritó el aspirante Villavicencio.

El “Matías Cousiño” había vuelto a detener sus máquinas.

—¡Por Dios, comandante Grau, no disparen! —otra vez hablaba su capitán—. ¿Quiere matarnos a todos?

—¡Abandone su buque! —gritó Grau—. ¡Voy a hundirlo, capitán, salgan de ahí!

Dos blancas lanchas chilenas cayeron al mar. A cincuenta metros distinguían cuerpos que se arrojaban a los botes.

Los tenientes y sus rifles recogían la falúa del “Huáscar”. A dos mil metros humeaba a su encuentro un buque de guerra chileno.

—Echenlo a pique —se decidió Grau.

—¡Fuego! —grita Ferré.

Tronaron los cañones de 300 atravesando de una banda a otra al “Matías Cousiño”. Las chalupas chilenas se alejan ati-

borradas de tripulantes y soldados.

—¡Más bajo! —rectificó Carvajal a Diez Canseco que salió por el cubichete—. ¡A la línea de flotación!

Los cañonazos atraían a la escuadra enemiga.

—¿Le metemos espolón? —propuso Ferré.

—¡Comandante Grau! —vocifera el capitán del transporte—. ¡Hay gente a bordo! ¡Estamos indefensos!

—Le dije que abandonaran el barco —gruñó Grau.

Una bomba de 115 disparada por el buque chileno que se les acercaba a toda fuerza, aulló sobre la toldilla del monitor.

—¡Avante! —Grau olvidaba al transporte—. ¡Todo a estribor! ¡Corneta, ataque!

El sonido del clarín creció en la húmeda oscuridad de las tres y media de la mañana. Ni luz de estrellas, ni atisbo del nuevo día, ni fanales: sólo la transparencia nocturna permitía adivinar el movimiento de los buques en combate. ¿El “Huáscar” contra cuántos? Importan sólo sus enemigos cercanos. Grau ordenó embestir al recién llegado. ¿Una corbeta? ¿un blindado? Intuitivamente sabe que es una corbeta. Conocía el tamaño de las bombas por el silbido que las persigue cuando atraviesan el espacio. De ser acorazado habría abierto batalla con proyectiles de 250. No, ha de ser la “Abtao”. A 200 yardas comprendió que se enfrentaba a un buque más grande que la cañonera. La posibilidad de estar luchando contra la “Chacabuco” mandada por su concuñado Viel y Toro oprimió su garganta. ¡Maldita guerra! ¡Fuego! El sonido de la gruesa batería de 300 avanzó en espiral hacia el incógnito buque chileno. ¡Se pegó la corredera, señor! El condestable Seledón forcejeaba con los grandes cañones. ¡Empujen todos! Pero Diez Canseco sabe que no es fácil zafar esas piezas que pesan doce toneladas. En pleno combate y la batería principal se atascaba. Maldita reparación. ¡Fuego! No se puede, mi comandante. ¡Carvajal, Ferré! A la orden, señor. ¡Quiero saber que pasa ahí abajo! Quedó a solas con Palacios en el puente. Ahora sólo de él depende el combate. ¡A toda máquina, señor Palacios! Calculó el rumbo del enemigo que castiga al monitor con proyectiles de 115. El “Huáscar” arrancaba a once nudos. Aquel espolón con curvatura de cimita-

rra abría en dos el mar de absoluta negrura. Sí, es la “Magallanes”. Si el monitor logra alcanzarla, la abrirá en dos como una cáscara de huevo. De pronto silencioso, apenas se podía distinguir la rápida sombra del blindado emergiendo de la oscuridad. Pero las dos hélices de la corbeta chilena le permitieron esquivar al “Huáscar”. Nada más rozaron sus cascos con un feroz chirrido. Como los combatientes de la “Esmeralda”, esos hombres apenas visibles a veinte yardas se armaban de machetes y hachas de abordaje. Ahora combatían a toca penoles. Estalló la fusilería desde ambos buques. Por el abierto portalón, Retes vaciaba la Gatling contra aquella silueta en la que se encendían los rifles. Los chilenos barrían al monitor. En lo alto del palo mayor, el aspirante y sus marineros descargaron sus armas. Tampoco la infantería de marina chalaca retrocedió. Peruanos y chilenos se acribillaban a ciegas. El teniente de los Heros apuntó personalmente el cañón de 40. Ahora, fuego. Una llamada a bordo de la corbeta enemiga confirmó que ha dado en el blanco. Navegaban paralelos. Mientras granizan balas en derredor suyo, Grau ordena entrar nuevamente al espolón. ¿Qué pasa con los cañones de 300? Cuatro veces embistió a la “Magallanes”. Los chilenos intentaban echar garfios al monitor. El aspirante Villavicencio sostuvo al marinero Panay herido en el rostro por una esquirla. Entonces vio que llegaban más buques chilenos. Imposible hacerse escuchar en medio de la crepitación de los fusiles. Rentería se descolgó hasta cubierta. Los tiros de comblain lo persiguieron pero el zambo avanzó a saltos hasta encaramarse en el puente. ¡Buques a la vista, mi comandante! Grau reconoció aquella mole nocturna que se le venía encima. ¡El “Cochrane”! Y más allá, la “Chacabuco”. Y después, la “Abtao”. Cuatro contra uno. Cañoneó el blindado y siseantes proyectiles Palliser rasaron al monitor. ¡A toda máquina! El comandante Carvajal arriesgó su cabeza fuera de la torre de 300. Sólo prestó atención a la corbeta. Cerró el cubichete encima suyo mientras balas de comblain golpeaban la coraza como goterones en un tejado. ¡Fuego! El bombazo estuvo a punto de desarmar a la “Magallanes”. ¡Señor Carvajal, a estribor! ¿Qué sucede? ¡El “Cochrane”! Volvía a cañonear sin suerte el acorazado. El contador Alfaro

auxiliaba a mover las cigüeñas de la batería. Antes de que arrancara el "Huáscar", alcanzaron a disparar contra el "Cochrane". Acertó su proyectil pero rebotó en la coraza. ¡A toda máquina! En la tiniebla de las cuatro y media de la mañana, el monitor debía escapar de la división chilena. ¡Todo a babor! ¡cesen fuego! Palacios comprendió, lleno de admiración hacia su comandante. Lejos de huír en línea recta, Grau llevaba su buque por delante de la "Magallanes" y se metía en dirección contraria entre las naves enemigas. Confiado en la oscuridad, aparece y desaparece el monitor entre confundidos chilenos. El "Cochrane" suspendió sus fuegos. Diez minutos evolucionó dentro de la formación de buques que lo persiguen y se desordenan. Después se alejó dejándolos al revés. Se viene el amanecer. El excelente carbón de Cardiff empujaba el "Huáscar" a once nudos. Antes de las cinco ordenó poner proa al oeste. Recorrió diez millas antes de que el nuevo día iluminara el océano.

—Un marinero herido, señor.

—¿Grave?

—No, señor. Tiene un corte de bala en la mejilla.

Grau estiró el antejo. El "Cochrane" y las corbetas lo buscaban al norte. Esta vez no podrán darle alcance.

El concierto del sábado

(Del diario "El Comercio" de Lima)

Aunque aquello fue para ser visto, que no para contado, vamos a intentar describir, siquiera sea a la ligera, la gran fiesta musical que el sábado congregó en el salón de conciertos de la Exposición a lo *mejorcito* de la sociedad limeña.

El parque estaba iluminado con cientos de picos de gas que despedían vivísimos destellos entre el tupido follaje que aromatizaba el ambiente.

Las distintas avenidas que conducen al salón donde debía verificarse el concierto, se veían invadidas por multitud de paseantes que esperaban ansiosos la hora del comienzo.

Gallardas parejas de hermosas criaturas iban y venían en todas direcciones, como brillantes mariposas que revolotean al rededor de la luz en la cual al cabo queman sus ligeras alas.

Suena al fin la hora señalada para dar principio al concierto y cada cual va en busca de cómodo asiento para gozar de los encantos de la fiesta.

Al entrar al salón, nueva sorpresa aguarda al concurrente.

Cerca de dos mil asientos están ocupados y las dos terceras partes de ellos por señoras y señoritas resplandecientes de belleza.

El salón está sencillamente adornado con guirnaldas de flores pendientes del techo y en la testera se ha improvisado un escenario decorado artísticamente con arbustos y vistosas flores.

Pocas veces se ha visto tan selecta y numerosa concurrencia en espectáculos como el del sábado. Era aquello verdaderamente encantador y lo habría sido más si no hubiese habido inconvenientes para que el concierto se realizara en un teatro.

Poco después de las ocho de la noche, la orquesta rompió con los simpáticos acordes del Himno Nacional que cantaron señoritas y caballeros en medio del entusiasmo que la música patria despierta en todos los corazones. Al Himno peruano siguió el boliviano, cantado también por señoritas y caballeros.

Oyéronse luego las originales melodías de la música de *Fausto* y el señor Lorente y Benel, con voz fresca y arrogante, cantó el aria de la invocación de esa ópera.

Como para hacer contraste se dejó oír después la juguetona música de *Crispino e la Comare*. La señorita Rosa Morales y el señor José Ayarza cantaban el precioso dúo, *vedi, cara, tal sabetto*.

Los suaves y melancólicos sonidos que del violoncelo arrancaba el eximio Beriola, hicieron desear a los concurrentes la impresión de la jocosa música de los hermanos Ricci. Se ejecutaba *El suspiro*, preciosa romanza que el señor Molfino cantó con dulzura y talento.

Siguió una gran pieza de concierto: una fantasía a ocho manos ejecutada por las señoritas Francisca Paz Soldán, Juana Pinto, Carmen Quintanilla y Julia Cáceres.

Una novedad fue el vals *La guardia urbana*, de nuestro compatriota Pedro Fernández. Es una hermosa composición, en la que no escasean bellos pasajes.

El vals en *la* bemol de Chopin fue maestramente tocado por la señorita Teresa Orbegoso.

No exageramos al asegurar que nunca se ha oído en Lima cantar como el sábado. El conjunto fue admirable.

Antes de concluir debemos enviar una sincera felicitación al señor Francia, a cuya consagración y desinteresados esfuerzos es debido el éxito del concierto de anteayer, que ha correspondido a las esperanzas del concejo que lo organizó con el humanitario propósito de fomentar con sus productos ambulancias para el Ejército del Sur.

Ministro se necesita

Después de haber descontado el porvenir en todas sus formas, agotada la cuenta de donativos para la guerra, fracasado el empréstito voluntario nacional, cerradas todas las puertas del crédito europeo, al señor de Izcue lo postraron el cansancio, la dispepsia y las intrigas domésticas. Cuatro días de cama y reposo no bastaron para reanimarlo y renunció irrevocablemente al Ministerio de Hacienda. Nadie lo quería remplazar. Varios días buscó nuevo Ministro el señor Vicepresidente La Puerta. Otra vez se voceaba a José María Quimper pero el obstinado liberal ni siquiera visitó el palacio. En fin se encargó de las finanzas nacionales el conocido abogado Emilio del Solar.

Su primera decisión fue no recibir a nadie durante ocho días. El señor Ministro deseaba hacer un severo diagnóstico de

la salud fiscal de la Nación. Puesto que ningún otro peruano quería asumir tan terrible responsabilidad, nadie se quejó de que las reflexiones del doctor del Solar paralizaran la economía del Perú. Mientras el Ministro trabaja a puertas cerradas, nada se paga, cobra, tramita o resuelve. Un silencio apenas interrumpido por el cuchicheo de ujieres que van y vienen de su despacho cargados de documentos, rodea la cautelosa meditación del funcionario. La verdad, la situación era crítica. Cuanto dinero se puede pedir adelantado o prestado, ya se gastó en cuentas ordinarias y extraordinarias. Ciertos ingresos han sido consumidos hasta diciembre. Se debe casi un año de montepíos. Hace una semana que la tropa de Lima no recibe socorro para alimentarse y amenaza con desertar por hambre. Los batallones del sur están impagos. No hay fondos para atender el sueldo de los empleados públicos. El Tesoro entraba en parálisis. Pronto se desplomará la moneda en su cotización frente a la libra esterlina. Acreedores extranjeros amontonan letras y pagarés vencidos. Ocho días después de haber jurado ante Dios y la Patria desempeñar lealmente el cargo de Ministro de Hacienda, el doctor del Solar escribió una escueta irrevocable carta de renuncia, la despachó con un ujier a la residencia del General La Puerta, recogió su chistera y se marchó a su casa.

Carta al General Mendiburu

Lima, 26 de julio de 1879

*Señor General Ministro de Estado en el
Despacho de Guerra y Presidente del
Consejo de Ministros:*

He recibido el oficio de U.S. en que se digna comunicarme que S.E. el primer Vicepresidente de la Repú-

blica ha tenido a bien nombrarme Ministro de Estado en el Despacho de Hacienda y Comercio.

Acepto este nombramiento, tanto porque en las circunstancias actuales no es lícito a un ciudadano excusar su concurso al servicio de la patria, como porque mis ideas en materia de Hacienda se hallan en perfecto acuerdo con las de S. E.

Agradeciendo a US. los términos del oficio que dejo contestado, me es grato suscribirme S. S.

Dios guarde a US.

José María Quimper

Bombardeo de Iquique

El pueblo de Iquique supo que el "Huáscar" se batía con la división chilena porque se oyó el distante cañoneo hasta el amanecer. Cuando los buques enemigos regresaron completos a restablecer el bloqueo, muchos creyeron que el único blindado del Perú se había perdido. Antes del mediodía los pesimistas emprendían fatigado éxodo a Huantajaya y aún más lejos. Otros prefirieron usar largavistas y comprobar que a bordo de las corbetas enemigas no se celebraba ninguna fiesta. El escurridizo "Huáscar" ha vuelto a escapar. A la mañana siguiente llegó un telegrama anunciando que el monitor había fondeado intacto en Arica.

La división chilena no ocupaba los lugares de costumbre para bloquear el puerto. Se atribuyó al miedo o a que los enemigos están enterados de los torpedos sistema Lay enviados desde el Callao a las fuerzas del sur. Aunque no tan eficientes como los Whitehead, uno de esos torpedos podría enviar al "Cochrane" al fondo de la bahía. Pronto se supo que pese a los cañonazos del "Huáscar", el transporte "Matías Cousiño" seguía

a flote. No faltaron quienes criticaban al señor Grau por no haberlo hundido sin intimación de por medio. ¿Acaso los chilenos respetaban poblaciones desarmadas como Pabellón de Pica? "El Comercio" de Iquique se ocupó de la correcta actitud del comandante Grau de no cañonear un buque desarmado sin antes haber dado tiempo a sus tripulantes de abandonarlo, calificando el combate de una victoria moral para las armas peruanas. Tampoco las cosas parecían marchar bien para los invasores. Por informes filtrados a través del cuerpo consular, parece que J. Williams Rebolledo rehusa renunciar a la jefatura de la escuadra. Las fuerzas expedicionarias estacionadas en Calama recibían orden de concentrarse en Antofagasta, con lo que se aliviaba el temor de un inminente ataque chileno por tierra. Escalofriantes relatos sobre supuestas atrocidades cometidas por los invasores en esa población estimularon a los más ricos a partir definitivamente de Iquique.

Desde las ventanas del Estado Mayor General establecido en el mismo edificio de la Prefectura, el teniente coronel José Luis Torres vio llegar a las cuatro de la tarde al acorazado "Blanco Encalada". El General Buendía andaba de inspección por los campamentos militares del interior, así que Torres envió un mensaje al Prefecto de Tarapacá. Ayer sólo la cañonera "Abtao" bloqueaba Iquique y hoy se presenta en la bahía la escuadra enemiga en pleno. Acaso se lanzaran a desembarcar de inmediato. Mientras llega el Prefecto, Torres despachó al teniente Osma a poner telegramas dando la alerta a todas las divisiones del Ejército del Sur.

El subteniente Delhorme visitaba a don Carlos Richardson en el morro, discutiendo cuál será el mejor emplazamiento para un vavasseur y si es posible rescatar la artillería de la "Independencia" cuando desde lo alto prestó atención a la formación de buques chilenos. No estaban ahí puestos de cualquier modo, anclados nada más que para impedir todo movimiento marítimo. El joven oficial de artillería veía un meditado orden de batalla. Explicó a Richardson que los van a bombardear y Richardson ordenó a sus vigías que tocaran zafarrancho.

En la botica del italiano Adolfo Gariazzo sesionaban los in-

tegrantes de la ambulancia civil organizada bajo la enseña de la Cruz Roja y al amparo de la Convención de Ginebra. A Gariazzo lo preocupaba que pronto el Hospital de Mercedes pasara a servir exclusivamente como nosocomio militar. Si bien los médicos prometían atender los casos urgentes que afectaran a la población civil, se necesita urgentemente establecer un segundo aunque modesto hospital general.

El señor Prefecto recorrió al trote la avenida de palmeras y saludó galantemente a las hermosas señoritas Zavala. El subteniente Meléndez las escoltaba de regreso a casa. Caminaban bajo quitasoles por la vereda opuesta a los tenduchos de chinos y uno que otro bebedero.

Juanito Vílchez vuelve a casa armado de vacías cápsulas de chassepot. El y sus hermanos coleccionaban cerca de doscientos gastados cartuchos. No lejos de la cocina donde María Vílchez reprendió a sus tres hijos, la anciana Petronila Núñez arrojó una bacinica llena de orines a su corral.

El General López de Lavalle miró el reloj: las siete de la noche.

Isabelita Zavala se sentó en una mecedora en la terraza de su casa. Los niños Vílchez se acostaban. En su oficina del Estado Mayor el teniente Osma se sirvió café. López de Lavalle salió de la Prefectura hacia la oficina del telégrafo.

Antes de que Gariazzo escuchara la primera detonación que sacudió la batería del "Blanco Encalada", un proyectil de 250 libras penetró en el edificio de la Prefectura pasando a veinte centímetros de Torres y estallando dos habitaciones adentro, en el corazón del Estado Mayor General. El teniente coronel se sintió arrojado por un golpazo de calor, llevado de un lado a otro de la habitación como si todo el edificio estuviera rodando. La insoportable acritud del humo que repletó sus pulmones, el ruido que colmó su cabeza, la sangre que cubrió su mirada, aquella lluvia de escombros sobre su cuerpo no impidieron que se levantara. Trastabilleó sobre trozos de techo y astillas. A loce pasos parecía agonizar el teniente Osma. Más allá, otro oficial contenía con las manos un chorro de sangre que le brotaba del pecho.

Gariazzo vistió su guardapolvos de la Cruz Roja y quiso salir. Una bomba abrió un cráter frente a su botica y los italianos voluntarios del servicio de ambulancia cayeron en medio de un estruendo de botellas y anaqueles triturados.

Nadie fue en auxilio de los oficiales del Estado Mayor. Reventaban la ribera a cañonazos. *Mister Merriman*, decano del cuerpo consular y cónsul de Estados Unidos, corrió hacia el muelle profiriendo gritos que nadie descifró. *J. Williams Rebolledo* le había prometido nunca bombardear Iquique sin antes dar un plazo a sus habitantes para ponerse a salvo. Ahora la furiosa garganta de *Merriman* quería hacerse oír a través de la bahía. Media fachada del consulado se derrumbó cañoneada.

En toda la ciudad tiemblan paredes, se desprenden estucados, se bambolean lámparas. Corren los pasajeros de la *Pensión Bourgeoise* pero al llegar a la puerta, una bomba de 40 los aventó hacia atrás. Quiso limpiar su rostro, gimió espantado el comerciante ecuatoriano *Manuel Flores*: sólo tenía un brazo.

Una explosión mató a los tres hijos de *María Vílchez*.

—¡Están locos! —gritaba el joven médico *Miguel Iturrizaga* recorriendo las salas del hospital sacudidas por el cañoneo. Pálidos barchilones forcejean con pacientes que quieren huir. Entonces llegó el médico *Ego Aguirre* con una camilla que cargaban *Gariazzo* y los magullados italianos de la ambulancia. ¡Pronto! ¡es don *Manuel Quinteros*! *Iturrizaga* destapó el cuerpo. Le habían arrancado las piernas.

El cañonazo de una corbeta desarmó por completo la condensadora de agua. Otro proyectil que pasó de largo sobre la ciudad, fue a reventar en el sector de apestados del cementerio, esparciendo un granizo de viejos huesos sobre el barrio más pobre de Iquique.

Las señoritas Zavala enloquecían contemplando su casa devastada. A *Mendizábal* se le desbocó el caballo. La cabeza de *Petronila Núñez* fue a caer en la avenida de palmeras.

—¡Murió! —el médico *Iturrizaga* arrojó violentamente el bisturí dentro de una palangana. Un momento contempló el cuerpo destrozado del señor *Quinteros*. Encima suyo bailaba el lamparín a kerosene. Contra las puertas del hospital se

quejaba una multitud—. ¡Sáquenlo de aquí!

El cirujano Ego Aguirre regresa con su mandil cubierto de sangre. Sesenta heridos leves y contusos esperan atención. Como si aún fuese posible ayudarla, un soldado entregó la cabeza de la vieja Núñez al interno. Del tamaño de un melón. La bomba había chamuscado su pelo grisblanco. Ego Aguirre la dejó sobre aquella mesa de oficina donde el magullado subteniente Mendiábal habría de encontrarla al amanecer y fue a curar contusos.

Cuarenticinco cañonazos después del primer proyectil que deshizo el Estado Mayor General, la escuadra chilena se retiró mar afuera.

Pánico en Chile

A las cuatro horas del bombardeo de Iquique, a bordo de la corbeta "Unión" el capitán de navío Aurelio García y García ordenó máquina avante. Llegado esa tarde del Callao, apenas tuvo tiempo de llenar sus carboneras. El General Mariano Ignacio Prado celebraba en Tacna el aniversario nacional de la aliada república de Bolivia cuando llegaron los primeros telegramas del Sur. El Supremo Director abordó de inmediato el tren a Arica. Ya verán, miserables. Incapaz de controlar operaciones cada vez más audaces de la pequeña escuadra nacional, J. Williams Rebolledo vengaba la incursión del "Huáscar" castigando a poblaciones que no lo pueden ofender. Por los espías de Montero, sabe el General Prado que viajan tropas de Valparaíso a Antofagasta. Primera y segunda divisiones peruanas se habían fundido en una sola, bajo el mando de Miguel Grau. El "Huáscar" se encontraba en Arica, pero no debía zarpar hasta mañana, cuando se hubiese confirmado el itinerario de los transportes enemigos. A medianoche conferenció con el comandante Grau. Antes de la una, el monitor y la corbeta arrancaron al sur a toda fuerza de máquina.

En el puente de la "Unión", García y García fumaba un habano al acecho de la oscuridad. Después de su fracasada caza de la "Magallanes", había permanecido inactivo dos meses mientras ponían su buque a punto. Con los fondos limpios y reparadas las calderas, la "Unión" alcanza hasta doce nudos a todo vapor. Han instalado un pequeño pero certero cañón Whitworth de 9 libras en el castillo de proa al que llaman "el malcriado". Conservaba a sus órdenes al veterano comandante Nicolás del Portal. Navegan sin luces. En algún cercano lugar de la noche, el "Huáscar" acompaña a la corbeta. Mañana se encontrarán frente a Mejillones, aunque lejos de la costa para no arruinar la sorpresa. ¡Si al menos tuviesen torpedos Lay! Será mejor estar descansados. El comandante bajó a su cámara, bebió un coñac y sin desvestirse se tumbó a dormir.

Amanecía el 18 de julio. Puntualmente la corbeta avistó al "Huáscar" al norte de Mejillones donde ha interceptado al velero inglés "Lady de Vére" que viaja con destino al Callao.

El señor Grau recogió noticias de Antofagasta. Aunque con cuatro días de atraso, los ingleses confirmaban que se espera allí a tres vapores con tropas. Muy bien, avante. Y lejos de la costa para no ser descubiertos por vigías chilenos. Pero a la una de la tarde en la "Unión" avistaron humo en el horizonte. El monitor se había demorado registrando otro mercante. García y García ordenó dar toda la fuerza a su máquina. Apenas a 55 millas de Antofagasta, la "Unión" embistió el océano en busca del todavía incógnito vapor que a su vez forzaba su andar en dirección de Mejillones. Pronto los vigías confirmaron que se trata de un pequeño buque de guerra. Aunque no imaginaba que pudiera navegar tan rápido, el comandante calculó que se trata de la "Abtao", evaporada de Iquique desde la última visita del monitor. A hundirla. Y luego, a Antofagasta. Ya el "Huáscar" arrancaba siguiendo las aguas de la "Unión". Las cornetas de la infantería de marina tocaron ataque. Convergían hacia el puerto de Mejillones. Llegará la "Unión" antes que el buque de Grau. La trepidación de la máquina y de los tambores se confundía con el golpe de la sangre apurándose por el pecho de García y García. Ocho veces en su vida las balas se han

acercado a un palmo de su cuerpo. Tres veces pequeños proyectiles han agujereado sus ropas sin lastimar su piel. Estudió ahora la silueta de aquella cañonera que irrumpía humosamente y sin bandera en la rada de Mejillones. Dudó que fuese la "Abtao". ¿Será posible que Chile haya recibido un nuevo buque sin que se haya enterado el espionaje peruano? No esperó al monitor. Ordenó izar su pabellón de combate. La "Unión" descargó un cañonazo en blanco y entró en son de guerra.

Uniformados y paisanos corrían a los cerros. Antes de ocuparse del jadeante incógnito buque allí refugiado, García y García descubrió abandonados cañones en los fortines construidos por el ejército expedicionario. De haberse preparado para desembarcar, el asalto de esta plaza sería un paseo. Pero vaya uno a saber por dónde navegan los acorazados enemigos. No hay tiempo que perder. Seguramente el telégrafo que ya conecta Mejillones con Antofagasta ha delatado la visita de los buques peruanos. Se acabó la sorpresa. Desconcertado porque la perseguida cañonera no se identifica, García y García ofreció su batería de estribor dispuesto a romper fuego. Lentamente subieron los colores de Francia por el palo mesana.

—¡Los muy bellacos! —enfureció el jefe peruano—. ¡Ni que estuvieran asociados con Chile!

Entraba el monitor.

La "Unión" despachó una falúa con el teniente 2º Felipe La Torre. Del "Huáscar" se desprendía un bote con el comandante Carvajal. Se trataba de la cañonera francesa "Hugon" que había viajado más de 400 millas desde el puerto chileno de Coquimbo.

A tiro de pistola de los fuertes chilenos, García y García pasó en chinchorro al blindado a conferenciar con el jefe de la división.

—Bien, de nuevo sucedió —el jefe de la corbeta paseó disgustado la cámara de la capitana—. Todo Antofagasta estará esperándonos.

Grau bebía café. Según informes proporcionados por Montero en Arica, el poderoso Ministro Santa María, ahora investido de elevados poderes para modificar el curso de la guerra,

debía viajar de Valparaíso a Antofagasta.

—Esperaremos la noche —dijo.

—¿Y después?

—Al sur. A Huasco, tal vez a Coquimbo. Allí nadie nos espera.

Su camarada sonrió. Doscientas millas al sur de Huasco está Valparaíso. Grau se proponía atacar setecientas millas detrás de las líneas de J. Williams Rebolledo.

Pero los jefes peruanos ignoran que el telégrafo entre Mejillones y Antofagasta está interrumpido. A toda máquina habrían podido llegar en cinco horas al campamento chileno, sorprendiendo en el puerto a los transportes "Itata" y "Lamar", todavía cargados de tropas y pertrechos. Sólo a las diez de la noche llegó a revienta cincha un mensajero de Mejillones avisando que el "Huáscar" y la "Unión" se encuentran a sólo 55 millas de distancia. En efecto, Domingo Santa María había desembarcado en Antofagasta, investido de tales poderes políticos que sus actos y decisiones tienen autoridad sólo comparable a la del Presidente Pinto. Mientras los buques peruanos se hacen a la mar rumbo al Oeste y más tarde al sur, Santa María acepta la renuncia del jefe del ejército expedicionario, General Justo Arteaga. En el gran campamento reinaba el desconcierto. Chile había acumulado el más formidable y moderno arsenal de armas europeas de Sudamérica y sus batallones de invasión no avanzan un centímetro fuera de la ciudad. A la renuncia e inmediato viaje de Arteaga a Valparaíso, seguirán seguramente importantes cambios en el comando de los batallones. En casa peligraba la popularidad de Pinto y su gobierno. El salitre boliviano, que ahora exportan como propio, no basta para solucionar inmediatos problemas económicos. Era un día de crisis y malestar en Antofagasta y para colmo de males irrumpía un jinete vociferando que ahí llegan el "Huáscar" y otro buque peruano. Santa María ordenó apagar todas las luces. Por aquella oscuridad total chocaban entre sí batallones enviados a la pampa y un vecindario que subía a los cerros o se encogía en las quebradas. Parten con frazadas y cuanto de valioso pueden

cargar en sus espaldas. A medianoche, Antofagasta estaba desierta.

Veinte millas mar afuera, frente a la ciudad empavorecida, el "Huáscar" capturó un mercante chileno, "Adelaida Rojas", que transportaba 1,700 toneladas de carbón. Lo despachó al Callao con tripulantes peruanos. Al amanecer siguiente, 170 millas al sur de Antofagasta, la "Unión" capturó el bergantín enemigo "Saucy Jack" cargado de cobre. Siguió la misma suerte que el "Adelaida Rojas". Ahora los buques peruanos se separaban. La corbeta entró al fortificado puerto de Caldera mientras el "Huáscar" continuaba al sur, merodeando ensenadas inmediatas a Valparaíso.

Una bien orientada andanada de esos cañones ingleses de 150 instalados en los fortines chilenos podía despedazar el casco de madera de la "Unión". Ya no litoral boliviano invadido sino reconocida costa chilena, en Caldera sólo se veían dominicales banderas izadas por los cónsules extranjeros. Como todos los comandantes de buques peruanos, García y García observaba rigurosamente el ceremonial de la Ordenanza. Ha de contestarse el cañonazo de desafío para principiar un combate. Ni siquiera veía enemigos. A 400 metros de los fuertes, desde la "Unión" descubren uno que otro vecino mirándolos de perfil por la puerta de casa. La visita a Caldera sirvió para transbordar prisioneros chilenos al vapor inglés "Santa Rosa".

Hasta el miércoles 23 de julio, el "Huáscar" y la "Unión" destruyeron lanchas en puertos enemigos, capturaron otro mercante matriculado en Valparaíso, el "Adriana Lucía", cargado de cobre, que se envió al Callao, e invitaron al combate a numerosos fuertes de tierra sin nunca obtener respuesta.

Esa mañana los buques debían encontrarse a veinticuatro millas de Antofagasta, frente al Morro de Jara. Pese a haberse atrevido hasta los umbrales de Valparaíso, no habían interceptado convoyes de tropas y pertrechos. Pero en su gran campamento, Santa María empezaba a desesperar. Despachó un vapor en demanda de sus blindados mientras tanto entretenidos en cañonear pueblos de Tarapacá o navegando en rebaño a espaldas del "Huáscar" y de la "Unión" que se burlaban de la superioridad

material enemiga. Si al comienzo de su campaña los peruanos habían actuado formando una división, ahora golpeaban por separado. Contradictorias noticias anuncian la aparición del monitor en muchos sitios a la vez. A menos que su propia escuadra los eche de esas costas, los chilenos tendrán que interrumpir sus líneas de abastecimiento y puede preverse dificultades con 12,000 soldados acampados en Antofagasta. Hoy que Grau y su viejo amigo García y García van a reunirse luego de sesenta horas de correrías, dos vapores con tropas se aproximan al campamento de Santa María. El "Paquete de Maule" lleva un batallón de infantería y un cargamento de cápsulas comblain. Tuvo la buena fortuna de pasar de noche y sin luces frente al Morro de Jara. A bordo del rápido "Rímac", un cómodo vapor de 2,000 toneladas fletado a la Compañía Sudamericana, viaja el orgulloso Regimiento Carabineros de Yungay. Sus doscientos cincuenta jinetes tienen por jefe al teniente coronel Manuel Bulnes, primo hermano del Presidente Aníbal Pinto e hijo del General Manuel Bulnes, presidente de Chile de 1841 a 1850 y destructor de la Confederación Perú-Boliviana con auxilio de fuerzas peruanas mandadas por los Generales Gamarra y Castilla. El nombre del Regimiento recordaba la batalla de Yungay, en la que Bulnes venció al General Santa Cruz, visionario fundador de la Confederación. Este altivo Bulnes que ahora se ve acorralado en el mar casi frente a Antofagasta, se ha educado en París, pertenece al Ejército de Chile desde 1867 y acaban de elegirlo diputado. Sus hombres pertenecen a las más escogidas fuerzas de Santiago. Sus potros, armas y arreos son lo mejor del país. El "Yungay" es el orgullo chileno y ha sido solemnemente despedido en Valparaíso. Dentro de unas horas lo espera una magnífica recepción en Antofagasta.

—¡Humo a la vista! —gritó el vigía de la "Unión".

Ha de ser el "Huáscar". Treinticinco años en el mar enseñan sin embargo a García y García a no dejar nada al azar. Apuntó su largavistas.

—¡Dos mástiles! —casi gritó. Desprovisto del trinquete, el monitor sólo tenía un palo. No, caballeros, no es el "Huáscar"—. ¡Avante! ¡a toda máquina!

Eran las 6 y 15 de la mañana.

El "Rímac" cambió de rumbo a toda hélice. Aunque el buque peruano se interponía entre el vapor chileno y su cercano punto de destino, aquella maniobra pareció dirigida a eludir la caza primero y a refugiarse en Antofagasta después. Antes de zarpar de Valparaíso, el señor Lantrup, capitán del transporte, conocía ya la profunda incursión del "Huáscar" y la "Unión". Si se trata de la corbeta, no ha de ser muy rápida o la "Magallanes" no se le habría escapado en abril frente a Chipana. Y no hace mucho que Lantrup se burló de Grau superando la velocidad del monitor. García y García adivinó los movimientos enemigos. Nada más le cerraba la ruta al campamento chileno. Si escapa en dirección contraria, no tardará en tropezar con el "Huáscar". Habían acordado *rendez-vous* a las siete. Con su puntualidad acostumbrada, Grau debe aparecer en el horizonte dentro de doce minutos.

Lantrup decidió escapar hacia el oeste.

Bien, no esperarán al "Huáscar".

¡Avante!

Full speed ahead!

Vieja espigada corbeta construída para veloces acciones corsarias, resistente roble francés alguna vez visitado por los pájaros, afilada proa que recuerda la atrevida forma de los clipers, antiguos árboles laminados y combados y traídos al mar, fuerte rápido buque cuyas máquinas han sido reforzadas y cuyos hornos se inflaman con el mejor carbón salido de hediondos pozos de Gales, la "Unión" se disparó ahora con doce nudos sostenidos en pos del vapor chileno. Oblicuamente cruza el océano de modo que su rumbo acertaba distancias como si en vez de doce volara a quince millas por hora. El "Rímac" maniobró al noroeste. Como si acudiera a una exacta impostergable cita, a dos minutos para las siete de la mañana el "Huáscar" mostró sus humos en el horizonte.

Desde el puente del monitor el señor Grau estudia esos penachos negros: o persiguen cada vez más cerca a la "Unión" o la corbeta está detrás de una presa. Al zafarrancho en cubierta siguió una frenética actividad en la sala de máquinas. Sin pausa arrojan combustible a esos infiernos cuyo vapor mueve

ébolos y hélice. A diferencia de aquel primer combate contra la "Esmeralda", ahora los oficiales de mar, marineros y soldados ocupan sus puestos de combate en menos de un minuto, nadie tropieza o se estorba por angostas escalas y pasillos. Griegos e ingleses preparan en silencio los cañones de 300 bajo las órdenes del condestable Selendón y de los tenientes Santillana y Diez Canseco. Ascendido a jefe de las baterías de cubierta, de los Heros gritaba órdenes a espaldas del puente.

—¿Disparamos, comandante? —se preocupó del Portal en la "Unión".

—Vamos a tomarlo intacto —apretó los dientes García y García. A las ocho de la mañana su corbeta estaba ya a 1,000 yardas del buque chileno. Por el anteojo podía ver el pánico de los soldados enemigos.

El "Rímac" disparó dos cañonazos de 32 que cayeron cortos.

Bueno, chilenitos, ustedes se lo han buscado.

García y García no perderá tiempo poniéndose de costado para disparar sus piezas de 70. No quería malograr la presa. Aunque extrañado de que la tropa enemiga no descargara sus rifles contra la corbeta, ordenó usar el cañoncito Whitworth puesto en proa.

El "Huáscar" se acercó a 7,000 yardas.

Al primer disparo de la "Unión", su pequeño proyectil de 9 libras dio en popa del vapor. ¡Bravo! El "Rímac" no se detuvo. Otro liviano cañonazo arrasó un pedazo de cubierta, matando a un soldado y derribando a otros cinco. Lantrup insistía en escapar. El tercer disparo pegó en la arboladura.

¡El "Huáscar" a 3,000 yardas!

—Señor Ferré, quiero un cañonazo justo encima de esa cubierta.

—Comprendido, mi comandante.

Ligeras bombas de 9 libras volvieron a castigar al "Rímac" ahora acosado por sus dos bandas.

—¡Fuego! —era la voz de Diez Canseco.

Tronó el "Huáscar" y el gran proyectil de 300 libras zumbó por encima del vapor chileno, a un metro de las bordas.

—¡Se rinde! —gritó del Portal.

—¡Bandera blanca, señor! —anunció Ferré.

El "Rímac" detenía sus máquinas. El más veloz transporte enemigo se entregaba con todo el regimiento Carabineros de Yungay a bordo.

Ucañán y Rentería zapatearon de contento en la toldilla. García y García vio a los chilenos arrojando sus rifles al mar.

—¡Quietos todos! —gritó por el altavoz—. ¡Quietos o los hundo!

Había caído el "Rímac" en la puerta de Antofagasta. En vano pidió Santa María auxilio a su propia escuadra. El "Lamar" fue en busca de los acorazados y regresó trayendo al "Cochrane" a remolque porque se le había agotado el carbón. Ya repuesto de combustible partió a patrullar en dirección equivocada. En cuanto a J. Williams Rebolledo, seguía a bordo del "Blanco Encalada" sitiando Tarapacá.

El capitán de fragata Ignacio Díaz Ghana y cinco oficiales se dirigían en bote a la "Unión". En el puente, García y García aceptó la rendición del buque.

El "Huáscar" paró máquinas junto al transporte que no había enarbolado bandera alguna desde que empezó a escapar. Lo capitaneaba el alemán Pedro Lantrup. Pilotos, oficiales y maquinistas del transporte, originalmente adquiridos por la Compañía Sudamericana de Vapores, eran extranjeros.

—Tome posesión del buque, comandante. Quiero de inmediato un informe sobre su carga —Grau contemplaba la presa: un hermoso vapor.

Melitón Carvajal eligió al teniente Palacios para que lo acompañara a posesionarse del transporte. El sargento Retes y doce soldados de la infantería de marina y del Batallón Ayacucho saltaron a la falúa con el Guardián Tiburcio Ríos. Carvajal revisó su revólver, infló el pecho y embarcó. Ocho marineros remaban. En las cubiertas del "Rímac" se amontonan trescientos chilenos, algunos de ellos todavía armados de sus rifles. Capitán de fragata graduado Melitón Carvajal: su vida no vale un penique mientras llega al costado de la presa. La tropa enemiga ha bebido doble ración de aguardiente para tra-

bar un combate que nunca empezó. En lo alto de proa alguien gritó ebriamente muera el Perú. Carvajal ni pestañea, de pie en la falúa. Sus mejillas habitualmente rosadas no pierden su color. Ha soportado los más encarnizados combates navales sin nunca estar al mando como primer jefe. Ni es ambicioso, ni habla de sí mismo, ni alardea sus cicatrices. Benemérito de la Patria. Vencedor del Dos de Mayo. Artillero excepcional. Hombre práctico, buen organizador, austero en su vida familiar. Hasta donde el señor Grau conoce a su camarada y amigo, el comandante Carvajal no ha dado nunca señales de miedo o perdido la serenidad y, como el propio Grau, se caracteriza por una astucia natural que aflora en órdenes oportunas y lacónicas. El señor Carvajal rara vez despilfarra palabras. Trepó la escala del buque rendido con el teniente Palacios. Retes y sus hombres tomaron posiciones en el portalón.

—Soy el capitán Lantrup —se presentó un hombre cieniente—. El comandante Díaz Ghana, de la Marina de Guerra de Chile, ha pasado a rendirse a la "Unión", señor.

—Muy bien, capitán. Usted irá al "Huáscar". ¿Cuántos soldados hay a bordo?

—Regimiento Carabineros de Yungay, señor. Fuerte de 245 plazas. Traemos a bordo las caballerías.

—¿Quién es el jefe de ese regimiento?

—El teniente coronel Manuel Bulnes, señor.

—Que suba al puente. Señor Palacios, ocúpese de las máquinas. Lleve seis rifleros y señale al "Huáscar" que envíen dos maquinistas, al contador y refuerzos.

—Sí, mi comandante.

De la "Unión" también abordaron el "Rímac". En la driza de popa, los marinos peruanos encontraron el pabellón chileno que Lantrup y Díaz Ghana olvidaron izar. Carvajal examinó la aguja de marear, husmeó la bitácora y paseó solitario el puente observando a los carabineros apiñados en cubierta de proa.

—Teniente coronel Manuel Bulnes, señor.

Melitón Carvajal se volvió a mirar al altivo oficial chileno. El señor Bulnes era toda una personalidad en Santiago.

—Señor —la voz de Carvajal era como siempre exacta: ni prepotente pero tampoco amable con el agresor de su Patria—. Su espada, señor.

Rodeado por los oficiales de su regimiento, Bulnes enrojeció. Después desenvainó su espada y la rindió ante Carvajal.

—Será usted trasladado al “Huáscar”, señor...

Bulnes asintió gravemente.

—...inicialmente usted, sus oficiales y su tropa serán depositados en Arica, a órdenes del Supremo Director de la Guerra...

Otra vez Bulnes asintió.

—...confío que la consideración que nos merece su rango de jefe del regimiento Carabineros de Yungay será caballerosamente retribuida. Estimo conveniente que los señores oficiales a su mando expliquen a la tropa que será tratada de acuerdo a los términos de la Convención de Ginebra y a las hospitalarias costumbres de mi país, hospitalidad que no modificamos ni siquiera con el enemigo. Pero también será advertida que todo motín se castiga con el fusilamiento, señor.

—Está comprendido, señor.

Dorward y Valladares, ingenieros del “Huáscar”, se ocupaban de examinar y poner en marcha las máquinas del “Rímac”. Auxiliado por los guardianes Ríos y Noguera y cuatro aspirantes, el teniente 2º Diez Canseco encierra a los carabineros del Yungay. Desde cofas, puente y castillo vigilaba la infantería de marina con el capitán Arellano a la cabeza. Cincuentiseis prisioneros fueron depositados en la “Unión”. Ochenta pasaron al monitor. Al resto hubo que recluirlos en el propio transporte.

Alfaro apuraba el primer inventario con ayuda del mayordomo Pineda y del farmacéutico Flores.

—Van a llorar en Chile cuando se enteren —sonrió el contador: 215 caballos finos, valen una fortuna. Hay de todo en las bodegas del vapor chileno: 53 canastas de cebollas, 200,000 cartuchos comblain, 150 carpas, 33 latas de pintura, 640 bolsones de ropa para los fusileros navales enemigos, 448 pares de buenas botas, parafina, 700 toneladas de carbón, abundante cebada, tarros de metralla, fardos para las ambulancias de An-

tofagasta, todo el vestuario del Batallón Valparaíso, cápsulas para ametralladora, espadas, revólveres Adams, 61 rifles belgas, doce barricas de vino. Terminaba el rápido registro cuando un pequeño cofre de metal llamó su atención en la cabina que había ocupado el capitán de fragata Díaz Ghana. ¡Cerrado con llave! Leyó el rótulo: Al comandante en jefe del ejército del norte. ¡Ordenes secretas! ¡Los muy lerdos no las habían destruido! Con su aire de niño de veintitrés años, el contador Alfaro corrió al puente. Carvajal recibió el cofre y ambos volvieron al “Huáscar”.

—Por ahora terminó la campaña —decía el señor Grau. La mitad de los aspirantes, guardianes y marineros de su buque estaban en viaje al Callao con las numerosas presas hechas en costas chilenas. Ahora tendrán que tripular el “Rímac” con parte de las dotaciones de la “Unión” y el “Huáscar”, además de mantener vigilados a 300 prisioneros—. Nos vamos a Arica, Melitón. Te harás cargo del “Rímac” como su comandante.

Ni siquiera quedaban oficiales para manejar el monitor en combate. Carvajal necesitará dos tenientes para gobernar el “Rímac”. Del Callao han salido sin tercer jefe. Al teniente 1º Pedro Rodríguez le dieron otra comisión. El alférez Herrera está de viaje. Con Gárezon y Palacios en el vapor rendido, sólo quedan Otoya, Ferré, Melitón Rodríguez, Heros, Santillana y Diez Canseco en el “Huáscar”. Y tres aspirantes. Así que levantaban presión, ponían rumbo al oeste y luego al norte. Pasado mañana estarán en Arica.

—Mira esto —Carvajal entregó el cofre.

Grau leyó el rótulo. Comunicaciones militares. Llamaron al herrero William Michel. Medio minuto después el cofre estaba abierto. Grau encontró varios sobres lacrados. Revisó su contenido sin que se le moviera un músculo del rostro.

—¡Teniente Heros!

—¿Sí, mi comandante?

—Señor Heros: colocará usted este cofre en mi cámara. Pase lo que pase hasta que lleguemos a Arica, ha de ser entregado en manos del General Prado. Nadie a bordo debe conocer su contenido. Montará usted personalmente guardia día y no-

che y protegerá esos documentos si es preciso con su vida.

—Así será, mi comandante.

—Ahora si es posible que ganemos la guerra, Melitón.
¡Pronto, en marcha!

La gran oportunidad

Cuatro meses después de haberse declarado la guerra, el Perú continúa desprovisto de armamento moderno y no ha podido adquirir buques. A la falta de dinero se sumaba una notable falta de audacia de los agentes peruanos en el extranjero. Ni siquiera el segundo Vicepresidente Canevaro emplea a fondo sus amplísimos poderes. ¡Si al menos viviera Manuel Pardo! Por ahora los peruanos sólo disponen de la leal amistad de Costa Rica y de la muy secreta pero poderosa ayuda de Grace en Nueva York.

En 1856, cuando el aventurero William Walker y un ejército de mercenarios se quiso adueñar de Centroamérica para establecer su propia república, el Mariscal Ramón Castilla movilizó todos los recursos del Perú en auxilio de la joven Costa Rica. Para ayudar disponía de la más poderosa escuadra del Pacífico Sur, de tropas aguerridas si era necesario y de abundantes recursos económicos. Walker fue derrotado. Los patriotas costarricenses no olvidaron la desinteresada ayuda de los peruanos. Ahora necesita el Perú renovar su anticuado armamento pero le está cortada la ruta del Estrecho de Magallanes y las leyes de neutralidad le impedían adquirir libremente cuanto necesita para rechazar la agresión.

El 27 de julio de 1879 Costa Rica y Perú suscribieron un protocolo para liquidar una deuda de 100,000 pesos tan antigua como la invasión de Walker. El documento expresaba: *el gobierno de Costa Rica, que jamás olvidará aquel oportuno servicio, sobre el cual más bien ha guardado silencio el Gobierno del Pe-*

rú, hoy que esa república se halla comprometida en guerra con la de Chile, a más de la expresión de sus sentimientos fraternales, con motivo de este acontecimiento desea reintegrar al Perú la precitada suma. Nada más se firmaba el papel para salvar las apariencias. El gobierno presidido por el General Tomás Guardia había empezado a cancelar la deuda con 5,500 rifles rémington modelo español, bayonetas triangulares y 1'159,000 cartuchos. Parte de los rifles se recogieron de Punta Arena, puerto costarricense sobre el Océano Pacífico. El resto se envió a Panamá. Otros países centroamericanos ayudados por Castilla veintitrés años atrás, retribuían consiguiendo armas para el Perú. Honduras prometió reunir mil nuevos rifles rémington. Guatemala ofreció sus puertos y su territorio para recibir y redespachar pertrechos peruanos. Nicaragua se prestó a la adquisición de buques en Europa para luego transferirlos al gobierno de Lima. En fin, el General Guardia instruyó a todos los agentes diplomáticos de Costa Rica que prestaran su colaboración al Perú como si se tratara de salvar a su propio país.

Todo cuanto despacha la amiga Casa Grace desde el Este norteamericano ha de atravesar el istmo de Panamá y pese a ser zona franca al comercio universal, los agentes chilenos exigían embargos, dificultaban el tránsito por el ferrocarril y organizaban partidas corsarias para adueñarse o malograr los esperados armamentos. Para fortuna de los aliados, las autoridades panameñas se inclinaron finalmente en favor de su causa y Ecuador prestó el puerto de Manta para que los buques peruanos hicieran escala.

Mientras Perú tropezaba con dificultades diplomáticas, financieras y de transporte para aprovisionarse, el enemigo parecía disfrutar de impunidad internacional para sostener su agresión. El complaciente Imperio Alemán lo ayudaba y también Francia e importantes capitales británicos. Ya que la Compañía Inglesa de Vapores se negaba a transportar armamentos a cualquiera de los países beligerantes, el gobierno de Santiago fletó vapores en Liverpool, Amberes, Hamburgo y, en fin, usó los servicios de la Kosmos Linie, empresa alemana de vapores que unía Europa con Sudamérica. Desde la ocupación de Antofagasta, los

chilenos no cesaban de armarse. Si a principios de 1879 eran dueños de 13,000 rifles comblain y el suyo era el mejor equipado ejército de Sudamérica, esta noche, cuando el Supremo Director se haya reunido en junta con los jefes de su escuadra, el enemigo parece disponer de medios para aplastar a los aliados al primer asalto. En dos meses, Chile recibió de Europa once millones de cartuchos, agotó las existencias de comblain. La verdad, es arma excelente. Pero la *Fabrique Nationale d'armes de guerre* de Bélgica no los puede producir a la velocidad que exigen los estrategas de Santiago. Han pedido 40,000 rifles y los belgas sólo entregaron 5,180. Chile optó entonces por el fusil grass, arma reglamentaria del ejército francés, aunque pidiendo a sus fabricantes que modificaran el calibre, para uniformarlo con el comblain. Las existencias de grass tampoco satisfacían a los conquistadores sudamericanos, así que la Legación de Chile en París compró diez mil rifles beaumont, además de veintidós mil grass y veinte millones de cartuchos adicionales. En Arica, el Supremo Director bufaba: mientras el señor Canevaro fracasa en la adquisición del anciano "Gloire", porque París se considera neutral, los chilenos obtenían cuarenta mil rifles de las principales fábricas de armas del gobierno francés.

A los cuatro meses de enviar sus acorazados a bloquear Tarapacá, Chile completaba sus preparativos para la invasión. Pero hasta que se capturó el "Rímac" y cayó en poder de Grau ese paquete de órdenes y comunicaciones secretas, ni siquiera el Supremo Director de la Guerra imaginó la magnitud de la agresión. El General Prado volvió a revisar los documentos. Allí se anuncia al comandante en jefe del ejército expedicionario acampado en Antofagasta, que pronto llegará de Europa el vapor "Glenelg" trayendo novísimas ametralladoras ligeras Hotchkiss y pesadas Gatling para los batallones de asalto, gruesa artillería Krupp de campaña, seis millones de cartuchos, diez mil uniformes, granadas Polliser y cinco mil sables de caballería. El vapor "New Castle" ha de estar cerca del Estrecho con formidables Nordenfeldt navales, dieciocho grandes cañones Armstrong para fortificar puertos, dos mil fusiles Krospatchek para la infantería de marina, bayonetas, 4,000 carabinas winchester para ca-

ballería, cañones de montaña Krupp y cien mil metros de dril para uniformes. Más tarde llegará el "Genovese" atiborrado de rifles grass y catorce millones de cápsulas. Los cuatro hombres encerrados en esa habitación de Arica piensan lo mismo: viajar al Estrecho y capturar el armamento enemigo. Había bastado apresar el "Rímac" para que el Gobierno de Pinto se tambaleara. Ocultada la noticia por los periódicos chilenos, la propagaron en Valparaíso viajeros neutrales procedentes de Arica. En Santiago el populacho rodeó el edificio del Congreso al que llegaban los ministros a informar de sus recientes fracasos. Abucheados e insultados los conductores de Chile solicitaron protección a policía y granaderos. Veinticuatro oficiales y gendarmes fueron desmontados a pedradas en las calles de la capital. Doscientos manifestantes resultaron hospitalizados con cortes de sable o agujereados a tiros. El ejército salió a proteger La Moneda. Renunció el gabinete. A todo lo largo de Chile pedían la cabeza del Almirante J. Williams Rebolledo.

—Es nuestra gran oportunidad —convino el General Prado.

Montero asintió. Grau calcula que el "Huáscar" puede combatir de seis a ocho semanas antes de regresar al dique a limpiar fondos. El impetuoso García y García recuerda otros informes confidenciales: los mercantes fletados por Chile para transportar armas viajan sin escolta. Siguen rutas secretas, sin escalas entre Europa y Valparaíso. Pero todas las brújulas convergen en el Estrecho de Magallanes o en el Cabo de Hornos. Sólo hay que esperar.

—La "Unión" irá a capturar al "Glenelg" con toda la nueva artillería —dijo el General Prado—. En cuanto al "Huáscar", intentará sorprender a uno de los acorazados.

Grau ni pestañeó.

—Hay tres torpedos Lay en Iquique, no los podemos sacar de ahí por ahora —apretó los dientes Montero. Tampoco habían logrado ensayarlos desde tierra contra los bloqueadores.

—¿Es cierto que el "Cochrane" ha perdido mucha velocidad? —preguntó el Supremo Director.

—Sí, Excelencia —Montero tiene informes que ese acorazado irá pronto a repararse en Chile.

—Zarpe de inmediato, comandante García —el General estaba agotado por la falta de sueño—. ¿Qué necesita?

—Frazadas —el jefe de la corbeta paseó la habitación. Viajará mil quinientas millas al sur en pleno invierno. Es la peor época en el Estrecho, con nieve y galernas. Cambió miradas con sus compañeros de la Marina de Guerra. Después frotó sus manos, de pronto risueño. Esta noche, a la mar. A distantes aguas rumbo al Polo Sur. Dentro de unas semanas habrán reventado o serán dueños del océano.

—Es un buen plan, Excelencia —miró el reloj: las nueve de la noche. En tres horas sus carboneras estarán al tope. Zarpará a la una—. Creo que me beberé un coñac.

El ojeroso Supremo Director asintió.

—Permítame invitarlo. Yo también lo necesito.

Los primeros días de Químper

José María Químper contempló la avalancha de cifras que los funcionarios del Ministerio de Hacienda derramaban sobre su mesa de trabajo. Creía descubrir cierta sonrisa contenida. A ver qué hace usted, señor Ministro. Porque el Tesoro está exhausto y el estado peruano en bancarrota. Llegan y se van presuntuosos ministros con sus fórmulas salvadoras de la Patria. Quedaban funcionarios a arañar miserables recursos aduaneros o a preparar informes que explican la misma realidad: no hay un centavo, señor Ministro.

Durmió cuatro horas en un sofá de plumas. Ha liquidado once tazas de café y la sangre retumba por su cabeza. El señor Químper escandaliza a ceremoniosos secretarios. Despojado de levita, protegido del resplandor del gas por una visera de contador, con manguillos para defender codos y puños de su camisa, el flamante Ministro de Hacienda no se ha movido de esa

oficina desde hace veintiocho horas. El asombroso organizador que durante la Guerra del 66 y a la edad de 31 años fue todopoderoso Ministro del Interior, ahora se proponía el milagro de poner los pagos al día.

Para empezar, no hay crédito. Ni dentro ni fuera del Perú. Tampoco hay ingresos. Las exportaciones de salitre están paralizadas desde abril por el bloqueo. Raspaban guano en islas alejadas del enemigo y exportaban azúcar. Es todo. Los peruanos no pagan impuesto a la renta a la manera de Europa o Estados Unidos. El Congreso Extraordinario demostró que los políticos califican cualquier tributo más o menos de ultraje nacional. El empréstito voluntario no rindió la octava parte de lo prometido por los ciudadanos y ese dinero ya se gastó. La caja de donativos tampoco sajará de apuros al señor Ministro porque sus antecesores se han sobregirado en 223,611 soles. Los giros mensuales sobre Europa por 58,333 esterlinas a la cuenta del guano, se habían reducido primero a 33,333 por cesión de la diferencia a los tenedores de bonos de la deuda externa, y descontado después hasta noviembre inclusive, de modo que el señor Químper debe olvidar ese rubro. Respecto del salitre ya exportado antes de abril, la compañía consignataria simplemente se negó a pagar el primer semestre porque está en duda quién ha de ser dueño en definitiva de los yacimientos de Tarapacá... si Perú o Chile. A los consignatarios del guano de Cuba, Mauricio y Estados Unidos se les había pedido prestado hasta el límite del crédito. Las aduanas están paralizadas porque habiéndose suspendido el decreto que obligaba a pagar derechos en metálico, los importadores despacharon enormes cargamentos de mercadería usando despreciado papel moneda. Sobra cuanto de superfluo o suntuario puede haber en un país en guerra y se sabe que las principales casas de comercio, a excepción de la Grace, no necesitan mover fardos de los muelles por lo menos durante dos meses. Sentado en la cumbre de este desastre fiscal, el señor Ministro vuelve a examinar sus obligaciones. Hacé un trimestre que la mayoría de empleados públicos no cobra sus haberes, situación que propicia descontento a la vez que alarmante corrupción dentro del Gobierno. Sabe Químper que es

posible sobornar casi a cualquiera: altos funcionarios de su propio portafolio o jueces de paz de provincia. Prosperan el contrabando, la evasión fiscal, la trampa contable, la especulación con los pertrechos. Aún más grave es la miseria de numerosos pensionistas del estado, viudas y huérfanos a quienes no se ha pagado montepíos desde hace siete meses, inválidos de guerras pasadas que reclaman hace un año sus exiguos socorros. Los fondos para sostener el ejército del Sur durarán cuatro días. Se cumple una semana sin dar de comer a los batallones que no están en campaña. Los marineros del "Huáscar" salen a combatir casi en calzoncillos. Desde Tarapacá exigen frazadas y zapatos. Por falta de dinero no se ha podido despachar 3,000 urgentes rifles rémington llegados a la Costa Atlántica de Panamá. No hay cómo comprar quinina para tropas atacadas de paludismo en el Tamarugal. Y cientos de proveedores que fiaron pertrechos y alimentos en los primeros días de la guerra, exigen ahora el pago de facturas que sobrepasan los cinco millones de soles.

Quimper había prometido no emitir billetes inconvertibles. A las treinta horas de iniciada su gestión convocó a los directores del Banco Garantizador. Pidió un préstamo de un millón de soles, sin interés alguno, por el plazo de un año. Al mismo tiempo prorrogaba por un año al Banco Garantizador el plazo para retirar de circulación un millón de soles en billetes. Para evitar que esos fondos se evaporaran tan pronto entrasen a la caja fiscal, el Ministro de Hacienda prohibió todo pago, ordinario o extraordinario, que no hubiera aprobado personalmente. Por Lima corría el rumor de que el 28 de julio pagaría el Gobierno su deuda a pensionistas, jubilados y empleados públicos, cuando la fuerza pública se presentó en la aduana del Callao. Un sorpresivo decreto firmado por Quimper y rubricado por La Puerta restablecía el pago de los derechos de aduana en metálico. Dos horas más tarde, apurados comerciantes que pretendían sacar mercaderías a cambio de papel, habían entregado 50,000 soles de plata al Ministerio de Hacienda. El señor Quimper tampoco se movió de su despacho el 27 de julio. Suspendió la amortización periódica de la deuda interna, aunque respetando el pa-

go de intereses trimestrales, y recuperó para el Tesoro 89,300 soles correspondientes a julio. Agobiados funcionarios de Hacienda que creían inevitable el desastre nacional, ahora vigilaban la reparación de máquinas para acuñar moneda y ponían en circulación 40,000 soles en centavos y gordos de cobre. Otros 36,000 soles en monedas de níquel se desembarcaron de un vapor inglés y lanzaron al mercado. En fin, Quimper negoció una letra de 10,000 esterlinas. Cuando al amanecer del 28 de julio el señor Ministro fue a su casa por primera vez desde que asumió el cargo, había reunido 1'731,800 soles y pagado todos los haberes atrasados, provisto de fondos al Ejército del Sur, cancelado el socorro a los batallones de Lima, asegurado el envío de los rifles rémington detenidos en Panamá y mejorado la cotización del sol en dos peniques frente a la esterlina en Londres.

Apenas durmió cinco horas. Sostenido a punta de café fuerte y por una extraordinaria vitalidad, el solterón doctor Quimper debía ahora organizar un plan hacendario que a corto plazo permitiera levantar el ejército de 50,000 soldados que desde Arica exigía el Supremo Director, aparte de recuperar el control del océano.

El Ejército del Sur cuesta un millón mensual. Pero esa suma extraordinaria y puntual es una verdadera insignificancia comparada a la fortuna nacional que las peticiones del Gobierno en guerra demandan al despacho del Ministro. Cómprese un acorazado. Adquiérase 40,000 rifles. Consígase moderna artillería. La Grace Brothers, cuyo imperio había empezado en el Callao, facilitaba el camino para obtener armamento norteamericano. El Presidente Rutherford Hayes ha instruído que el gobierno de Estados Unidos deje salir pertrechos y armas al Perú, aunque no oficialmente. Ahora sólo falta dinero y el señor Quimper debe conseguirlo. A su llegada al Ministerio encontró un insolente oficio de la *Peruvian Guano Co.*, amenazando suspender el pago de las mesadas no descontadas si el Perú no accedía a injustas peticiones. Quimper dio un manotazo al escritorio. ¿Qué quieren? ¿que regalemos el guano? La *Peruvian* había adelantado pagos y acaso suponía que el nuevo Ministro implorará más préstamos. Quimper despachó fuerza pública a escoltar al re-

presentante de la *Guano Co.* a su despacho.

—¡Protesto por este trato vejatorio! —se agrió el comerciante inglés.

—No lo he llamado para que me exprese sus opiniones —la voz de Quimper acuchillaba el aire— ...he ordenado que lo traigan como se merece. Esto... —su diestra alzó el oficio y lo dejó caer a los pies del comerciante— ...esto es una injuria a mi Gobierno. Lléveselo y escríbalo en términos respetuosos...

El hombre de la *Guano Co.* recogió el documento del piso. Había enrojecido violentamente.

—...Entiendo que hace un año que su compañía no deposita en este Ministerio los conocimientos de los buques que cargan guano —siguió el Ministro— ...lo cual constituye un delito con responsabilidad penal que lo alcanza a usted y a todos los directores de su empresa. No me referiré a su negativa a mezclar guanos, a la estafa de pasar guanos ricos como si fuesen inferiores, al robo que hacen aumentando un supuesto porcentaje de piedras en el carguío, ni al hecho de haber protestado en el extranjero letras de mi Gobierno a la vez que negándose a efectuar los pagos de sus obligaciones aquí, asuntos que yo creo merecen el calificativo de traición, que como usted sabe, se castiga con fusilamiento en cualquier país en guerra. No, voy a ocuparme de un asunto que nada más puede enviarlo a usted hoy mismo a la cárcel de Lima...

—Yo creo que podemos entendernos, señor Ministro —cambió la voz del hombre de la *Guano Co.*

—...desde hoy queda ordenado que entreguen al día los conocimientos y le doy plazo de 48 horas para rendir todos los conocimientos pasados. Y quiero advertir que si no cumple esta orden, la Marina de Guerra procederá al decomiso de todo el guano en tránsito a Europa, ¿me he explicado claramente?

La Compañía Salitrera del Perú tenía domicilio en Lima. Quimper ordenó embargar sus bienes y los de sus directores a menos que pagaran los intereses de los títulos por el semestre vencido. El Ministro actuaba con mano de acero, visitaba sorpresivamente las aduanas, vigilaba todos los despachos de mercadería, revisaba personalmente el enorme movimiento diario de la caja fiscal.

Si bien un aire a prosperidad oxigenó a los negocios limeños gracias a las enérgicas acciones de Quimper, pronto se esparció el rumor de que este Ministro liberal se proponía crear un impuesto a la riqueza de cada peruano.

En efecto, Quimper planeaba un impuesto extraordinario, del dos por ciento al capital, que debía pagarse una sola vez. Tratándose de propiedades urbanas o rústicas, los dueños abonarían el importe de dos meses de arrendamiento. Los capitales prestados: dos meses de interés. Los demás capitales: mediante declaración jurada de su valor. El proyecto de Quimper exoneraba del impuesto a quienes sólo poseían lo indispensable para su sustento.

Una resolución suprema inspirada por Quimper prohibió la exportación de plata. Aquello golpeaba a empresarios, banqueros y agricultores que desde hacía tres meses se llevaban ganancias y hasta capitales en barras de metal fino a Estados Unidos y Europa. Extraoficialmente los expertos que colaboran con Quimper estiman que la fuga de metales finos entre el 10 de mayo y el 28 de julio llega a 370,000 libras esterlinas. Una vez controlada la salida de metales, Quimper se proponía aplicar un derecho del 10 por ciento a la exportación de moneda de oro y plata nacional y de 5 por ciento *ad valorem* a las barras y pastas de plata sellada. Completaba su programa un préstamo por 500,000 libras esterlinas a conseguirse en Europa o en el propio país y la petición de facultades para renegociar en el extranjero el comercio del guano y del salitre. La guerra disputaba yacimientos de nitratos, minas de cobre y plata, y zonas guaneras cuyas reservas totales desde Arica hasta Antofagasta se calculaban en 600 millones de libras. El señor Ministro confiaba reconstruir el crédito peruano en Europa con la garantía de esas mismas riquezas.

El Congreso Ordinario se instaló el 28 de julio. Ese día se supo que la mayoritaria bancada civilista se oponía a todo cuanto empieza a proyectar el señor Ministro de Hacienda y que está acordado interpellarlo semanalmente hasta que pierda los estribos y sea censurado.

Cumpleaños del comandante

Al amparo de las fortalezas de Arica, el "Huáscar" pasó la noche en paz en la bahía. A las seis despertó el comandante. Como si hubiese acechado el rumor de su respiración y de sus movimientos, el mayordomo Alcívar entró de inmediato con el perfumado café caracolillo que Grau bebía antes de afeitarse.

—Feliz cumpleaños, mi comandante.

—Gracias, Alcívar, muchas gracias por acordarte —el 27 de julio de 1879 cumplía cuarenticinco años de edad. Liquidó el café sabiéndose de buen humor. Doloritas y los niños estarán pensando en él. Por rara coincidencia, hoy la guerra parece haberse suspendido en el monitor. Los tenientes se van de asueto. También despedían a Otoya, al fin ascendido: pasaba a comandar uno de los transportes. De segundo comandante del "Huáscar" ha de llegar el chiclayano capitán de corbeta Elías Aguirre. En ropa de baño subió a cubierta mientras hacía vivos ejercicios de respiración. Por aquí el océano empuja aguas azules y heladas. Lavaban su buque. El Guardián Ríos saludó al comandante en el portalón. El corpulento capitán de navío se zambulló de cabeza y tardó medio minuto en salir bufando. Pena que no esté Montero para apostarle una carrera. Desde los días de la infancia en Paita, el Almirante no había podido vencer a Grau. Visto a ras del agua, el monitor presenta un formidable aspecto. Aquel chapuzón entrecortó primero la respiración del comandante y lo colmó después de alegría de vivir. Regresó al buque con fáciles brazadas. Izó sus ochenta kilos hasta la escala. Alcívar le alcanzó una toalla.

Desayunó tocino y huevos fritos. Acababan de instalar la Gatling en la cofa pero informa el teniente Rodríguez que necesitan 6,000 cápsulas de ametralladora. Despachó varios oficios auxiliado por el contador Alfaro. Ha llegado a bordo una caja de champaña enviada por el capitán británico *mister* Castleton, que estuviera al mundo del "Matías Cousiño" en su en-

cuentro con el monitor. Leyó la misiva que acompaña el obsequio. Después mojó su pluma en tinta y escribió en buen inglés.

Mi querido Capitán:

Tengo gusto de acusar a U. recibo de su estimable carta en que, tanto a nombre de U. como de su tripulación, me da las gracias por mi conducta para con U. en la noche del 10 de julio, fuera de la rada de Iquique.

Conociendo perfectamente que el buque que U. comandaba era un transporte chileno, mi deber era destruirlo. Por consiguiente, mi conducta para con U. y su tripulación en esa ocasión, me fue inspirada por un simple sentimiento de humanidad, la misma que emplearé siempre con todo buque al cual me quepa atacar en un caso semejante, no mereciendo por ello ninguna expresión de gratitud.

He recibido el cajón de vino que tuvo U. la bondad de enviarme con Mr. A. Stewart, primero ingeniero del "Ilo" y no dejaré de beber a su salud, como U. me lo pide.

Deseando a U. prosperidad, me suscribo su affo. y

S.S.

Miguel Grau

Al bar "El Monitor" llegaron Ferré, Santillana y Carlos de los Heros a las once de la mañana. El corresponsal de "La Opinión Nacional" Julio Octavio Reyes, que hacía la campaña naval a bordo del "Huáscar", apareció casi al mediodía con don Teobaldo Corpancho, poeta laureado en la provincia, secretario del secretario del General Prado y autor de improvisados y oportunos aplaudidos versos. El teniente Arturo de los Heros cayó por "El Monitor" a conversar con su hermano. Lo seguían varios oficiales de los húsares presidenciales. Habían ordenado almuerzo cuando se les unieron los capitanes Zuleta y Yessup, ayudantes del Supremo Director. La víspera hubo ejer-

cicios de artillería en Arica. El señor Grau eligió como blanco los restos del buque de guerra norteamericano "Wateree", naufragado allí durante el gran terremoto. A la misma hora en que Santillana dirigió su primer cañonazo de 300 contra el ruinoso casco semienterrado, *mister Blyss*, corresponsal viajero del "New York Herald" visitaba el naufragio. Por suerte Santillana erró el disparo y Blyss tuvo tiempo de refugiarse en las peñas. Lo tiroteó el "Huáscar" veintiocho veces con la batería de 300. Después cañonearon el "Wateree" desde los fortines del Morro. Tres horas tardó *mister Blyss* en emerger agitando su camisa blanca. Numerosas desventuras padecidas por Blyss, a quien centinelas bolivianos habían confundido en Tacna con un prófugo carabiniero de Yungay, provocaban la hilaridad de los oficiales peruanos. Apareció el chupe al tiempo que el teniente 2º Palacios se hacía anunciar con un redoble del tambor de combate.

—¡Hay que brindar por los ausentes! —se acaloró el capitán Yessup. También Zuleta ordenó más champaña.

—¿Y, Carlitos? —Palacios palmeó la espalda de Heros—. Se te ve triste, compañero.

—Estoy bien —sonrió el oficial.

Salud, salud. A ver, una botellita de ron para los músicos y los cantores. Ocho marineros y soldados del "Huáscar" se acomodaban en un rincón. Unanue y Quiterio Gallardo templaron guitarras. El poeta Corpancho alzaba su copa y los músicos no se atrevieron a interrumpir al redactor de los oficios del señor General. *¡Mi musa tierna y sencilla/que ama el honor y la gloria/inclinando la rodilla/aplaude el nombre que brilla/puro y sin mancha en la historia!* ¡Bravo, bravo! Corpancho vació la copa de un tirón y cobró aliento. *Grau, señores, el atleta/que dirige desde el puente/como Marte, la saeta/ que va a herir el alma inquieta/del chileno delincuente.* ¡Viva el comandante! Salud, salud. Palacios pidió un cajón de vino. Corpancho se sostenía apoyándose en la mesa con la punta de los dedos. Su mirada paseó el techo en busca de inspiración. Marineros y militares aguardaban sonrientes a que siguiera su brindis. El poeta-secretario descubrió entonces al meditabundo teniente. *¡Es Carlos Heros! Delante/de mi pensativo está...* La versificación fraca-

saba. Corpancho mojó sus labios con la lengua... *taciturno y vacilante/su corazón anhelante/ay, de quién se acordará!* Un aplauso para el poeta. Y tú, flaco, sonríe. Hasta el caballero ha descubierto que andas enamorado. De los Heros rió al fin, aceptando el vino ofrecido por Ferré y Palacios.

—¡Ah, el aire puro y sin malicia! —exclamó Grau en la cubierta de su buque.

—Salud, Miguel —el contralmirante Montero terminó su segundo coctel. Brillaba el sol sobre el azul turquí de la bahía de Arica.

—¡Dan ganas de que haya paz! —suspiró Távara.

—Hum —Grau asintió como perdiéndose por el horizonte. ¿Qué estarás haciendo en este momento, Doloritas? Claro que sí: ¡Qué ganas de paz, qué ganas de volver!

Parece domingo y estaban a sábado.

—¿Y *mister Blyss*? —se interesó Grau.

—Me obsequió un diagrama en el que ha dibujado el sitio donde cayeron las granadas —rió Montero—. No anda bien la puntería del "Huáscar".

—Los ingleses no querían estropear al periodista —se alegró Grau—. ¿Almorzamos?

Carlos de los Heros sonrió al corresponsal Reyes. Algo sufrimos, ¿verdad, mi amigo? El de "La Opinión Nacional" asintió. ¿Recuerdos de Lima? Ajá. Remoto paisaje al vuelo contenido en un aliento de anís, rubio vaivén de industriosas mazorcas en batallones bien comarcados, aquel laberinto de tapias como proponiendo una ruinoso fortaleza mientras el lento tren al fin desamarrado de su muelle, mientras el señor teniente y otros hombres también jóvenes e igualmente ansiosos de quedarse y de partir, mientras el convoy y sus pistones a vapor monótonos como un corazón atraviesan el vaho a difunto de esas huertas aleañas a Lima en busca precisamente de esto: seiscientas millas de océano bajo un cielo desteñido por el invierno, el gran peñón todavía invicto con su falda de algas sobre el moco marino. Salud amigo Reyes. Peor será quedarse a solas, morir primero o ser el último de todos manoteando el espacio negro que llamábamos vida. Rosada lengua de perro, ancha oscura hoja

fresca de plátano, acequias por donde corre el primer hilo de agua de avenida mientras en lo alto de las montañas truenan invisibles diluvios de estío: ¿nada más que memoria era la vida? Y gallinazos, grillos llegando a la ciudad desde las chacras. Y sonrisas carriadas de mujeres de ocasión. Cualquiera día dé estos vamos a morir ruidosamente, salpicando congoja a seres más o menos a salvo de la guerra. Sonría usted, señor teniente.

... *Ven, China, ven
ven y verás
y verás a los chilenos
que nos quieren gobernar...*

Se encrespaba la jarana en "El Monitor". Palacios ha dispuesto que mejor cierren las puertas del bar. Un día, quince años: la misma mugre importa el tiempo una vez que se acabó. Bebamos esta tarde, amigos, a la espuma, a las sábanas, al desierto. A lo que queda de la vida. Pareció que de los Heros sonreía de sí mismo. Sus dedos tamborilearon al ritmo de la marinera cantada por los guitarristas del "Huáscar".

... *Si te dan, si te dan, si te dan
si te dan el alto quién vive
tu dirás, tú dirás, tú dirás
¡Viva el Perú, muera Chile!...*

A bordo del blindado servían el postre. Cuarenticinco años tan rápido, señor Grau. Supongo que a todos les pasa lo mismo, sonrió el comandante. Debajo de sus charreteras, Montero tiene, no tiene veinte años. La juventud se le quedaba adherida al cuerpo como una posibilidad. Parece que, si es necesario, podrá echar mano de ella. Távara dice que la vida no envejece. Vamos, Santiaguito, seamos razonables. No, Miguel, no entiendes: decía vida como substancia, como leche original, como Dios. Caracho, cómo explicarlo. Hum. Mejor déjalo así, Santiaguito. Rieron de la súbita confusión del médico. El Contralmirante Montero carraspeó. Va a pronunciar un brindis. Recuerda a Grau de

veinticuatro años, espada en mano, ayudándolo a sublevar la escuadra contra Castilla. ¡Más de veinte años han pasado! A Miguel, pues. A su monitor. Un golpazo contra el casco y un feroz aullido inhumano congelaron las palabras en su garganta.

Grau arrojó la servilleta y corrió escalera arriba a la cubierta. ¡Allá, señor! Lo alcanzó a ver, alejándose al oeste. Távara no comprendió por qué el contramaestre y los marineros se habían asustado. Hasta el comandante Grau palideció. Y Montero. Y Carvajal. ¿Qué peor presagio podía haberlos visitado? El mar anuncia. Dueñas vio llegar aquel gran lobo gris, viejo macho marino que avanzaba como un torpedo hasta estrellarse contra el monitor. Entonces sacó la enorme cabeza fuera del agua y gimió con voz que se escuchó en toda la bahía.

—No hagas caso, Miguel —murmuró Montero.

—No. Claro que no —respiró hondo. A cien yardas el lobo apenas se detuvo para otra vez aullar. Era como si los llamara. Dueñas había arrancado el rémington al centinela del portalón y apuntaba al anciano visitante. Grau impidió que disparara—. Deja que se vaya. Déjalo —volvió a suspirar—. No tiene culpa de nada.

Milagros de Quimper

(Editorial de "La Opinión Nacional")

El señor Ministro de Hacienda se ha propuesto asombrar al país con los prodigios de su inventiva. Es un alquimista de primera fuerza.

Pretende hacer oro y nada omite para hacer oro: su pluma se ha hecho varilla mágica de nigrománticos.

El señor Ministro de Hacienda se ha planteado dos problemas: acumular recursos, sin emisión fiduciaria, y mejorar el billete circulante, enalteciendo su estimación.

Los fines son correctos. Pero, ¿y los medios?
Vamos a verlo.

Los medios para el primer problema son hasta hoy: aplazamiento de la amortización de la deuda interna, repudio de la deuda fiscal hasta abril último, pago en metálico de los derechos aduaneros y préstamos particulares.

La contribución extraordinaria que importa estos expedientes carece de un requisito esencial: la igualdad.

Los tenedores de bonos consolidados y los acreedores del Estado y los consumidores de artículos extranjeros, que constituyen, aquellos un grupo diminuto, y estos tan solo una porción de los habitantes del Perú, van a sentir exclusivamente el peso de ese gravamen: son las únicas víctimas elegidas.

Eso no es justo ni corresponde a los sentimientos del país que desea, hoy más que nunca, distribuirse equitativamente las ofrendas.

No responde tampoco a un plan elevado y práctico, porque en un caso se aplazan acreencias, que abrumarán mañana a nuestro tesoro debilitado, y en otro caso, se alejan las importaciones que nos traen vida, animación, movimiento, estímulos de trabajo y rentas para las arcas públicas.

Es incomprensible que se apele al crédito y se mate estérilmente el crédito, ya desvirtuando sus compromisos con esperas arbitrarias o ya desconociendo sus derechos, con separaciones caprichosas; es incomprensible también que se suponga aumentables las entradas aduaneras, haciéndose insoportables los despachos y cerrándose bruscamente las puertas al comercio nacional.

Las medidas del señor Ministro de Hacienda pueden asegurar la holgura de una hora. Pero se anuncia la reacción a ellas con su significado de pobreza, inestabilidad, ruina y malestar.

Examinemos ahora el proyecto de mejorar el billete circulante.

En primer lugar se ha dado contra él un golpe de muerte, rechazándolo de las aduanas: el Gobierno no lo admite, no es su moneda.

En segundo lugar, el billete circulante es hoy la liquidación de nuestros déficits fiscales. Luego, mientras estos no se

conjuren definitivamente, no podremos volver al curso metálico por el alza sucesiva del papel.

¿Se hace algo para conjurar esos déficits?

Lejos de ello, se les aumenta, acumulándose obligaciones para el porvenir y disminuyéndose las rentas del futuro.

Por consiguiente, el señor Ministro de Hacienda juega esta partida egoísta: "después de mí, el diluvio".

Defunción

Antonio Cucalón, padre; Manuel Cucalón, hermano; y demás relacionados del que fue

Antonio Cucalón
(Q. E. P. D.)

suplican a sus amigos y a los que lo fueron del finado se dignen asistir a las exequias que por el eterno descanso de su alma se celebrarán en el templo de Santo Domingo el viernes 8 del presente mes a las nueve de la mañana.

Favor del que quedarán muy reconocidos.

Lima, agosto 5 de 1879

El Congreso contra Quimper

La tarde que el Ministro Quimper presentó su memoria y plan de hacienda en la Cámara de Diputados, el honorable Elías Malpartida quiso someterlo a interpelación. Desde el alfombrado patíbulo, Quimper calculó la agitación de la bancada

civilista, consideró que ni siquiera habían dicho si están o no de acuerdo con sus proyectos de ley o puesto en discusión el plan económico y dijo que lamentaba no disponer de tiempo para someterse al tormento parlamentario pues el Honorable Senado lo esperaba para conocer su memoria. Se acordó entonces que los diputados de la república en guerra estudiarían las propuestas del Ministro de Hacienda y le comunicarían fecha y hora para que concurren al debate.

—¿Nada? —preguntó el señor Ministro a sus ayudantes.

Nada. Dos, tres, cuatro, cinco días yace sepultado en el secreto de las comisiones de estudio el urgente plan de hacienda. Gastaron los diputados una tarde en acordar amplio indulto a presos y deportados políticos. Asuntos banales consumían la atención del Senado. Pareció que ignoraban adrede la impaciencia de Químper.

—Que pase el señor Ministro —a las once de la noche, el General La Puerta gruñía de dolor en su alcoba particular. Cristales como agujas hechas de ácido úrico perforaban sus articulaciones. Ataques de gota acosaban al Vicepresidente al mando. Aunque tuviera que guardar cama, el anciano militar cusqueño tenía el más fino oído de la ciudad. Por ahora nadie se atreve a conspirar abiertamente contra el General Prado o su segundo. Pero la numerosa bancada civilista de ambas cámaras se proponía sacrificar a Químper—. Buenas noches, mi querido doctor. Excúseme por atenderlo de esta manera. Adelante, tome asiento.

—¿Alguna mejoría, Su Excelencia? —la leve iluminación del gas acentuaba la fatiga en el rostro de Químper.

—Oh, usted sabe. Me ponen a dieta, me alivian y otra vez me enfermo —el General vio que Químper se parecía cada vez más a sí mismo: el cansancio abulta sus pómulos, el mentón, hundía la mirada negra, transparentaba sus orejas. Su Ministro necesita tomar un poco de sol—. Van a presentar interpelación formal, doctor. ¿Qué piensa hacer?

Químper se encogió de hombros.

—No puedo perder uno o dos días escuchando hablar a esa gente. No iré. No estoy obligado por la Constitución a menos

que sea para debatir proyectos de ley vinculados a mi portafolio.

—Mmm. Pero hay una costumbre establecida que no podemos ignorar, ¿no?

—No hay costumbre superior a la Constitución, Excelencia. Los ministros no deben estar a merced del malhumor de las cámaras. La doctrina y la letra de la ley son diáfanas: no hay un poder del Estado superior a otro.

—Muy bien, pues. Va a ser una pelea costosa para el país pero evidentemente necesaria. ¿Quiere mi más franca opinión, Químper? —el General se esforzó por acercarse al Ministro. Bajó la voz como si los civilistas pudieran escucharlo—. Son unos grandísimos bellacos. Dios no quiera que perdamos la guerra, pero si eso sucede, tendrán que darle a Chile los caudales que le han negado al Perú.

—Y mucho más, Excelencia. A ratos se comportan como mercaderes.

—Y como malos mercaderes, mi querido Químper —el anciano guiñó un ojo y alzó las cejas—. ¡Es más barato ganar la guerra, mucho más barato! ¿Quiere tomar ese sobre que está en la mesa? No, no. Es para usted. Ahí están las interpelaciones del honorable Malpartida, del honorable Melgar, del honorable Cudlipp.

El Ministro revisó un pliego de cuarenta preguntas. ¿El cobro de derechos aduaneros en plata ha de aumentar los ingresos fiscales o nada más se quiere recaudar fondos que no sean de papel? ¿Puede un país con régimen de billetes inconvertibles volver de pronto al patrón de oro? ¿No debió el Ministro reformar primero las tarifas de aduana? ¿No irá a disminuir el comercio exterior e interior? ¿No cree Su Señoría que el billete inconvertible hace las veces de moneda nacional? Y al prohibir la exportación de oro y plata, ¿no se atropella la Constitución ya que se impide a una industria vender sus productos donde mejor le convenga? ¿No pensó acaso que tan violenta medida espantará a los capitales extranjeros y provocará la emigración de los capitales nacionales? Devolvió el papel a la mesa de donde lo había recogido.

—Las conozco, Excelencia. ¿Se da usted cuenta que los diputados y senadores actúan de espaldas a la guerra?

—O como si no la pudiésemos perder.

—Sí, también. ¡Hay que oírlos preocuparse del futuro económico sin nunca recordar la guerra inmediata!

—¿Contestará la interpelación?

—Yo quiero ir a las cámaras a discutir el plan de hacienda y a saber si aprueban o no y en tal caso por qué desapruaban los proyectos de ley que hemos presentado, Excelencia. Hay que alimentar a veinticinco mil soldados y a nueve mil reclutas. Y esto, esto es pura tertulia. Si acepto que los diputados pueden desempeñarse como mis preceptores, el ministerio de hacienda funcionará en la antesala del Congreso y yo tendré que despa-
char en la sala de espera.

—Tiene usted todo mi respaldo.

—Lo sé, Excelencia.

—Si es posible arreglarnos con ellos, hágalo sin titubear. Prefiero paz en Lima.

—Paz con el Congreso, señor, no dictadura del Congreso.

—Claro, claro. ¿Le ofrezco algo de beber? Yo estoy prohibido.

—No gracias, Excelencia. Me esperan en el Ministerio.

—¿A esta hora?

—Mañana debo girar 37,000 soles a la Marina de Guerra, señor. Hay tripulantes a quienes se adeuda cinco meses.

La mañana sorprendió al Ministro de Hacienda en su despacho. Acumulaba estadísticas económicas. No se conoce cuánto vale el Perú ni su renta anual. Don Manuel Atanasio Fuentes dirigía a un grupo de voluntarios estudiosos en la indagación del valor de los negocios peruanos. A Químper no lo preocupa la exigente curiosidad del diputado Malpartida, propietario de haciendas ganaderas y varias vetas de cobre y plata, sino la amplia información financiera que demandan los bancos extranjeros para conceder préstamos en este año de recesión mundial. A medias solucionada la liquidez de la jornada, revisó el cálculo provisional hecho por la Dirección de Estadística del valor de los capitales peruanos y se tumbó en un sofá a descansar los ojos

irritados por la lectura. Durmió una hora que pareció un parpadeo. Había vuelto su secretario Prince con una taza de café y bizcochos.

—¿Va ir a casa, señor?

—Tal vez un rato, al mediodía. Gracias, Prince. ¿Puede alcanzarme un vaso de vichy?

—¿Desea bromuro?

—No, no. Por Dios, Prince, tengo que estar despierto.

—Lo han citado para hoy, señor —el secretario tragó saliva. El jueves pasado Químper no acompañó a las cámaras al Primer Ministro Mendiburu y al resto del gabinete. La verdad, tenía que conseguir fondos. Arañaban centavos las veinticuatro horas de cada jornada.

—Es lo mismo —replicó el Ministro—. No pienso ir.

A las dos de la tarde, Prince llegó a la Cámara de Diputados con un sobre lacrado. El oficio viajó de ujier en ujier hasta el diputado secretario que rompió el sello y lo leyó antes de mostrárselo al diputado presidente que a su vez lo entregó al relator. En la primera hora, a los honorables representantes los amodorraba la lectura de proposiciones y oficios. El diputado Pantigoso pedía elevar Aplao a la categoría de villa en Arequipa. El señor Flores solicitaba discutir de inmediato la rectificación de límites de la provincia de Huamalíes.

—Oficio del Ministro de Hacienda y Comercio —los pulmones del relator se esforzaron por colmar el ámbito de la Cámara—. Señores diputados de la Honorable Cámara. Por el contenido de mi memoria a la Cámara habrán tomado conocimiento del estado de la Hacienda del Perú. Sostener un ejército de treinticinco o cuarenta mil hombres y atender a los demás gastos públicos con la regularidad posible en las circunstancias, es obra que exige consagre a ella todo mi tiempo sin excluir la noche. Por esta razón tuve el sentimiento de no poder concurrir a esa Honorable Cámara en unión de mis colegas: me ocupaba de socorrer al ejército de reserva durante una semana. Ahora debo consagrar mi atención a socorrer la Marina y atender a los demás gastos de la provincia del Callao. Aparte de esto, a las dos de la tarde del día de hoy deben abrirse, en Consejo de

Ministros, las propuestas para el contrato de amonedación, como asunto importante en la actualidad que exige indispensablemente mi presencia en ese acto. Por estos poderosos motivos no me será posible concurrir hoy...

El honorable Malpartida enrojeció de cólera mientras se inclinaba a cuchichear con el honorable Moreno y Maíz. Un murmullo crecía hasta la mesa de la prensa y el presidente de la cámara agitó su campanilla imponiendo orden y silencio.

—...aprovecho esta oportunidad para suplicar a USS. HH. se dignen darme el aviso correspondiente, tan luego como se ponga en discusión cualquier medida de hacienda, propuesta o no por el gobierno, a fin de concurrir al debate. Entonces me será muy satisfactorio contestar todas las interpelaciones que los honorables representantes tengan a bien hacerme. Dios guarde a USS. José María Químper.

—Pase al conocimiento del señor Malpartida —habló el presidente.

—¡Pido la palabra!

—Tiene la palabra el señor Malpartida.

—Señoría: vistos los términos del oficio que nos ha remitido el señor Ministro de Hacienda, se comprende claramente que se niega a contestar las interpelaciones. No deseo hacerle preguntas por curiosidad pueril, Señoría, sino en cumplimiento de mi deber como representante y en defensa de los intereses del país —cobra aliento, sosiega su indignación, hunde los pulgares en el chaleco el honorable Malpartida—. No por deferencia a mi persona sino en guarda de la dignidad de esta honorable Cámara y de los respetos que se deben los altos poderes del Estado, insisto en mi petición de que se presente el señor Ministro de Hacienda a contestar mi pliego interpelatorio.

—Creo que la Cámara no tiene atribuciones para conminar de esta manera a un Ministro de Estado —opinó el diputado Sánchez.

—Mañana es domingo. Que se presente aquí el lunes —dijo el diputado Arias.

La cámara acordó citar a Químper el lunes a las dos de la tarde.

—Solicito que se oficie al señor Ministro de Hacienda a fin de que remita inmediatamente la siguiente información —el honorable Moreno y Maíz leía unos apuntes—. Razón detallada de las cantidades de guano que se haya exportado desde la celebración del contrato con la *Peruvian* hasta la fecha, incluyendo el guano que esté navegando, con expresión de la ley de ese guano. Razón de precio a que se han vendido estos guanos y, por consiguiente, las cantidades que el Estado ha obtenido por la venta. Razón de las cantidades desembolsadas por la compañía a fin de hacer el balance de la consignación. Razón de la cantidad de guano que hay en los depósitos de diversos mercados europeos hasta el 30 de julio último.

—Pido que el Ministro de Hacienda remita idéntica información en todo lo referente al salitre, Señoría —dijo el honorable Manzanares.

—Demando que se oficie al señor Ministro de Hacienda para que remita copia del decreto que ordenó destinar 25,000 libras esterlinas de la Compañía Peruana Limitada al servicio de la deuda externa, manifestando las razones que motivaron la expedición de ese decreto —la aguda voz del honorable Bao denotaba irritación extrema.

—Y que remita copia del contrato celebrado por el gobierno con el Banco Garantizador —insistió el honorable Mercado.

Trece oficios viajaron desde la Cámara de Diputados al Ministerio de Hacienda en la mañana del lunes. Los periódicos se abstendrían de tomar partido en la guerra que acababa de declararse entre el Ejecutivo y el Legislativo.

El abogado Químper no se había movido de casa en la mañana del domingo. A las diez llegó Prince a tomar dictado. Encontró al Ministro en bata, consultando tratados en su biblioteca.

—¡Adelante, Prince! —se frotó las manos—. Vamos a liquidar el problema de las interpelaciones... ¡verá usted!

—Así lo espero, señor Ministro —al secretario lo abrumaba la inacabable redacción de oficios de respuesta a los oficios del Congreso. Escuchó la lectura de un borrador. Dice Quím-

per que la relación entre los poderes del Estado se basa en el mutuo respeto a sus respectivos fueros y prerrogativas constitucionales, que por deferencia al Congreso, el Ejecutivo no puede sacrificar las suyas, que en época de guerra cualquier extralimitación de funciones es francamente deplorable. Prince se dispuso a recoger los siguientes párrafos del segundo oficio del Ministro negándose a concurrir a la interpelación.

—Ponga usted... a ver, una tolerancia que se explica por el deseo de dar al Congreso la más completa prueba de exquisita consideración, eh, ha introducido en las prácticas parlamentarias un abuso cuya misma repetición exige que cese desde luego. ¿Qué le parece, Prince?

—Bastante fuerte, señoría.

—Ese abuso consiste en que, por simple placer de cualquiera de los representantes, se llame a uno o a todos los Ministros de Estado con el pretexto de que contesten interpellaciones que en más de una ocasión no revisten otro carácter que el de averiguar hasta las intenciones y la conciencia del Gobierno o del Ministro, punto aparte.

Quimper paseó la biblioteca con las manos enlazadas en la espalda.

—¿Tomó nota de todo, Prince?

—Sí, señor.

—Bien: semejante práctica no sólo es abusiva sino que infringe una terminante disposición constitucional...

Abrió un ejemplar de la Constitución.

—...y vamos a citarla. Artículo 103: Los Ministros pueden presentar al Congreso, en todo tiempo, los proyectos de ley que juzguen convenientes; y concurrir a los debates del Congreso o de cualquiera de las Cámaras, pero deben retirarse antes de la votación. Concurrirán igualmente a la discusión siempre que el Congreso o cualquiera de las Cámaras los llame; y tanto en este caso como en el anterior, contestarán a las interpellaciones que se les hicieren. ¿Se da cuenta, Prince? Si no hay ningún proyecto en discusión, no hay motivo para que los Ministros concurren espontáneamente ni llamados. Si no hay discusión ni presencia de ministros, no hay obligación de contes-

tar interpellaciones. Las interpellaciones no pueden recaer sobre actos consumados ni sobre simples actos de intención, porque para los primeros existen las leyes sobre responsabilidad, y los segundos no pueden ser objeto de ninguna clase de discusión. ¿Qué se han creído esos tontos? Un ministro no puede ser tratado como un dependiente al que se llama a satisfacer caprichos o como un escolar a quien su dómine lo sienta en el banco del examen cuando desea.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Ministro.

—Muy bien, Prince, escriba por favor: no es, pues, potestativo de las Cámaras hacer interpellaciones sobre proyectos que no estén en actual discusión, ni obligatorio a los ministros presentarse a contestar interrogatorios que cualquiera de los representantes se antoje de hacerles.

La multitud que se reunió el lunes en la puerta del Congreso a ver llegar al humillado Ministro de Hacienda, esperó en vano. Sólo entró un nuevo oficio cuya lectura causó consternación en los escaños. El interpelante honorable Cudlipp exigió que se hiciera comparecer a Quimper de inmediato. El diputado Yarlequé pidió que se pronunciara la comisión de Constitución que sólo reunió cuatro firmas para rechazar el oficio. Elías propuso entonces que la Cámara se declarase en sesión permanente.

¡A hundir el "Cochrane"!

—Avante, dos tercios.

—¡Dos tercios!

—Despejen cubierta. Teniente Rodríguez...

—A la orden, mi comandante.

—Veinte a estribor. Mantenga el rumbo media hora. Hágase cargo.

El capitán de corbeta Elías Aguirre sacó el "Huáscar" de Arica a la medianoche. Era su primera misión como segundo jefe del blindado. Grau instruyó que navegaran al sur y mar afuera para eludir a los bloqueadores de Iquique. El espigado marino chiclayano calculó la derrota y bajó a la cámara a beber café. Távara y los tenientes Gárezon y Palacios disputaban una partida de tresillo. Mientras el mayordomo atiende al segundo comandante y el cirujano ganaba otra partida, se queja de los fondos sucios el oficial Diez Canseco. Se había reunido con McMahon a petición del primer jefe, preocupado porque su buque no rinde más de diez nudos. El buzo del monitor examinó el casco en Arica. Cargaban con una montaña de picos y toda clase de crustáceos. No hubo tiempo de limpiar los fondos cuando estuvieron en el dique hace un mes. Dice McMahon que a la quilla parece que le hubiera crecido barba, así está de cochino el blindado. Nadie prestó mucha atención al joven teniente. Palacios liquidaba a sus contendores con una descarga de oros y Aguirre se movió de improviso, como si un secreto sentido hubiera delatado que equivocan el rumbo. Así había sido siempre desde que perdió la "Chanchamayo". Tiene que observar la aguja de la bitácora de rato en rato para estar tranquilo. Gobernado por el oficial de guardia, el "Huáscar" avanza sin desviarse una yarda de su derrota, de cerca seguido por el transporte "Rímac" que le sirve de apoyo y bodega. Desde el puente contemplaron tierra iluminada por la luna. Ignoran que ayer renunció el Almirante J. Williams Rebolledo a la jefatura de la escuadra enemiga y que un aire de crisis se propaga a todos sus buques mientras el enviado presidencial Santa María ordena la reorganización de los mandos navales. De noche en Valparaíso apagaban las luces por temor al "Huáscar". No hay caleta en el largo litoral enemigo donde no crean haber avistado al monitor fantasma. Bautizado por los diarios chilenos como el *mataperros*, después de la captura del "Rímac" y de su incursión hasta Charañaral, la sola mención del pequeño blindado paralizaba a los puertos adversarios. Transformada la travesía de Valparaíso a Antofagasta en una peligrosa aventura, los transportes de tropas y pertrechos volaban a toda máquina

en busca de fuertes tan pronto aparecían humos en el horizonte. Charañaral, que por estar 400 millas al sur de Iquique des-cuidó sus obras de fortificación, ahora no sólo concluía de emplazar cañones sino que tendía los últimos kilómetros de telégrafo a Santiago. Dos noches seguidas hubo alarma en Valparaíso porque se creyó que el "Huáscar" había penetrado al fondeadero a cañonear sus arsenales. Antofagasta duerme a saltos y refuerza sus fortines. Desde Montevideo los agentes de Chile anuncian que ha llegado allí la "Unión", rectificándose después: se trata de una nueva corbeta comprada por el Perú. El alboroto de los diarios del sur no ignora los estragos que cuatro meses de constante funcionamiento han causado a su propia escuadra. De haberse incrementado el poder peruano, en agosto habría llegado el momento de desbaratar al enemigo. Los chilenos se desplazan ruinosamente. Dos terceras partes de las tuberías del "Cochrane" están calcinadas por el incesante andar del bloqueo y se ha reducido su marcha a seis nudos. También las máquinas del "Blanco Encalada" están agotadas. Cada cañonazo con proyectiles Palliser de 250 libras cuesta al Tesoro de Chile una pequeña fortuna: 7,500 pesos. A la "Abtao" tuvieron que llevársela de Iquique a remolque. A bordo de los buques chilenos había víveres para cinco días y se agotaba el carbón. No se atreven a parar máquinas por miedo a los torpedos peruanos. Suponen que existen eficientes máquinas capaces de desfondar sus corazas. Todo empezó una semana después que Chile reiniciara el bloqueo de Iquique, forzando a Tom Wilkins a quedarse en tierra. El ingeniero, cuyo salario es pagado por el hacendado Guillermo Alzamora, para quien trabajaba hasta que estalló la guerra, dedicó su tiempo a construir un buen torpedo con cuarenta libras de dinamita. Trabajó en secreto en los almacenes del Morro, auxiliado por Richardson a quien entusiasmaba el proyecto de agujerear desde abajo a Williams Rebolledo. Cuatro semanas de fracasos mecánicos desalentaron a Wilkins. No podía proponerse un arma más eficiente que estáticas minas submarinas. Puesto que el Almirante Williams, acaso avisado por sus espías en la ciudad, sólo envía la "Abtao" y un transporte al fondeadero de Iquique, las

posibilidades de hundir un acorazado son en verdad remotas. Al tiempo que Wilkins abandonaba el proyecto, llegó a Iquique el grupo de torpedistas del inglés William Alfred Scott, a quienes la Grace Brothers deberá pagar 10,000 soles por cada acorazado a pique y la mitad si malogran una corbeta chilena. Fabricaron cuatro torpedos de arrastre, con cien kilos de dinamita cada uno, aparte de artefactos livianos y minas que nunca funcionaron. En fin, se transportó a Tarapacá tres grandes torpedos sistema Lay, ya armados y hasta provistos de su batería eléctrica, que la Grace había despachado desde Nueva York por la vía de Panamá junto con repuestos y un regenerador completo para elaborar gas. Su carga explosiva era capaz de penetrar blindajes de hasta 12 pulgadas y podían recorrer medio kilómetro en marcha autónoma.

Ahora el "Huáscar" no parece llevar prisa. Avanzaba a seis nudos, lejos de la costa. Ferré se hizo cargo del puente al amanecer. El señor Grau subió a cubierta al mediodía cuando pasaron frente a Iquique, aunque tan distantes de tierra que nada interrumpió su tranquila navegación. Entonces comenzó el temporal.

Aquella mar violenta avanzaba del sur y "Huáscar" y "Rímac" disminuyeron su velocidad para capearla. Grandes olas barrían el castillo y aún la torre de combate. Cabeceaba el monitor, dejando caer cascadas de mar por la cubierta. Parecían clavados, sin progresar por ese océano grisazul por el que se desploman y trepan mientras cruje su armazón de acero y el recuerdo del desgraciado monitor "Captain" se aviva en la mirada de los oficiales. Cubierta con frazadas, la tripulación tiraba. Carvajal ordenó doble ración de ron para todos los hombres. Sus agujereadas vestimentas dan lástima. Con portillas cerradas, el monitor aguantó veintidós horas de braveza. Empezaban a calmarse las aguas cuando el "Rímac" se detuvo. ¡Señal de alarma! El "Huáscar" volvió. No debe estar lejos la escuadra enemiga. A causa del violento cabeceo, el transporte había roto las excéntricas de su máquina. Grau despachó un bote con sus maquinistas a reparar el "Rímac". Imposible aquí, en medio de olas de tres y cuatro metros. Sólo se pudo

efectuar una compostura provisional, para que el buque se moviera adelante y despacio. El primer jefe hizo transbordar a su blindado treinta toneladas de carbón inglés. No pondrá al "Rímac" en peligro. Nada daría más ímpetu a los chilenos que la recaptura de su transporte. Ordenó que se dirigiera al Callao, sin exponerse a encontrar al enemigo.

No había terminado de apaciguarse el océano cuando el blindado interceptó a un transatlántico alemán en ruta de Valparaíso al Perú. A bordo del "Ibis", Noguera comprendió que al comandante Carvajal sólo le interesaba conocer la posición del "Cochrane". Dicen los ocupantes del buque que el acorazado se encuentra en Coquimbo, el más cercano puerto a Valparaíso, aparentemente con sus calderas averiadas.

—¿Sabe usted a quién andamos buscando, mi teniente? —el contramaestre Dueñas estudió la expresión de Santillana. Otra vez navegaban al sur— . . . Al "Cochrane".

—¿Cómo te has enterado?

—Es que el señor Carvajal anda preguntando por él.

¡El "Cochrane"! ¡iban a sorprender a la sombra tan temida! Tendrá que ser de noche y al espolón. Un murmullo propagó la noticia a lo largo del monitor. ¡Nada menos que a cazar al "Cochrane"!

Noventicinco millas al norte de Coquimbo, el señor Grau decidió visitar silenciosamente el puerto de Caldera. Acaso los alemanes mentían. Según informes recibidos en Arica, el "Cochrane" irá a reparar averías a un puerto chileno. No se expondrán a desarmarlo en Antofagasta, varias veces visitado por los peruanos. Caldera es puerto importante y bien fortificado. Podía haberse refugiado aquí.

Las 10 y 30 de la noche.

Lentamente el "Huáscar" se acercó a la boca del puerto. Por el buque se movían a oscuras y sin ruido.

—Diez Canseco, vaya con el práctico y explore el fondeadero. Buscamos un acorazado.

—A la orden, señor.

—No hagan bulla, teniente.

—No, señor.

Está el "Huáscar" tan cerca de los fuertes que escuchaban las voces de los cetinelas. ¡Rápido, dentro de un rato saldrá la luna!

Suavemente botaron una falúa. Diez Canseco se situó en proa. Apenas chapotean los remos. El bote del monitor se evaporó en la oscuridad del puerto chileno mil trescientas millas al sur del Callao.

Después asomó la luna. Bajo el lechoso resplandor saliendo por encima de la cordillera, el oficial reconoció el fuerte "Esmeralda", al sur de Caldera, artillado con cañones Krupp de 68. Reman levemente, acercándose al muelle. El teniente recibe olores extranjeros: comida, cuerpos, tierra, todo aquí es diferente. Apenas a veinte metros de distancia identifica a la barca "Emma" y tres vapores mercantes, uno inglés, otro francés y el último alemán. Más allá distinguió a la cañonera francesa "Decrés".

—Por aquí no está el "Cochrane" —susurró. Su diestra señaló el norte.

Tampoco el "Huáscar" ha sido detectado por los vigías de la guarnición o por los cívicos del Batallón Atacama. La falúa se deslizó a través de la bahía sin un ruido. Los peruanos husmearon el fuerte "Prat" defendido por Armstrongs rayados de 150.

—Usted dirá, mi teniente —habló el Guardián Noguera con el aliento.

—Volvemos al "Huáscar".

De nuevo se pegaron al sur. Salían del puerto cuando el teniente descubrió una chalanita flotando como a la deriva. Su diestra ordenó que se acercaran. Desenvainaron cuchillos. ¡Chito! Dos pescadores chilenos dormían en el bote. Despertaron con aquellos filos pegados a sus gargantas. Se los llevan prisioneros. Arrastraron la chalana para abandonarla mar afuera.

Los chilenos no controlaban el susto. Cinco minutos atrás dormían abandonados a la corriente. Ahora los conducen por la cubierta del temido "Huáscar" y el corpulento señor Grau los contempla un rato antes de preguntar donde está el "Cochrane".

¡El "Cochrane"!

En Coquimbo, pues.

Camarón que se duerme, rió Diez Canseco. ¡Pobres rotos! Seguirán la misma suerte que el "Huáscar". Si tenemos buena fortuna, han de asistir al hundimiento de un acorazado. Después es posible que Grau los devuelva a Caldera, encomendados a cualquier vapor de la línea inglesa. Denles un trago de ron y algo de comer y enciérrenlos abajo, dijo Aguirre, que sigan durmiendo. Silenciosamente el monitor abandonaba el puerto y se dirigía al sur. Dentro de veintiún horas tendrán Coquimbo a la vista. Si el comandante Grau consigue desfondar el acorazado, se derrumbará el gobierno chileno.

Habían avanzado casi 75 millas cuando a las ocho de la mañana se levantó viento sudoeste. Deben estar a la altura de Carrizal. No cesa de crecer el mar. Olas de hasta cinco metros embestían la proa del monitor, barriendo el castillo y cubriendo la torre de combate. El viento sonaba como un órgano a través del cordaje. Empapados marineros se aferraban a los candeleros de toldilla, observando de reojo como aumenta el temporal.

—¡Cierren cubichetes! —gritó Aguirre. Dudaba de sí mismo. ¿Será posible naufragar por segunda vez? Al mediodía, olas de hasta siete metros inundaban el buque.

—¡El juicio final! —se asustó el periodista Reyes.

—¡Refúgiese abajo, don Octavio! —grita Grau.

—¡Estoy bien aquí!

—¡No vaya a perderse como Cucalón! —meneó la cabeza Dueñas. Sólo en el Estrecho sopla el Sur con esta violencia. Los espantados prisioneros piden a gritos que los suelten.

El gran océano se asombró. Ahora sopla un huracán de casi cien kilómetros por hora. Una ola deshizo la falúa de estribor. A las tres y media de la tarde se rompió toda la vajilla de oficiales. El monitor cruje, alza el espolón como si fuese al fin a resbalar y a caer de popa hasta el fondo marino, después se va de bruces, de cabeza contra esas fosas negras que separan una ola de otra. En lo peor de la tormenta las aguas perdían dirección. Moles cenicientas y revueltas llegan por el espolón y también por babor y estribor y el pequeño blindado.

desaparece bajo espuma y torrentes fétidos, como si esas olas succionaran podridos pantanos submarinos. Abajo los hombres achicaban la constante inundación. Rechinan cuadernas, retumban planchas de acero golpeadas por el mar. El formidable alido del viento cambiaba de tono al pasar por distintos agujeros. Aferrado al puente, Grau comprendió que es imposible llegar a Coquimbo contra este temporal. Mantenían la máquina a 32 revoluciones pero los arrastraba el mar. Si falla la hélice o el timón se perderá el buque. Tienen que virar aunque haya que ponerse de costado a esas olas de seis metros.

—¡Cierren bien! —grita bajo cubierta el teniente 1º Ferré. Los bandazos terminaron por volcar los muebles. En la cámara había casi medio metro de agua—. ¡Achiquen rápido!

—Señor, si cerramos todo... —se oyó a un marinero.

—¿Qué cosa?

—...No se salva nadie, señor.

—Aquí todos se salvan, marinero. Cumpla órdenes.

—Sí, señor.

Aseguran portas y escotillas.

—Que suba McMahan —ordenó Grau. Se mantenía sobre el puente de toldilla.

—¡Torre inundada, señor!

—¡Paños inundados, señor!

—¡Hagan funcionar las bombas!

Una ola de siete metros despedazó el chinchorro.

Aguirre contemplaba sombríamente esas crestas líquidas tres veces más altas que el "Huáscar". Quería decir que no es posible virar, mi comandante. ¡Estábamos en un monitor! ¡Se dará vuelta, señor!

—*Damnit!* —comentó McMahan al ver el tamaño del mar.

—Vamos a virar. Hay que correr el temporal.

—*Aye, aye!*

—Cuando anuncie media fuerza por el telégrafo, quiero que espere exactamente un minuto, ¿entiende?

—¿Un minuto? ¡muy bien! —el yanqui se aferraba del cordaje. Volvió a calcular la importancia del huracán—. Hay una posibilidad en cien de lograrlo, comandante.

—Así es, Samuel —por el chubasquero de Grau chorreaba espuma—. Confío en usted.

—¡Buena suerte!

Todos abajo. Señor Aguirre, tome usted el timón de combate. Sí, mi comandante. Señor Ferré, conmigo. Sí, mi comandante. Dueñas, váyase de aquí. Todos bajo cubierta y cierren escotillas. El contramaestre gruñó escalera abajo, nadie más que el primer jefe y su ayudante quedan sobre cubierta en toldilla, no permitas Dios que se los lleve el huracán.

Casi las seis. No es la noche lo que empuja esta oscuridad llena de ceniciento resplandor. Es la sombra misma: el peso del viento y los chubascos arrastrados con velocidad de flecha, la completa opacidad de este mar que ni siquiera es negro sino apenas profundo y desprovisto de color.

—Olas de veinte pies, mi comandante.

—Hum. A las seis en punto viramos.

Encerrados dentro del monitor, tripulantes y oficiales se sostienen unos a otros. El amontonamiento de cuerpos agriaba el aire sin calentarlo. Sus cuerpos empapados dan tiritones. Nadie se queja. Ladra, en fin, gran lobo marino. Si me hubiesen dejado matarlo, mascullaba Dueñas. Palacios sonrió a Távara: te apuesto cinco soles a que volvemos a Arica, matasanos. Y luego mostró todos los dientes con una sonrisa divertida: si pierdo, te pago en la otra. ¿Dónde están esos cantores? Muy bien muchachos, a gritar más fuerte que el viento, cántense todos un "Guerra a Chile" con música del Himno Nacional. Oiga mi teniente, usted está loco, cómo vamos a cantar si nadie está de humor, meneó la cabeza Rentería. ¡Quiero oírlos bien fuerte, o nadie toma ron una semana! *Si a la guerra peruaanos nos llaaaama/la chileeena insolente altiveez/indignaaaada la Patria se inflaaaama/ y a sus hijos recueerda el deeeber/ Pero el huracán sofocaba sus voces. ¡Las seis en punto! ¡No escucho! Como usted diga, mi teniente. ¡A las armas! ... si el ingraaato chileno/ hoy altiivo al combate se apreeesta/ y al aceento de paz nos conteeeesta/ descargando terrible el caaaañón/* Cantaban a voz de cuello. En el puente a punto de ser arrancado de cuajo por el temporal, Grau empujó la manija del telégrafo de órdenes. La

campanilla tensó a McMahan. Tan violentas sacudidas parece que derribarán sus calderas. Clavó los ojos en su reloj. Cincuenta segundos. Dentro de una cortísima eternidad pueden irse a pique. ¡Y si Chiiiile a la guerra nos llaaaama/ gueeerra a muerte tendráaa esa nación/ ¡Gueeerra a muerte! ¡Al claaaamor de la Paaaatria!

—¿Listo, señor Aguirre? —gritó el primer jefe por el tubo de órdenes.

—¡Listo!

Las seis y uno.

—¡Ahora! ¡Diez a babor! ¡Diez a babor!

Comenzó la virada. El balance y el cambio de velocidad derribaron a los hombres que cantaban enfurecidos. ¡Se acabó! —gimió el periodista Reyes. La tormenta los empujaba sobre la banda de babor y ahora el “Huáscar” daba saltos prodigiosos mientras pierde tenazmente el equilibrio. Se aflojaron remaches dejando pasar el mar a presión. Bajo cubierta se apagaron todas las lámparas. El balance disparaba muebles y utensilios magullando a marinos y soldados. Tres aspirantes y el contador sostenían al segundo jefe mientras empuña la rueda en el punto ordenado por Grau. No se escucha llegar más órdenes desde el puente. A ciegas soportan la caída ahora de costado al huracán. Resbaló de los Heros y encima suyo cayó Carvajal y sobre ambos el practicante Canales. Los cuerpos se amontonaban y retorcían y aullaban.

El capitán de navío Grau sabe que todo depende de la cautelosa fuerza de su hélice. Atado al puente, lo mismo que Ferré, contempló llegar una avalancha marina. ¡Vienticinco pies! El teniente 1º sacudió la cabeza. Esa ola acabará de volcarlos. Tan escorado a babor marcha el monitor que el mar inunda y destroza los botes de esa banda.

—¡Cinco grados más a babor! —gritó Grau por el tubo.

Aquel último movimiento de timón permitió vencer la curva antes de que llegara la gran ola. El desmoronamiento del mar auxilió a enderezar el blindado, empujándolo por popa.

Una oportunidad en cien, sonrió McMahan. ¡Demonio de Grau! ¡Lo había conseguido! En la sala de máquinas los ingleses reían abrazándose. ¡Salvados!

Las seis y cinco.

—¡Enmiende el timón, señor Aguirre! ¡La virada ha terminado! ¡Rumbo NNE!

Empujados por la tormenta volaban a quince, tal vez a dieciocho nudos. El “Huáscar” dejó de balancearse. Sólo a ratos una ola inunda la toldilla y el buque cabecea con un crujido.

—Se malogró la galleta, señor —informa Pineda. El pañol se inundó, también arruinó la mitad de la provisión de frijol.

—Hagan café y repartan ron.

—Sí, mi comandante.

Grau entregó el mando a Elías Aguirre y bajó a inspeccionar los daños bajo cubierta. Después fue a la empapada cámara de oficiales.

—¡Medina! —llamó al grumete—. Por favor, mi tónico. ¿Hay heridos, Santiaguito?

—Todos contusos —el cirujano tenía un moretón en el rostro.

—Podríamos estar ahogados —una súbita rabia comprimió sus mandíbulas—. ¡Que buena suerte tienen estos chilenos! ¡venirlos a ayudar un huracán!

Los proyectos de hacienda

(Editorial de “La Opinión Nacional”)

El señor Químper ha sintetizado su programa en estos dos propósitos: evitar la emisión de papel y procurar el restablecimiento del curso metálico.

Con tal objeto ha expedido ya algunas resoluciones y presentado al Congreso la fórmula de otras llamadas a completar su plan.

—Entre las primeras tenemos:

—Pago en plata de los derechos aduaneros;

—Repudio de toda deuda anterior al 1º de abril;

—Suspensión de la amortización de los títulos consolidados y un préstamo del Banco Garantizador.

Entre las segundas figuran hasta ahora:

—Impuesto de 2 por ciento sobre el capital en sus diversas formas y colocaciones;

—Impuesto de 10, 5 y 6 por ciento respectivamente a la moneda sellada, mineral o barra de plata y numerario extranjero que se exporte; y

—Autorización para un empréstito de 500,000 libras esterlinas.

He allí la combinación.

Según ella, todo el secreto consiste en cobrar y no pagar, o, lo que es lo mismo, en hacer que las arcas públicas recauden y no devuelvan. Es claro que así se pueden acumular fondos, pasando a los gendarmes la dirección de las finanzas.

Pero tal sistema mata toda esperanza de volver al curso metálico, porque este beneficio será obra de la confianza y del crédito, dos elementos heridos de muerte con las medidas que analizamos.

Si el comercio sabe que lo espera la guillotina, restringirá sus operaciones. Si el capital advierte que a él se exigen todos los sacrificios, apresurará su expatriación. Si el trabajo comprende que se le absorben las fuentes de sus recursos protectores, se cruzará de brazos.

La guerra no excusa ni menos justifica tales procedimientos, porque entonces seríamos nosotros mismos los que nos la hiciéramos con una obcecación desastrosa.

En casos semejantes al nuestro, todas las naciones han seguido diversa regla de conducta, dejando al porvenir algo de la tarea reparadora.

Rechazo del Plan Químper

Mira arriba abajo al Ministro Químper, compone calmadamente sus escritos, espera el senador García Calderón la venia de

la presidencia para empezar su juicio sobre el plan de hacienda.

Levantado el bloqueo de Iquique por la escuadra chilena, el Vicepresidente La Puerta aprovechó la atmósfera de victoria peruana para presionar a los diputados a que hicieran la paz con Químper. Ahora tenía que contraatacar el Perú. Ahora necesitaban más armas y soldados. Ahora exigía el viejo General armonía con el Ejecutivo. La influyente bancada civilista estuvo al fin de acuerdo: el Ministro asistiría a un debate de asuntos hacendarios y de paso contestará a la interpelación de Malpartida y Cudlipp. Con esto cesó la avalancha de oficios que quitaban tiempo al atareado señor Químper. Mientras tanto, la comisión principal de hacienda del Senador decide si otorga o no su apoyo al Ministro de Hacienda. García Calderón tiene la palabra.

—La guerra en que injustamente nos hallamos comprometidos no puede ni debe terminar pronto —afirmó el senador—. El Perú necesita no sólo la cesación inmediata de las hostilidades en su territorio, resultado que ha obtenido con su denuedo y esfuerzo... —se refería al fin del bloqueo de Iquique— ...no sólo la desocupación del territorio boliviano, que no tardará en alcanzarse, sino la reparación de los agravios que se han hecho a las repúblicas aliadas y las garantías para ambas de un porvenir sereno y exento de todo peligro de nuevos ataques. Y esto no se puede obtener sino con una guerra pertinaz y de larga duración. Para ella, el proyecto del Gobierno carece absolutamente de importancia.

Por el rostro de Químper cruzó una veloz sombra de disgusto. ¿Nada de lo hecho servía al país? Ante los ojos líquidos del honorable senador García Calderón, ¿qué significan los batallones y su único agujereado par de botas de infantería en el abrasado Tamarugal? ¿Y qué, los friolentos marineros con una sola frazada que van en la "Unión" rumbo al invierno en Magallanes? ¿De qué sirvió recaudar dinero a como diese lugar para pagar sueldos y soldada de modo que las familias de los combatientes no pasaran hambre y humillaciones? García Calderón se opone a los impuestos y la guerra no lo ha hecho cambiar de opinión. Su preámbulo pronunciado con voz de barítono basta para adivinar qué piensan los senadores del plan de hacienda. Dice el honorable García Calderón que es laudable y en extremo simpática... —¡en extremo sim-

pática!—...la iniciativa del Gobierno de restablecer la moneda metálica, pero que no cree posible volver al estado anterior a 1873 en las finanzas públicas.

¡En extremo simpática!

Quimper se revolvió en su sillón

—Obedeciendo a esa voz severa prescrita por la verdad, el Congreso ha dicho a la Nación que la inmediata reaparición del metálico era imposible —la voz de barítono se curva, crece, se expande hasta rincones cuchicheantes, flota como una burbuja pegándose a la cúpula del edificio—, que éste había emigrado del país por cambios radicales introducidos en la organización económica del país, que el papel moneda había sido impuesto por la fuerza de las circunstancias, que mientras éstas no se modificaran los billetes fiscales serían un mal necesario, que para librar de él a la Nación no había otro camino que preparar un porvenir de abundancia y entretanto dar al país garantías de pago del billete circulante, aumentando al mismo tiempo la emisión hasta donde fuese posible. Cediendo a esta convicción el Congreso dictó la ley relativa a la emisión de billetes, creó impuestos especiales para amortizarlos y autorizó al Gobierno a aumentar la emisión...

Ahora el honorable García Calderón clava su acuosa mirada en el Ministro que se propone hacer innecesaria una nueva emisión de billetes, desobedeciendo así la ley que el Gobierno mandó cumplir. ¿Y cómo se propone este Ministro al margen de la ley evitar la multiplicación del papel? El influyente senador resumió: imponiendo al comercio la obligación de pagar en plata los derechos de aduana, prohibiendo la actual libre exportación de pastas de plata y, en fin, organizando esa exportación bajo un impuesto del 10% a la moneda nacional, del 6% al oro y la moneda de plata extranjera y de 5% a los minerales de plata que salgan de la república en cualquier forma: barras o pastas.

—Para convencerse de que todas estas medidas son tan ineficaces para su objeto como las que se refieren a crear recursos inmediatos para la guerra, basta tener presente que en 1871, es decir en la época de mayor abundancia metálica de la república y en la que el cambio sobre Europa se cotizaba a 45 peniques por sol, principió la emigración del numerario y el Congreso, por

ley del 16 de enero, gravó con 3% la exportación de moneda y el Gobierno fue más lejos, dictando la resolución del 10 de marzo que prohibió absolutamente la exportación de barras de plata y de moneda sellada. Más tarde, en 1873 se quitó la prohibición de exportar y se restableció el derecho de exportación que ha continuado rigiendo desde entonces —el honorable García Calderón apuró unos sorbos de agua y contempló de nuevo a Quimper como si le repasara una lección—. ¿Y han producido estas medidas el resultado que se esperaba de ellas, esto es, el de estancar dentro de la república la moneda circulante? —el senador dio unos golpecitos en su escaño—. La respuesta la tenemos en la emisión de papel moneda hecha para reemplazar el numerario que emigró salvando o eludiendo las barreras que se crearon para detenerlo.

Quimper se frotaba el mentón, con la mirada extraviada en el recuerdo de urgentes estadísticas de guerra.

—Respecto de la plata —prosiguió García Calderón— el Gobierno ha prohibido la exportación de una mercadería que es de libre comercio y ha quebrantado la ley de 1871...

Francamente Quimper cree que habría que meter presos a quienes desfondan al país en guerra al amparo de leyes de paz para trasladar sus bienes al extranjero. El país necesitaba moneda de plata porque sus billetes no sirven para comprar armas en Nueva York ni para auxiliar a cónsules y agentes confidenciales impagos desde abril, ni para fletar vapores o asegurar el tránsito de pertrechos a través de Panamá.

—...a esto se agrega que la detención de la plata por medio de prohibiciones o impuestos perjudica al país, porque esa plata, junto con los demás artículos que producimos o explotamos, como azúcar, lana, salitre, guano y otros, sirven para pagar en el extranjero los artículos de importación de nuestro consumo. Si disminuimos nuestras exportaciones, las importaciones tendrán que nivelarse forzosamente con ellas, pero como la ley no puede jamás extinguir las necesidades humanas, mientras éstas no desaparezcan, la demanda de los artículos de consumo quedará vigente y su precio será exorbitante, con daño de los habitantes de la república...

Hace dos días, Pareja y Compañía sacó del Perú un cajón de plata sellada. La Casa Weiss, lo mismo. Mister Larke, un talego. Y Mavila, un cajón. Y R. Pérez y Cía., un cajón. La Casa Conroy, tres talegos. ¿Qué entró al país? Champaña de Frédéric Gratieu, vino de Burdeos a granel, dos mil botellas de Pommard y Volnay y Hermitage y Nuits y Chambertin, todo consignado a don Teodoro Kant. Y 60 sacos de arroz para el comerciante Capurro. Y cien frascos de azogue y dos cajones de opio para la Casa Ludowieg. Y dinamita, fulminantes y parafina consignados a C. M. Schroder y Cía. Y 40 barriles de ron para Dall'Orso y Cía. Químper creía más útil para los fines de no perder una guerra y acabar conquistados y depredados por Chile, que el Gobierno manejara toda esa plata para orientar las importaciones a la compra de armas y pertrechos militares. Un año o dos, los limeños podían beber agua o cerveza nacional o puro de Ica y vestir la misma ropa. No era mucho sacrificio a cambio de la salvación del país.

—...siguiendo el camino opuesto, es decir, dejando libre la exportación de los productos nacionales y procurando el aumento de los artículos de exportación, el cambio podrá volver a su antiguo estado y por ese sólo hecho el billete tendrá crédito, y la circulación metálica estará fundada en su verdadera base, que es el aumento de la producción, y no en medidas violentas y artificiales, como las propuestas por el Gobierno, que sólo producen el efecto de aprisionar el dinero hasta que se le abre la puerta legal o ilegal por donde recobra su libertad mercantil...

Químper casi perdió interés en la exposición que aquella grave voz operática desarrolla ante complacidos senadores.

—...si el impuesto es injusto y pesado, la recaudación lo hace de tal manera odioso que esta sola razón, a falta de otras, bastaría para condenarlo. Los grandes propietarios, únicos que por el momento pueden disponer de gruesas sumas, pagarían el impuesto sin dificultad cuando se les cobrara. Pero estos son pocos en el país y la riqueza nacional está fraccionada en un gran número de pequeños propietarios, los cuales no pueden disponer en el acto del dos por ciento de sus capitales. Esta gran mayoría resistiría al impuesto, no por falta de voluntad para

ayudar al Estado, sino por material imposibilidad de prestarle auxilio. Entonces, señores... —la voz osciló como una catástrofe sobre los honorables senadores— ...o la bayoneta del soldado abrirá las cajas de los que no paguen o las cárceles abrirán ambas puertas para los que no hayan podido pagar...

En cuanto al préstamo contratado con el Banco Garantizador, era contrario a la ley pero, en fin, habría que aceptarlo.

El senador García Calderón terminó el informe de la comisión principal de hacienda anunciando a la Cámara Alta que rechazaba en su totalidad el plan Químper.

Ataque nocturno

A las siete y cuarto de la noche del miércoles 6 de agosto el "Huáscar" volvió a entrar silenciosamente en Caldera.

—Teniente Santillana, inspeccione la bahía —ordenó el primer jefe del blindado.

Cincuenta horas duró el temporal. Nadie pudo dormir a bordo del monitor desde el martes. Las cámaras se habían inundado. Távara temió que se desencadenara una epidemia de catarros. Al amanecer concluyeron de achicar los sollados. Tal inundación malogró la mitad de los víveres. Sirvieron un desayuno de tacu-tacu, café y ron a oficiales y tripulantes. Después Grau ordenó insistir en la travesía a Coquimbo. Soplaba el huracán con violencia parecida a la víspera. Aunque corriendo el temporal desandaron 200 millas, valía la pena intentarlo otra vez. Con seguridad los enemigos ignoraban el viaje del monitor. Pero no consiguieron vencer el tamaño de ese océano, ni amainó el viento en la mañana como Grau esperaba. Hubo que efectuar otro viraje de flanco a olas de seis metros, esta vez más cerrado y poniendo proa a tierra. Cerca de Caldera disminuyó la fuerza del temporal. Ahora en el puerto, contemplaban la ciudad bien iluminada. Hasta las ocho y media permanecie-

ron frente a los fuertes que ignoran la visita del blindado. Junto a Grau, el teniente 2º Diez Canseco estudia el puerto con el antejo y va dictando objetivos.

—¡Los descubrieron! —se agrió Ferré. Vio parpadear señales en el faro. De inmediato campanearon a rebato en la ciudad.

—Todos en sus puestos de combate —Grau acariciaba su paletó en el puente todavía empapado. Santillana busca al transporte "Lamar". Se lo llevarán a remolque o lo hundirán en su fondeadero.

Casi a las nueve regresó Santillana.

—Hay un vapor en el puerto, mi comandante, pero está muy oscuro y no se puede saber si es chileno —informó el oficial.

—Vamos a entrar —anunció el primer jefe—. Avante, un tercio.

El "Huáscar" cortó despacio las aguas de Caldera, casi raspando las baterías que permanecieron mudas. Al fin reconocido el monitor, el Fuerte Esmeralda disparó un cañonazo.

—¡Viva el Perú! —respondió la infantería de marina en toldilla.

—¿Zafarrancho, mi comandante?

—Pura pólvora —dijo Grau. Nada más propagaban la alerta. Las luces de la ciudad se apagaron de pronto. Aquella oscuridad se pobló en tierra de tambores y ladridos, cornetas y campanas.

—¿Qué esperan? —murmura Rentería subido en la cofa.

—No quieren pelear —gruñó el aspirante Valle Riestra empuñando la Gatling.

—Bien, ahí está —dijo el comandante Aguirre. El monitor se acercaba a un vapor inmóvil y a oscuras. La verdad, es imposible identificarlo.

Habrá que abordar.

—Comandante Carvajal... vaya a reconocer ese buque.

Su secretario de Estado Mayor asintió con un movimiento de cabeza. Arriaban una falúa. El aspirante Tizón y el sargento Retes embarcaron. Aquella sombra cercana a un muelle donde se escucha conversar a soldados enemigos, puede ser el final de su travesía. Con los rémington listos se acercaron a popa.

—El "Valdivia" —dijo Carvajal: un vapor de la Compañía Inglesa.

A bordo encontraron al Vicecónsul británico que creía más prudente dormir bajo los colores de Su Majestad que en territorio beligerante.

—¿No lo sabe aún, comandante? —parpadeó el funcionario—. Hace varios días que levantaron el bloqueo de Iquique.

Carvajal despertó a los pasajeros. Algunos dieron informes. Sí, el "Lamar" estaba en Caldera, sólo que muy pegado a tierra y amarrado al muelle donde hay poco fondo.

Dos horas husmeó el "Huáscar" ese fondeadero en busca del enemigo. Llegó a ponerse a veinte yardas del desembarcadero, tan cerca que desde el castillo oían a los chilenos como si conversaran a bordo. Ha cesado el repique de campanas pero a intervalos se escucha redoblar tambores en los fuertes.

—Atrás —ordenó el primer jefe. Imposible dar esta vez con el vapor chileno. Acaso lo hayan varado—. Señor Ferré, que traigan a los prisioneros.

Los pescadores de Caldera subieron a cubierta sin descubrir que están en casa.

—Los voy a soltar— informó el comandante Grau.

—Muchas gracias, señor. ¿Dónde estamos?

—¿Cómo? ¿no reconoces? ¡Esto es Caldera! —bufó Rentería a media voz.

—Señor Alfaro —el jefe del "Huáscar" pasó por alto el cachondeo del marinero que vigila a los pescadores con un rifle—. Por favor, señor Alfaro, hay que cancelar a nuestros pasajeros. ¿Se tomó toda su pesca, verdad?

—En efecto, mi comandante.

—¿Cuánto cree usted que valía?

—Cinco soles me parece un cálculo generoso, señor.

—Deles siete. En plata, señor Alfaro.

Los chilenos se despidieron efusivamente cuando los abandonaron en un lanchón portuario.

—¿Se da usted cuenta, señor Carvajal, como han de sentirse estos hijos de Caldera? —sonrió por el puente el periodista Reyes—. Están dormidos, los suben a un buque enemigo, los

llevan a pasear por una tormenta de cincuenta horas, los regresan a casa, les pagan su pescado y chau. . .

—Avante, a dos tercios —ordenó Grau.

El blindado salió humeando de Caldera sin que el enemigo se moviera en sus fuertes.

A las dos y treinta de la tarde siguiente, el "Huáscar" entraba en el nuevo puerto de Taltal. Contemplan los marinos numerosos edificios en construcción. Casi todas las casas son de madera, con techos de zinc. Contaron siete lanchas en la bahía.

—Barca alemana "Annie Brener", barca alemana "Meteor", goleta guatemalteca "Adelina B" y el inglés "Coquimbo" —identifica el teniente 1º Ferré a los neutrales en la bahía.

—Señor Palacios, vaya usted a tierra y notifique que vamos a destruir las lanchas.

—Han varado botes —comentó Ferré todavía pegado al anteojo. Pudo ver otras embarcaciones hundidas entre dos aguas. Bajó rápidamente hacia el portalón—. ¡Enrique!

—¿Sí? —se volvió Palacios.

—Ten cuidado, me parece que nos están esperando.

Palacios guiñó un ojo y partió en la falúa.

Una solemne comisión de doscientos vecinos avanzó por el muelle a recibirlo.

—¿La capitanía de puerto? —indagó el oficial tan pronto desembarcó.

—No hay, excelencia —se excusó un viejo.

—¿La primera autoridad política?

—Por aquí, excelencia.

Los chilenos rodeaban al oficial llenos de aparente cortesía. Echaron a caminar bajo el sol. Pronto comprendió Palacios que lo llevaban fuera de la población.

—Un momento, un momento —al teniente 2º le provocaba echarse a reír: ¡qué tales pillastres!—. He dicho que quiero ver a la autoridad política, no que vine a dar un paseo con ustedes, caballeros.

—Verá usted, excelencia, el señor Gobernador está en el cementerio.

—¿Y por qué abandonó su oficina?

—El mismo dirige la construcción de nuestro camposanto, excelencia.

—¿Y queda lejos?

—Más allá de esa loma, excelencia.

—Bien, vamos. Y dejen de llamarme excelencia.

Seguido por una procesión de enemigos, Palacios se apuró por un camino de tierra. A medio kilómetro de Taltal no vio otra cosa que un tambo. Consegúan demorarlo.

—¿Y el señor Gobernador?

—Más allá.

Estaban frente al tenducho.

—Si dentro de cinco minutos no aparece el Gobernador, regreso al "Huáscar" y a lo mejor. . . —el oficial sacó su reloj y echó una mirada al tambo—. ¿Aquí venden cerveza? Yo invito, caballeros.

—De ninguna manera —protestaron los chilenos—. Usted es nuestro invitado.

—No, no puedo aceptar, ustedes entiendan.

—No está en el Perú, señor oficial.

—Bueno, caray, tampoco estamos en Chile.

—Pase usted, pase usted.

—Yo pago.

—De ningún modo. Pagamos nosotros.

—Faltaba más.

—¿Un cigarrillo, señor oficial?

Grau observó Taltal con el anteojo. ¿Dónde cuernos se ha metido Palacios? Oiga, Ferré, Melitón, hagan sonar la sirena otra vez. ¿Será posible que lo hayan tomado prisionero? Retumbó el pito del blindado llamando al oficial de parlamento. Nada.

—Teniente Santillana, reúna todas las lanchas para hundirlas tan pronto aparezca Palacios.

—Sí, mi comandante.

Diez minutos pasaron.

—Caballeros, debo retirarme —Palacios liquidó otra cerveza fría. Acaba de enterarse de la irrevocable renuncia del Almi-

rante J. Williams Rebolledo a la jefatura de la escuadra y de su remplazo por el viejo capitán de navío Galvarino Riveros. ¿Y quién manda el "Cochrane"? Habían trasladado al comandante Latorre de la pequeña "Magallanes" al puente del acorazado. Palacios se preocupó. De verdad perdía mucho tiempo. En ese momento se presentó el Gobernador. Ropa sucia de tierra y fúnebre semblante parecieron confirmar cierta afición por los mausoleos—. Comunico a usted que vamos a destruir todas las lanchas que hay en el puerto.

—Hagan lo que gusten —dijo la autoridad. Desde que llegó el "Huáscar" telegrafiaba pidiendo a su escuadra que se apurara—. Sólo ruego que no intenten desembarcar. Me verían obligado a rechazarlos.

—Señor oficial, llévese unas cajas de cervecita a bordo.

—No, no. Muy amables, pero no es posible. Con permiso.

La falúa de Santillana arrastraba botes apiñándolos en medio de la bahía.

—Lo traen como al Señor de los Milagros —descubrió el comandante Aguirre a través del antejo—. Un tipo francamente popular.

—¡Humo a la vista! —anuncia el vigía.

Dos gruesos penachos se apuraban hacia el sur. Palacios saltó a tiempo al bote que esperaba. Los playeros chilenos corrían tarde para atraparlo. De nuevo se oyó la sirena del monitor llamando a sus oficiales. Santillana varó las lanchas enemigas y se apuró de regreso. El blindado lo recogió casi arrancando mar afuera.

A las cuatro de la tarde reconocieron los buques: "Blanco Encalada" e "Itata" forzaban máquinas a cinco millas de distancia.

¡A escapar otra vez!

Rumbo oeste hasta vencer la punta sur del puerto. Rumbo sudoeste durante veinte minutos. Rumbo sudsudoeste hasta que anocheció.

Tan pronto se sintió protegido por la oscuridad, Grau ordenó poner proa a tierra.

—¡A toda máquina! —apretó los dientes—. ¡Guarnición

lista para abordaje!

—¿Vamos a embestir?

—Precisamente, señor Ferré —su voz adquiría una frialdad que el ayudante conocía bien. Calcula que navegando al sur, cerca de la costa, los buques chilenos han de ponérsele a la cuadra dentro de unos minutos. A toda fuerza por más de dos millas, el espolón de su blindado abrirá cualquier coraza que se le ponga delante.

—Listos cañones de 300 —anunció Diez Canseco.

—Listos cañones de 40 —habló de los Heros.

—Ametralladora preparada, señor —dijo Retes.

—Guarnición en sus puestos —se oyó al capitán Arellano.

Noche arriba, horizontal, líquida, atrás, a proa, en el puente negrura, en todas partes chapoteo de mar ahora manso, vuelto lo mismo que el cielo turbio, que la costa opacamente igual: navegan a todo vapor y en silencio, a ciegas acometiendo la línea por la que han de pasar los vapores enemigos. Colisión en cualquier momento: junto a la rueda de combate, Elías Aguirre observa su reloj, calcula cuanto falta para llegar a las rompientes. Si es que antes no choca el "Huáscar" contra un buque enemigo, a tientas debe ordenar el viraje lejos de las playas. Todo el buque convertido en proyectil, la tripulación se sujeta para soportar el encontronazo. Si no han modificado su rumbo al sur o disminuído su velocidad, los chilenos se encuentran ahora a 500 yardas del espolón, llegando por babor. El señor Grau no despegó los labios. En la muerte sin color ni estatura, Dios. En la cimitarra hundida hasta el puño en el vientre del enemigo, en la agonía burbujeante, en esa oscuridad que crece mojada y por la que han de penetrar en busca de rojas calderas y espantados fulgores de naufragio, en la batalla, Dios. A diez millas por hora, las mil setecientas toneladas del "Huáscar" pesan mucho más que bombas de 300. Pueden sajar, voltear al acorazado chileno. Acaso sea la última oportunidad. Encuentro posible a 100 yardas.

—Ahí va el "Blanco Encalada" —se calosfrió Ferré. Llegaban tarde. El acorazado se va por estribor. Pero atrás avanza el "Itata".

Los vigías chilenos ni se enteraron.

—Lo agarraremos por popa, señor.

Grau calla con sus grandes manos aferradas al puente.

El “Huáscar” cruzó exhalado las aguas de timón del vapor chileno, a cinco yardas de su casco. Fracasó la embestida. Ni “Blanco Encalada” ni “Itata” se irán al fondo esta noche.

—Rumbo noroeste —ordenó Grau con voz apagada—. Y que descansen la tripulación.

Ataudes

de los Estados Unidos

precios

desde 5 hasta 500 soles

Kinast y C^a en la casa nueva (cerca del Telégrafo) esquina calle Unión y Moquegua, frente al Convento de Jesús María.

Stock limitado.

Carta del Comandante Grau

Monitor “Huáscar”

Al ancla en Arica, agosto 12 de 1879

Sr. D. Manuel Tovar

Director del diario “La Sociedad”

Mi respetado doctor:

Si satisfactorio me es tratar de cumplir debidamente la misión que el Supremo Gobierno confiara al

darme el mando de uno de los buques, me es muchísimo más grato el ver que, animados de puro patriotismo, personas ilustradas como U. estimen mis actos, dándoles mayor importancia de la que en sí tienen, hasta el extremo de proponer a sus colegas de la prensa que se me conceda una tarjeta de oro, colectivamente firmada por ellos, manifestación a la que sinceramente no me creo todavía acreedor.

Obligado, pues, me dirijo a U. para hacerle presente mi profunda gratitud a los nobles y generosos sentimientos que por mí abriga, como a la vez suplicarle salude en mi nombre a sus estimables compañeros de la prensa y suscribirme su agradecido amigo y seguro servidor.

Miguel Grau

Hoy, gran debate

—Tiene la palabra el señor Ministro de Hacienda.

—Muchas gracias, Su Señoría. —Quimper juega con un lápiz, descubre una sorna al acecho en el salón, recuerda a los preocupados integrantes de la comisión de Hacienda reunidos en el ministerio, nada más habría que cambiar de nombre al impuesto, que sea a la renta en vez del capital y estaremos de acuerdo, hace unos minutos que el Senado escuchó el dictamen en mayoría cambiando de opinión: está bien, apoyamos al señor Ministro, póngase un impuesto del 20% a la renta de todos los peruanos a ser cobrado por una sola vez—. Deseo, honorables senadores de la república, contestar las observaciones hechas por el inteligente senador por Arequipa, y deseo ser el primero por la circunstancia muy notable de haber sido el más maltratado en esta cuestión... —sólo García Calderón no cambió su dictamen en minoría y mantiene su oposición al plan de

Hacienda: nada de impuestos por ahora, más bien imprímase billetes— ... Los tres puntos principales del discurso de mi honorable y antiguo amigo son los siguientes: primero, el impuesto obtendrá ingresos insuficientes; segundo, su tasa es exagerada y su recaudación difícil y hasta ultrajante; y tercero, mi estimado amigo ha presentado la emisión de billetes inconvertibles como el único remedio en la actualidad. Seré rápido para contestar. En cuanto al monto de los ingresos que producirá el impuesto a la renta, debo decir que el señor García Calderón está equivocado. Desgraciadamente no hay en el Perú un documento que nos de los datos necesarios para calcular con exactitud el monto de un impuesto a la renta. No existe catastro. Y nadie se extrañe de que no exista catastro porque, la verdad, no existe en ninguna parte —ignora el murmullo, abandona el lápiz sobre la carpeta, echa una mirada a sus apuntes—. En Francia se organizó un catastro por cincuenta años y el resultado es notablemente imperfecto. El de Estados Unidos ha avanzado con lentitud. Tenemos pues que atenernos a los datos estadísticos, que también son incompletos. Sin embargo, a pesar de la pobre información que poseemos sobre capitales desarrollados en nuestro propio país, el Gobierno calcula que llega a un total de mil millones de soles. Mi honorable amigo el señor García Calderón cree que no pasan de 400. He ahí la diferencia de criterios. Según el honorable senador, el impuesto producirá 4 ó 5 millones. El Gobierno estima que ha de producir 20 millones... —en su escaño García Calderón meneaba la cabeza, sonriendo del optimismo de Quimper— ... Colocándose sin embargo el Gobierno en el caso de que esta contribución no produzca lo necesario para atender a los gastos de la guerra, ha pedido dos autorizaciones complementarias. La primera se refiere a contratar un empréstito de 500,000 libras esterlinas en el interior o en el exterior. No creo realizable el préstamo en el extranjero por el estado en que se encuentra nuestro crédito. Pero con motivo de la lamentable condición del erario, mientras he manejado el Ministerio de Hacienda he tenido ocasión de tratar con grandes capitalistas del país y tengo la satisfacción de decir que en todos ellos he encontrado la mejor buena

voluntad para contribuir al sostenimiento de la guerra. Así es que, lo más probable sería realizar el empréstito dentro del Perú. La segunda autorización se refiere a modificaciones en los contratos del guano y del salitre, que no son de ejecución inmediata. En cuanto a la segunda parte, es decir, a lo excesiva de la tasa y a la dificultad de su cobro, me parece que su señoría exagera. Una contribución del 20 por ciento sobre la renta en el Perú, pagadera por una sola vez y para objeto tan sagrado como es la guerra, me parece, por decirlo en términos simples, bastante módico. ¿A cuánto asciende el impuesto a la renta en países de gran desarrollo? En Italia, por ejemplo, la contribución empezó en el 14 por ciento y en 1870 ya se había establecido en el 28 por ciento, como un impuesto permanente, permanente, no como un impuesto para satisfacer necesidades de guerra, como un sacrificio. En Inglaterra y Francia las contribuciones que pesan sobre los ciudadanos son del 22 y 23 por ciento respectivamente. El Perú, señores, ha sido un país excepcional en el mundo: ha estado acostumbrado a vivir sin impuestos. ¿Por qué? Porque tenía la renta del guano y después porque tenía el salitre. Ahora no tenemos ni lo uno ni lo otro y además estamos en guerra. Llegó, pues, el momento de imitar al resto de naciones del mundo y de pagar impuestos. Yo entiendo que la tasa del 20 por ciento sobre la renta en el Perú no es exagerada, y que no habrá necesidad de gendarmes para cobrar el impuesto, como cree el honorable García Calderón. En cuanto a la última parte de su discurso, que presenta la emisión inconvertible como único remedio que salve las circunstancias, siento mucho que un hombre de la inteligencia de mi estimado amigo no haya encontrado otra solución, conociendo como conoce las disposiciones de la ciencia, el sistema de contribuciones en las demás naciones y la manera como todas ellas viven. Es recurso ciertamente pobre acudir al papel moneda, recurso que se le ocurre a cualquier comerciante minorista. ¿No hay plata, no hay pastas, no hay moneda metálica? Pues emítase papel, envíese fichas a la circulación. No hay necesidad de gran inteligencia para proponer esta medida. Mejor es, sin duda, la solución ofrecida por el dictamen en mayoría: una contribución

del 20 por ciento sobre la renta, que ha sido fácilmente aceptada en el resto del mundo. Ahora bien, ¿por qué en el Perú no se ha de hacer lo mismo?

—Tiene la palabra el honorable señor García Calderón.

—Señores representantes: al dirigir esta tarde la palabra a la Cámara, me parece haber demostrado, de manera inequívoca, que la contribución del 20 por ciento sobre la renta de todos los capitales y propiedades existentes en el país, no dará en ningún caso la cifra que de ella espera el señor Ministro de Hacienda —habla con calma, confirma que están vacíos los escaños de los senadores que suscribieron el dictamen en mayoría, ha de ignorar Quimper que los senadores volvieron a cambiar de opinión y que nadie defenderá el plan de Hacienda, no importa el documento que aconseja apoyarlo—. Yo desearía de buen grado que ese convencimiento que abriga el señor Ministro de Hacienda hubiera podido pasar a mi ánimo en virtud de su discurso, pero, desgraciadamente, él no ha hecho más que decirnos lo que son sus apreciaciones intuitivas, sin darnos ningún dato que compruebe la evidencia de sus cálculos. Dice el señor Ministro de Hacienda que los capitales llegan a mil millones y que el impuesto producirá veinte. Los cálculos hechos por mí y después por las comisiones de Hacienda del Senado, nos permiten estimar los capitales en 400 millones. No se trata de una aproximación intuitiva. Hemos comprendido en nuestros cálculos las haciendas de azúcares de toda la nación, que forman lo más saneado e importante de la propiedad agrícola del país; comprendimos todo el capital circulante en la república, representado por certificados de salitre, cédulas de deuda interna, billetes de emisión de bancos, papeles de sociedades anónimas, etcétera; y sumando todas las cifras hemos llegado a 250 millones. ¿Qué otra cosa nos queda, señores? Veinte departamentos en la república. Calculando el valor de cada uno en diez millones, tendremos doscientos millones que sumados a lo anterior, dan poco más de los cuatrocientos millones que había calculado. Si pues la cifra que indico es la más aproximada y la base de que parten mis cálculos es la verdadera, como consecuencia natural, lógica e inevitable puedo afirmar que la

contribución no dará la cantidad suficiente para atender a los gastos de la guerra —un murmullo de aprobación se esparce por el Senado, descansa brevemente la voz del honorable García Calderón, rasca el mentón, humedece los labios, contempla al imperturbable doctor Quimper, a los honorables representantes de la bancada civilista que triunfa—. El señor Ministro propone una contribución de tasa alta y de difícil y vejatoria recaudación. Para defenderla, el señor Ministro nos ha dicho que el veinte por ciento sobre la renta es relativamente poco en un país rico como el Perú y ha invocado Su Señoría el patriotismo de la Nación. Recordó también que en los países más adelantados de Europa se pagan impuestos más altos que el propuesto por la mayoría de la comisión de Hacienda —de nuevo pausa el honorable García Calderón: la mayoría que suscribió el dictamen no ha retornado a sus escaños, el doctor Quimper quedó solo—. Todas sus razones no bastan para convencerme. No me convence el precedente de que las naciones de Europa hayan adoptado el impuesto a la renta. En materias económicas tengo para mí que lo hecho por un pueblo no siempre debe imitarse ciegamente otro. Para seguir servilmente lo que hacen otros pueblos, sería necesario que las circunstancias económicas de dos países fuesen iguales en un momento dado. Pero como tal igualdad no existe, cada pueblo tiene que amoldarse a sus circunstancias porque en eso consiste lo que se llama política. ¿Cómo se nos exige una contribución del 20% sobre la renta? ¿cómo se exige semejante impuesto en un país donde la vida es tan cara, donde el agricultor paga a precio de oro los jornales, donde los derechos de importación tienen tan alta tasa, y donde el arancel de aforos como la tarifa aduanera se ha aumentado en 25 por ciento? ¿En un país donde la industria es naciente y deficiente? ¡Imposible, señores! —rompieron aplausos en el Senado. García Calderón secó el sudor que corría en gotitas por su frente—. Yo digo también que el Perú es un país excepcional, que ha vivido mucho tiempo sin impuestos, pero Su Señoría deduce de allí la necesidad de echar de una vez todos los impuestos sobre el pueblo. Yo deduzco la necesidad de establecer los impuestos progresivamente, a fin de que este pueblo, que no

está acostumbrado a exacciones, empiece a contribuir poco a poco, y una vez que haya empezado, se aumentará la tasa del impuesto hasta donde sea posible que lo soporte. He ahí por qué dije y sostengo que el impuesto, tal como se presenta, no es más que una declaratoria de guerra a la Nación peruana, en atención a que su recaudación se hará con las armas en la mano. En pocas palabras, es contribución que tendrá que hacer efectiva el gendarme, cobrándola a bayonetazos.

—Se da por discutido el proyecto —habló el Presidente del Senado. Muy bien, se acabó. El señor Quimper debe retirarse antes de que empiece la votación. ¿Los señores senadores que estén a favor del impuesto a la renta? Quince. ¿Los que estén en contra? Veinte.

—Pido que conste que he votado a favor del impuesto —habló el honorable Morales Alpaca.

Los demás proyectos presentados por el Ministro Quimper se rechazaron por unanimidad.

Dos bodas en Lima

El Excelentísimo Christiancy llegó a las nueve en punto a la residencia de los Castagnini. Dedicó una sonrisa a difusas abuelastras de encaje y entre caballeros de fracs rabilargos atravesó el espeso vaho nupcial de aquel enorme salón floreteado con nardos, muguete, jacintos y azucenas. El Plenipotenciario de Estados Unidos debe desdoblarse esta noche para atender a dos bodas que absorben a la poderosa colonia anglosajona en Lima. Dejó para después la celebrada en casa de Michael Grace, adonde acordó con Sir Spencer Saint-John que el Ministro de Inglaterra iría por delante. Mientras avanza a colocarse en segunda fila, Christiancy saluda a caballeros enfrascados en cuchicheantes transacciones que interrumpen para sonreír y acercársele con modales cancillerescos. La orques-

ta de dieciocho profesores arrancó a tocar una marcha de Dall'Alargine, seguramente elegida por los parientes italianos de la novia. Con experto ojo diplomático, Christiancy prestó poca atención al canónigo doctor Julio Zárate que empezaba a unir en católico matrimonio al joven Minor Keith Meiggs con la pálida Emilia Rossignol, flanqueados por sus padrinos don Juan Meiggs y doña Matilde de Castagnini. El Plenipotenciario escudriña al General Mendiburu cerca del honorable diputado Pflucker, al banquero Derteano vecino a su socio el diputado Boza, al edecán de S.E. el Vicepresidente y al honorable Malpartida cuchicheando con don Miceno Espantoso, presidente del respetado Club Nacional. Rumores de una grave crisis financiera y la posible bancarrota de por lo menos un banco, se deshacen bajo la brillante iluminación multiplicada por prismas de cristal y espejos. Tampoco parece la capital de un país en guerra. Christiancy saluda al Ministro de Francia y al representante de Costa Rica, adonde pasado mañana viaja Minor Keith a contratar un ferrocarril del Atlántico a la capital San José. ¿También emigraban los Meiggs? Su poderosa Compañía de Fomento y Obras Públicas, que emitió papel moneda cuando la crisis del metálico en tiempos de Pardo, está hoy paralizada. Los herederos de don Enrique se esfuerzan por traspasarla al Estado peruano para que se convierta en Ministerio. Tampoco para Christiancy es un secreto que al General La Puerta lo disgusta el simple recuerdo de Henry Meiggs. Si esta noche ha enviado su edecán, será en atención a la señorita Rossignol.

Un estremecimiento de chifón y muselina anunció al diplomático que la bendición del Altísimo había descendido sobre los novios. Extendió una impecable sonrisa profesional cuando la orquesta emprendió la Marcha Nupcial de Mendelsohn y Minor Keith y su enfermiza esposa salieron al patio y al comedor donde resplandecía el buffet. El saludo a los parientes embarazó un rato a *mister* Christiancy, que tironeaba levemente sus propias barbas de chivo en señal de impaciencia. Al fin logró acercarse a la recién casada, a quien saludó en nombre del Presidente Rutherford Hayes, de la Unión y de su propia persona. Bebió dos copas de champaña mientras negros todavía carimbados, tra-

jeados de librea, atendían el buffet remplazando de prisa agotadas viandas y fuentes con delicias de convento. Aunque noche de invierno, el calor de los cuerpos hacía mariposear abanicos en derredor del Plenipotenciario que salió de a pocos hasta su calesa y ordenó que lo llevaran a casa de los Grace. A la misma hora en que un expósito fue descubierto en el número 98 de la Pileta de los Huérfanos y en que los bomberos de la Salvadora corrían a través de la ciudad para apagar un incendio en el Callejón de Romero, el Plenipotenciario de Washington recibió un caluroso apretón de manos de Michael Grace. Hace media hora aquí se casaron por el rito anglicano la pelirroja Margaret Elliot y el caballero William H. Smythe, amigos íntimos de la familia. Aunque irlandeses de origen, los Grace habían afincado en Nueva York y San Francisco sus negocios comenzados en el Perú. Elisa, Helen y Margaret Grace recibieron a Su Excelencia en el salón y lo llevaron a saludar a los recién casados. A los diez minutos Christiancy volvió sobre sus pasos a conversar con Grace.

—He oído que hay dificultades financieras —comentó el diplomático dudando entre el robusto *pâté de pigeon à la anglaise* que el propio Grace se servía y el *foie gras à la strabourgoise* traído para la fiesta.

—Oh, bueno. Usted sabe. A los bancos les gusta emitir moneda por su cuenta —Grace sonrió como si fuera inevitable. En el salón empezaban a bailar—. Nada nuevo. No creo que sea realmente grave. En el Perú todo parece tener arreglo.

—Imagino, Michael, que habrá usted considerado la posibilidad de... —*mister Christiancy* se dejó tentar por los *petits fours à la Pompadour*. Hincó dientes hasta sorber relleno de crema de almendras bajo una delicada costra de moca y fresa. Mmm. Al Plenipotenciario le habían recomendado controlar su afición por el dulce... no nos debemos comprometer demasiado. Como nación, por supuesto. Posiblemente el Perú, hum, no consiga... —ahora recogió un puñado de *pastilles à la fleur d'orange*... usted entiende, Michael. Esos torpedos pueden irritar a Su Excelencia el presidente Pinto —añadió con un murmullo—: Lo mejor es no ser conspicuos.

—¡Conoce su negocio, mi querido amigo! —rió Grace—. ¡Hola, caballeros!

—Le decía al señor Derteano que prefiero el *Volnay* al *Pommard*, ¿usted qué opina, *mister Christiancy*? —don Miceno Espantoso introdujo sus dedos en una fuente de *petit pains de faisans glacés* e ignoró que el Plenipotenciario se encogía de hombros—. Me dicen que este año producirá borgoñas medianas. ¿Qué sabe usted, Michael? A propósito, ¿no le dije que el 76 sería de vinos ligeros pero muy perfumados?

—Sí, claro, por supuesto —el señor Grace se inclinó a cuchichear órdenes en la oreja de un mayordomo—. No he escuchado nada aún de las cosechas actuales. ¡Buenas noches, señor Candamo!

—Ruego disculparme, es una noche muy atareada, ¿verdad, *mister Christiancy*? —el Presidente del Banco del Perú, que sigue en importancia al Banco Nacional del Perú del que Derteano es presidente, saludó a Grace—. Sí, sí. Ya felicité a los novios. Dejé la fiesta más agradable para el final.

—Agradezco su fineza, señor Candamo —Grace apreciaba el atrevimiento del joven banquero en los negocios—. Espere un momento —impidió que se sirviera champaña. El mayordomo volvía con dos botellas de burdeos—. Tal vez le interese probar este vino que he reservado para don Miceno.

—¡Vaya, qué delicia! —exclamó el influyente señor Espantoso examinando el marbete del *Château Lascombes*—. ¡Me halaga usted, Michael!

—Del quince —sonrió Derteano—. A mi gusto, el mejor año de todos.

—¿Acepta una copa, Manuel?

—Y también dos —sonrió Candamo sin dejarse arrastrar por el entusiasmo de don Miceno—. ¿Y usted? ¿qué beberá el cauteloso enviado de Estados Unidos?

—Lo mismo, claro —de pronto Christiancy se sintió un poco desnudo. Reunió confites de violeta y jazmín en la palma de una mano y se dedicó a escuchar.

—No sé si es bueno para el borgoña, pero será un buen año para el azúcar —decía Derteano.

—Bienvenido, señor Ministro.

—Señor Grace, me felicito de poderlo acompañar en una noche tan feliz —el General Mendiburu dispensó un efusivo abrazo al anfitrión.

—El buen chablis es de Vaudésirs, aunque el de Grenouilles es fino, un poco nervioso. Aquí lo traen de Bougros, ¿bastante vulgar, no? —hablaba don Miceno.

—Sirva, por favor —ordena Grace al mayordomo. Se volvió a susurrar al señor Espantoso—: Le enviaré una caja, mañana.

—¡Ah, mi gran amigo!

Candamo eligió un dulce.

—Hermosa fiesta —dijo al Plenipotenciario—. Y sin embargo, por ahí avanza la guerra.

—Estaba pensándolo, señor Candamo. Usted es la primera persona que parece recordar la guerra esta noche.

—¡Formidable! —paladeó don Miceno— ¡Verdaderamente formidable!

Viaje al Estrecho

Catorce días después de haber zarpado de Arica, la desabrigada tripulación de la "Unión" avistó la boca occidental del Estrecho de Magallanes. Ahorrando carbón han navegado a vapor y a vela. A las 3 y 30 de la tarde del 13 de agosto recogieron trapos y a media máquina cortaron la mar gruesa en busca del refugio elegido por García y García: una ensenada entre Westminster Hall, el cabo Parker y la costa sur de Tierra del Fuego. Aquí sólo hay ocho horas de luz en invierno. El cordaje se recubría de escarcha. García y García, del Portal y Salaverry contemplaron llegar la lívida noche subpolar, preguntándose si habrán llegado a tiempo para apoderarse de las armas chilenas. Pese al cauteloso consumo de combustible, las

carboneras están casi vacías. Usarán bandera de Francia en sus andanzas por el Estrecho. Arrancó a llover. Aparte del vaivén del océano, nada se mueve en este paraje donde termina el continente. Los hombres se refugiaban en derredor de media docena de estufas en los sollados o se pegaban a la tibia sala de máquinas.

A las siete de la mañana demoraba la luz. García y García paseó el puente helado antes de ordenar máquina avante. Ah, este marino olor a vulva, toda esta leche salada jaspeando el mar, dibujando remolinos y ondulaciones sobre el azul sin fondo aparente, tal vez el frío, acaso lo empinado de la esfera, latitud que se desploma, algo excita el hedor a marisco que prevalece sobre el crispado vaho a tierra y a bosques. Tan delgado el aire, la cauta respiración de los vigías al cabo ensangrentaba sus narices, como un polvillo de vidrio rompía sus labios sin saliva. Es el viento lo que acuchilla a los marineros y sus orejas transparentes. García y García golpea una contra otra sus manos enguantadas con cuero insuficiente, pisotea cubierta para reanimar sensaciones de sí mismo, averiguando si está ahí su propio extremo. De conocer, conocía bien las aguas del Estrecho. El 14 de agosto sorprendió a la corbeta entre montañas tapadas de nieve, cuyas faldas con bosques de pinos y fresnos de gran estatura caen abruptamente hasta el borde del mar. Pero nadie más surcaba las aguas de Magallanes. Visitaban un país desierto, bajo un sol distante, color yema de huevo. Aprovechaban la mansedumbre del océano para limpiar cañones y preparar la nave para combate. Al anoecer largaron ancla en Bahía Borja.

El primer jefe rehusaba dormir. Soplando contra el hueco de las manos para que el aliento calentara su nariz, paseó cubierta a ratos contemplando el cielo atiborrado de estrellas, titilante, inflándose de luz, vivo como una respiración. Aquí acaba la tierra conocida, lo verdaderamente sólido y mensurable, cuanto es lógico y tiene color, temperatura por encima del vacío. Hasta aquí lo dentado y previsible, tierra firme, la que no cambia de apariencia, distante de esas islas azules desamarradas de sí mismas, las enormes bestias de hielo empujadas a ninguna parte por la corriente. Esto es el extremo austral, boscoso y so-

litario del mundo que por ahora nos importa. El frío taladra esas rocas que se elevan casi dos mil metros por encima de rugosos pinos cansados por el peso de la nieve. Nada aquí reposa acostado. Tierra graznadora, hirsutas montañas tensadas por algo que puede llegar. Algo va a suceder, como un tiempo que regresa con todo su rencor recién desenterrado. Después llovió diez horas y García y García se refugió en su cámara, impacientado por la noche interminable. La doble guardia de vigías se empapaba en las cofas, atenta a canales y a las aguas esta noche mansas del Estrecho.

—Es posible que el "New Castle" haya podido pasar antes que nosotros... pero el "Glenelg" —antes de beber café, García y García calentaba sus manos en la taza de latón—. El "Glenelg" debe estar cerca.

—¿No cree usted que los chilenos se hayan dado cuenta de nuestra ausencia? —preguntó Salaverry.

—No importa —opinó del Portal—. Mandarán una corbeta, tal vez una corbeta y un transporte armado. Sólo la "O'Higgins" y la "Chacabuco" están en condiciones de hacer el viaje, ¿verdad?

—Podemos pelear —dijo García y García. Las corbetas enemigas tienen artillería superior pero no importa—. Seguiremos hacia el Atlántico. Propongo recoger información en Punta Arenas.

Sus oficiales estuvieron de acuerdo.

Atrás los canales de Long Reach y Crooked Reach, la corbeta peruana progresa despacio por estrechuras rodeadas de hielo. A las once de la mañana del viernes avistaron canoas. Se acercaban aborígenes de Tierra del Fuego agitando una bandera de Chile.

—Parecen chinos —comentó José Rodolfo del Campo, corresponsal de "El Comercio" de Lima. Después se rectificó: Son mucho más feos.

—Dese cuenta —dijo del Portal—. Las mujeres reman y vienen desnudas.

—Sus críos también están peladitos.

—Untan todo su cuerpo con grasa de foca —explicó Gar-

cía y García—. Esas canoas son de cuero. Y ahí dentro llevan una estufa que también sirve para cocinar. No les tengan lástima. Están más abrigados que nosotros. Son indios alacalufes.

—Lo creo —dijo Salaverry dando diente con diente.

—¡Vengan! ¡Arriba!

—¡Suban!

Los pintarrajeados alacalufes conocían bien los usos navales. Tres hombres pestilentes treparon a saltos hasta cubierta.

—No, no. Esa bandera ya no sirve —suavemente del Portal toma el pabellón chileno y en su lugar entrega a los indios un pabellón peruano— ... Perú, ¿entienden?

—Claro que entienden —rió García y García—. A ver, digan conmigo: ¡Viva el Perú!

—¡Viva el Perú! —gritaron los salvajes.

Les regalaron dos tarros de manteca y una lata de galleta. Aceptaban en medio de cuchicheos guturales. El jefe de los aborígenes hizo después un ademán de fumar.

—Cigarro —dijo—. Cigarro.

—¿También quieres trago? —sonrió García y García—. ¿Ah? ¿Glugluglú? —hizo la mímica de beber y los indios asintieron con rostros llenos de felicidad—. Muy bien, pues. Los vamos a corromper... ¡Señor Salaverry! Obséquiele tres cajas de cigarros y tres garrafas de ron. ¿Y han pasado muchos buques por aquí, ah?

—Mucho buque —estuvieron de acuerdo los alacalufes.

—¿Buques de guerra? ¿cómo éste?

—Mucho buque, mucho buque.

—Son unos bandidos —comentó del Campo.

—Bandidos, mucho bandidos —asintió el jefe.

Los oficiales carcajeaban.

—Dales su tabaco y su ron y que se vayan —García y García se sintió impaciente por continuar viaje—. Adiós, adiós. Ya saben, ¿ah? ¡Viva el Perú! Muestren bien la bandera.

Los observaron partir en sus canoas viviendo al Perú y emborrachándose con ron de Lambayeque. La "Unión" continuó por canales que brillaban como espejos. A media hora de navegación avistaron cabo Forward y, al norte, cabo Gallant.

—Aquí suele cambiar el viento bruscamente —recordó del Portal—. Será preferible no demorarse.

La extensa noche del sur se les venía encima.

—Dos tercios avante —dijo García y García—. Fondearemos en San Nicolás.

Amorados tripulantes intercambiaban la poca ropa de invierno que hay en la "Unión" para cumplir sus guardias. Antes de zarpar, discretamente García y García pidió prestado en Arica cuanto pueda abrigar decorosamente a sus oficiales. Hasta el General Prado entregó parte de su vestuario. Se mueven ahora por el puente con una cómica variedad de atuendos, con sus insignias sepultadas por lanas civiles o capotes con llamativos emblemas de artillería o de General de División. Cinco soldados de la guarnición enfermaron de pulmonía. Tres veces cambiaban suelas a los botines de la Columna Constitución. Sólo pantalón y liviana cotona es la vestimenta entregada a los marineros hace cuatro meses y medio. El dril de la infantería de marina no basta para calentar cuerpos en esta región de nieves. Hay quienes bajan a revivir un rato en la sala de máquinas y que ascienden de a pocos a cubierta, cuidándose del colapso pulmonar a la vez que conservando calor bajo la piel. Los puños de García y García golpean el puente. ¿Hasta cuándo van a pelear en estas condiciones? ¡Si al menos encontraran al "Glenelg"!

El 16 de agosto el jefe de la segunda deshecha división ordenó dirigirse a Punta Arenas, al norte del Estrecho. Cumplían tres días en aguas de Magallanes sin avistar humos. Ha de haber pasado el "New Castle", pero el "Glenelg" debe estar próximo a llegar. Saldrán a esperarlo en el Atlántico después de recoger informes en el territorio disputado por Chile y Argentina. Frente a la bahía de Fresh Water los vigías anunciaron súbitamente que hay vapor a la vista.

—¡Al fin! —se alegró el comandante—. ¡Todos a sus puestos! ¡Zafarrancho de combate!

Hizo humo la "Unión" cortando el paso al vapor que de inmediato izó pabellón alemán.

—De la Kosmos —se quejó del Portal—. Es el "Sakkarah". ¡El "Sakkarah"! Dentro de cuatro días tocará en Valpa-

raíso y la "Unión" estará descubierta. Pasajeros neutrales saludaban alegremente a los peruanos. La corbeta despachó una falúa con un teniente a practicar registro. El vapor había salido de Hamburgo el 10 de julio. Ningún informe se obtuvo de sus tripulantes y pronto los buques se separaron en direcciones opuestas.

A la una y media de la tarde avistaron Punta Arenas. Aquello había sido una colonia penal chilena, depositada sobre bajos y una estrecha pradera cortada en dos por un río empinado y ruidoso. La "Unión" entró con bandera francesa.

—No hay fuertes, señor —Salaverry pasó el antejo a del Portal.

—Pues aquí hubo cañones de 150 al comenzar el año.

—Deben habérselos llevado a Antofagasta —gruñó García y García enfocando su propio largavista.

A pesar del pabellón francés los reconocieron desde tierra. A los cerros huía la guarnición de cuarenticinco soldados. Empujaba carretas el vecindario, vaciando casas y negocios antes de que empiece un cañoneo.

—Un pailebot neutral, seis lanchas y un pontón, mi comandante.

—¿Pontón chileno?

—Sí, señor.

—Vayan a capturarlo. Necesitamos carbón.

—¡Bote de tierra, mi comandante!

Se acercaban agitando los colores de Inglaterra.

Mister Reynolds, cónsul de Su Majestad, encabeza la comisión de extranjeros residentes en Punta Arenas. Imploraban que no destruyesen su ciudad. García y García dijo que no teman, que no es costumbre peruana cañonear lugares indefensos, que si no los hostilizan no habrá represalia, que si obtienen la información buscada se irán pronto, que desea comprar víveres frescos, que pase usted señor cónsul, que le invita un coñac o una taza de té, que qué raro, se han llevado los cañones de 150 enviados a Punta Arenas cuando se agravó la crisis con Argentina. *Mister Reynolds* prefirió un coñac, sabe usted comandante, el "Loa" recogió la artillería Armstrong antes de escoltar al "Gle-

nelg" rumbo a Valparaíso. Es de incumbencia del consulado, igual que en el caso del "New Castle", porque ambos son buques británicos y transportaron armas a un país beligerante: *mister Reynolds* está perfectamente enterado de las protestas diplomáticas del Perú. ¿Y cuándo pasó el "Glenelg"? Diez, doce días atrás, señor comandante. Del Portal había conseguido periódicos chilenos que informan el fin del bloqueo de Iquique. Una vez que *mister Reynolds* volvió a tierra y que la corbeta embarcó 105 toneladas de carbón tomadas de la barcaza chilena y víveres seguramente vendidos al doble de su precio por los comerciantes extranjeros, García y García revisó sus instrucciones. Habrá que volver a vela, guardando combustible para el caso de un combate. Aquí ya están descubiertos. Vaya uno a saber cuando aparecerá otro vapor con armas para Chile. Evidentemente el "Glenelg" tuvo suerte en su travesía: vientos a favor o aguas en calma lo ayudaron a pasar el Estrecho antes de lo previsto. Acaso el "Huáscar" a toda máquina hubiese logrado interceptarlo al sur de Valparaíso. También el monitor habría agotado sus carboneras a menos que lo acompañara un transporte. García y García consideró que sin la corbeta, Grau no tiene compañía y que a la vela pueden tardar hasta un mes en volver a Arica. Regresamos, ordenó.

El gran fraude del Banco Nacional

Dueño de una hacienda azucarera y de grandes negocios de importación y exportación, Dionisio Derteano cayó en cama la noche del viernes 22 de agosto cuando en la Cámara de Diputados pidieron sesión secreta para ocuparse de un fraude en el Banco Nacional del que era presidente.

Quince días atrás, tres nuevos directores del Banco más grande del país habían puesto al descubierto una emisión ilegal de billetes de la que tenía vagas sospechas la Junta de Vigilancia Fiscal. Los bancos privados lanzaban papel moneda a la circulación, previo convenio con el Gobierno que los avalaba y establecía el monto de cada emisión. Los inspectores fiscales tenían la pista de que el Banco Nacional ha puesto en movimiento más billetes que los autorizados, es decir, que había falsificado su propia moneda. Los directores Lecca, Cox y Correa ofrecieron a la Junta de Vigilancia que conseguirían pruebas del fraude a cambio de apoyo para evitar la quiebra de la institución. En aquella reunión de directorio, Derteano cambió miradas con los gerentes Oyague y Clímaco Basombrío y decidió decir la verdad: desde noviembre de 1875 hasta febrero de 1877 habían puesto en circulación 2.186.000 soles en billetes fuera de la emisión legal, cuya cuenta se llevaba en libros confidenciales. Sólo algunos directores estaban enterados.

—¡Pero es un delito! —protestó Correa.

—Se ha recogido ya 706.000 soles —dijo Derteano—. El Banco tuvo que contribuir al empréstito de 18.000.000 que benefició al Gobierno.

Acababa de mejorar la cotización del sol en dos peniques, una recuperación del 12.5 por ciento. Químper contempló al pequeño amable potentado que había dado generosas donaciones al fondo de la guerra. Ahora el señor Derteano informa que hay un agujero de por lo menos 1.360.000 soles en el primer banco del país. ¿Así que todos estos meses en que el Gobierno se cuidó de no emitir billetes para defender la cotización de su moneda en Europa, ha estado moviéndose más circulante que el permitido por la ley?

—Es mucho dinero —dijo el Ministro de Hacienda. ¡Qué tales vivos! ¿Y ahora le vienen a pedir ayuda?—. Imagino que los accionistas tienen como devolverlo inmediatamente.

—Ni siquiera podemos sostener el banco si se produce una corrida que nos deje al descubierto.

—¡Vaya! ¡agradezco su franqueza! —Químper observó a los demás directores del Banco Nacional que acompañaban a

Derteano—. Me está usted diciendo que si el Gobierno no interviene, el banco tendrá que declararse en quiebra.

—Un verdadero desastre.

Ya lo creo que sí, bufó Químper. Se llegue o no a un acuerdo financiero para asegurar la devolución de los billetes al Gobierno, tendrá que intervenir la Justicia. Por ahora el Ministro calcula las consecuencias que puede tener semejante descalabro financiero en Lima. Si se sospecha que hay más papel moneda en circulación y que el Gobierno no tiene forma de averiguar exactamente cuál es su exceso, si alarmados vecinos empiezan a desprenderse de los billetes, si en consecuencia sube el precio del oro y la plata, si además los peruanos empiezan a retirar sus depósitos de todos los bancos que han emitido billetes, si a la preocupación de la guerra se añade el pánico de una quiebra de bancos, el país carecerá de recursos para cargar sus rifles dentro de una semana. No tenía otro camino que arreglar secretamente la devolución del papel moneda ilegal antes de denunciar los hechos al Poder Judicial.

—¿Cuánto pueden devolver? —Químper se metió en su sillón de Ministro—. Ahorita.

—Tal vez se consiga medio millón —calculó el gerente Basombrío.

—Hay valores con que garantizar la diferencia —dijo Derteano—. Además no olvide usted, señor Ministro, que el Gobierno nos debe tres millones.

—Les daré quince días —concedió al fin Químper—. Después intervendrá la Justicia.

La noche del viernes, el Ministro de Hacienda acudió a la sesión secreta a petición del honorable diputado Adán Melgar.

Químper explicó que el Ejecutivo consideraba el fraude desde dos ángulos: una acción civil conducente a garantizar los intereses del Gobierno y de los particulares; y la acción criminal a que necesariamente debían ser sometidos los autores de semejante abuso. El Banco Nacional ya había devuelto 600,000 soles. Entregaba importantes documentos y empeñaba buenos negocios para garantizar la cancelación del saldo en doce mensualidades. Las principales condiciones del arreglo consistían

en que al año de haber recibido el Gobierno el importe total de la emisión clandestina, se entregaría a la Comisión de Vigilancia la suma de 1'360,000 para que esta verificase el canje de billetes que la constituían. El Ministro explicó que mientras tanto podría destinarse esos fondos a los gastos de la guerra. Pidió completa reserva hasta que se terminara de asegurar los intereses del Gobierno y de correntistas. Después, dijo, se podrá abrir juicio penal a los responsables del fraude.

Los señores diputados estuvieron de acuerdo en guardar el secreto. Volverían a sesionar a la una de la tarde del domingo, para discutir la acción del Gobierno. Químper prometió que estaría presente.

A las ocho de la mañana del sábado, una frenética muchedumbre golpeaba las puertas del Banco Nacional. ¡Va a quebrar, saquen su dinero! ¡Ladrones! A las diez, el pánico inflaba el precio de la plata. El Banco del Perú y el Banco de la Providencia suspendieron sus operaciones hasta nuevo aviso. Químper bufaba. El propio diputado Melgar echaba a correr la alarma.

Cuando se le vació la caja fuerte, el Banco Nacional tuvo que echar a los clientes y cerrar sus puertas. Al mediodía del domingo, ciento once lívidos accionistas se reunieron a sesionar en su edificio en penumbra. Presidía el señor Correa, que no había pertenecido al directorio en la época de las emisiones ilegales. Derteano continuaba enfermo. Tampoco asistió el gerente Basombrío. Cox y Lecca, también integrantes de una comisión que por ahora administra la institución, se sentaron a los lados del presidente de la junta.

—Bien, señores: la comisión se entendió con la Junta de Vigilancia, entregándole los libros confidenciales en los que se registran las emisiones *extras*, como caritativamente se las llama —explicó Correa—. También nos entrevistamos con el señor Ministro de Hacienda, conviniéndose que el Banco pagará la totalidad de las emisiones *extras* en la siguiente forma: 600,000 soles que acaban de ser devueltos y 760,000 en doce mensualidades de 74,000 cada una.

—Tengo la impresión de que el Banco está en quiebra —de-

sesperó un accionista—. Ayer no pudo atender a los correntistas.

—Es preciso que ustedes comprendan la verdadera situación: dos grandes negociados han absorbido gran parte de nuestro capital —habló Correa—. El del guano de Mauricio, en el cual tenemos la cuarta parte, y el del salitre, en el que hemos comprometido enormes sumas. Ambos son brillantes negocios, aunque no por el momento. De ellos tiene el Banco que reportar importantes provechos que compensen nuestras angustias actuales.

—El directorio actual, que cree haber cumplido honrosamente su deber y que, por desgracia, se ve, sin culpa, colocado en el lugar de los acusados, no puede hacer más que resignarse —dijo el director Cox—. . . aceptar, si la tiene, responsabilidad, y decir con entera lealtad y franqueza que el Banco cuenta con los medios de satisfacer todos sus compromisos.

—Veo que en los documentos que acaban de leerse, se alude a un exceso de emisión en época en que yo era director —carraspeó don Miceno Espantoso—. Nada recuerdo sobre el particular y no comprendo como pudo hacerse sin la anuencia y acuerdo del directorio. Que se examinen las actas de aquella época. . .

—En el libro especial *reservado* de esa emisión *reservada* —interrumpió Correa— hay una partida, la primera, de 500,000 soles, que está firmada por el señor Espantoso.

Don Miceno volvió a su asiento mientras se levantaba un murmullo.

—No queremos hacer inculpaciones a nadie —dijo Lecca—. Ni es el momento ni a nada conducen. Pero sí queremos que la verdad sea conocida por todos, para que se deslinde la responsabilidad de cada cual. Si en los libros de actas constara que se había sobrepasado el monto de la emisión legal del Banco, el hecho habría sido averiguado por todos los directores que han venido después de la emisión *extra*.

—*The American Bank Note Co.* fabricó los billetes del Banco Nacional del Perú —intervino el accionista Moses—. Todos sus trabajos han de haber sido facturados. No me parece difícil averiguar cuanto papel moneda se recibió y cuánto permane-

ció sin moverse de la bóveda.

Leyeron el balance del banco.

—Como se ve, es una institución solvente —dijo Correa—. Aunque en el acto no podemos disponer de los capitales necesarios para hacer frente a nuestras obligaciones de cuenta corriente y depósitos, en los negocios en que estamos interesados y en cuanto hemos prestado, tenemos de sobra para atender a los acreedores y reembolsar a los accionistas parte de su inversión.

—¿Puede decirme qué significa esa fuerte partida de documentos a plazo indeterminado que figura en el balance? —indagó el señor Luna.

—Deudores sin garantía —replicó el presidente de la junta de accionistas—. Pero el actual directorio ha conseguido, en virtud de acuerdos ventajosos para el Banco, arrancarles escritura.

—¿Están garantizados todos los créditos a favor del Banco? —desconfió el accionista Dockendorff.

—Casi todos tienen garantía. El del señor Schell, por ejemplo, está ahora respaldado por una hipoteca de su hacienda en Trujillo.

—Ha llegado el momento de que los señores accionistas mediten seriamente la resolución correcta —dijo el presidente luego de una pausa—. No se trata sólo de salvar nuestros intereses sino de evitar al país una conmoción de tremendas consecuencias.

—La Compañía Salitrera debe 1'491,862 soles por capital —se oyó al accionista Heudebert—. ¿Y en su cuenta corriente?

—En letras debe 841,700 soles —dijo Correa—. Aprovecho para señalar, con toda franqueza, que el Banco se ha comprometido más de lo razonable en los dos negociados que mencioné.

—¿Y qué sucedería si no pudiésemos seguir poniendo dinero en el negocio del guano de Mauricio?

—El mismo señor Heudebert puede responderse.

—El señor Calderoni acaba de entregar 10,000 libras es-

terlinas —intervino Lecca—. Parece que ese negocio empieza a rendir utilidades.

—¿Qué ha hecho el directorio para atender a los correntistas? —dijo Luna.

—El directorio procuró conseguir ayer la insignificante cantidad de 500,000 soles. La solicitamos a varios fuertes capitalistas, ofreciendo en garantía nuestra participación en dos grandes negociados. Y también la pedimos al señor Ministro de Hacienda, no en gracia a los accionistas sino por los grandes intereses nacionales que comprometería un descubierto en nuestro Banco. El señor Ministro pudo ordenar que se nos diera, con las garantías necesarias, 500,000 soles de los que tiene la Junta de Vigilancia.

—¿Y qué sucedió?

—Ni los capitalistas ni el Ministro accedieron a nuestras pretensiones.

—No veo otro remedio que liquidar —opinó el accionista Reed—. Falta confianza, es decir, no hay crédito. Y un banco no puede existir sin crédito.

—La liquidación, sin antes atender a la satisfacción de nuestros compromisos de momento, nos acarrearía una investigación judicial —dijo Correa—. Eso traería la pérdida completa de nuestros capitales.

—Continuar es imposible —opinó el señor Porras—. Debemos salvarnos de la intervención judicial.

—¿Y quiénes son los responsables de esta emisión *extra*? —preguntó el accionista Farfán.

—En los documentos que fueron leídos está bien claro —dijo Correa—. El señor Derteano manifiesta que algunos directores de aquella época tuvieron conocimiento.

—Ya se ha dicho que la cuenta se llevaba en un libro especial que estaba al alcance sólo de ciertas personas —dijo Cox.

—¿Quiénes son?

—¡Sí, debemos saber! ¿Quiénes son?

—Puedo asegurar que oficialmente no ha habido emisión especial y por lo mismo yo no me he enterado —protestó don Miceno Espantoso.

—En los libros de contabilidad de la emisión autorizada del Banco no hay el menor indicio que haga sospechar la emisión extra —explicó Lecca—. Se llevan con exagerada escrupulosidad. Es en el libro particular donde consta el exceso de emisión y de la existencia de ese libro tenía conocimiento el señor Espantoso.

—Puedo asegurar que de esa otra emisión nunca se ha tratado en directorio —insistió don Miceno.

—El señor Espantoso firmó la partida de 500,000 soles de emisión extra en un libro especial que no era el de la emisión autorizada. El señor Espantoso conocía que esos billetes se lanzaban privadamente a la circulación —dijo Correa.

—Era práctica que cada director diera recibo por los billetes que llevaba a firmar —se defendió don Miceno—. Probablemente los señores directores han visto uno de esos recibos.

Se oyeron risitas malhumoradas.

—Bueno, yo deseo saber si mañana abre el Banco —dijo el accionista Luna.

—Deseo preguntar a mi vez a los letrados aquí presentes: ¿puede el Banco abrir dentro de tres o cuatro días y reiniciar sus operaciones? —el presidente esperó opiniones.

—El Banco debe abrir mañana —replicó el accionista Zavaleta—. O pagamos una cuota del 5 por ciento o sacrificamos uno de los grandes negociados para conseguir fondos. Hay que resignarse: los tiburones se comen siempre a los peces chicos.

—Ya hemos intentado ese sacrificio —respondió Correa—. No hay quien quiera hacer la operación.

—¿Por qué no reunimos a los acreedores y pedimos plazo? —se oyó al accionista Dubois.

—Siempre habrá necesitados que exijan el pago inmediato de sus créditos y si no podemos servirlos, nos declararán en quiebra —replicó Correa.

—Propongo una cuota extraordinaria —dijo el accionista Montero.

—Si mañana se presenta un cheque al Banco y no es pagado inmediatamente, una hora después estamos en quiebra —advirtió el accionista Arenas.

—El Banco Nacional está en quiebra —opinó el accionista Basadre—. Y el único medio que yo vislumbro de salvar la situación es ponerse de acuerdo con el Gobierno, para que, hipotecándole la parte que nos toca en el negociado del salitre o del guano de Mauricio, nos preste la cantidad suficiente para salir de ahogos. El Gobierno debe hacerlo, porque no se trata simplemente de salvar al Banco Nacional sino a todas las instituciones de crédito.

—Lo primero que debe hacerse es nombrar una comisión que hable en el acto con el Presidente de la República y el Ministro de Hacienda y les manifieste que en este momento están reunidos los accionistas —intervino el rentista Pazos—. La comisión también debe visitar la Cámara de Diputados...

—¡Es tarde, caballeros! —vociferó el señor Larco—. ¡La Cámara de Diputados ha resuelto el enjuiciamiento del directorio y el encarcelamiento de algunos accionistas!

—¡Iré yo mismo a presentarme en prisión! —gritó injuriado el Presidente Correa.

El primer torpedo contra Chile

Hasta el 22 de agosto estuvo el "Huáscar" fondeado en Arica. Montero se preocupaba: el "Cochrane" ha desaparecido del escenario de la guerra. Pero por primera vez una división naval chilena se atrevió a acercarse al morro tan bien artillado. Lentamente el "Blanco Encalada", la "Magallanes" y el "Itata" pasaron fuera de tiro hacia la caleta de Camarones. En Arica sólo está a flote el monitor "Manco Cápac", al fin llegado un poco a hélice y un poco a remolque. El enemigo no traía ganas de combatir y regresó a prudente distancia de la costa, apenas disminuyendo su marcha para echar una buena mirada con largavistas al cuartel general de Mariano Ignacio Prado. Después se supo que a bordo del acorazado viajaba Do-

mingo Santa María y el nuevo estado mayor. Pronto se especuló con la posibilidad de un desembarco chileno al norte de Arica. La flotilla no se detuvo en Iquique, cuyo bloqueo había concluido a la vez que J. Williams Rebolledo pasaba al retiro. Los marinos calculaban que el alto mando chileno modificará su estrategia naval, lanzando todas sus fuerzas a la destrucción del "Huáscar". Tras el taciturno semblante de Grau crece el convencimiento de que el monitor no va a durar mucho tiempo. Había expuesto la necesidad de llevar su buque al Callao a limpiar fondos, someterlo a reparaciones y proveerlo de proyectiles Palliser antes de arriesgarse a un combate definitivo con los chilenos. Con una velocidad de once nudos, sólo el "Cochrane", una vez reparado, podrá superar su velocidad. Pero ahora el blindado nacional navega a menos de diez nudos. No hay tiempo para regresar 700 millas al norte y poner al monitor en seco. Tan pronto se hubo arreglado los daños causados por el temporal, el Supremo Director ordenó zarpar a Iquique y luego al sur. Por última vez Grau intentará la destrucción de un acorazado enemigo.

De los tres torpedos Lay disponibles en Iquique, dos esperaban al "Huáscar" el 22 de agosto. Grau demoró en Pisagua para llegar al anochecer a recoger los nuevos artefactos. Seguido por el "Oroya" entró sin ruido en Iquique casi a las nueve de la noche. De inmediato se acoderó una falúa.

—Ingeniero Felipe Arancibia a sus órdenes, señor Grau.

—Mucho gusto.

—Ingeniero Stephen Chester, para servirlo.

Conferenciaron a media voz en el puente, rodeados por los oficiales del monitor.

—¿Están realmente listos sus torpedos?

—Sí, comandante. Espero que pronto se felicite usted de la eficiencia de ellos.

—Los torpedos se activan antes de su lanzamiento o una vez que están en el agua —explicó Chester—. Depende del operador.

—Una vez que echan a andar, es imposible detenerlos —añadió Arancibia.

—¿Cuál es su poder? —se interesó Diez Canseco.

—Uf.

—Uno solo de ellos puede hundir este buque en treinta segundos —aseguró *mister* Chester.

—¿Y a un blindado chileno?

—También —Arancibia señaló los torpedos que se acercaban en un pontón—. Pueden hundir a cualquier buque que no tenga doble casco y compartimentos estancos. En caso de no causar explosiones internas, abren una gran vía de agua bajo la línea de flotación.

El pulgar de Chester subrayó la potencia de los artefactos con un ademán casi romano de irse al fondo.

—Muy bien, muy bien —Grau no confiaba en el sistema Lay, era partidario de los torpedos Whitehead—. Espero que sepan usarlos. Carguen y nos vamos.

En vez de falúas, izaron los torpedos en los pescantes de popa.

—Usted qué cree, mi teniente —dijo Tiburcio Ríos contemplando los artefactos.

—Si pueden hundir al “Elefante Blanco”, vale la pena intentarlo —replicó Diez Canseco.

—¿Y si se caen de ahí? —se aflautó Rentería. Sus manos dibujaron una enorme esfera frente al oficial—. ¡Buuuum!

—¿Qué pasa, zambo? —Palacios rió a su espalda—. ¿Vas a mariconear?

—No, mi teniente, cómo se le ocurre. Es que mi mamita dice que mejor es cobarde en casa que valiente en el panteón. Hablo desde el punto de vista de uno, mi teniente.

—Oiga, *mister* Chester —llamó Diez Canseco—. Si los torpedos reciben un golpe, ¿pueden explotar?

—Oh, no. Claro que no. Primero hay que activarlos.

—Ese gringo no sabe —murmuró Rentería y blanqueó los ojos—. ¿Usted lo conoce, mi teniente? A lo mejor es un científico, ¿no? Pero... ¿qué hace un científico en Iquique, mi teniente?

—Ya pues, zambo, no seas intrigante. —Palacios se divertía—. Oye, Ríos, ponlo a baldear cubierta.

—Con mucho gusto, mi teniente.

—¿A mí, don Enrique? ¿a su amigo, don Enrique? —Rentería saltaba por la toldilla.

De un gesto el teniente deshizo la orden.

—¿Te das cuenta? —gruñó Távara—. No he podido conseguir cloroformo en Arica. Dicen que lo pida urgente al Callao porque en el hospital sólo tienen lo indispensable.

El botiquín se había deshecho durante el temporal.

—¿Y ahora? —sonrió de los Heros.

—Si te cae un balazo, empieza a rezar.

—La verdad, no entiendo a la gente de Lima —se quejaba Ferré en el puente. Carvajal abría y cerraba los brazos aspirando el helado ventarrón del oeste—. Sólo hay dos buques en combate y mire como estamos. Ni buenas granadas tenemos. La Gatling no es ametralladora naval. No se puede despilfarrar balas. ¿Qué entiende usted por despilfarro, mi comandante?

—Todo lo contrario a contar los disparos cuando estás frente al enemigo —Carvajal sonrió amargamente. Después de tres meses y siete oficios por quintuplicado habían llegado cajones de ropa para los tripulantes del blindado: livianos pantalones de dril y zapatos de lona. Eso era todo.

Ferré se hundió en un malhumorado silencio. En casa se enconaba la disputa política. Aquí sufrían las consecuencias. El país se suicidaba con la sonrisa en los labios.

Llegaron a la Punta Jara a las tres de la tarde del 24 de agosto. No se habían cruzado con buques ni hay señales de actividad enemiga. Grau ordenó parar máquina. Antes de entrar a Antofagasta tiene que interceptar el vapor del sur, recibir a un espía y conocer qué buques enemigos hay al abrigo del gran campamento chileno. A tres cables de distancia esperaba el “Oroya”.

De ningún modo atacarán con luz. Chester y Arancibia incrustan herramientas en sus torpedos. La tripulación miraba en silencio. Las granadas matan al final de su trayectoria. Aunque sean de acero, se necesitan muchas para destruir un buque. Pero estas máquinas extrañas con forma de cigarro pueden deshacerlos en un parpadeo, aquí mismo.

¡Buque a la vista!

Era el "Ilo", vapor inglés que viajaba de Valparaíso al Callao.

Atardecía. El comandante Carvajal abordó el transatlántico. Tan mullida atmósfera olorosa a cena próxima a servirse, a cocteles y a tabaco fino, los uniformados camareros de blanco, los salones amoblados con sofás de cuero y modernas lámparas eléctricas de pantallas flecudas, todo ese ambiente ajeno a la guerra que los neutrales veían pasar asomados a sus cubiertas o arropados con mantas escocesas mientras sorben té, dejaba en el Secretario de Estado Mayor una nostalgia doméstica, la urgencia por volver a casa, un revoltijo de sentimientos por lo común postergados hasta que sea posible, hasta otra vez.

—Soy ciudadano peruano, comandante. En Antofagasta quisieron tomarme prisionero. Desearía que me reciba usted en su buque para no exponerme a más vejámenes chilenos.

Carvajal mantuvo la seriedad de su expresión. Tenía al frente al alférez de fragata Ricardo Herrera, de la plana del "Huáscar", a quien habían enviado en misión de espionaje hasta Valparaíso a bordo de buques ingleses. El rostro del incógnito oficial refleja alivio de haber concluido su misión. El Secretario de Estado Mayor revisó los documentos del viajero.

—Muy bien, señor Herrera. Pase usted a la falúa.

La reparación del alférez sorprendió a oficiales y tripulantes del blindado. Lo creían de permiso en Lima. Cuarenta días estuvo paseando el litoral chileno y el puerto de Valparaíso. Con su correcta vestimenta civil, se encerró a conversar con Grau, Carvajal y Elías Aguirre.

—¡Vaya! —resopló el joven oficial bebiéndose un coñac. Habían estado a punto de descubrirlo tres veces—. El "Cochrane" entrará pronto a dique, mi comandante.

Será mejor que ordene su información, señor Herrera. Sí, mi comandante. Williams Rebolledo había levantado el bloqueo de Iquique sin esperar autorización del Gobierno de Chile el 3 de agosto. El "Limari" tuvo que remolcar a la "Abtao" hasta Antofagasta. El ex-jefe de la escuadra enemiga estaba en ver-

dad enfermo y se decía que sus encuentros con el escurridizo "Huáscar" tenían mucho que ver con el estado de su vesícula. El mando del "Blanco Encalada" ha sido entregado al capitán de navío Juan Esteban López. Sí, estaba enterado de la excursión chilena a la caleta de Camarones. Domingo Santa María, nuevo Ministro del Interior y principal consejero del presidente Pinto, viajó en el acorazado. Comprobó que ni en Iquique ni en Arica se fortificaban los peruanos. Cerca de Pisagua, el "Itata" capturó la lancha sistema Herreschoff construída por el grupo de torpedistas de Scott. Se dice que serán fusilados. El "Cochrane" se encuentra en Coquimbo y pronto seguirá viaje a Valparaíso a cambiar tubos de calderas. Se habla que será rápidamente modernizado, instalándosele proyectores eléctricos y veloces ametralladoras alemanas. La escuadra chilena se reforzó con el vapor "Amazonas", un transporte con espolón, veloz y artillado con piezas rayadas Armstrong de grueso calibre. Los chilenos ya conocían que la "Unión" navega por el Estrecho y despacharon a la "O'Higgins" y un transporte para darle caza. Debido a las protestas diplomáticas del Perú, el "Opal", buque de Su Majestad Británica, interceptó al "Glenelg" a la entrada de Valparaíso, pero todas las armas habían sido transbordadas a vapores chilenos y los ingleses encontraron sus bodegas vacías. También el "New Castle" completó el viaje y desembarcó artillería, rifles y municiones en Chile. El Ministro de Guerra Rafael Sotomayor está al frente del Ejército expedicionario y se dice que, con los pertrechos recibidos, avanzará a Tarapacá en cuanto...

—¿En cuanto qué, señor Herrera?

—En cuanto destruyan al "Huáscar", mi comandante.

Grau asintió. No sólo su blindado vuelve difícil cualquier desembarco chileno en territorio peruano. También se ha convertido en un símbolo nacional que el enemigo debe aniquilar.

—¿Dónde está el "Blanco Encalada"?

—Antier fondeó en Antofagasta pero siguió con rumbo al sur, señor.

—Muy bien, alférez. Más tarde redactará usted un informe detallado para elevarlo al Supremo Director de la Guerra.

Ahora vamos a estudiar juntos esta carta...

—Sí, mi comandante.

—...¿dónde están las corbetas?

—La "Magallanes" y la "Abtao", aquí. Y muy cerca, el "Limari" que también está artillado —Herrera señaló el lugar más abrigado en la poza rodeada de arrecifes y detrás de catorce mercantes neutrales.

—Será difícil torpedearlos pero lo vamos a intentar —anunció Grau.

Anocheció y los buques peruanos se acercaron despacio a Antofagasta. A las 10 y 15 de la noche, el primer jefe ordenó al "Oroya" que permaneciera en la boca del puerto, vigilando el océano.

Pronto vieron las luces del puerto. Sin ser descubierto, el "Huáscar" se deslizó hasta el límite del fondeadero. Esperaban confundidos junto a las sombras de los neutrales. A las tres, de nuevo el monitor avanzó hasta colocarse a 400 yardas de las corbetas que dormían.

No se puede usar el espolón sin peligro de chocar contra los arrecifes. Pero aquí los mecía con fuerza la marea alta.

—Listos para lanzar torpedos —anunció el ingeniero Arancibia.

Grau meneó la cabeza. Lo más probable era que hundieran un transporte neutral. Ordenó avanzar en busca de un pasaje. Las cuatro de la mañana. Ahora los avistaron desde un mercante y el bote de ronda soltó un cohete de señales.

¡Descubiertos!

A menos que llenen el cielo de bengalas, tampoco pueden ofender al "Huáscar" así, entre neutrales amontonados. El señor Grau no suspendió el ataque. Con la proa casi tocando el arrecife norte, mecido por tumbos cuyo tamaño aumenta, el comandante ordenó arriar un torpedo y lanzarlo, directamente contra la "Magallanes", a 350 yardas de distancia.

El rostro de Rentería se contrajo con una mueca de angustia cuando el torpedo chocó contra el casco del monitor al momento de arriarlo.

Un instante antes de que cayera al mar, el ingeniero Chester activó la máquina explosiva.

—¡Esta cosa no sirve! —casi aulló el teniente 2º Diez Canseco que observaba de cerca la operación, calzado con grandes botas de hule que le llegaban hasta los muslos. Grau corrió a estribor. En su caída el torpedo perdió una de sus luces, invirtiendo la otra que irradiaba un intenso resplandor blanco. Ahora los fuertes chilenos sabrán dónde está el blindado. A proa, arrecifes. Pegado a popa, un torpedo capaz de desfondarlos: Clareaba el día. Con otro torpedo a bordo es imposible entablar duelo de artillería a la vez con los buques y las baterías de tierra.

El torpedo demoró en moverse. La espantada tripulación observó que la máquina giraba. Pareció titubear antes de acercarse al monitor.

—¡Ya lo sabía! —maldijo Rentería—. ¡Se acabó!

Diez Canseco se arrojó encima del torpedo. Forcejeó con aquella cabeza cargada con cien kilos de dinamita mientras las grandes botas de hule se le llenaban de agua, tirando de él hacia el fondo. Lucha cuerpo a cuerpo con esa máquina enloquecida, superior a sus fuerzas, manteniéndola separada de popa. Ahora pugnaba también por mantenerse a flote, de espaldas a la quieta hélice del monitor que puede despedazarlo, mientras arranca la luz delatora.

—¡Aguanta, Fermín! —de los Heros se quitó los zapatos para zambullirse.

El aspirante Boneimasson cuelga del aparejo por el que habían soltado el torpedo. Al extremo de un arbotante extendió la diestra pidiendo que le arrojaran un cabo. El Guardián Noguera pasó la sogá y el teniente de los Heros, casi resbalando sobre el blindaje tiró del otro extremo hasta sentir que Diez Canseco salía a flote.

—¡Ya!

—¡Salgamos de aquí!

Desde el puente, Grau aprobó el rescate con un movimiento de cabeza. No ordenó dar marcha atrás. Despacio avanzaron hasta raspar el arrecife con el espolón. Chorreando mar izaban a Diez

Canseco. Al mismo tiempo cayó una falúa con de los Heros. Miró a quienes lo acompañaban. Detrás suyo, la musculosa enormidad de Rentería con sus venas infladas y tensas las aletas de su nariz mandinga. Y el herrero Michel, el buzo Morales, el marinero Unanue, los aspirantes Villavicencio y Valleriestra, el grumete Medina y el ingeniero Arancibia. Habían saltado al bote junto con el oficial y "Real Felipe". Un resplandor opalino crecía desde atrás de la cordillera.

Las cuatro y treinta.

Dentro de un rato estarán a merced de las baterías chilenas.

La corriente arrastraba mansamente el torpedo en dirección de la "Abtao". El oficial de los Heros consiguió pegársele para que Arancibia revisara su mecanismo.

—Se malogró —dijo el ingeniero.

—¿Hay peligro de explosión?

—No. Ya no. Podemos llevarlo a bordo.

Desembarazado del peligro, el "Huáscar" salía lentamente.

A las cinco y cinco el bote que arrastraba el torpedo llegó junto al blindado.

—¡Súbanlos! —dijo Grau impaciente por partir. Lo acosaban funestos presagios.

Oficio del Ministro Quimper

*Señores Secretarios de la
Honorable Cámara de Diputados:*

Hace algunos días que tuve el honor de dirigirme a Ud. SS. HH. haciendo presente a esa H. Cámara que los recursos arbitrados desde mi ingreso al Ministerio se hallaban próximos a agotarse; por cuyo motivo creía urgente el Gobierno se ocupase el Congreso de preferencia de discutir los proyectos conducentes a proporcio-

nar fondos para las necesidades de la guerra.

Como hasta la fecha nada se ha hecho en el sentido indicado, cumpla hoy con el muy penoso deber de anunciar a esa H. Cámara que desde el viernes 29 del presente, carecerá de socorro diario el ejército de reserva y desde la fecha no podré mandar contingente alguno al ejército del Sur.

Con este anuncio queda cubierta la responsabilidad del Ministro de Hacienda, que en un mes de incesante labor no ha omitido esfuerzo para servir a su patria en la esfera de la posibilidad humana, sin embargo de habersele entregado las cajas fiscales completamente vacías, el porvenir descontado hasta noviembre y responsabilidades urgentes para gastos de guerra, valor aproximativo de cinco millones.

Dios guarde a USS. HH.

J. M. Quimper

El escándalo de los billetes ilegales

El Ministro de Hacienda José María Quimper llegó a la Secretaría de la Cámara de Diputados a las dos en punto con un portafolio lleno de documentos. A las tres se retiró malhumorado sin haber sido atendido por ningún representante. Dejó dicho que podían encontrarlo en Palacio de Gobierno. Halló al General La Puerta con el resto de Ministros reunidos en Consejo.

Sólo cuando Quimper hubo partido, se reunió el quórum y la Cámara de Diputados pudo sesionar. Leyeron un oficio de la Junta de Vigilancia, una larga memoria informando de sus actividades de control de las emisiones de moneda, dos proyectos de ley para liquidar el Banco Nacional del Perú y otras comunica-

ciones. Media hora discutieron si debía llamarse al Ministro de Hacienda a la sesión o si mejor convocaban al Consejo de Ministros en pleno. Después que el diputado Saavedra solicitó se oficiara al Senado recomendando el preferente despacho del proyecto que se le remitió en revisión, relativo a la supresión de algunos conventos de regulares en Lima, la Cámara incorporó al diputado suplente por la provincia de Paita. Entonces se acordó llamar a todo el gabinete y se suspendió la sesión mientras llegaban los señores ministros.

Anocheía cuando el honorable Pflücker ocupó la presidencia de la Cámara de Diputados y agitó la campanilla reabriendo la sesión. Estaban presentes todos los Ministros a excepción de Quimper.

—El señor Melgar tiene la palabra —dijo Pflücker.

—Veo Su Señoría que el señor Ministro de Hacienda no se encuentra presente. Conforme venga, haré uso de la palabra.

—El señor Cudlipp tiene la palabra.

—Gracias, Su Señoría. Debo decir que comprendo las urgentes y múltiples tareas a que tienen que atender en las actuales circunstancias los dignos miembros del gabinete, y siento que la gravedad de la situación me haya puesto en la absoluta necesidad de distraerlos de sus labores ordinarias, pero yo confío, señor excelentísimo, en que el honorable Consejo de Ministros sabrá apreciar, como lo ha apreciado ya la Cámara, los móviles patrióticos que han inspirado mi conducta —el diputado Cudlipp parecía concentrar su discurso en el Primer Ministro General Mendiburu—. Sabemos, señores diputados, que uno de los bancos establecidos en la capital, ha hecho una emisión clandestina que pasa de los dos millones de soles. Sabemos algo más, señores: que el Banco Nacional ha cerrado ayer sus puertas incapaz de satisfacer a sus acreedores en cuenta corriente. Y hay algo peor, señores, y es lo que nos revela la Junta de Vigilancia: el Gobierno ha practicado un arreglo con los directores de aquella sociedad para efectuar la devolución de una parte de la emisión fraudulenta, en términos que no conozco, o que sí conozco y que no me son permitidos revelar —la voz del honorable Cudlipp se endureció hasta rebotar en los cristales—. Vuestra Señoría sabe que yo

no puedo, yo no debo entrar en más detalles hasta no oír la voz autorizada del Presidente del Consejo de Ministros, pero hay un hecho claro innegable, claro, evidente, Su Señoría, y es que se ha hecho una falsificación en gran escala por el Banco Nacional del Perú, que se ha abusado descaradamente de la confianza del Gobierno, que se ha defraudado de manera escandalosa al público, y lo que es peor señores, que el Gobierno llamado a defender los intereses del país, a hacer respetar las leyes, y a corregir los abusos, ha tenido conocimiento de sucesos tan graves, ha guardado sobre ellos una reserva injustificable y en vez de proceder inmediatamente a poner a salvo nuestros intereses y a castigar severamente a los culpables, ha cubierto sus faltas, ha celebrado con ellos un arreglo vergonzoso, ha hecho, en suma, una transacción con el crimen.

Cudlipp presentó de inmediato su pliego de interpelaciones al Primer Ministro.

¿Ha tenido el Honorable Consejo de Ministros conocimiento de la emisión ilegal hecha por el Banco Nacional del Perú y si es así, cuándo y por qué conducto ha recibido esta noticia?

—En mi nombre y en el de mis compañeros aquí presentes, me cumple declarar que solamente ayer en la tarde supimos la alarma que produjo en el público la noticia del aumento de emisión del Banco Nacional —respondió el General Mendiburu.

¿Ha tomado o no alguna medida a este respecto el Honorable Consejo de Ministros?

—El Consejo de Ministros se reunió el día de hoy, desde las doce, y en vista de la gravedad de los acontecimientos expidió dos decretos que ya están circulando impresos en un boletín oficial —dijo el Primer Ministro.

¿No cree Su Señoría que era de la exclusiva competencia del Honorable Consejo de Ministros la solución de tan grave asunto?

—El Consejo cree que sí. Se tiene que adoptar medidas que salven la situación y, al efecto, tiene el gobierno un proyecto que juzga conveniente, pero antes de darlo en forma de decreto desea que la Cámara lo conozca.

¿Conoce o no Su Señoría las medidas tomadas por el señor Ministro de Hacienda para poner a cubierto el crédito y la for-

tuna de la Nación? Y si es así, ¿les ha prestado o no su aprobación?

—El Consejo ha encontrado buenas las dos medidas que se han adoptado, del mismo modo que el proyecto de decreto a que antes me ha referido. El Gobierno es deudor del Banco por la suma de tres millones de soles y cree que no hay inconveniente en garantizar al público el exceso de emisión, pagando con ello parte de su deuda. Acabamos de recibir a una comisión de accionistas, la cual nos ha dicho que el Banco cuenta con los recursos necesarios para solventar sus créditos, pero que se le deje tranquilo por ocho o diez días, a fin de recoger un dividendo del 5 por ciento que los accionistas han acordado entregar para satisfacer las cuentas corrientes, que ascienden a 700,000 soles. Con esto y la garantía dada por el Gobierno me parece que quedará arreglado este asunto.

¿Acepta o no el Honorable Consejo la responsabilidad solidaria por los actos practicados por el señor Ministro de Hacienda?

—El señor Ministro no consideró que era un fraude recibir 400,000 soles devueltos al Gobierno, que con los 200,000 entregados la víspera hacen un total de 600,000 soles: casi la mitad de lo que queda de emisión fraudulenta. Por lo demás, el Consejo acepta todas las responsabilidades que emanan de la Ley de Ministros y la de todos los asuntos que se hayan acordado con su intervención; pero no de aquellos que le son desconocidos. En esto el Consejo no ha tenido parte alguna y sólo ha sabido lo ocurrido de manera extraoficial?

—¿Ha tenido o no participación el Honorable Consejo en las graves medidas dictadas por el Ministro de Hacienda?

—No conozco las graves medidas a que se refiere la pregunta —dijo Mendiburu—. El Ministro de Hacienda, en la esfera de sus atribuciones se ha procurado fondos para atender las necesidades más apremiantes en las presentes circunstancias, como son el socorro diario del soldado y los gastos que demanda nuestra Marina, y esas medidas no se han acordado en Consejo porque el Ministro de Hacienda tenía perfecto derecho para dictarlas por sí mismo, en razón de ser exclusivamente de su despacho.

—Tiene la palabra el honorable Adán Melgar —anunció el presidente Pflücker cuando el General Mendiburu concluyó de responder la interpelación.

—Hace diez años, excelentísimo señor, que desde el modesto retiro del hogar puse el contingente de mis débiles fuerzas al servicio de los intereses públicos, cuando ví que los negociadores del contrato del 19 de Agosto de 1869 apelaban a impuros medios para obtener un convenio escandaloso, para burlar los fallos de los Tribunales y hasta para malear a la Representación Nacional —se remontó el honorable Melgar a la firma del contrato Dreyfus efectuada por el gobierno Balta y su Ministro de Hacienda Nicolás de Piérola—. Y lo hacían para que en medio de tan cínica embriaguez pudiera consumarse una gran iniquidad: la adquisición de un contrato que nos ha llevado a los dinteles del abismo. Y hace cinco años, excelentísimo señor, que vine a ocupar un puesto entre los representantes del pueblo, y siempre me habeis visto en esta misma tribuna defendiendo los intereses fiscales contra todos los defraudadores —el honorable Melgar entrelazó las manos para abrirlas con vehemencia—. Antier, al tener conocimiento de un escandaloso robo cometido por el aciago Banco Nacional del Perú, solicité de Vuestra Señoría una sesión secreta para haceros graves revelaciones sobre tal asunto, a fin de que en el sigilo y reserva de las sesiones de éste género pudiésemos arribar a una medida prudente y tranquilizadora para salvar los intereses del fisco, los de los accionistas del Banco y al pobre pueblo tenedor de esos billetes clandestinos. Desgraciadamente dos horas después de terminada la sesión, multitud de personas me hablaron de todos sus incidentes y ya era del dominio público el fraude cometido por el Banco Nacional —el honorable Melgar mostró a los señores diputados y a los ministros un grueso legajo de documentos—. Me permitirán sus señorías que haga una rememoración de los antecedentes del caso que nos ocupa. En los últimos días de abril de 1877 todos fuimos conmovidos por la noticia de que don Rufino Pompeyo Echenique quebraba en la enorme suma de 2'000,000 de soles y en cuya pérdida arrastraba al Banco Nacional por 800,000 soles que le había sustraído, abusando de su cargo de gerente de la institución. La tempestad con-

tra las instituciones bancarias que produjo esa quiebra motivó que el Ministro de Hacienda, señor Arancibia, nombrase una junta del alto comercio de Lima para que inspeccionara el estado del Banco y apreciara su grado de solvencia. Aquella junta compuesta por los respetables caballeros Mr. Bohl, de la Casa Gibbs; *mister* Mac Andrew, de la Casa Graham Rowe & Co. y un alto empleado de Hacienda, llenaron tan delicado cometido pasando una prolija información sobre el estado del Banco Nacional. ¿Qué se descubrió, honorables diputados? ¡En el documento saltaba a primera vista que algunos directores y gerentes monopolizaban para especulaciones propias gran parte del capital y en la caja aparecía haber tenido constantemente una emisión clandestina por más de medio millón de soles! Simultáneamente con tal documento, el gerente Basombrío elevó un memorándum al Ministro Arancibia, exculpando la conducta del Banco respecto de la emisión y ofreció que ella se retiraría de la circulación autorizada en el curso de esa quincena. ¿Qué sucedió más tarde, señorías? Pues tuvo lugar una junta de accionistas a la que asistí en mi calidad de tal. El presidente del directorio señor Derteano confesó que realmente existía esa emisión excedente pero que habiendo una carta-crédito de los señores Dreyfus, se retiraría pronto de la circulación. El Dr. Luciano Cisneros, director y abogado del Banco, nos dijo, como para justificar el exceso de billetes, “que el Banco estaba en su derecho, desde que el Gobierno no había cumplido con su contrato, poniendo en la caja del Banco 1'000,000 de soles a que estaba obligado para acelerar la convertibilidad del billete y que en tal sentido quedaba roto de hecho el convenio” . . . y ese argumento lo lanzó olvidándose, sin duda, de que roto el pacto, el Banco debía proceder al canje metálico de sus billetes. . . —don Adán Melgar resopló, abanicándose con un legajo. Respiró oxigenándose como si estuviese a punto de sufrir un colapso.

—¿Se siente usted bien, Su Señoría? —preguntó el presidente Pflücker.

—Gracias, gracias excelentísimo señor —el honorable Melgar apuró unos sorbos de agua—. Ya estoy bien. Quiero recordar que en aquella oportunidad, caballeros, el señor Derteano nos confesó que se había sostenido al señor Echenique en la gerencia,

para que pudiera continuar sus peligrosos negocios e ir devolviendo al Banco todo el capital sustraído. ¡Qué tal descaro, excelentísimo señor! Con todo, caballeros, para los que tenemos fe en el arrepentimiento de los hombres, el ofrecimiento del señor Derteano fue una esperanza de regeneración, la reforma completa en el manejo del Banco. ¡Quién nos había de decir que a los dos años se viera que esas promesas fueron mentidas y que nos habían de presentar la escandalosa defraudación de 2'000,000 de soles en que han sido sorprendidos! ¡Dos millones que han venido pesando en la balanza de cambio con una fuerza represiva equivalente a un 12 por ciento de quebranto! ¡Dos millones que ni siquiera han servido para impulsar la producción! ¡Dos millones caballeros, cuyas migajas sirvieron para sostener el sibiratismo oriental de los culpables! ¡Dos millones robados a la confianza pública y cuyo atentado es la natural consecuencia del descuido del Gobierno de 1868 y de la tolerancia del Ministro Arancibia en 1877! . . . —Otra vez apuró agua el sofocado honorable Adán Melgar—. . . Sí, señores, hace dieciseis años que el señor Derteano, al encargarse de la acuñación de la moneda decimal que debía de servir para el canje del feble boliviano, cometió su primera falsificación lanzando al mercado soles de plata que tenían diez por ciento menos del fino que señala nuestra ley de moneda. Si entonces se le hubiese retirado la confianza para tan delicado cometido, lanzándolo al panteón de las nulidades, ocho años después no le habrían presentado como presidente del primer Banco de la república; puesto en el que, a los tres años, por su incompetencia y abusos, tuvo que implorar la generosidad de Manuel Pardo para que dictase un decreto suspendiendo transitoriamente la convertibilidad metálica del billete, porque sólo tenía 16,000 soles para responder a 3'000,000 de emisión. . .

—Con la venia de su señoría, siendo la hora avanzada, propongo interrumpir la sesión y continuarla a las ocho y media de la noche —dijo el señor Pflücker.

Noticia Policial

(“La Patria”, lunes 25 de agosto)

Detenidos.— Esta tarde han sido detenidos, de orden suprema, y están en la Intendencia de Policía, don Miceno Espantoso, antiguo director del Banco Nacional del Perú, y don Juan Clímaco Basombrio, gerente.

Censura del Ministro Quimper

Por carecer de circunspección y lealtad aconsejadas imperiosamente por su doble carácter de Ministro y de peruano, por actos de marcado desdén a la H. Cámara de Diputados, por ocurrir como arma de guerra contra la representación nacional al vedado y punible recurso de anunciar a los cuatro vientos que desde hoy no hay más recursos para la guerra, por altivez que no tiene antecedentes en nuestros anales parlamentarios, por la manera irrespetuosa como el Ministro se ha negado a ser interpelado, por ofender los respetos del Congreso, por haber perdido enteramente la confianza de los honorables diputados, por ser su permanencia en el cargo incompatible con la dignidad de Ministro, por aplazar la conversión de billetes utilizando un contrato ilegal con el Banco Garantizador, por ocultar la emisión clandestina del Banco Nacional, por absoluta falta de respeto al elevado puesto que ocupa, por haberse hecho culpable de una completa ausencia de sinceridad, por despreciar a la opinión pública, porque aunque no haya delito especial en sus actos bajo el punto en que se considera la cuestión, hay sobrado motivo para pronunciar un veredicto declarando que el señor Quimper se ha hecho acreedor, como Ministro de Hacienda, a una severa censura y que la dignidad de la Cámara no le permite entenderse un día más con el funcionario que ha faltado a sus propios respetos,

la mayoría de la Cámara de Diputados aprobó la censura del Dr. D. José María Quimper a las 8 y 15 p.m. del viernes 29 de agosto.

Editorial de “La Patria”

(Fragmento)

La tramoya política a que hemos asistido en los días últimos está descubierta a toda luz.

El voto de censura presentado ayer en la Cámara de Diputados viene a darnos por entero la clave de todo aquel ruido, de todo aquel aparato escénico, de toda aquella irritación contra el fraude y aquel santo cielo por la moral pública de que se ha hecho lujo a propósito del Banco Nacional del Perú.

¿Con que todo ello estaba encaminado a derribar al Ministro de Hacienda, hallando pie para fulminar el ambicionado voto de censura contra el señor Quimper?

Ya lo vemos. La Cámara se ha encargado de hacérselo conocer. (...) Lo sabe todo el mundo. El voto de censura estaba decretado contra el señor Quimper desde el mismo día que aceptó la cartera y aún antes de reunirse las Cámaras Legislativas.

La situación se complica

(Anuncio publicado por los Guardias Civiles de Lima en la sección remitidos del diario “La Patria”.)

A S.E. el Presidente de la República:

Iluminado V.E. colocó al frente de la cartera de Hacienda a un hombre que nada ha dejado de desear al país, todo lo ha pensado, todo lo ha previsto: sus mag-

níficos proyectos tan justos y equitativos, tanto para el presente como para el porvenir, han sido mirados por el verdadero pueblo como su áncora de salvación. Pero hay otro pueblo pequeño, que se llama aristocracia avara, miserable, enemiga del pobre y sanguijuela de los demás, que todo lo quiere para sí: gobierno, poder, influencia, destinos, riqueza y, últimamente, el memorable feudalismo de la Edad Media.

De ese pueblo pequeño, Excelentísimo Señor, sin corazón y sin conciencia, han salido los que se llaman diputados y senadores, los que por culpa suya, exclusivamente suya, tienen hoy reducido a una escasez, sin causa que lo justifique, al Ejército del Sur y a la reserva del resto de la república; los que no quieren contribuir al empréstito nacional, los que están apoyando la nueva y escandalosa emisión de billetes causa general del mal estado en que hoy nos encontramos...

El señor Dr. D. José María Quimper, hombre de honrosos antecedentes, no podemos menos que decir y confesar a la vez, que tanto el año 1866 en que fue Ministro de Estado, como hoy que se encuentra en igual puesto, ha manifestado siempre gran inteligencia, independencia completa al favoritismo y de justicia recta, dotes poco comunes en las personas que hoy lo atacan tan descaradamente.

Nosotros, Excelentísimo Señor, los que componemos la Guardia Civil de Lima, los que estamos en campaña todo el año, los fieles custodios del orden público, los conservadores de la estabilidad de los gobiernos, los guardianes de la propiedad general; nosotros, repetimos, los que estamos insolutos en nuestros haberes de los meses de mayo, junio, julio y agosto; nosotros conocemos que quienes han creado esta situación son los hombres que forman el actual congreso, incapaces de salvar al país. Basta que el señor Ministro no haya nacido en su seno para que se opongan a cuanto parta de él, poniéndole barreras insuperables y formándoles

situaciones bien difíciles, a fin de verse libres del látigo que más tarde caerá sobre sus espaldas a causa de sus premeditados errores.

Segundo combate de Antofagasta

—A bordo se come frejol todo el año, espero que no se aburra —sonrió Grau.

—Igual se come en Iquique —respondió mister Chester—. Frejol y frejol.

Alcíbar ayudaba a Pineda a servir el almuerzo en la cámara de oficiales. A las once y treinta de la mañana se aproximaban a Antofagasta.

—¿Me pasa el ají, Enrique? Gracias —Arancibia untó el charqui con salsa picante—. Hasta ahora no se ha usado trampas explosivas. Y el sistema es bastante sencillo...

—¿Por qué no ensaya en Iquique? —se interesó Palacios.

—Ya no tiene objeto. Se necesitan ciertas circunstancias especiales, ¿no? Imaginemos que durante un mes está usted al frente de un bloqueo, bajo el sol, aburriéndose. Sus alimentos son galleta, chalonga, frejol, manteca. Y de pronto: ¡bote a la deriva! ¡Un bote lleno de delicias!...

—Con unas barricas de burdeos —propuso Palacios.

—...claro, y legumbres frescas...

—Cebollas —dijo Diez Canseco—. Las cebollas son importantes.

—...ajá, y tomates, zanahorias, repollos, lechugas...

—Gallinitas —añadió Gárezon.

—¡Y naranjas! —exclamó un aspirante.

—¿Qué están organizando? —rió Távara—. Un torpedo o un almuerzo?

—...póngale, si quiere, una vaca, ¿ah? Y este bote maravilloso se acerca a la deriva, con un cabo roto que nos hace creer honestamente que se le perdió al enemigo. Entonces us-

ted, llamado Condell o Latorre, decide capturarlo porque sus hombres necesitan un poco de esparcimiento y por ahora no hay otra posibilidad que un buen almuerzo y algo de bebida. Tan pronto levante los fardos, modificando el peso sobre el fondo, salta un resorte y ¡pum! Estallan cien kilos de dinamita.

—¿Puede hundir al “Elefante Blanco”? —indagó Diez Canseco.

—Si ocurre junto a su casco, yo pienso que sí.

—No falla —afirmó Chester—. ¿Qué opina usted, don Miguel?

Grau aceptó compota de guindones.

—Muy interesante.

—Señor Chester, ¿qué me dice del buque submarino? —habló Santillana.

—Tiene mucho futuro —tragó el último bocado de charqui y tacu-tacu—. En España han ensayado inmersiones de hasta quince horas a seis brazas de profundidad...

—¡Fantástico!

—...la combinación del buque submarino y del torpedo puede modificar la guerra que conocemos...

Paró la máquina. En el puente, Elías Aguirre y Ferré contemplaron con largavistas el campamento enemigo. Tres días después del fracasado ataque nocturno volvían para rastrear el cable y cortarlo. Tras una visita a Taltal, el señor Grau mandó guardar los torpedos en el “Oroya” desembarazando al monitor de todo ese explosivo puesto en cubierta. Francamente no servían para nada. El segundo jefe del “Huáscar” sabe que esas tontas máquinas han llegado en sustitución de proyectiles Palliser de acero enfriado, rellenos cada uno con 50 libras de pólvora. Los proyectiles estibados en la santabárbara del monitor penetran un máximo de tres pulgadas de blindaje: apenas un tercio de las corazas del “Blanco Encalada” y el “Cochrane”.

—Vaya a tomar un bocado, Elías —Grau llegaba al puente.

—Gracias, señor.

De inmediato ordenó buscar el cable. Parecían de paseo, con las falcas arriba y los cañones descargados. El “Huáscar” no buscaba combate, nada más se proponía incomunicar al Mi-

nistro de Guerra Rafael Sotomayor, recién instalado en Antofagasta. A la una y media se detuvo a 4,000 yardas del enemigo dispuesto a soltar garfios.

A espía apareció la “Abtao”. Mientras el blindado reconocía el puerto, se mantuvo oculta detrás de mercantes neutrales. Repararon su máquina calcinada después del prolongado bloqueo. Una semana atrás su comandante Aureliano Sánchez almorzó con Sotomayor. ¿Y usted se atrevería a batirse de buque a buque con el “Huáscar”? —preguntó burlón el Ministro. Se dice que Sánchez demoró en auxiliar a la “Magallanes” el 10 de julio frente a Iquique. Si usted me autoriza, replicó el comandante. Antes del postre, Sotomayor concedió amplio permiso. A la 1 y 35 de la tarde del 28 de agosto, el primer jefe de la “Abtao” ordenó romper fuego.

Los proyectiles Palliser de 150 pasaron rozando el castillo del “Huáscar”. Grau parpadeó. La invitación al combate tomaba a todos por sorpresa, incluso a los chilenos que observaban al monitor desde los fuertes de tierra.

—¡Zafarrancho! ¡abajo las falcas!

Los tres cañones de 150 de la “Abtao” volvieron a disparar contra el blindado.

—¡Máquina adelante!

En el Fuerte Bellavista, al norte de Antofagasta, cargaban seis cañones Armstrong, uno de 300 y el resto de 150. Al centro y sur se activaban cuatro baterías de 150 y la artillería Krupp de campaña. También se movió la “Magallanes” a descargar su colisa de 115.

Por el “Huáscar” volaban a sus puestos. El aspirante Tizón subió a la cofa a ocuparse de la Gatling. Diez Canseco y Santillana se encargaban de la batería. El sargento mayor José Ugarteche, nuevo jefe de la infantería de marina, arengaba a sus soldados en toldilla. De los Heros y sus condestables cargaban las pequeñas piezas de 40 en popa.

—¡Vivo, vivo!

—¡No demoren! —grita Palacios.

Antes de que el monitor estuviese listo para contestar los fuegos, todas las baterías chilenas lo cañonearon.

La tripulación aplaudió la falta de puntería del enemigo. La corneta toca ataque mientras avanza el blindado a situarse en el centro de la bahía. "Abtao" y "Magallanes" han vuelto a esconderse tras los mercantes. Habrá que esperar sajió para cañonear a los chilenos pues el mar sacude con fuerza al monitor. El redoble del tambor de batalla enardecía a los rifleros. Grau ordenó acercarse al fondeadero.

—¡Listos cañones de 300! —gritó Santillana.

Palacios calculaba la distancia con el estadímetro.

—¡Tres mil ochocientas yardas!

—¡Arriba! —jadeó Diez Canseco.

Melitón Rodríguez manobra el timón de combate. ¡Cuatro cañones contra casi cuarenta!

—Por encima —ordena Aguirre en la torre de combate.

—Sí, señor —Diez Canseco llena sus pulmones—. ¡Fueeeego!

El cañonazo estremeció cubierta. Mientras se diluye el humo pardo, Elías Aguirre persiguió la trayectoria invisible del proyectil. Sube un kilómetro, cae después directamente sobre el puente de mando de la "Abtao". A dos metros del comandante Aureliano Sánchez la granada arrasó tablas, escalas, barandas, chimenea, amura de babor, bitas de hierro y explotó en la entraña del buque. Vieron que la corbeta se encabritaba. Pareció que iba a reventar desde adentro, pero aquel vaho que arrastra cuerpos y objetos desmenuzados escapó por costuras y escotillas. El veterano casco chileno soportó el impacto.

—¡Viva el Perú!

—¡Felicitaciones, Fermín! ¡a ver si lo repite!

—Gracias, mi comandante.

La "Abtao" continuó en combate. El disparo del monitor le había matado siete tripulantes y herido gravemente a otros cinco. Peruanos y chilenos intercambian cañonazos entre vapores neutrales, moviéndose de continuo para encubrirse los expedicionarios y para descubrirlos el "Huáscar". Fracasaron cuarentidós disparos de 150 hechos por la "Abtao" y siete de 115 descargados por la "Magallanes". Algo invisible protegía esta

tardé al monitor que enarbola el pabellón obsequiado por las señoras de Trujillo.

—¡Granadas de segmento! —ordena Aguirre.

—¡Dos mil trescientas yardas! —anuncia Palacios.

—¡Fuego!

Las bombas del "Huáscar" barrieron cubierta chilena. Cinco meses en la mar y ejercicios habían afinado la puntería del monitor. Aunque tomado de través por el oleaje, siguió castigando al enemigo. La "Abtao" hacía humo por dentro. Ahora Santillana disparó su cañón de 300. Vieron despedazarse la banda de estribor de la corbeta. Aquel proyectil la atravesó hasta estallar en las carboneras, matando a cuatro y dejando heridos o mutilados a cinco más.

—¿Vamos por ellos, señor?

La "Abtao" abandonó el combate.

—No —dijo Grau. Conocía ese puerto lleno de bajos y rocas submarinas. No podía arriesgar tanto su buque—. ¡Al norte! ¡A callar los fuertes!

El fuerte y la artillería de campaña enmudecieron tan pronto el blindado cruzó la bahía buscándolos. Sólo el Fuerte Bellavista mantuvo el desafío. Por el anteojo, Carvajal descubrió que preparaban el cañón Armstrong de 300.

—Señor Ferré —dijo el primer jefe—. Pídale a de los Heros que ensaye sus piezas.

—Sí, mi comandante.

El último minuto igual a todos los demás. Y todo ha sido verificado: el mismo aire a gotas, el mismo mar a fondo por sus huesos, la misma sal disuelta bajo su lengua. Apenas cambia la consistencia de las cosas. Todo esto no parece sino tensión de partículas sosteniéndose entre sí, nada apiñándose, nada en tumulto, nada en vida. El teniente ordenó cebar un cañón de 40. Sí, señor. Muy bien, señor. La levita naval abriga la última carta escrita por su padre. *Ser del "Huáscar" es un título que no se compra sino con sangre.* Esperen sajió, a ver si damos exactamente en ese gran cañón que a su vez los apunta. *Los corazones peruanos servirán de adoquines en las calles por donde ustedes pasen en Lima el día que nos traigan la última victoria*

envuelta en nuestro pabellón nacional. El Armstrong apuntaba a popa, exactamente el lugar ocupado por el teniente de los Heros. Lo cargaron con un proyectil de acero enfriado. *Procura tener buena salud para poder pelear y manda en el corazón de tu padre que te ama.* Marinero-alumno-aprendiz Alcides Gutiérrez, admira la confiada experta calma del oficial. Sostuvo la cápsula entre sus manos adolescentes: se abrirá en fuego derribando el equilibrio de lo aparente sólido. Introduce el proyectil, alista el fulminante. A la orden, señor. Gutiérrez hijo de Gutiérrez despedazado, a puntapiés triturado, a garrotazos apeado y arrastrado, a uña despojado de ojos y facciones y en fin colgado y en fin echado a la hoguera, frito, vuelto chicharrón ante la catedral, comido por la turba. Maldito Gutiérrez. Coronel Silvestre Gutiérrez. Grau capitaneó a la escuadra contra la revolución de los cuatro coroneles Gutiérrez y ahora un Gutiérrez lo sigue a la batalla. De los Heros guiñó un ojo al aprendiz de condestable. Vamos a desmontarles su cañón, Alcides, qué te parece. A su vez el cañón chileno elige el timón del "Huáscar". Se gastaba el fondo de la vida mientras una risa desunía sus recuerdos. Porque de pronto todo fue penetrado por esa risa amarillenta que sorprendió a Ferré y Ugarteche, contagiándolos. Sí, las oían pasar. Cien cañonazos chilenos y ninguno acertó. Cuatro horas de combate y el blindado no recibió un rasguño. De tanto remover el aire a ras del monitor, el helado silbido de las granadas Palliser cosquilleaba a los oficiales en popa. A cada disparo descarriado contesta la infantería de marina con aplausos y vivas al Perú. ¿Te das cuenta, flaco? A cinco mil soles cada granada, los habíamos hecho gastar una fortuna. Dos combates más y baja la cotización del peso. A ratos hierve la bahía y de los Heros separa la dentadura, muestra el paladar, la roja calabaza colmada de saliva, los túneles de mucosa por los que asciende aquella voz que piensa decir y todavía. El cañón de 300 hizo fuego, desmontándose por su propia violencia en retroceso. El proyectil estalló al chocar contra el tibio organismo del teniente 2º Carlos de los Heros. Aquella gran esfera anaranjada tumbó de espaldas al mayor Ugarteche. Creyó ver despedidos por el aire a sus camaradas. Ferré giró sobre sí mismo,

empujado por un remolino de aire en ebullición.

—¡Teniente! ¡Mi teniente! —gimió el Guardián Noguera que presenció de lejos la explosión—. ¿Dónde está, mi teniente?

—¿Y de los Heros? —Aguirre trepó a saltos a la batería. El jefe de los cañones de 40 había desaparecido.

—¡Ha muerto! —supo Ferré. Trastabilleó tocándose el pecho.

—¡Cuidado! —el cirujano de primera clase Rotalde busca pulso en el cuello del alumno Gutiérrez.

—¡Estoy bien, claro que estoy bien! —protesta Ugarteche.

—¿Y esa sangre? —Távora muestra la chaqueta cubierta de salpicaduras.

—¡Ahí, mi comandante!

—¡Una gorra, señor!

—Esta sangre no es mía —balbuceó el mayor.

—Señor Ugarteche, creo que nada más queda del teniente Heros —dijo Távora.

—El escapulario es de mi teniente. —Rentería buscaba al oficial.

Ciento seis astillas se habían clavado en el cuerpo del aprendiz Gutiérrez. Lo llevaron cargado a la segunda cámara.

—¡Teniente 2º de los Heros muerto, mi comandante!

Los ojos de Grau no se apartaron del desmontado cañón enemigo.

—¿Y Ferré? —preguntó—. ¿Cómo está Ferré?

—A la orden, mi comandante —su ayudante apareció con el rostro tiznado.

—Informe de los daños, señor Ferré —la voz del primer jefe gobernaba el blindado por encima de toda emoción.

—Sólo unas tablas rotas, señor —se apoyó en la torre de mando—. Realmente increíble, mi comandante.

Petición del Congreso

Art. 1º El Congreso declara digno de ser elevado a la alta clase de Contralmirante de la Escuadra Nacional al Capitán de Navío D. Miguel Grau y recomienda al Ejecutivo para que lo proponga conforme a la Constitución.

Art. 2º Recomienda igualmente a los demás jefes, oficiales y tripulantes del monitor "Huáscar" para que los premie conforme a sus atribuciones y en vista de los partes que ha debido elevar el comandante de esa nave sobre los hechos gloriosos del 21 de mayo y 10 de julio.

Repuesta de La Puerta

Señores secretarios de la Honorable Cámara de Diputados. SS. SS.

S.E. el primer Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo ha dictado la comunicación que sigue: SS. SS.

El Gobierno ha recibido la recomendación que le ha dirigido el Congreso en favor del capitán de navío D. Miguel Grau para que se le proponga de contralmirante de la Armada Nacional.

Como dicha recomendación la cree atendible el Gobierno por cuanto el referido jefe es acreedor del ascenso, no ha trepidado en hacer la propuesta complaciendo así a la Representación Nacional en un asunto bajo todos conceptos justo.

Con tal motivo cree Su Excelencia que es llega-

da la vez de que manifieste la opinión que siempre ha profesado sobre ascensos en el Ejército, sin traer a consideración el encono que pueda acarrear de algunos que están acostumbrados a adquirir ascensos sin merecimientos, y sólo debido al favor o a la instancia de ellos mismos; pues a su conciencia de hombre honrado no puede retraerle esa pequeñez de cumplir con lo que es un deber imprescindible.

Gran parte ha tenido en continuos trastornos (sic) la facilidad con que se han obtenido ascensos; pues ha habido veces que poco se han cuidado quienes los concedían, de inquirir si los agraciados tenían servicios, antigüedad, conocimientos militares y buena conducta. El mérito no siempre ha sido atendido. De lo que resulta que algunos que lo tienen han sido postergados por los que carecen de él.

Prácticamente ha probado Su Excelencia en tres ocasiones que no tiene la errónea opinión de que se deben prodigar ascensos inmerecidos en el ejército, pues que él no ha buscado prosélitos concediéndolos a quienes no lo merecen, dañando así la moral militar, creando rivalidades y haciendo sin justicia ni necesidad más pesada la carga del Erario. El año de 1855 fue Ministro de la Guerra y Marina 8 meses y sólo consintió en autorizar dos despachos de capitanes de artillería, de dos tenientes y uno de teniente coronel en favor de D. Simón García, qua a su mérito unía la rara circunstancia de tener la antigüedad de 22 años de sargento mayor.

El año de 1857 estuvo Su Excelencia encargado del gobierno supremo y sólo ascendió a un capitán a sargento mayor, a dos sargentos mayores con grado de teniente coronel a tenientes coroneles efectivos y a un subteniente llamado Rondón a teniente, por haber vencido a una montonera; y últimamente, en tres meses que van corridos que ejerce el gobierno supremo, no ha ascendido a ningún jefe, ni dado el grado siquiera,

y sólo ha nombrado subtenientes por la carencia que había de ellos para el numeroso ejército que se ha improvisado.

Estos recuerdos tienen por objeto que el Congreso se penetre de que cuando el Gobierno en ejercicio de sus atribuciones da ascensos en el Ejército del Sur, en el de reserva o en la Marina, antes o después de la victoria que obtendremos, y proponga para los que no tiene facultad de acordar, serán muy merecidos y con solo la mira de que los agraciados recuerden siempre que la Patria, a la que tienen el deber de servir y sacrificarse por ella sin derecho a recompensa alguna, ha quedado satisfecha del exacto cumplimiento de la obligación del ciudadano.

Ministerio de Guerra y Marina

Señores Secretarios de la Honorable Cámara de Diputados.

Su Excelencia el Primer Vicepresidente de la República encargado del Poder Ejecutivo, en ejercicio de la facultad que le confiere el inciso 13 del artículo 49 de la Constitución, ha resuelto proponer al cuerpo legislativo para el ascenso al empleo de contralmirante de la Armada al capitán de navío D. Miguel Grau, en justa atención a sus servicios en la presente guerra y a los que constan en la adjunta libreta.

Me es honroso dirigirme a USS. en cumplimiento de dicho acuerdo del Poder Ejecutivo, para que se dignen USS. dar cuenta a esa H. Cámara de esta propuesta a fin de que obtenga la aprobación constitucional que corresponde.

Dios guarde a USS.

Manuel de Mendiburu

El día del almirante

Atardecía. A esta hora, el morro de Arica reverbera como un enorme prisma y el sol pinta de rosa y melocotón las enjalbegadas fachadas de Arica. La luz penetra en Grau como un mal agujero. Oyó chirriar la cadena del ancla hasta que tocó fondo. "Manco Cápac" y "Oroya" saludaban ruidosamente al nuevo almirante. Grau se enteró de su ascenso al fondear en Iquique. También aquí lo espera una multitud en el muelle y la ribera. La banda de músicos del Batallón Victoria sopla vigorosos aires guerreros. Su Excelencia el General Daza envió una comisión al mando de los coroneles Bonifacio Pacheco y Adolfo Flores para saludar al jefe del "Huáscar". En primera fila en el muelle espera el contralmirante Lizardo Montero y un nutrido grupo de marinos y oficiales del ejército. Hasta el blindado llegan los gritos de la muchedumbre y el traquido de cohetes de fiesta.

¡Viva Grau! ¡Viva el Perú!

Muy bien, a tierra. Comandante Aguirre, quédese al mando. ¡Falúa! Embarcó con Melitón Carvajal, el cirujano Távara, el mayor Ugarteche y su jefe de detall Melitón Rodríguez.

Más de dos mil personas desbordan el muelle, la explanada de la aduana y las calles contiguas.

Viste Grau uniforme de capitán de navío. Enarbola su buque la misma vieja insignia de siempre. Matronas de muchas ciudades del Perú y Bolivia competían en bordar las charreteras que ha de usar el héroe. Montero adivinó su estado de ánimo. Porque a bordo del "Huáscar" existe gallardete de almirante y Grau no lo quiere usar. Atracó la falúa.

¡Bienvenido, Miguel! ¡Te felicito, Almirante!

Gracias, Lizardo.

Se abrazan. Sonríen a la multitud. Caen pétalos, mistura, coronas de flores sobre Grau. Su diestra atrapó una guirnalda adornada con cintas de seda roja y blanca. Leyó la tarjeta: familia de F. Román. La conservó consigo mientras recibe el

saludo de oficiales navales y del ejército y los parabienes de Daza. Al salir del muelle, cedió la vereda a Montero.

—No, Almirante —sonrió su amigo—. Hoy es tu día.

—Gracias, Lizardo —el señor Grau ocupó la derecha—. ¿Y cuándo llegan las granadas de acero?

Del Resguardo y la Capitanía cayó sobre los marinos un diluvio de flores. Grau descubrió el rostro atribulado del teniente Arturo de los Heros en medio de la multitud. Imposible detenerse. Como un organismo cuya voluntad fuese distinta y superior a la suya, la muchedumbre lo llevaba a casa de Mariano Ignacio Prado. Su Excelencia aguarda en la terraza. Sólo Grau y Montero subieron a su encuentro. Frente al gentío, el General lo abrazó efusivamente.

Carta de pésame

Sr. Dr. D.

Juan de los Heros

Señor de toda mi consideración:

Sumamente conmovido tengo el honor de dirigir a usted la presente, para manifestarle el profundo sentimiento que he experimentado con motivo de la sensible pérdida de su hijo Carlos, acaecida el 28 de agosto último al frente de Antofagasta, combatiendo con los enemigos de la Patria.

Si al recordar este acontecimiento y cumplir tan penoso deber, sólo tuviese en mira dar testimonio de haber visto sucumbir a un valiente, pronto estaría satisfecho de mi propósito, pero me mueve además y me aflige sobre manera recordar, sin esperanza de volverle a ver, a uno de los oficiales más distinguidos que he tenido bajo mis órdenes: su ejemplar modestia, su pundonoroso comportamiento, su caballeresco porte y

cuantas dotes personales pueden adornar a un oficial estaban reunidas en él y se notaban con sin igual naturalidad. Prueba de estas recomendaciones es el inconsolable pesar con que todos en el buque, todos desde el que suscribe hasta el último de los marineros, le recuerdan con cariño y se disputan las manifestaciones más sinceras de su sentimiento.

Honor y gloria son los legados que hemos recogido los que le vimos en su último momento y como un sagrado deber que, si bien no puede enjugar el justo duelo de sus padres, puede llevarles un consuelo que mitigue sus dolores, trasmítote este precioso legado que formará el orgullo de su familia y uno de los timbres de nuestra historia.

Dígnese usted aceptar y transmitir al seno de su respetable familia, a la par que estos sentimientos, los de particular aprecio con que me es honroso suscribirme de ustedes muy atento amigo S. S.

Miguel Grau

El almirante rehusa charreteras

(Carta al diputado Carlos M. Elías)

Muy querido compadre:

Con gratísima satisfacción he leído tus dos cariñosas cartitas del 8 y el 13 del presente y sabido por ellas que tanto tú como Jesús y demás familia se conservaban a Dios gracias sin novedad.

Tú no ignoras querido Carlos que soy hombre de pocas palabras, pero las que sencillamente expreso son naturales y nacidas del corazón, así pues acepta, en estas pocas líneas, mi profundo agradecimiento por tus

sinceras felicitaciones y por todos los demás servicios que me has prestado con motivo de mi ascenso a contralmirante.

Qué te puedo yo contestar a los términos para mí tan lisonjeros de tus amables cartas, nada que no sea expresarte toda la estimación que te tengo.

Creo que no debes darle tanta importancia al combate del 28 librado en Antofagasta porque pudo hacerse más.

Si algo pueden halagar en este mundo los honores militares, ciertamente yo debía estar muy satisfecho, como en efecto lo estoy, por haber obtenido un ascenso por unanimidad en ambas cámaras, y sin embargo de esto me he visto obligado a renunciar, no al contralmirantazgo, que no se puede, pero sí a los goces y uso de la insignia, por muchas razones que reservadamente te voy a referir.

Primera razón. Mientras el "Huáscar" tremolaba un simple gallardete de comandante nada de particular tenía que yo huyera (conforme a órdenes) a la vista de un blindado, pero ya con insignia de contralmirante, sería para mí muy vergonzoso tener que correr con ella izada.

Segunda razón. Yo abrigo la vanidad de creer que ninguno maneja el "Huáscar" como yo, y en este concepto no encuentro otro que me remplace, que conozca las cualidades y defectos de este buque; circunstancia que influye principalmente en el éxito de un combate. Como Almirante en Jefe no me sería posible que yo dirigiese el buque y en el caso de tener comandante habría necesidad de estarle diciendo colóquese U. en tal o cual situación, vaya para atrás o para adelante, etc. etc.; lo que no es posible mandar en un combate y con un solo buque.

Tercera razón. Prado con su vanidad cree saber ya más de marina que cualesquiera de nuestros jefes y da órdenes y discute asuntos profesionales con un

aplomo asombroso. Aparte del sistema que tiene ya arraigado de entenderse con los inferiores sin consultar con los superiores, dando esto lugar a ponerlos en ridículo.

Cuarta razón. Se me quiere imponer un comandante que a mí no me conviene, porque no lo creo competente.

Todos estos fundamentos han obrado en mi ánimo (y otros muchos que el apuro no me permite consignar) para decidirme a solicitar que se me deje como simple comandante del "Huáscar" y se me excuse del uso de la insignia.

Como tú comprenderás también he renunciado al sueldo para ser lógico. Todavía no me ha contestado el Director de la Guerra.

Francamente te lo digo: yo no deseo el mando de la Escuadra (que entre paréntesis está reducida a este buque) pero lo natural hubiera sido que al mandarme mis despachos, el Gobierno ha debido mandarme también mi nombramiento de Comandante General de la Escuadra, en lugar de dejarme de Jefe de División como antes.

No dudo que después de la relación que te he hecho me des tu aprobación justificando mi proceder. Espero me lo digas con toda sinceridad.

Saluda a Jesús cariñosamente, lo mismo a Misia Manuela Rosita y Pedro, sin olvidar a Marianita, Misia Rosario, Enriqueta y Canaval y tú recibe un fuerte abrazo de tu afectísimo amigo y compadre.

Miguel Grau

P.D. Mi estación aquí se ha prolongado más de lo que yo habría deseado por haberse ignorado el paradero de los buques enemigos. Dales memorias a nuestros amigos de Hoja Redonda y díles que si los héroes son como yo, declaro que no han existido héroes en el mundo.

Deseo que me guardes el secreto respecto a la renuncia. La "Unión" hizo viaje a la China: llegó al Estrecho dos días después que había pasado el "Glenelg" y dejó el mismo Estrecho dos días antes que pasara por allí el "Genovese", ambos con armas.

Proa al sur

—Glaspys ya no vendrá, Miguel —el cirujano Távara sorbió café. La acompasada trepidación del buque anuncia que al fin navegan en convoy al sur.

—¿Por qué, Santiaguito? —el Almirante sentía particular aprecio por Edward Glaspys, calderero del "Huáscar". Perdió el monitor en el Callao, mientras recogía urgentes repuestos en la Factoría Victoria.

—Viruela —resumió Távara—. Murió en el Lazareto.

—¡Pobre hombre! —una mueca contrajo el rostro del Almirante. La epidemia ha fulminado a trescientos limeños desde abril.

—Se quedaron Reyes y Nieto, señor —comenta el teniente 1º Rodríguez. Los corresponsales de "La Opinión Nacional" y "El Comercio" fueron a pasar la noche en tierra. De improviso llegó la orden de partir. Los buques abandonaron la bahía sin ser vistos desde tierra. Recién mañana los periodistas sabrán que perdieron el viaje.

—¿Sirvo su tónico, señor?

El Almirante asintió. Vestía antiguo uniforme con presillas de capitán de navío.

—Gracias, Medina.

Del entrepuente llega el comandante Carvajal frotándose friolento las manos. Viaja el "Huáscar" seguido por la "Unión" y el "Rímac". Esta vez los buques peruanos se mueven a la aventura, calculando su travesía gracias a confusas noticias de Chile. Dicen que el "Cochrane" sigue reparándose en Valparaí-

so, adonde entró remolcado, y que el "Blanco Encalada" se refugia en Mejillones y Coquimbo, a la espera de componer sus calderas. El Supremo Director de la Guerra insistió en descargar un golpe por sorpresa al enemigo. Enviaron otro torpedo al monitor, con nuevos técnicos para activarlo. Una vez que el "Rímac" descargue pertrechos en Iquique, "Huáscar" y "Unión" seguirán si es preciso a Coquimbo, a torpedear al buque insignia chileno, de noche y en puerto. Grau estuvo en desacuerdo con las órdenes y consiguió rectificarlas. Imposible atacar por sorpresa en tiempo de luna llena. Será mejor descargar el torpedo e ir al Callao a limpiar fondos y calderas y a proveerse de granadas Palliser, que llegarán de Panamá probablemente a fines de octubre. El Almirante también quería blindar la cofa para proteger a los servidores de su única ametralladora. Si el "Huáscar" puede recuperar su primitiva velocidad de doce nudos, si con nueva munición puede perforar el más grueso blindaje enemigo, si cada día progresa la puntería de sus cañones, si la escuadra chilena sigue dividida en dos cuerpos con un blindado al frente cada uno, si es posible separarlos para combatir de frente con cualquiera de ellos, si la orden de ataque nocturno con torpedo ha sido revocada, ¿por qué insiste el alto mando en enviar al monitor quinientas millas al sur?

—Abusamos de nuestra buena suerte, Melitón —habló el Almirante encendiendo un habano—. Al primer error nos matan a todos.

—¿Cuándo vamos los marinos a decidir lo que conviene a la Escuadra?

—Acaban de descubrir varios contrabandos de metal fino saliendo a Panamá —Távara concluyó de leer su correspondencia—. Sólo a bordo del "Paita" había 37 cajones de plata sellada y en piña.

—¿Cuánto significa en soles, doctor? —se interesó Melitón Rodríguez.

—¡No lo sé! ¿Medio millón?

—El "Huáscar" costó 450,000 pesos —bufó Carvajal.

—¡Y aquí la gente no tiene ni ropa que ponerse! —se agrió Rodríguez.

Desaparecieron los chilenos desde principios de setiembre. Pausados paseos del "Blanco Encalada" no bastan para impedir que los transportes peruanos viajen sin tregua entre Mollendo, Pacocha o Arica y Pisagua e Iquique. Al Almirante lo enfurecía el uso de su monitor en misiones de escolta. Su última travesía a Pacocha sirvió para recoger a la División Luna con el "Chalaco". Ni los Granaderos del Cusco ni los 580 reclutas del coronel Velasco traían uniforme o armamento. Sólo 505 guardias civiles cusqueños llegaron con antiguos fusiles de chispa. Mientras pierden días en acumular inermes rebaños de tropa en Arica, los chilenos reorganizan su escuadra y ponen a punto o refuerzan sus buques. Por quintuplicado y tercera vez eleva el Almirante un pedido de doscientas frazadas y dos cajones de velas estearinas y jabón para lavar ropa. ¡Maldita guerra!

—No es posible que maltraten de esta manera a la infantería de marina —se oyó rezongar a un teniente. Integran la Columna Constitución voluntarios lancheros y fleteros del Callao. Sirven en la guarnición de todos los buques y en la vigilancia del primer puerto. El Gobierno les adeudaba socorros y alcanjes desde mayo inclusive, habiendo algunos que nunca han cobrado por olvido del Comisario. Los uniformes se les caían a pedazos. Ahora les negaban el endoso de haberes para que, sus familias cobraran en el Callao. Hace unos días el Almirante se entrevistó con la guarnición del "Chalaco": anda en harapos, con zapatos rotos y se le debe cuatro sueldos. De noche, los tripulantes de la "Unión" parecen vestidos para una andrajosa representación teatral.

—No sé si alguien en Lima se dará cuenta —habló casi con un silbido el Almirante Grau. Visto desde el Sur, el país empieza a desmoronarse. Envió a Doloritas sus más queridas prendas personales y en tierra dejó los pabellones de seda bordados con hilo de oro y plata por las señoras de Trujillo y de Cochabamba. Sólo ayer recibieron parte de las seis mil raciones de víveres secos solicitadas al Comando de las Baterías.

—¿Qué me dices del pobre Canales? —murmuró Távara. El practicante fue destinado al "Huáscar" el 10 de abril pero olvidaron determinar su sueldo en la resolución de nombramien-

to. No sólo no había podido doctorarse por estar en campaña, sino que servía seis meses sin remuneración alguna.

—Casi hemos agotado los proyectiles de segmento —habló Melitón Rodríguez—. Y los tarros de metralla para la batería de 40 no sirven.

Esa tarde Grau se despidió de Montero con disgustada expresión. No podemos correr siempre que aparece el "Blanco Encalada", Lizardo. Cumplimos seis meses de guerra y estamos peor que al comienzo. Se nos dijo que ganáramos tiempo. Pues bien: ganamos mayo, junio, julio, agosto, setiembre . . . ¿dónde están los nuevos acorazados? ¿Por qué no llegan las armas prometidas? El Almirante Montero mira sus manos vacías. La Cámara de Diputados prefirió emitir billetes en vez de volver al patrón de oro, pero a la vez derogó la ley que permitía seguir emitiendo papel-moneda. ¡Miguel, se han vuelto locos! Pues Miguel Grau no está demente, Lizardo, y en pleno ejercicio de su cordura declara que el "Huáscar" debe ser reparado, que pronto ahí, mar afuera habrá doce buques chilenos únicamente empeñados en destruir al monitor. Con plena cordura cree que no tiene probabilidad de burlarlos con el "Huáscar" en tan lamentable estado y que sesenta días después de que lo hayan aniquilado, los chilenos se lanzarán al asalto de las playas peruanas y, por qué no, a la inmediata rendición de Lima.

—Tarde o temprano alguno de nosotros se va a equivocar —dijo el señor Grau— y acabaremos acorralados por toda la escuadra enemiga.

Persiguiendo al "Huáscar"

Clareaba el 5 de octubre cuando las cornetas del Morro tocaron zafarrancho y tres cañonazos sacaron de sus camas a los vecinos de Arica. Igual que a principios de la guerra, peruanos y chilenos se cruzaron de noche en alta mar sin verse. "Huás-

car" y "Unión" viajaban a Antofagasta. En dirección contraria navegaba el enemigo en pleno. Los blindados llevan a bordo lanchas torpederas con la misión de sorprender y hundir al monitor a la sombra de los fuertes. La "O'Higgins", la "Covadonga", el transporte artillado "Loa" y el "Matías Cousiño" completan la flota. ¡Al fin se atreven! En ropa de dormir asoma la gente a sus terrazas, observando acercarse a los chilenos. Ahora verán, bribones. Creían que el enemigo llegaba a combatir con los cañones de Arica.

Más temprano despertó Montero. Sus vigías descubrieron dos torpederas detenidas fuera de tiro frente a la bahía. Luego irrumpieron los blindados. El Almirante mandó despertar al General Prado. De un lado es una suerte que "Huáscar" y "Unión" hayan viajado al sur o ahora estarían embotellados, aceptando combate definitivo contra muchos enemigos. Claro, habrían recibido lento auxilio del "Manco Cápac", surto aquí esta mañana con la "Pilcomayo", y de las baterías del Morro. Preocupaba a Montero el regreso de Grau. Irán hasta Coquimbo sin encontrar blindados. No hay que engañarse: el nuevo mando naval chileno había salido en busca del monitor.

El pueblo de Arica confundió torpederas con avisos. Seguramente transmiten órdenes de ataque. Después los buques se agruparon al norte de la bahía, a que sus jefes celebraran consejo. Trota la infantería a ocupar trincheras, cargan sus cañones los artilleros, a caballo el General Prado recorre las líneas y arenga a sus soldados. Montero subió al Morro. Si vinieron por el "Huáscar", acaso quieran ejercitarse hundiendo al "Manco Cápac". Contempla techos cubiertos de banderas rojiblancas. Después viaja su largavistas al "Blanco Encalada". Se mantiene sobre la máquina, a 10,000 yardas de distancia.

—¡El General Daza viene en tren! —anunció el telegrafista de turno.

—Que se presente el comandante Carlos Ferreyros —habla el Supremo Director.

Hace tres horas que la pequeña "Pilcomayo" levanta vapor. Su jefe abordó un chinchorro rumbo al muelle donde espera el General.

—A la orden, Excelencia.

—¿Está listo su buque, comandante Ferreyros?

—Sí, Excelencia.

—Ataque usted a las corbetas chilenas —todavía a caballo, a Prado lo acompañan su secretario y tres ayudantes militares—. ¡Capitán Zuleta, la bandera!

El ayudante entregó un cofre al marino.

—Es de nuestro aliado —explica el Supremo Director—. Usela en este combate.

—Sí, Excelencia.

A las nueve y media de la mañana don Hilarión Daza saltó del tren y montó un caballo de batalla del Presidente del Perú. Nunca se había interesado mucho por las actividades navales. Bolivia no tiene un solo buque de guerra. Ahora vio a la "Pilcomayo" alejándose a toda máquina con la bandera boliviana al tope. Gritó que alto, que quiero ir a bordo. Ya tarde para subir a la cañonera, Prado lo invitó a presenciar el encuentro con los buques enemigos desde la cima del Morro.

Media hora después de arrancar en busca de chilenos, Ferreyros reconoció claramente a la "Covadonga" separándose del convoy que se dirige al sur, para registrar a un velero procedente de Pisagua. Los acorazados pasaban de largo frente a Arica. Se oyó zafarrancho y la "Pilcomayo" se lanzó al ataque. La corbeta "O'Higgins" se movió a interponerse. Ferreyros no se amedrentó. Se había alejado seis millas de Arica cuando rompió fuego. A 3,600 yardas de distancia los chilenos replicaron con superiores piezas Armstrong de 150. Un proyectil Palliser cayó a dos metros de su aleta de babor, empapando al primer comandante y a quienes lo acompañaban en el puente. La "O'Higgins" la duplicaba en tamaño y poder, pero la cañonera peruana insistió en la acción, disparando granadas de segmento y acercándose a 2,600 yardas. Dieciséis tiros chilenos erraron blanco. A las 11 y 30 de la mañana los buques enemigos arrancaron al sur, dando alcance a su convoy. Todavía los siguió la "Pilcomayo" durante media hora, descargando su cañón cazador.

En Arica celebraban tan breve escaramuza como si la ca-

ñonera hubiera puesto en fuga a toda la escuadra chilena.

—¡Bravo, bravo! —se alegra Daza. Mostró una sonrisa a Prado y luego se dirigió a Montero—. Oye, Lizardo, voy a ponerle un centinela de vista. Este muchacho Ferreyrós compromete mucho su buquecito.

—¡Mi General, el arco iris boliviano se ha visto envuelto entre las blancas nubes de los disparos al lado del bicolor peruano! —declamó el corresponsal de “El Comercio”—. ¡Esta fraternidad en la lucha y en el triunfo, aunque modesto, es de muy buen agüero!

—Así es, hijito. Ahora vamos a darle un abrazo a Ferreyros —replicó el Capitán General. Dedicó una mirada a la flota chilena navegando al sur por el horizonte y soltó una risotada—. ¡Ah, farsantes!

La víspera

Enrique Palacios chupó el partagás observando la distante costa ocupada por Chile. No puede saber que hay vigías apostados en cada promontorio y que el telégrafo transmite incessantes noticias sobre la posición del monitor. Todos los buques, todos los ojos, todas las fuerzas de Chile tienen hoy una sola preocupación: destruir el “Huáscar”. Era una tontería que a veinte millas de tierra, en un océano vacío Palacios se sintiera vigilado. Y era verdad: lo invisible no cesó de perseguirlo desde el 4 de octubre, cuando el monitor interceptó al vapor “Chala”, de la Compañía Inglesa, sin que nada pudiesen averiguar sobre la escuadra enemiga. La sensación se agudizó después de que tomaron como presa de guerra al bergantín “Coquimbo” en la caleta de Sarco: es lo mismo que tener un espía puesto sobre la nuca, en perfecto acecho que el teniente no puede impedir.

Bruscamente se detuvo la máquina.

—*Ahoy* McMahon! —grita Palacios por la manguera.

—¡Problemas! —se oyó bufar al gringo.

Tres minutos después se presentaron Wilkins y McMahon en el puente. También llegaban Grau y Aguirre.

—Hay que parar hasta la tarde —informó McMahon—. Debo cambiar piezas.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—Cuatro horas.

—Muy bien. Telegrafíen a la “Unión” que se detenga —ordenó el Almirante—. Aprovechen para tomarle 300 sacos de carbón. Proceda usted Samuel —consultó el reloj: las diez y media. Dentro de treinta minutos servirán almuerzo—. Creo que pasaré a la corbeta si Aurelio me invita a comer —guiñó un ojo a Palacios antes de observar la Punta de Coquimbo—. Está todo tranquilo.

—Si me lo permite, Almirante... demasiado tranquilo.

—¿Usted también lo cree?

—Pues, sí. ¿Alguien más lo ha dicho?

—Yo lo pensé, Enrique... ¡una semana y nada! ¡Ni un buque de guerra enemigo! ¡No me gusta!

—Mensaje transmitido, señor —informó Aguirre—. La “Unión” se acerca.

Fue en Tongoy que el Almirante cambió planes y también de humor. Por primera vez desconfiaba de sus propias decisiones. Las noticias recogidas del vapor inglés “Cotopaxi” alarmaron a Grau. Tropas chilenas desembarcaban al sur de Molle para empezar la ofensiva contra Tarapacá. Dicen que cuatro transportes con la “Covadonga” por toda escolta llevan batallones enemigos y pertrechos desde Antofagasta. Se repetía la oportunidad que fracasó en mayo por el naufragio de la “Independencia”. Ni blindados cerca, ni sospechas sobre el rumbo del monitor: una misión perfecta. Sin explicar su propósito el señor Grau ordenó dirigirse al Norte, rumbo a Antofagasta. Golpeará por la retaguardia, capturando o destruyendo transportes cargados de armas y soldados y arrancarán con sus presas hasta el Callao.

El teniente 1º Melitón Rodríguez se encargó de la guardia. La “Unión” se acercaba. Ambos buques arriaban botes

para transbordar carbón al blindado. Palacios bajó a la cámara de oficiales. Su mayordomo Félix componía unas camisas recién planchadas.

—Gracias, Félix. Dile a Pineda que me consiga una cerveza.

—Ahora mismo, niño.

—¡Ah, Félix! Ya tengo veintinueve años, soy oficial de la Marina de Guerra... no me sigas diciendo niño.

—Perdone usted, mi teniente.

—¡Enrique! ¿tienes papel de carta? —se acercó Távara—. El mío se acabó.

—¿Qué escribes? ¿un largo testamento? —Palacios se arrepintió de sus palabras. De pronto se espesaban presentimientos por el buque—. Coge el que necesites.

—Estoy preparando una crónica para "El Comercio" —explicó el cirujano mayor, aficionado a escribir. A veces enviaba colaboraciones a los diarios de Lima—. No hay corresponsales a bordo.

El señor Grau cepilla sus patillas, recoge su gorra, se despide de su ordenanza Alcívar, va directamente al portalón.

—Señor Aguirre, queda usted al mando.

—Sí, mi Almirante.

—En caso de cualquier imprevisto, nos reuniremos en Punta Tetas.

—Comprendido, señor.

Rumbo a la corbeta, el Almirante recordó otras noticias recogidas en el vapor "Ilo", unas horas después de registrar al "Cotopaxi". Sólo queda la "Magallanes" en Valparaíso. La escuadra chilena volvía a quedar completa, ahora reforzada por transportes artillados e incluso provistos de espolón como el "Amazonas". Acaso se repite la historia y mientras los peruanos se acercaban a Valparaíso, los chilenos han llegado al Callao. No, no es posible. Decidió cuidar carbón para regresar a Arica muy separado de la costa. Quizá el enemigo estuviera esperándolo al norte.

Aurelio García y García, del Portal, Salaverry y el oficial de guardia saludaron al Almirante en el portalón.

—Me vengo a almorzar con ustedes.

—Estamos preparados —sonrió García y García!

Al bajar a la cámara, Grau acarició la corbeta. Aquí fue comandante por primera vez, aquí libró su primera batalla. Aceptó un whisky. A más tardar el 15 de octubre habrán vuelto a Arica. Hasta que recogieron noticias en Tongoy, nadie sabe que se proponen los comandantes peruanos. Grau repasó las instrucciones del Supremo Director. Eliminada la orden de usar torpedos, no hay otra indicación concreta que no sea la de escoltar el "Rímac" a Iquique y después seguir al sur. ¡La vieja "Unión"! Todavía es el buque peruano más veloz.

—¿Sabes algo del "Stevens Battery"? —cuchicheó García y García.

—¿Cómo quieres que sepa, Aurelio? —reprochó el Almirante. Estaba en campaña desde principios de agosto. El "Stevens Battery" le parece un buque demasiado viejo. Más anticuada era la "Gloire", que ni siquiera pudieron comprar.

—He oído que el Gobierno recibió una oferta. Nada más —su voz abandonó el tono confidencial—. Bien, caballeros, a almorzar antes de que haya un zafarrancho.

En la cámara del "Huáscar", Palacios masticó sin muchas ganas de tragar. Observa el afilado perfil de Carvajal, el rostro largo de Aguirre, a Diez Canseco que frotaba su bigote en forma de cepillo.

—¿Y qué es de nuestro aprendiz de periodista? —pregunta con voz fuerte.

—¡Estoy curando a un fogonero! —se oye al cirujano Távara.

—¿Terminó usted, señor Canales? —interroga el comandante Aguirre.

—Casi he concluído, señor.

—Pues vaya a dar una mano. Diga al cirujano que se enfría su almuerzo.

Távara entraba.

—No se moleste, Canales —toma asiento y rebusca papeles—. Esta noticia es exclusiva... acabo de recortarla de los diarios tomados al vapor inglés.

—¿De qué se trata?

—El funeral de Carlitos de los Heros en Lima, celebrado al mes de su muerte. ¿Quieren escuchar?

—Lea usted Santiago, por favor —Aguirre dejó los cubiertos.

Mayordomos, grumetes y ordenanzas se acercaron a la mesa.

—Ayer, y dice ayer por el 28 de setiembre, se efectuaron en el templo de Santo Domingo las honras fúnebres preparadas por la familia de Carlos de los Heros en honor de su alma, que yoló a los cielos con la corona de los héroes el 28 de agosto último. ¿Bien escrito, verdad...?

—Siga, doctor.

—...El templo se hallaba lúgubrementemente engalanado. Por doquiera parecía escucharse el tétrico revoloteo de la muerte: las naves se encontraban cubiertas por cortinajes de terciopelo negro, salpicadas de lágrimas de plata...

Las manos de Diez Canseco convertían en polvo un pedazo de galleta.

—...Delante del presbiterio y al pie de la bóveda principal del templo, se alzaba el catafalco, tan hermoso como sencillo a la vez que majestuoso. Sobre una base de dos metros cuadrados, poco más o menos, se elevaban cuatro columnas que sostenían la cúpula del catafalco. En la cavidad interior se veía la caja mortuoria que simulaba contener los restos del malogrado marino: sobre esa caja se veían el retrato de Heros, su gorra de teniente 2º, lo único dejó su cuerpo sobre la cubierta del "Huáscar"; una corona de ciprés tejida y varias prendas y armas de marina. El mérito de la caja estaba en su elegancia y sencillez...

—Me habría gustado estar allí —dijo Diego Ferré.

—...En la parte superior del catafalco se leía en letras amarillas: Carlos de los Heros. Después, en la parte delantera y uniendo las dos primeras columnas: *Antofagasta Pro Patria Mori, 28 de agosto*. En las bases de los trofeos se leía también: *El Regimiento Húsares de Junín número 1 a Carlos de los Heros, y el Regimiento de Torata a Carlos de los Heros...*

Palacios se aclaró la garganta.

—...Custodiaban el ataúd miembros de la Compañía de

Bomberos Lima N° 1. Cuatro piezas de artillería, con una dotación de marineros vestidos de gran parada rodeaban el catafalco. Pocos momentos antes de principiar la ceremonia fúnebre, las tres naves del templo se hallaban completamente llenas de las personas más distinguidas de nuestra sociedad. Allí estaban dos edecanes de Su Excelencia, representándolo; el señor Ministro de la Guerra y el de Relaciones Exteriores; la mayor parte de los marinos que había logrado venir a tierra, oficialidad de todos los cuerpos de Lima y, en fin, muchas otras personas y comisiones de distintas sociedades. Impresionante, ¿no es cierto?...

Távvara se refrescó con unos sorbos de vino.

—...La Misa fue pontificada por el obispo señor Huerta, en la que tomaron parte en el canto de Rossini los señores Ayarza, Sormani, Delgado, Ferreti, Puente, Lorente, Molfino y Castro, cuyas voces unidas a los acordes de la orquesta llenaban el templo de una música verdaderamente funeraria. La ceremonia terminó cerca de las dos de la tarde.

La memoria extravió sus miradas a cercanos días de combate. Nadie habló durante un rato.

—Con su permiso, comandante —se incorpora al fin el teniente 2º Diez Canseco y alza su copa de burdeos—. A Carlos de los Heros, presente.

—Presente —respondieron oficiales y aspirantes puestos de pie para beber.

Palacios contempló sin hambre su almuerzo a medio terminar. Al final de la travesía aguardan alimentos que no causan hastío. Apariencia de uvas, rosadas carnes, leve pulpa aduraznada, sangres picantes, pimentosas vísceras, todo como hecho de cristal, como de aire. Nada ha de impedir la pálida elegancia muerta de ancianos marinos puestos a enterrar lejos del océano. Aún los fornidos se encogerán entonces al quebradizo tamaño de los más pobres del mundo, tremenda nuez deglutiéndose a sí misma. Algo juega ahora con los hombres sintiendo que la destrucción es una cosquilla. La muerte: punto de luz para encantar a los niños, atentos a su crepitación minúscula y cavernosa, ajustadamente capaz de fusionar una gota de agua. Alguien comercia explosiones Palliser con humo lila o verde lechuga o co-

mo de costumbre rojo, a escoger también con perfume a rosa o religioso olor a primera muerte, bombas silenciosas y jadeantes y gregorianas o envueltas en piel de hembra recién nacida. Acaso Velarde y de los Heros no han muerto. Quizá duermen. Tampoco el tiempo pasa para el sueño.

En la "Unión" el Almirante aceptó un habano. No acostumbra fumar al mediodía pero bebió un coñac y encendió el tabaco disfrutando la charla de sobremesa.

—... a tí te pusieron preso los ingleses —rió García y García—. Me acuerdo bien.

—Fue el 17 de enero de 1865 en Plymouth —Grau sonrió—. Tampoco yo lo olvido. Me arrestaron 48 horas.

—Tuvo que intervenir el Plenipotenciario Barreda —en esa época García y García inspeccionaba la construcción de la "Independencia".

—Hubo un problema con la ley de alistamiento en marinas de guerra extranjeras —explicó el Almirante—. *Mister Priespe* y *mister Crapes* se llamaban esos sinvergüenzas. Los había contratado para tripular la "Unión". Malas personas. Tuve que despedirlos por insubordinados y ellos se quejaron de maltratos. Salía de casa del Almirante en Jefe del Apostadero de Plymouth cuando me detuvo un superintendente del condado de Kent, un hombre muy terco. El juez de paz de Dartford ordenó que me enviaran a Londres. Protesté por la injuria que suponía a mi país y a mi uniforme. En el tribunal sólo me preguntaron si era comandante de este buque. El conde Russell, que era Canciller, dio amplias satisfacciones.

Jóvenes oficiales guardaban silencio encantados por esa atmósfera de intimidad, atentos a la locuacidad poco frecuente del Almirante.

—¿Y si te encontraras con la "Chacabuco"? —preguntó del Portal luego de un silencio—. Ahí está Viel.

—No quisiera encontrarlo —replicó Grau. Sus ojos parecían decir que en ese caso tendrá que hundir a su concuñado. La sombra de la guerra le dio alcance—. Aurelio, por favor, la Carta de Navegación.

Almuerzo y sobremesa habían concluído. Se retiran los ofi-

ciales dejando solos a Grau, García y García y del Portal.

—Esta noche entraremos aquí —el Almirante señaló Antofagasta en la carta.

—¿Con qué objeto? —se extrañó García y García.

—Del "Cotopaxi" me han confirmado que la escuadra chilena protege actualmente el desembarco de su ejército en Molle. Sorprenderemos sus transportes al salir de Antofagasta.

Trescientos sacos de carbón pasaron al "Huáscar". Tom Wilkins subió a cubierta a informar que la máquina está lista. Sólo aguardan al Almirante para continuar navegando. Aguirre telegrafió a la "Unión" pidiendo órdenes.

Palacios va y viene por popa. Mira el sitio donde la figura familiar del teniente de los Heros se evaporó para siempre, examina la memoria de sí mismo inventariando cuanto falta por hacer. De pronto se animó.

—¡Real Felipe!

—Diga, mi teniente.

—Se necesita música, zambo. Hay buen tiempo.

En el portalón de la "Unión" el Almirante cuchicheó sus últimas instrucciones a García y García.

—¿Listos, muchachos?

—Listos.

—Vamos a cantar algo especial, mi teniente, en homenaje a los capitanes Arellano y Bustamante que nos están escuchando.

—Cuidado, zambo, no te vayas a ganar un arresto.

—¿Qué es esto, mi capitán? Se trata de una canción cuyo autor es el señor Tunante, que escribe en el diario "El Nacional", mi capitán.

—Ya pues, empiécen —se impacientó Palacios.

Aplausos en popa de su blindado llamaron la atención del Almirante acercándose a bordo de su falúa.

*Tengo una chinita
que me quiere más
que a la Virgen Santa
cuando va a rezar...*

Los cantores del "Huáscar" y de la Columna Constitución se acompañaban con guitarra, mandolina, cajón y rondín.

*... ¡Ah, si usted supiera
señor capitán
que vida tan perra
la del melitar!*

Una rápida sonrisa pasó por el rostro de Grau cuando subió al monitor.

—¿Una fiesta?

—Son los músicos de Palacios —contestó Aguirre—. Dice que necesitan cantar un poco.

—Buena idea. Nos vamos.

—¿A Punta Tetas?

—Sí, Elías. Esta noche visitamos Antofagasta.

El "Huáscar" cabeceó arrancando al norte.

*... Cuando no la veo
no sé que me da
casi tengo ganas
de irme al hospital...*

Se amontonaba la guarnición en toldilla, llevando el ritmo con palmadas. Bustamante, Arellano y Palacios carcajearon. La gruesa voz de Máximo Rentería parecía sostener el caricioso canto del lancharo Quiterio Gallardo.

*... Mientras hago guardia
corazón leal
hace también guardia
junto a su beldad...*

Cincuenta garantas se agregaron al coro.

*... ¡Ah si usted supiera
señor capitán
qué vida tan perra
la del melitar!...*

En el camarote que ha ocupado siete años y once meses exactos, el Almirante se despoja de la levita y los botines, también de la camisa. Observa sus pies blancos moviendo los dedos antes de enfundarlos en sus pantuflas de Oriente. Tumbado en la litera escucha crujir al buque. Aquel laberinto de acero donde respiran, se alimentan, sudan, defecan y mueren más de doscientos tripulantes, también es su casa. No está mal: guardiamarina en 1854, alférez de fragata en 1856, teniente segundo en 1863, teniente primero en 1864, capitán de corbeta en 1865, capitán de fragata el mismo año, capitán de navío en 1868. Y ahora Almirante del único solitario monitor a su mando. Nadie lo podrá convencer de haber hecho hasta ahora algo de veras extraordinario. Suspiró casi quejándose. Pese a la trepidación de la hélice y al ruido del mar agitándose contra el casco, escuchó las voces de quienes cantaban en popa. ¡Ah, si hubiera un práctico sucedáneo de la muerte! El sueño sueña: rara vez descansa más profundo que la muerte. Espejos son, repitiendo carnosos pensamientos de colores, obstinada apremiante linterna mágica estrenando vaticinios, soñar que todo es de piel y hueso, soñar que no soñábamos.

Rentería cajoneaba contemplando pasar errabundos pelícanos de regreso a rocosos refugios.

*... Todos si es que muero
ay me olvidarán
ella, sólo ella
no olvida jamás...*

La distancia que los separa de casa, el atardecer, la soledad en el océano endulzaba sus voces.

*... Si morir me toca
nos han de enterrar
porque ella de pena
sé que morirá...*

Llorarán cálidos callejones peleadores del Callao, llorarán enjalbegados hogares paiteños, lejanas madres europeas y neo-

yorquinas. Si los matan y destruyen al "Huáscar", llorará un país intuyendo por primera vez que la guerra se puede perder. Palacios sonrió con amargura al recordar a injuriados caballeros limeños que prometen echar a los chilenos si es preciso con los puños.

*... Ah, si usted supiera
señor capitán
qué vida tan perra
la del melitar!...*

Boca arriba duerme el Almirante. ¿Qué hacen aquí Enrique y Oscar con atuendo marinero? Váyanse. Pronto llegarán enemigos. También Miguel Gregorio se acerca a mover los labios sin que sonido alguno notifique al Almirante la razón de su angustia. Avisa Miguelito y su padre no consiguió descifrar el mensaje. Para ver a Dios, la muerte. Para soportar agonías, la muerte. Para el tedio, la muerte. Para no sentir más curiosidad, la muerte. Para curar del miedo, la muerte. Comprimían muerte en confites infantiles, la dosis del olvido realizado como un acto de amor hacia sí mismo: mueran de veras en el gran regazo inactivo del tiempo, da igual ahora que más tarde, basta un trozo de muerte para morir enteramente. Volvió Miguel Gregorio y Doloritas no ha de saludarlo. No es necesario morir un siglo para haber muerto, bastaba parpadear y entretanto no haber sido nunca ni ser jamás el mismo de antes. Dicen, papá, que los recién muertos creen nunca haber existido y los que regresan ya separados del espanto, no recuerdan el placer de quitarse el cuerpo y ser no siendo. Pero morir tampoco es solución; hasta la muerte se repite, aún multiplicada al infinito no hay en ella nada nuevo. ¡Nada! Empapado en sudor el Almirante yace inmóvil, gritando sin gritar que se lleven a sus hijos del monitor. La batalla va a empezar. Vista desde la vida, la muerte no era del todo natural, algo falló en la separación de la luz y las tinieblas infectándose lo uno de lo otro. Todo quedó en dos vagamente opuestos y no siempre entre exactos contrarios, porque no es la mañana el reverso de la noche sino su continuación y antecedente y el viento combate con el sauce, rara vez lo aca-

ricia. Bufa el monitor al norte y luego al noroeste. Vete de aquí, Miguel Gregorio. Te van a matar otra vez. ¡Almirante! Dicen haber visto a Dios pero no hay memoria fidedigna como no sea este rastro del caos, la gran locura superior en tontas órbitas puntuales. Acaso El ansiaba fabricar su propia muerte a fin de no soñar más la soledad de Dios. Si al fin algo tuviera sentido, si nada ocurriera en vano. Muerte efímera, muerte imposible, muerte de muerte. ¡Almirante, Almirante! Fuera de aquí, todos. ¡Señor Grau! Alcibar lo sacudía. Despertó con el cuerpo adolorido, tan húmedo como si saliese del mar.

—¡Almirante! ¡son casi las siete!

Angamos, 8 de octubre

A la una y veinticinco de la mañana del 8 de octubre, el Almirante avistó las luces de Antofagasta. Quedará la "Unión" patrullando entre Punta Tetas y Playa Brava. El gran campamento enemigo dormía. Palacios subió a la cofa con sus binoculares. Entraron hasta los arrecifes. A la luz de la luna el teniente examinó el muelle: ni rastro de pertrechos. Tampoco hay transportes chilenos, ni tropas vivaqueando en la explanada o a la espera de embarcar. Se deslizó de regreso a cubierta. Cumplen siete días sin ver buques de guerra enemigos.

En el puente Grau escuchó el informe con rostro inexpresivo. Sospechaba. Paseó de babor a estribor acosado por premoniciones. Su locuacidad del mediodía cedió a un sombrío humor a la hora de la cena. Olvidó iniciar la conversación en la mesa de oficiales, así que todos comieron en silencio, de reojo atentos a la tristeza del Almirante. Ahora enfocó su catalejos y confirmó la indiferente calma del cuartel general chileno.

—Dios no lo quiera —adivinó— ...caímos en la trampa. ¡Señor Aguirre, a toda fuerza y al noroeste!

En la bahía de Morenos, seis millas al norte de Antofagas-

ta, el "Blanco Encalada" recibió por heliógrafo la orden de arrancar. "Covadonga" y "Matías Cousiño" siguieron al blindado.

—¡Redoblen guardia de vigías! —Grau disparaba órdenes mientras sus sentidos se tensan a la vista de ese horizonte plateado por el resplandor lunar—. Melitón... ¡listos para forzar máquinas!

—¡Humo a estribor! —gritó un vigía.

—¡Tres buques, Almirante!

—¡Avisen a la "Unión"!

El telégrafo óptico parpadeó señales.

BUQUES ENEMIGOS

—¡Al oeste! —por fin Grau había cometido un error. Los chilenos estuvieron esperándolo pegados a la costa—. ¡Sala de máquinas, quiero sesenta revoluciones!

Los buques enemigos le cerraban paso al oeste y al norte. Tuvo que virar al suroeste.

Veintiséis libras de presión, bufó Wilkins. Ojalá no revienten esos tubos casi obturados por sales y el calcinamiento de tres meses de campaña. A las cuatro de la mañana la hélice alcanzó sesenta revoluciones.

—¡Oeste! —ordenó virar otra vez.

La "Unión" se pegaba al monitor para ocultarlo de los buques chilenos.

—Es un blindado, no hay duda —informa Ferré—. Los otros parecen la "Covadonga" y el "Matías".

—¿Podría ser el "Cochrane"? —se preocupa Grau. Ha de andar doce nudos después de su reparación en Valparaíso.

—Me parece el "Elefante Blanco", señor —interviene Palacios.

—Distancia, cuatro millas —anuncia Aguirre.

La "Unión" fabrica una espesa cortina de humo negro. Cambió rumbo al sudeste y luego al sur. García y García exigía el máximo esfuerzo a su máquina. Se exhaló a casi doce nudos.

—¡Mordieron! —Ferré vio que los chilenos perseguían a

la corbeta mientras el blindado se aleja hacia el oeste.

El alba empujaba calichosos bancos de neblina hacia el mar. Sopla viento fresco del sur, desfavorable para la marcha del monitor. García y García siguió arrastrando a los chilenos hacia la costa. Ahora el "Huáscar" ponía rumbo al norte, a favor del viento y las corrientes.

—¿Velocidad?

—Diez nudos, señor.

Pronto habrá aclarado completamente. La "Unión" continuaba su paseo haciendo humo frente a los chilenos. El último amanecer y no lo saben. Muertos inminentes permanecen en sus puestos de combate. Miguel Grau los sacará de cualquier aprieto.

LATORRE A MINISTRO DE GUERRA SOTOMAYOR

¡Escapaban! No importa la luz que llega brumosamente, avanzan más rápido que la primera división chilena que al fin descubrió el engaño y cambió de objetivo. Palacios calcula que traen una marcha de seis a siete nudos. La "Unión" se abrió de tierra para sobrepasar al enemigo que se mantiene cerca de la costa.

—Son sus buques más lentos —comentó Ferré. Reconocía claramente al "Blanco Encalada". La corbeta peruana voló a ponerse a babor del blindado.

—¿Sostenemos la marcha en sesenta revoluciones, señor? —indagó McMahon en el puente, preocupado por el calamitoso estado de sus tuberías.

Las cinco y cuarenta de la mañana.

ZARPAMOS DE MEJILLONES RUMBO SO HORA 4.15
SEGUN PLAN CONVENIDO. VIVA CHILE.

La primera división enemiga quedaba atrás.

—Disminuyan velocidad —concedió el Almirante—. Cincuentidós revoluciones.

Navegaron a nueve millas por hora. Roca Esmeralda, Boca Lagartos, Monte Jorjino, Herradura, Punta Low, Angamos,

Gualaguala, Punta Falsa: el rocoso litoral hasta Tocopilla se proyecta por la memoria de Grau. Conoce cada pulgada de costa en este océano en el que no puede cometer una segunda equivocación. No repetirá su acostumbrada maniobra de arrancar veinte millas al oeste para después navegar hacia aguas peruanas. Pese a los 300 sacos de carbón transbordados esa tarde, el monitor sigue escaso de combustible. Calcula que el resto de la escuadra chilena lo espera lejos de la costa. Decidió forzar su paso al norte arrimándose a tierra. Para lograr su propósito tiene que vencer Punta Angamos, que entra profundamente hacia el oeste. No hay duda: le tendieron una trampa desde el "Cotopaxi". La cárdena penumbra que permitió al "Blanco Encalada" reconocer a su verdadera presa, se disolvió neblinosamente. Ahora cruzaban una flotante irrealidad celeste. A ratos sus perseguidores se esfuman detrás del húmedo vaho matinal. Rizaba el viento esa superficie brillante, como un jaboncillo. En el horizonte se fundían mar y cielo en una pálida totalidad apenas azul, atravesada por chillantes batallones de gaviotas. Se ve tierra como algo gris, remotamente sólido. En toldilla, la infantería de marina contempla a los chilenos quedándose atrás.

—¡Chis! —rió Rentería.

Las siete y quince de la mañana.

—¡Humo a la vista!

Qué ganas de vivir o estar en casa. Grau dirige sus binoculares al noroeste. La neblina impidió que identificara al buque. ¿Chileno? ¿Inglés? Venía a su encuentro a toda máquina.

—¡Son tres buques, señor!

Se cerraba la trampa.

—¡A toda máquina! —tronó el Almirante— ¡Diez a estribor!

BUQUES ENEMIGOS

Parpadeó el telégrafo de la "Unión". García y García creyó identificar a la segunda división chilena, integrada por sus buques más rápidos: "Cochrane", "O'Higgins" y "Loa". Calcula el comandante Salaverry que de no haberse distraído en Antofa-

gasta, habrían pasado lejos de la primera división a las once de la noche, a treinta millas de Punta Angamos en la madrugada y a veintitrés millas al norte de la segunda división al romper el día. Uno de los buques chilenos tomaba la delantera por el noroeste. Salaverry reconoció sus cofas blindadas.

¡El "Cochrane" a la vista a diez millas!

—El General Prado ha ordenado no entablar combate a menos que no se pueda escapar —dijo García y García a sus oficiales reunidos en el puente. Mostró el pliego de instrucciones. Si se separan del "Huáscar" pueden emplear la velocidad de la corbeta para dividir la formación enemiga y perderse rumbo al norte. Los oficiales estuvieron de acuerdo—. Muy bien, suscribiremos un acta con el acuerdo de esta junta... ¡A toda máquina!

La "Unión" maniobró a popa del monitor, ganándolo a toca penoles por estribor.

García y García y del Portal oyeron los tambores del "Huáscar" redoblando ataque. A veinte metros de distancia vieron a los jefes en el puente: Grau, Aguirre y Gáezon. El blindado se prepara para el combate. Se decían adiós sólo con la mirada. Nadie alzó una mano, nadie agitó su gorra. Tampoco el Almirante aparta los ojos de sus camaradas. Se le veía macizo y silencioso, recubierto de la terrible soledad del mando en el momento de las decisiones sin retorno. No movió un músculo mientras su vieja "Unión" pasaba al costado del monitor a doce millas por hora. Elegía entre la vida y la muerte. Adivinaron su decisión: combatir hasta el fin. Su pequeño blindado con dos anticuados cañones de 300 y dos de cuarenta contra doce rápidos modernos Armstrong de 250, seis de 115, veintiocho de otros calibres y siete ametralladoras navales Nordenfeldt. Navegaba el "Huáscar" a sesenta revoluciones pero no basta: el "Cochrane" vuela a interceptarlo.

McMahon subió al puente para observar la posición del enemigo.

—Cuatro revoluciones más —pidió Grau.

—Haré lo posible —prometió el primer maquinista.

En la sala de máquinas se inflaron las calderas. ¡Treinta

libras de presión! ¡sesenticuatro revoluciones! Nunca habían exigido tanto al veterano "Huáscar". Si los fondos no estuvieran inmundos, con 7 pulgadas de vacío y buen carbón de Cardiff esta mañana andarían más de doce nudos.

—Su espada, señor —Alcíbar miró gravemente al Almirante.

—Si es preciso, trasladaremos el hospital a la sala de máquinas —decidió Távara.

—¡Viva el Perú! —bramó el contramaestre Dueñas.

—¡Cinco mil doscientas yardas! —Rochón en mano, sentado encima de la torre de combate, las piernas colgando fuera, Palacios anuncia la distancia que los separa del enemigo. Brilla por fin el sol sobre la cordillera, pero sin evaporar totalmente la neblina. Le pareció acercarse a la batalla dentro de una burbuja celeste, en derredor de la cual se abrillantaba un resplandor anaranjado. La tripulación vitoreaba al taciturno Almirante—. ¡Cinco mil yardas!

Si mantienen el mismo rumbo, los dos buques peruanos quedarán aconchados.

—¡Todo a estribor! —gritó Grau. ¡Hasta la vista, compañeros! ¡Cumple las órdenes y sálvate, "Unión"!

Viró el monitor bruscamente a tierra. Ahora no podrá el blindado encerrar también a la corbeta, que quedó libre, con rumbo al norte. El Almirante vio al "Blanco Encalada" a su verdadera máxima velocidad de casi diez nudos. El comodoro enemigo Galvarino Riveros mandó ir despacio para que Grau, suponiéndolo averiado, no forzara su marcha. La primera división chilena se limitó a empujar a los peruanos al encuentro de la segunda división.

—¡Cuatro mil yardas! —se oyó a Palacios.

Los habían acorralado.

"Real Felipe" frunció la bamba. Perú carnicero, Patria cruel y presuntuosa: lo había maltratado desde la infancia. Esclava su madre, esclavos sus abuelos. Sus antepasados repartidos en haciendas de algodón y caña, subastada su sangre, al mejor postor la propiedad de sus sueños. Pero él había crecido libre en pestilentes tugurios del puerto. Su enorme musculatura alimentada con sudado de bonito y vísceras y sangre de buey se hinchó

mientras se ponen a tiro del enemigo. Cambió miradas con Santos Beltrán y el soldado Talavera que ayudan a servir la ametralladora.

—Usted es un muchacho, váyase de aquí —dijo Rentería—. Nosotros podemos disparar solos.

Tizón sonrió.

—Gracias, zambo. Este es mi lugar.

Rentería sintió admiración por el aspirante de quince años.

—Bueno pues, ¡qué diablos! ¡También es el mío! ¡Muchachos, de aquí nadie baja avergonzado!

—¡Tres mil yardas! —gritó Palacios todavía sentado encima de la torre.

—¿Podrás pegarle al puente? —el comandante Elías Aguirre asoma por una tronera junto al cañón de la derecha—. No vale la pena golpear su blindaje a esta distancia.

—Difícil —murmuró Santillana, a cargo de la pieza. Casi han agotado sus proyectiles de segmento. Pronto tendrán que usar los sólidos. Al otro lado de un tabique acorazado, el teniente 1º José Melitón Rodríguez dirige el otro cañón de 300 servido por Diez Canseco, dos condestables ingleses y diez artilleros de preferencia. Al teniente 2º Santillana se le secaba la garganta—. ¿Distancia?

—¡Dos mil ochocientas yardas! —Palacios no se movía de su observatorio.

—¡Batallón Ayacucho, a estribor! —gritó el mayor Ugarteche dominando el redoble del tambor—. ¡Constitución, a babor! ¡Cubrirse bien!

—No puedo hacer puntería por elevación, comandante. Tendrá que ser tiro directo —dijo Santillana.

El Almirante contempla llegar a su enemigo con las baterías en silencio. Tal vez crean que ha decidido estrellarse contra la roca Angamos. Dio un vistazo a la "Unión" que seguía escapando, ahora perseguida por la "O'Higgins" y el "Loa". Nada más vivió para llegar a este día y a este lugar en el puente de mando del "Huáscar". Rendirse, todavía. O seguir derecho, a naufragar contra escollos que se acercan. Dentro de su cráneo rebotan visiones. No importan sus deseos de vivir o su tristeza,

ahora sus hombres son el Perú. Doscientos cuatro harapientos desesperados sin desayunar ni afeitarse, zambos y oficiales e inmigrantes y cholos de toda la costa: he aquí a la Patria. Muchos sucumbirán sin haber recibido el nuevo urgente par de zapatos por quintuplicado siempre, o sin cobrar alcances y socorros por toda la maldita guerra. ¡Cuántos meses perdidos en escribir solicitudes que no fueron atendidas!

—¡Dos mil trescientas yardas!

—¡Quince a babor! —ordenó el Almirante—. ¡Fuego!

Las 9 y 25 de la mañana.

Fracasó el disparo. No importa. Grau espera que a su vez guíe el "Cochrane" a cañonearlo en andanada, abriendo así la última oportunidad de zafar hacia el norte. Pero el acorazado chileno mantuvo su rumbo inalterable.

—¡Todo a estribor!

—¡Mil quinientas yardas!

—¡Presión 30 libras! —leyó McMahon. El "Huáscar" evoluciona a 10 3/4 millas por hora, estorbado por lapas, caramujos y piojos de mar que forman una costra bajo su casco—. Tom... vuelvo a cubierta, hazte cargo.

—¡Mil yardas! —Palacios veía crecer el alto blindaje del "Cochrane"—. ¡Apunten bien! ¡No desperdicien granadas!

—Le entraremos al espolón —el Almirante parecía morirse a sí mismo—. ¡Todo a babor! ¡Mantengan fuerza al máximo! ¿Distancia de la otra división?

—"Blanco Encalada" a cuatro millas —dijo Ferré.

—¡Quinientas yardas!

—¡Todos a cubierto! —gritó Grau empujando a Ferré a la torre de mando.

El blindado giró en redondo para embestir al enemigo. El "Cochrane" descargó dos cañonazos antes de esquivar al monitor.

—¡Baja de ahí, Enrique! —gritó Aguirre.

—¡Cuatrocientas setenticinco yardas!

—¡Baja, te digo! ¿Quieres hacerte matar?

—¡Trescientas yardas! —ahora Palacios se zambulló en el cubichete—. ¿Cuál es mi sitio?

—A la plataforma de servicio —ordenó el segundo jefe—.

Santillana, a la plataforma inferior.

—Sí, mi comandante.

—"Blanco Encalada" a tres millas.

Tizón barrió la cubierta chilena y le contestaron las Nordenfeldt. Un calor se esparce por el cuerpo del aspirante mientras todos los colores se transforman en intensidades de gris.

—¡Viva el Perú, muera Chile! —gritó el sargento 1º Retes cuando las balas del "Cochrane" astillaron cubierta. Se irguió en toldilla—. ¡Fuego! ¡fuego a discreción!

La atrevida maniobra de Grau para hundir su espolón en la obra muerta del blindado, fracasó cuando el "Cochrane" pareció clavarse en el océano y girar sobre sí mismo usando la ventaja que le daban sus dos hélices, para virar sesenta grados a babor. A doscientas yardas Melitón Rodríguez ensayó un tiro directo.

—¡Fuego!

El proyectil rebotó contra la coraza del "Cochrane".

¡De nuevo al espolón!

Dos explosiones sacudieron al "Huáscar".

—¡Estamos sin gobierno! —se oyó gritar a Carvajal desde la rueda de combate.

Una granada deshizo el guardín de babor, rompiendo por ese lado la conexión entre la rueda y el timón. Otro proyectil abrió el blindaje a proa y estalló en el sollado.

—¡Aparejos, rápido! —replicó el Almirante. Conoce las mañas del monitor: ahora girarán sin pausa a estribor.

Carvajal resbalaba sobre charcos de sangre en la cámara de oficiales. Los cirujanos cosían o atontaban con narcótico a los heridos. Cocinero, calafate, carpintero, grumetes, bocafragua siguieron al secretario de Estado Mayor a popa. Por allí empezaron a anudar expertamente un aparejo de emergencia que moviera el timón a fuerza de brazos.

—¡Mejor nos diesen piedras! —barbotó Rentería exasperado porque sus balas rebotaban en el blindaje de las cofas enemigas. Las malditas Nordenfeldt tiroteaban a la ametralladora peruana. A diferencia de los chilenos, Rentería no puede protegerse tras una coraza. A su costado se chorreó mugiendo el soldado Talavera. De las piernas de Santos Beltrán brincó un

surtidor de sangre.

—¿Está usted bien, señor Tizón? —Rentería recuperaba su tamaño.

—¡Hazles torniquetes, zambo! ¡Apúrate! ¡Munición, pronto! Carvajal inspeccionó el aparejo de poleas. Dos filas de hombres tiraban de los cabos. Corrió hacia el puente.

—¡Listo el timón!

Los tiros chilenos habían desgarrado la bandera del “Huáscar”.

—¡Izen pabellón y al ataque! —Grau calcula una doble maniobra para sorprender al acorazado con su espolón. Sacaba medio cuerpo fuera de la torre de mando. Prefiere combatir a pecho descubierto, de acuerdo con la tradición de Nelson.

Ferré corrió hacia el mástil.

—¡Máquina a toda fuerza!

—¡Toda fuerza!

Subía la bandera.

—¡A estribor!

—¡Estribor!

—¡Todo a estribor!

—¡Viva el Perú! —gritó Ferré con la gorra en la mano.

El “Cochrane” volvió a descargar sus gruesos cañones.

Las 9 y 55 de la mañana.

Ojos puestos sobre la esmaltada superficie azul, vitalicios recuerdos, pulsante querella de cuanto se obstinaba en combatir, huesos fusibles, sus partes en asamblea, sus jugos en reunión reconocieron la magnitud del estampido. He aquí el puntual empedernido proyectil. Se fue deslabonando en gotas, disgustado por la súbita anarquía de sus dientes que chirriaban al incrustarse en el blindaje. Antes de que lo impermeable trasvenara su sangre y que olores oceánicos sustituyeran el hedor de su propia carne abrasada, antes de que lo escarbaran esquiras y a borbollones se descoagulara gasificándose, antes de que la granada Palliser demoliera la blindada torre de mando desintegrando su tronco y su cabeza y sus dos brazos y una pierna para espolvorearlo sobre las aguas de Angamos, el Almirante ordenó entrar al espolón.

Un cuerpo intacto cayó de la torre y el entrepuente se llenó de humo y escombros.

—¡Hagan funcionar esas cigüeñas! —rugió el comandante Elías Aguirre en la atascada torre de combate. Forcejeaban con cañones que pesan doce toneladas. Nadie vio desaparecer al Almirante.

De la roda al codaste sufrió el “Huáscar”. Escapes de vapor gemían en la chimenea. Dueñas miró desconcertado en derredor suyo. El monitor se quejaba. Aquella voz, entre gruesa y lastimada, llama al Almirante. Deshechos los guardines, el buque navega sin gobierno. Regresó sobre sus aguas, describiendo círculos siempre más cerrados, como si el espolón husmeara el rastro del señor Grau. Tensaban poleas y cabos sin que la fuerza de muchos hombres consiguiera contrariar los movimientos del blindado. Exactamente siete años y once meses ha sido su jefe. Balazos chilenos perforaron chimenea y tubos modificando el gemido del vapor que exhalan las calderas, como por una traquea. Su ululación oprimió el ánimo de los guardianes. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué se lamenta el “Huáscar”?

—¡Señor Carvajal! ¡mi comandante! —el mayordomo Pineda se abrió paso a popa apartando heridos—. ¡Ha muerto el Almirante, señor Carvajal!

Por la estrecha penumbra interior del “Huáscar” cargaban el cadáver de un oficial.

—¡Pónganlo aquí! —gritó Távara.

El cirujano Rotalde acercó una vela.

—Es el teniente Ferré.

—¿Y el Almirante? —ensangrentado hasta los codos, Távara examina el cuerpo del teniente. Reventó por dentro. Dicen que el mismo proyectil mató a Miguel Grau—. Llévenlo al camarote del primer jefe.

Alazos negros, como si encima suyo hubiera pasado un corpulento pájaro, sobresaltaron a Rentería. Miró el cielo y su vista se perdió por un infinito despejado. Luego miró la cubierta humeante bajo la cofa y descubrió la enorme llaga negra abierta por la explosión en el puente.

—¡Vea usted, señor Tizón!

—¡Almirante! ¿dónde está usted Almirante? —las manos de Carvajal empujaban la humareda por el entrepuente—. ¡Miguel, por Dios! ¡responde, Miguel!

Se izó por la escala caliente. Ardía el *teak* en la torre arrasada. Después vio al “Cochrane” volviendo a descargar su artillería. Rasaron granadas sobre el comandante y otra explosión en popa hizo perder gobierno al monitor.

—Voy por proyectiles —Rentería se desliza a cubierta.

—¡Cuidado, zambo!

El blindado volvía a acercárceles con sus cofas llameantes.

Rentería se contoneó esquivando balazos. Había caído en el flanco amenazado. Consiguió llegar al puente. Encontró a Isidro Alcívar removiendo ruinas en busca del Almirante. Lo contempló arañar carbones mientras cambiaban cañonazos con los chilenos a 200 yardas.

Detrás de sus ojos, dentro de Alcívar y, visto desde su cabeza, también en derredor suyo sólo hay vacío.

—¿Dónde está el Almirante? —“Real Felipe” sacudió al ordenanza—. ¿Lo han llevado al hospital?

—¡Rentería! —rugió el guardián Ríos—. ¡A su puesto, carajo!

Las 10 y 03 de la mañana.

Carvajal atravesó cubierta. En la batería, José Melitón Rodríguez consiguió mover su cañón. No pudo hacer puntería. ¿Adónde diablos va el “Huáscar”?

—¡Comandante Aguirre! —Carvajal estaba tiznado por las explosiones—. ¡El Almirante ha muerto! ¡Contráigase usted al gobierno del buque que yo me encargo de la torre!

Oficial de Estado Mayor, Carvajal entregaba el mando de guerra al segundo jefe en la cadena del gobierno a bordo.

Las 10 y 05 de la mañana.

El comandante Elías Aguirre es el nuevo primer comandante del “Huáscar”.

A dos millas de distancia, las cornetas del “Blanco Encalada” tocaban ataque.

Solos en este océano, comandante Aguirre. La suerte de doscientas personas depende ahora de usted. Mandingas creci-

dos en el Callao, oscuros sechuranos, esbeltos mangaches criados en la playa de Paita, cholos macizos del Batallón Ayacucho, también ingleses y norteamericanos de cabezas amarillas y rostros color jamón, artilleros griegos, mozos de París, filipinos de corta estatura, un batallón políglota cierra filas detrás de esas planchas de fierro, atentos a la decisión que brota de la garganta de Aguirre.

—¡Al espolón! ¡Villavicencio, Sotomayor! —llamó a los aspirantes. Tendrán que correr por el buque transmitiendo sus órdenes—. ¡Que cierren caña a estribor! ¡Toda la fuerza!

Barba igual a todas las barbas, dientes que no son sobrenaturales, pies por lo común fatigados después de largas jornadas parado en el puente. Si los héroes son como yo, declaro que no hay héroes en el mundo. Rentería sacudió la cabeza. ¡Muerto el Almirante! Con voz temerosa los tripulantes esparcían la noticia. ¡Grau murió en su puesto de combate! ¡Estamos solos! Doscientos héroes harapientos, con los zapatos agujereados, sin balas para acabar el combate recuerdan a su jefe. ¿Qué será de nosotros? ¡Muerto el Almirante! Quemado, pulverizado, volatilizado. ¡Maldito morbo de pólvora! “Real Felipe” echa otra caja de munición a su espalda y trepa a la cofa. Señor Tizón, mataron al Almirante, señor Tizón. Se fue así, dijo chasqueando los dedos. Recargaron la Gatling. A ratos mira Rentería el puente destrozado, como si aún fuese posible la reaparición de Grau. ¡Ahí vuelven los chilenos, señor Tizón! “Real Felipe” miró el cielo como conversando con el Almirante. Fuego, ordenó Tizón. Directo a las cofas, zambo.

Aguirre crecía subiéndose por la torre de combate para observar al enemigo.

—¡Cinco a babor! —vio el buque chileno a 300 yardas de su proa y gruñó—: ¡Lo tenemos, casi lo tenemos!

—¡Mantengan rumbo! —vocifera Gárezon a cargo de los aparejos de gobierno.

Viéndose embestido, el jefe del “Cochrane” ordenó a su vez entrar al espolón. Los dos blindados se acometían con todo el poder de sus hélices.

—¡Cien yardas!

Las 10 y 08 de la mañana.

—¡Cúbranse! —Aguirre salta dentro de la batería—. ¡Vamos, muevan esos cañones!

—Treintidós libras de presión —leyó McMahon en la indemne sala de máquina.

Cuarenta tripulantes tensaban los cables del timón.

—¡Ahora, disparen!

Los blindados se cruzaron casi raspando sus cascos. A boca de jarro, primero cañoneó el "Cochrane".

Un proyectil de acero enfriado horada el blindaje de la torre y estalla contra los muñones y el compresor del cañón de la derecha. La conmoción mató a los artilleros Dunnet y Varnish. El teniente 2º Santillana subía de la plataforma interior cuando el golpazo de aire endurecido lo aventó de espaldas hasta el entrepuente. A ratos parece que fuera a derrumbarse un trozo de blindado. Planchas de diez centímetros de espesor soportan el choque de granadas que llegan a 5,000 yardas por segundo. Suena el casco como si lo aplastara un martillo poderoso, rechinando la coraza a medida que los proyectiles la rompen y atraviesan para estallar contra los mamparos interiores. Avanzan sacudidos, siseando. Un caldo de sangre y agua de mar se mueve a impulsos del balance por estrechos pasillos. Santillana se levantó por la oscuridad pestilente a hombre achicharrado y tanteó el regreso a la batería. También se incorpora el comandante Carvajal, sintiendo sus ojos vaciados por el impacto: tropezó con el cadáver del artillero Caloyeras y se fue de bruces. Santillana lo arrastró hacia el entrepuente.

Las 10 y 10.

El teniente 2º sentía los tímpanos aplastados. Una esquirola cortó su oreja y sien izquierda y la sangre le empapaba el cuello. No recuerda otra cosa que el estampido y al señor Carvajal delante suyo, soportando lo peor de la explosión. Le había servido de biombo. Dos tripulantes depositaron sobre el piso a otro oficial cerca de Santillana. ¿Quién eres? Palacios se retorció sosteniendo su quijada con las manos. A borbotones la sangre, a hilachas la lengua, a pedazos el paladar. ¡Maldita guerra! Un pañuelo, quién tiene un pañuelo, alfileres, algo que

sirva para cerrar esta mandíbula y seguir combatiendo.

Muerto el artillero Perry, señor. Muerto Avenell. Muerto Felipe. Y siete heridos graves, mi comandante.

—¡Fuego!

El cañón izquierdo manejado por Rodríguez despachó su última granada de segmento contra la popa del "Cochrane". Se abrió paso por la aleta de estribor, arrasó el camarote del primer jefe, deshizo un tubo cohetero, el botiquín y un pañol. Salió a popa de la batería dejando un reguero de siete heridos.

—¿Dónde estamos? —jadeó Carvajal palpando el aire. Encontró a Santillana—. No veo nada, teniente. Estoy ciego.

—¡Grumete! —Santillana sostuvo la cabeza del comandante—. Tranquilícese, señor.

Los grumetes se acercaron tropezando con escombros y mutilaciones humanas. Siguen atascadas las cigüeñas, piden más brazos para maniobrar los aparejos del timón.

—Llevan al comandante a la enfermería —el teniente se mantuvo de pie con esfuerzo—. Y traigan agua para refrescar al señor Palacios. ¡Vivo, vivo!

—¿Ha muerto el Almirante? —Rodríguez observa los destrozos causados por las granadas enemigas.

—Descansa un rato —dijo Santillana a Palacios que por señas rehusa ir al hospital.

Las 10 y 12.

El "Blanco Encalada" cañoneó la popa del "Huáscar". ¡Otra vez deshechos los aparejos! El grumete Medina anudaba un pañuelo reuniendo la quijada con el rostro de Palacios. Después le mojó el rostro.

Sacaban a los heridos de la batería cuando Santillana subió del entrepuente.

—¿Y su cañón no puede hacer ni un disparo? —pregunta Aguirre al teniente 1º Rodríguez.

—Compañero, ¿qué es de su gente? —a su vez Rodríguez interroga a Santillana por sobre un montón de cuerpos—. Trate de poner su cañón en batería.

—¡Guardián Ríos! —llama Gárezon saliendo de los escombros de popa para tender nuevos aparejos de timón.

—Ha muerto, mi teniente.

—¡Noguera!

—Muertos, todos muertos —el maestro de víveres Mejía sacude su cabeza gris.

Ahora Távara amputaba y cosía en el departamento de máquinas. Las explosiones a popa deshicieron la cámara de oficiales. Hasta el cadáver de Ferré fue arrasado por los tiros. Aquí están más o menos seguros. Tendrán que pegarle bajo al monitor, casi encima de la línea de flotación, para que las granadas del enemigo estallen en la sala de máquinas. Dos cañones deshicieron la lumbreira y el cubichete. Otra granada entró desde popa, arrastrando una estela de astillas y esquirlas. Távara aceptó unos sorbos de agua a Wilkins cuando estribor reventó. No sabe si han pasado minutos o tal vez una hora. El cirujano mayor quiso incorporarse y creyó que se derramaban sus tripas. Con experta mano se tocó el vientre y suspiró aliviado de sabérselo entero. Luego persiguió focos de dolor, adivinando la magnitud de sus heridas. El esfuerzo por alcanzar su piel inmediata hizo que cayera de costado. A oscuras bajo el blindaje, supo que yacía entre cuerpos mutilados. Se le adhieren coágulos ajenos. Alguien chapoteó sobre la sangre. El viento que entraba por el agujero abierto en el blindaje alivió momentáneamente a los sofocados maquinistas. Pronto se ventiló el denso humo de los incendios bajo cubierta. Távara pudo ver trozos de mar grisáceo subiendo y bajando casi a su mismo nivel. McMahon ayudó a Wilkins a levantarse. Ambos examinaron el boquete dejado por la granada. La máquina del monitor está cubierta con pedazos de mobiliario. Sin embargo no sufrió daños.

—¿Doctor? ¿está usted vivo, doctor?

Távara contestó con un quejido.

—Lleven al doctor al pañol de la máquina —ordenó Wilkins a los fogoneros que llegaban a auxiliar. Se inclinó sobre el cirujano mayor—. Ahí estará bien, doctor. El comandante Carvajal le hará compañía.

Tizón comprimió su pañuelo contra el pecho herido de Rentería. Ya me fregué, señor Tizón. Cállate, zambo, ojalá no te dé

fiebre. ¿Y cómo se sabe, señor Tizón? Bueno, zambo, dicen que se siente mucha sed... mejor no hables. "Real Felipe" blanqueó los ojos luego de observarse el balazo. La verdad, la lengua se le atascaba de sed. Tres veces se quiso parar a seguir disparando la ametralladora y tres veces cayó. Agotadas las balas, el adolescente encargado de la Gatling asistía inerte al combate. Miró al "Cochrane" y al "Blanco Encalada" estrechándose tanto que debieron suspender fuegos para no herirse entre chilenos. "O'Higgins" y "Loa" persiguen a la "Unión" por el horizonte. Pronto sólo quedará la corbeta para combatir por el Perú.

Las diez y veinte.

—El cañón está listo —dijo Rodríguez.

Por señas Palacios explica que quiere pelear.

Contempla el comandante Aguirre su deshecho monitor.

Casi espera la maciza aparición del Almirante por el puente, frotando la solapa del paletó antes de ordenar todo a babor y al espolón. En el lugar de Grau se quema el *teak* que sostenía la coraza. Pañuelo y alfileres componen el apuesto desenfadado perfil del teniente 2º Palacios. Sobre el cañón derecho se apiñan muertos. Humeaba el castillo y también toldilla. Hay incendio cerca de la máquina. En la cofa enmudece la Gatling con sus servidores malheridos. A ratos el monitor se vuelve loco. Su imprevista marcha a toda hélice aparta a los chilenos. Le han demolido el timón.

El súbito enmudecimiento de los fuegos enemigos hizo que Rodríguez buscara el pabellón con la mirada.

—¡Nos creen rendidos! —gritó—. ¡Estamos sin bandera! ¡Un valiente que la ponga en su lugar!

Francois Mazé brincó fuera de la batería y corrió a popa. De la cofa goteaba sangre. Tan pronto los largavistas chilenos descubrieron al joven artillero francés izando el pabellón, "Blanco Encalada" y "Cochrane" se movieron a la carga. Ráfagas de Nordenfeldt no impidieron que los colores del Perú llegaran a su destino.

Por las ruinas de popa se oyeron hurras.

—¡Traigan balas! —grita el capitán Arellano.

—¡Apure, Mazé!

—¡A babor! —el comandante Aguirre apenas oye su propia voz apagada por el aullido de las bombas que cruzan sobre el “Huáscar”. Sacó la cabeza por un cubichete de la torre de combate para usar el Rochón.

Las diez y veintitrés.

Oscura amatista moteada de blanco, este mar frío parece rechazar al sol de primavera que brilla sobre el combate. Costa boliviana a la vista. Sobre las explosiones reman elegantes pelícanos: sus defecaciones despertaron la codicia internacional. El comandante Aguirre empezó a cantar la distancia que los separa del “Cochrane”.

—¡Ochocientas!

Rodríguez se dispone a disparar a seiscientas yardas.

—¡Setecientas!

Otra vez gimieron proyectiles, ahora casi chisporroteando contra el blindaje superior de la torre. El teniente se volvió cuando escuchó derrumbarse a su superior.

—¡Comandante! ¿Está usted bien, señor Aguirre? —calcula que hay seiscientas yardas—. ¡Fuego!

Pero Elías Aguirre no se levantó. Parecía boca abajo, con la cabeza hundida entre los hombros. No existe cabeza pegada al cuerpo que sacudió José Melitón Rodríguez.

Las diez y veinticinco.

—¿Comandante Aguirre? —el alférez Ricardo Herrera acaba de reponer los aparejos.

—¡Yo estoy al mando, alférez! —grita Rodríguez. Respiró profundamente—. ¡Haremos un último intento de entrar al espolón, quiero que funcione ese timón!

—¡Sí, mi teniente!

Al mayor Ugarteche lo tumbó una granada. Al capitán Bustamante también lo derribaron. El capitán Arellano, jefe de la Columna Constitución, asumió el mando de la infantería.

—¡Retes! ¿Dónde está Retes?

—¡En la enfermería, señor!

La última explosión a popa trituró a tres soldados. ¡Maldita guerra! Hace rato que al capitán se le acabaron las balas.

—¡Traigan munición! —Arellano enfurecía. El monitor erraba en círculos a estribor mientras el enemigo hace puntería calmadamente. Ni hay artilleros que hagan funcionar la batería, ni dispara la Gatling, ni se oye el traquido de sus rifles agotados. Todos los que bajaron por balas, cayeron en el camino de regreso.

—¡A babor! ¿Qué pasa con el timón? —Rodríguez pegó el rostro a una tronera de la batería en el momento que reventaba una granada de 250.

Setenta proyectiles Palliser, dieciséis de segmento, doce de shrapnell, fuego de ametralladoras y rifles, siete intentos de cortarlo en dos con el ariete: y el “Huáscar” sigue moviéndose a toda hélice aunque sin rumbo. Humo en el arrasado puente de mando. Se incendia popa. Destruídos los pescantes de anclas y bitas. Baos de la torre rotos. Descuajadas veinte planchas de blindaje. Cabrestantes demolidos, pañoles de timoneles evaporados, falcas retorcidas: y el monitor no se detiene. Sus cañones de 300 han retumbado hasta que las granadas enemigas atascaron ejes y cigüeñas de la colisa. Su Gatling había cortado a tiros toda la maniobra de babor del “Cochrane”, trizado vidrios de cubichete, a ratos forzado a desaparecer a los soldados en las blindadas cofas enemigas, herido a tres chilenos y acribillado tres lanchas. Ahora callaba con sus tambores exhaustos. Pero el “Huáscar” continúa zigzagueando o virando a estribor. Los blindados a ratos fuerzan máquina para no despegársele, como si temieran que un inesperado aliento pudiera empujar a su adversario hasta el horizonte. De no haber encontrado hoy al monitor, la invasión de Tarapacá habría comenzado dentro de una semana, convirtiendo a “Blanco Encalada” y “Cochrane” en forzudos buques de escolta. Malaria y disentería postraban a la tropa expedicionaria luego de su largo acantonamiento en Antofagasta y a todo lo largo de Chile se agita el pueblo descontento por el curso de una guerra tan cuidadosamente preparada. La invasión tenía que comenzar aunque el “Huáscar” atacase por retaguardia. El blindado peruano ya no tiene mar libre en ninguna dirección.

Por segunda vez una explosión aventó a Santillana hasta el

entrepunte. Cerca de él se desangraba Palacios.

—¡Arriba! —gruñó tercamente.

—¡Murió el teniente Rodríguez, señor! —grita un artillero. Palacios siguió a Santillana hasta la torre. Registraron cadáveres. Por sus insignias reconocieron los de Aguirre y Rodríguez. Ambos estaban decapitados.

Muerto el contramaestre Nicolás Dueñas. Muerto el condestable José Selendón. Muerto el primer guardián Tiburcio Ríos. Muerto el primer guardián Federico Noguera. Muerto el mayordomo Manuel Pineda. Muerto el cocinero José Salas. Muertos ocho artilleros. Muertos dos grumetes. Muerto Isidro Alcívar. Sobre muertos, pedazos de organismo, sanguaza y vísceras camina el teniente Santillana arrimando escombros para llegar a popa. Quedan tres oficiales de guerra ilesos. El teniente 1º Pedro Gárezon es el nuevo comandante del "Huáscar". Santillana, su segundo. Dejó a Palacios protegido detrás de la torre y se escurrió por una tronera a dar la noticia. Todos los aspirantes están heridos. Y los carpinteros, calafates, herrero, bocafragua, grumetes. Hasta el farmacéutico parece fulminado por una bomba. En medio de tan espantosa confusión tropezó con el alférez Herrera.

—¡Necesito más gente para tender el aparejo! ¿Cómo están arriba?

Santillana se pasó el índice por la garganta. A diez nudos y sin gobierno.

Apareció Gárezon.

—¡Hay que mover ese timón! ¿Qué pasa con la batería? ¿Por qué no disparan?

Santillana contempló el rostro magullado de su superior.

—Estás al mando del buque. Los demás han muerto.

Otra vez los sacudían a cañonazos.

—¿Todos?

—Rodríguez, Ferré, Aguirre, el Almirante. Y el resto en el hospital. Palacios sigue en cubierta. Le deshicieron la mandíbula.

—¡A la torre! —Gárezon escucha el griterío interior de su buque, lamentaciones y órdenes que ya nadie puede cumplir.

Se inundó el pañol de popa, inutilizando las municiones. No hay armas con que seguir peleando. Sólo la máquina se ha salvado de la destrucción—. Herrera, ven con nosotros.

Por el entrepunte se refugiaron en la torre a celebrar junta. Ni siquiera saben cuántos han perecido. La capitana del Perú está en sus manos: ninguno de los tres había cumplido treinta años.

—No tenemos cómo continuar el combate —resumió Gárezon— . . . así que hay dos posibilidades: rendirnos o hundir el buque. Quiero escuchar sus opiniones.

—Yo no me rindo —rabió el alférez.

—Mandémoslo al fondo —dijo Santillana.

—También es mi decisión. . . ¡cuidado! —reventó una granada del "Blanco Encalada" contra la torre. Gárezon tosió. Casi los despedazan. Santillana sacó la nariz por una tronera a tomar aire y vio pasar un acorazado a veinticinco metros del monitor. Los tenientes se miraron.

—Hay que apurarse, compañero.

—McMahon es de confianza y Wilkins también —dijo Gárezon—. Que ellos mismos abran las válvulas.

—Que se encargue Herrera —dijo Santillana—. Yo iré a proa y tú encárgate de popa.

—Está bien.

—¿Subimos los heridos a cubierta? —se apuró el corazón de Herrera.

—Que los maquinistas calculen cuanto tiempo queda. Hay que asegurar el timón para alejarnos en línea recta. ¿Es posible arreglarlo aunque sea por diez minutos?

—Si nos dejan los chilenos —murmuró Herrera.

—Bien, en marcha.

—Buena suerte —se dieron la diestra.

"Blanco Encalada" y "Cochrane" no han cesado de cañonear al monitor. Ahora llegaban la "Covadonga" y el "Matías Cousiño". Con la espada en la mano, Palacios comanda a un puñado de heridos aspirantes y marineros que esquivan los tiros chilenos arrimados al castillo. A las diez y treintiocho de esa mañana, Santillana volvió a usar una tronera para salir a cu-

bierta. En ese instante retumbó una granada estallando contra el cabrestante.

—¡Enrique! —el oficial vio a Palacios derribado por la explosión.

Gemían los heridos en la carbonera de proa. Hollín y humo mortificaron al comandante Carvajal y a Távara tendidos en el pañol de la máquina. Se arrastró el cirujano mayor a pedir que los sacaran de allí. Entonces descubrió al alférez Herrera hablando con Wilkins y McMahan. Távara adivinó.

Casi de memoria encontró Wilkins las válvulas en medio del humo que quemaba sus ojos. La chimenea acabó demolida a cañonazos. Pero aún a ciegas, el ingeniero puede manejar la planta propulsora del blindado. En vano intentó McMahan descifrar los indicadores de vapor y agua de las calderas. ¡Saquen a los heridos de abajo! ¡Fuera todo el mundo! Dio un manotazo a esa máquina que había armado y desarmado muchas veces. Como una marca naval, el nombre de su infortunado arquitecto Cowper Coles acompañará al monitor al fondo del Océano Pacífico. Tropezó con Wilkins. ¿Listo? Sí, en veinte minutos entrará el agua por esos boquetes abiertos por las granadas y el blindado se irá a pique de golpe. ¡Llévense a todos los heridos, el buque se hunde! McMahan tosió. Esperarán un rato antes de parar la máquina y abrir las puertas de la condensadora.

Un cañonazo trajo abajo el pico que enarbolaba la bandera. Santillana recogió el tafetán y lo fondeó con un proyectil de 40. Un rato titubeó la escuadra chilena, suponiendo la rendición del "Huáscar". A medias compuesto el aparejo del timón, el blindado arrancó al oeste. Como si el espíritu del Almirante inspirara su treta favorita para despegarse del enemigo, el monitor puso después proa al norte. Pero esta vez escapaba sin esperanza. Las dos terceras partes de sus oficiales de guerra, muertos o heridos. La mitad de sus oficiales de mar, artilleros y marineros fuera de combate, igual que la tercera parte de los grumetes y rifleros de la Columna Constitución y la mitad de los infantes de marina del Batallón Ayacucho. ¡Maldita guerra!

Depositaron a Távara sobre cubierta al lado del mayordomo Félix que mojaba con agua fresca las heridas de Palacios.

Vio subir el mar, trepar aguas a cubierta. De nuevo se cargaban a estribor, acercándose a Punta Angamos. No tuvo fuerzas para llamar a Santillana y pedir que lo cuidara cuando el monitor incline el espolón para embestir el fondo. Wilkins y McMahan detuvieron la máquina a las 10 y 55 de la mañana. Forzearon con las puertas de la condensadora. Cinco minutos y todo habrá terminado. Se precipitará agua a la sala de máquina por las tomas de las bombas. Será mejor que la gente se aleje a nado o aferrada a salvavidas y a trozos de mobiliario o la succión del naufragio arrastrará a todos a la muerte submarina.

Frente a la roca Angamos, las lanchas de asalto del "Cochrane" cortaban el agua rumbo al monitor.

—¡Guarnición! —se oyó al capitán Arellano.

—No hay balas, señor —contestó un soldado.

Cubierta, ventiladores, sollados, escalas, torre, toldilla: todo está salpicado de sangre, todo apesta a muerte.

—Llegan los chilenos, niño —al mayordomo Félix se le moja la mirada.

En algún lugar cercano a las rompientes de Angamos, aulló un enorme canoso lobo marino. En el silencio que siguió al combate, antes del asalto final y los hurras chilenos que saludaron la aparición de su bandera al tope del "Huáscar", sólo el cirujano Távara prestó atención a ese lamento.

Arica, el mismo día

Al anoecer se activó el telégrafo. Soportado por retorcidos postes de sauce y algarrobo, aquel alambre que llegaba del desierto comenzó a depositar letras en la oficina iluminada por dos lámparas de gas. El telegrafista abandonó su merienda para recibir el mensaje.

A SU EXCELENCIA, URGENTE

Concluían de desembarcar pertrechos en el puerto. A veces el telegrafista tiene la sensación de que la guerra se ha detenido para siempre, que nunca llegará a Arica, que pronto todos volverán a su casa.

HUASCAR ACONCHADO

Cambiá la risueña expresión del operador mientras crece el telegrama. Sin que una palabra escapara de su rostro de pronto desencajado, corrió con el pedazo de papel hacia la casa del General.

HUASCAR ACONCHADO POR DIVISION CHILENA

El capitán Yessup echó una mirada al trozo de papel. Murmura una ácida maldición y a largas trancadas atraviesa el patio donde resoplan ensillados caballos. Desapareció por un amplio pasadizo cubierto de baldosas. Antes de entrar a la secretaría del General Prado, golpeó la puerta con los nudillos.

MONITOR PERDIDO

¿Qué desea, capitán? Al influyente Mariano Alvarez, secretario del Supremo Director de la Guerra, lo fastidió la interrupción. Telegrama urgente, doctor. Alvarez compuso sus espejuelos y leyó mientras Yessup permanecía de pie, frente al escritorio cubierto de documentos. ¿Cuándo llegó? Hace cinco minutos.

ALMIRANTE GRAU MUCHOS

Al General Prado lo mortificaba una violenta jaqueca. Dos veces cambió de médico sin que nadie pudiese curarlo del insomnio. Lleva en la cabeza todas las órdenes, todos los movimientos de las fuerzas a su mando. Dicta cartas, instrucciones

sin pausa. Amontona víveres, agua y municiones en escondites a lo largo del Tamarugal. Si no confiara en el Vicepresidente La Puerta, a ratos podría sentirse abandonado por el Gobierno de Lima. Ni los pertrechos llegan en la cantidad solicitada, ni se consigue reunir fondos para adquisiciones importantes en Europa. El ojeroso Supremo Director sonrió amargamente al secretario, Entre, Mariano, qué me trae de nuevo.

ALMIRANTE GRAU MUCHOS OFICIALES MUERTOS

Alvarez extendió el telegrama. El General de División Mariano Ignacio Prado, héroe del 2 de Mayo, jefe supremo de los aliados ejércitos de Bolivia y Perú y dos veces Presidente de la República, leyó el mensaje como si se le atascara por los ojos. Su secretario lo vio tambalearse en busca de la terraza. Gruñó horriblemente y se agarró la cabeza con las manos, como si le fuera a explotar. Después cayó fulminado por una congestión cerebral.

INDICE

	Pág.
Lima, 4 de abril	13
Carboneras al tope	16
Estado de guerra	23
La hora más negra	28
Ahead, all steam on!	29
Iquique, 5 de abril	33
Destino Tarapacá	38
Comunicación al jefe chileno	43
Los primeros fuegos de la Guerra del Salitre	44
Comida en la Legación de Bolivia	49
Al ancla en el Callao	54
Editorial de "El Comercio" de Lima	59
Telegramas urgentes	62
Expulsión de los chilenos	62
El bloqueo de la sed	63
Primer combate de Pisagua	65
Confía en Prado, pueblo del Callao	76
El manco Gordon en acción	79
Reunión secreta en Palacio	82

Carta de Iquique	87
La marcha del Ejército Boliviano	89
Fiesta en Arica	95
Intrigas chilenas en Tacna	99
Cita secreta a bordo de la "Unión"	103
Carta de Daza a Prado	107
Documento secreto de la Cancillería de Chile	109
La Merced, misa de once	111
Congreso extraordinario para salvar al Perú	118
Prado asume el mando del Ejército	124
Grau a la Comandancia General	125
Leven anclas	126
Iquique a la vista	136
8.20 a.m.: ¡abran fuego!	143
Carnicería en Punta Gruesa	154
Se busca Ministros	165
Su Excelencia en Iquique	169
A bordo del "Blanco Encalada"	172
Antofagasta, día 26	174
Segundo bloqueo de Iquique	179
Combate con el "Blanco Encalada"	185
Carta a la viuda de Prat	193
Callao, 7 de junio	194
Espera en el Callao	200
Carta de la viuda de Prat	202
División Villamil en armas	203
Banquete a Grau	207
A Mr. J. V. Drummond	214
A Mr. J. V. Drummond	216
Hasta siempre, monitor	217
El monitor fantasma	225
El concierto del sábado	232
Ministro se necesita	234
Carta al General Mendiburu	235
Bombardeo de Iquique	236
Pánico en Chile	240
La gran oportunidad	252
Los primeros días de Químper	256
Cumpleaños del comandante	262

Milagros de Químper	267
Defunción de Antonio Cocalón	269
El Congreso contra Químper	269
¡A hundir al Cochranel!	277
Los proyectos de hacienda	287
Rechazo del Plan Químper	288
Ataque nocturno	293
Ataúdes de los Estados Unidos	300
Carta de Grau	300
Hoy, gran debate	301
Dos bodas en Lima	306
Viaje al Estrecho	310
El gran fraude del Banco Nacional	316
El primer torpedo contra Chile	324
Oficio del Ministro Químper	332
El escándalo de los billetes ilegales	333
Noticia policial	340
Censura del Ministro Químper	340
Editorial de "La Patria"	341
La situación se complica	341
Segundo combate de Antofagasta	343
Petición del Congreso	350
Respuesta de La Puerta	350
El día del Almirante	353
Carta de pésame	354
El Almirante rehúsa charreteras	355
Proa al sur	358
Persiguiendo al "Huáscar"	361
La víspera	364
Angamos, 8 de octubre	375
Arica, el mismo día	397

Este libro se terminó de imprimir en
octubre de mil novecientos setenta y
nueve, en los Talleres Gráficos de Edito-
rial Universo S.A., Av. Nicolás Arriola
Nº 2285, Apdo. 241. Telf. 24-16-39.—
La Victoria, Lima — Perú

